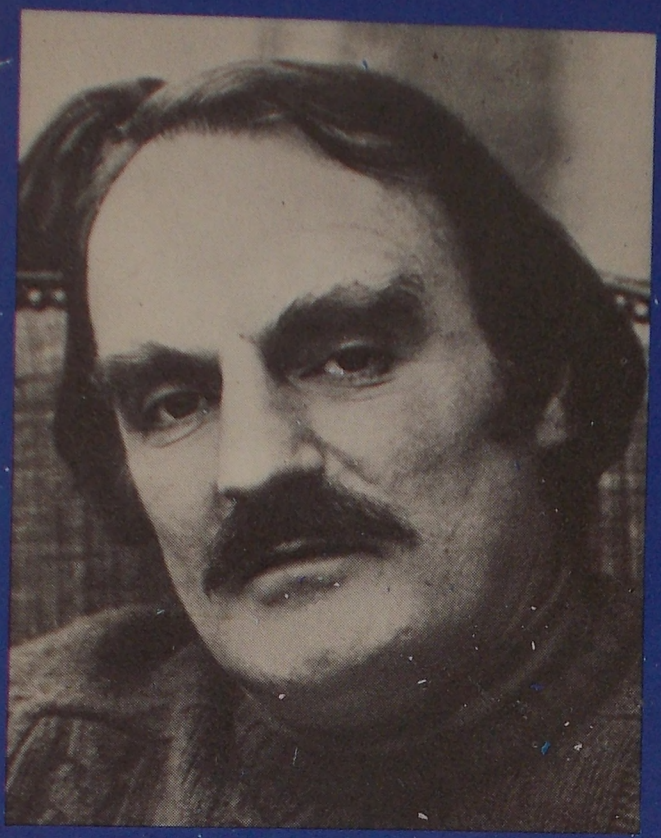
EL CAMPAMENTO DE LOS SANTOS

JEAN RASPAIL

Una inquietante novela: el fin del hombre blanco bajo la invasión del mundo subdesarrollado.

VARIA
84-01-48071-X
PLAZA & JANES
Precio Ptas. 225.-



JEAN RASPAIL

EL CAMPAMENTO DE LOS SANTOS

El tema de «El campamento de los santos» es grave. En efecto, en esta novela se trata nada menos que del fin del mundo blanco bajo la invasión de millones y millones de seres «hambrientos», subdesarrollados, que constituyen las tres cuartas partes de la Humanidad. Tema grave y peligroso para su autor, que no tiene más remedio que tomar partido. Y Jean Raspail lo toma, y no precisamente contra esas muchedumbres de la miseria, sino contra todos aquellos que, en nuestras sociedades, públicamente o en secreto, trabajan en la descomposición moral y espiritual de la civilización de Occidente.

VARIA

PLAZA & JANES

«EL CAMPAMENTO DE LOS SANTOS»
ES UNA DE ESAS FICCIONES FULGURANTES
QUE SURGEN A SU HORA
PARA ESCLARECER EL POSIBLE FUTURO

Se comparta o no el punto de vista de Raspail,
no podrá por menos de ser discutido,
y apasionadamente

La historia que cuenta Raspail, lo que nos dice,
nos acompañará como una obsesión

EL CAMPAMENTO DE LOS SANTOS

JEAN RASPAIL

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

Título original:
LE CAMP DES SAINTS

Traducción de
MANUEL VAZQUEZ

Portada de
JORDI SANCHEZ

Primera edición: Diciembre, 1979

© Editions Robert Laffont, S. A., 1973
© 1975, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-48071-X — Depósito Legal: B. 40.616 - 1979

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada.

APOCALIPSIS, XX, 7-9.

Mi espíritu se vuelve cada vez más hacia Occidente, hacia la vieja herencia. Quizá haya bastantes tesoros que retirar de sus ruinas... No sé.

LAWRENCE DURELL

Vista desde el exterior, la amplitud de las convulsiones de la sociedad occidental se acerca al punto más allá del cual esa sociedad se torna «metastable» y debe descomponerse.

SOLJENITSIN

Quería escribir un extenso prólogo, explicarme, demostrar que todo esto no es tan utópico y que, si bien la acción simbólica pueda parecer inverosímil a algunos, habrá, ineludiblemente, otra de igual naturaleza. Basta con referirse a las pavorosas previsiones demográficas para el año 2000, o sea, dentro de 28 años: siete mil millones de hombres, entre los cuales sólo habrá novecientos millones de blancos.

Pero, ¿para qué?

No obstante, debo señalar al lector que numerosos textos atribuidos a la palabra o a la pluma de mis personajes, editoriales, discursos, cartas pastorales, leyes, reportajes, declaraciones de todo género, son textos auténticos. Quizá serán reconocidos de pasada... Aplicados a la situación que he imaginado, resultan aún más luminosos.

J. R.

I

El viejo profesor tuvo una idea corriente. Había leído demasiado, reflexionado demasiado, escrito demasiado también, familiarizado como estaba con todos los recursos de la mente, para atreverse a proferir, aun a solas consigo mismo, en circunstancias tan perfectamente anormales, otra cosa que una trivialidad digna de un ejercicio escrito de un alumno de tercer curso. El tiempo era bueno. El calor no era muy bochornoso, pues un vientecillo fresco primaveral corría sigiloso a través de la terraza cubierta de la casa, una de las últimas hacia lo alto de la colina, colgada en un flanco de la roca como vigía avanzado de la vieja aldea parda que dominaba toda la región hasta la ciudad de los turistas, abajo, con su lujosa avenida, junto a la playa, de la cual se distinguían las verdes copas de las palmeras y las azoteas de las residencias blancas, hasta el propio mar, sereno y azul, que, de improviso, había perdido todo el barniz de opulencia que lo cubría habitualmente —yates relucientes, esquiadores musculosos, chicas doradas, voluminosos vientres exhibidos sobre la cubierta de grandes veleros—, y sobre ese mar desierto, por último, la increíble flota herrumbrosa venida de la otra cara de la Tierra, varada a cincuenta metros de la orilla y que el viejo profesor observaba desde por la mañana. El espantoso hedor a letrinas, que había precedido a la aparición de aquella flota como

el trueno precede a la tormenta, ya se había disipado por completo. Tras apartar el ojo de un catalejo con trípode, mirando a través del cual le parecía que la increíble y hormigueante invasión había ascendido ya por las laderas de la colina e invadido la casa, el anciano se frotó el fatigado párpado y luego dirigió su mirada hacia la puerta de su casa. Era una puerta de roble macizo, una especie de masa inmortal articulada sobre goznes de fortaleza, en la que figuraban, grabados en la oscura madera, el nombre patronímico del viejo señor y el año en que un antepasado en línea directa acabó de construir la casa: 1673. Comunicaba, al mismo nivel, la terraza y la pieza principal, al tiempo salón, biblioteca y despacho. Era la única puerta de la casa, pues la terraza daba directamente a la calleja por una pequeña escalera de cinco peldaños. Sin ninguna cerca y que cualquier viandante podía subir a su antojo, al estilo de la aldea, si le venía en gana ir a saludar al propietario. Cada día, del alba a la anochecida, aquella puerta permanecía abierta y esa tarde, mientras el sol iniciaba su naufragio cotidiano, lo estaba igualmente; esto fue lo que notó el anciano por primera vez. Entonces pronunció estas palabras, cuya enorme trivialidad hizo nacer en sus labios una especie de sonrisa satisfecha: «Me pregunto —se dijo— si, en este caso, una puerta debe estar abierta o cerrada...»

Luego reanudó su vigilancia, el ojo pegado al catalejo, aprovechando que el sol poniente iluminaba el inverosímil espectáculo. ¿Cuántos iban, allá abajo, a bordo de todos aquellos restos encallados? De hacer caso al número pavoroso anunciado en los lacónicos boletines de información que se sucedían en la radio desde la mañana, quizás estarían hacinados en bodegas y cubiertas, racimos humanos encaramados a puentes y chimeneas, las capas inferiores muertas soportando a las que aún vivían, a la manera de esas columnas de hormigas en marcha cuya parte visible es un bullicio de vida y la base una especie de camino fórmico pavimentado con millones de cadáveres. El viejo profesor —se llamaba Calguès— dirigió su catalejo a uno de los buques mejor alumbrados por el sol, luego reguló pausadamente el foco hasta lograr la más perfecta nitidez, como un investigador en su microscopio cuando descubre, en un caldo de cultivo, la colonia de microbios cuya existencia presentía. Aquel barco era un paquebote más que sexagenario, cuyas cinco chimeneas verticales, en forma de tubos, denotaban su antigüedad. Cuatro de ellas estaban desmochadas, a diferentes alturas, a causa del tiempo, el orín, la falta de cuidados, las veleidades del destino, en una palabra,

por la miseria. Encallado frente a la playa, el barco daba de banda casi diez grados. Como en todos los otros buques de aquella flota fantasma, cuando anochecía no se distinguía ninguna luz, ni el más pequeño resplandor. Los fuegos, las calderas, los generadores, todo debió de haberse apagado de golpe durante el naufragio voluntario, o bien por falta de un combustible calculado apretadamente para un solo y único viaje, o también porque, nadie, a bordo, consideraba ya necesario preocuparse de nada, una vez terminado el éxodo a las puertas del nuevo paraíso. El viejo Calguès observaba todo eso cuidadosamente, detalle por detalle, sin manifestar la más mínima emoción. Simplemente, ante la vanguardia de un antimundo que se decidía por fin a venir a llamar personalmente a las puertas de la abundancia, se sentía prodigiosamente interesado. Con el ojo pegado al catalejo, vio primeramente brazos. Calculó que el círculo que recortaba sobre la cubierta del buque debía tener unos diez metros de diámetro. Luego se puso a contar, tranquilamente, pero resultaba tan difícil como contar los árboles de un bosque. Pues todos aquellos brazos estaban alzados. Se agitaban conjuntamente, inclinándose hacia la orilla cercana, semejantes a flacas ramas negras y pardas animadas por el viento de la esperanza. Aquellos brazos estaban desnudos. Emergían de ropajes blancos que debían ser túnicas, togas, saris de peregrinos: eran los brazos descarnados de Gandhi. Al llegar a doscientos, el profesor dejó de contar, pues había alcanzado los límites del círculo. Luego se entregó a un rápido cálculo. Habida cuenta de la longitud y de la anchura de la cubierta del barco, podía establecerse que la misma circunferencia cabía en ella más de treinta veces y que entre cada uno de aquellos círculos tangentes se alojaban dos espacios en forma de triángulos opuestos por la punta y cuya superficie equivalía, aproximadamente, a un tercio de circunferencia, o sea: 30 + 10 = 40 circunferencias × 200 brazos = 8.000 brazos. ¿Cuatro mil personas! ¡Sólo en la cubierta del barco! Si se admitía la existencia de capas superpuestas, o cuando menos, probablemente, una densidad idéntica en cada una de las cubiertas, entrepuentes y bodegas, aquella cifra sorprendente tenía que multiplicarse al menos por ocho. En total: ¡treinta mil personas, en un solo barco! Sin contar los muertos que flotaban en torno al casco, arrastrando por la superficie del agua sus blancos harapos, que los vivos ya por la mañana habían tirado por la borda. En este gesto extraño, que no parecía inspirado por la higiene —si no, ¿por qué haber esperado el término del viaje?—, el profesor creyó ha-

ber encontrado la única explicación posible. Calguès creía en Dios. Creía en todo, en la vida eterna, la redención, la misericordia divina, la fe, la esperanza. Creía también, con gran firmeza, que los cadáveres arrojados sobre las costas de Francia también tocaban el paraíso, que incluso navegaban por él, sin trabas, y para siempre, en eso más favorecidos que los vivos, quienes, al arrojar a sus muertos al agua, les habían ofrecido de una vez la liberación, la felicidad y la eternidad. Ese gesto se llamaba amor, y el profesor lo comprendía también.

Y se hizo de noche, no sin que el sol poniente, por última vez, hubiese iluminado con rojos destellos la flota encallada. Había allí más de cien buques, todos herrumbrosos, como testimonio del milagro que los había guiado y protegido desde la otra cara del mundo, con excepción de uno solo perdido en un naufragio en aguas de Ceilán. Uno tras otro, casi prudentemente alineados a medida que iban llegando, vararon en las rocas o en la arena, con la proa vuelta hacia la orilla y alzada en un postrer impulso. A su alrededor, flotaban miles de muertos vestidos de blanco que las últimas olas del día comenzaban a conducir a tierra, despacio, depositándolos en la orilla y retirándose después para ir a buscar más. ¡Cien buques! El viejo profesor sentía nacer en él esa especie de estremecimiento de humildad y de exaltación mezclados que a veces sentimos cuando aplicamos muy fuertemente el pensamiento sobre las nociones de infinito o de eternidad. Al atardecer de aquel domingo de Pascua, ochocientos mil vivos y millares de muertos asediaban pacíficamente la frontera de Occidente. Al día siguiente, todo quedaría ventilado. Se elevaban de la costa hasta las colinas y la aldea, cantos muy quedos pero de extremada potencia pese a su suavidad, como una melopea tarareada por un coro de ochocientas mil voces. Los cruzados, antaño, en vísperas del asalto final, dieron la vuelta a Jerusalén cantando. Al séptimo toque de trompetas, las murallas de Jericó se derrumbaron sin lucha. Y, cuando la melopea diese paso al silencio, quizá los pueblos elegidos sufrirían, a su vez, el efecto del disfavor divino. Se oía igualmente el fragor de cientos de camiones: desde la mañana, el Ejército tomaba asimismo posiciones en la costa del Mediterráneo. Llegada la noche, la terraza ya no se abría más que al cielo y a las estrellas.

Hacía fresco dentro de la casa, pero, al entrar, el profesor decidió dejar su puerta abierta. ¿Acaso una puerta, por muy maravilla de artesanía tricentenaria y de roble occidental que fuese, eminentemente respetable, podía proteger a un mundo que ya había vi-

vido demasiado? La electricidad no funcionaba. Sin duda, los técnicos de las centrales de la costa habían huido hacia el Norte, a su vez, detrás de todo un pueblo despavorido que daba la espalda y se marchaba en silencio para no ver, no ver nada y, por consiguiente, no comprender nada o, más exactamente, no querer comprender nada. El profesor encendió las lámparas de petróleo que siempre tenía a punto en caso de avería y echó un fósforo a la chimenea, donde el fuego, esmeradamente preparado, prendió en seguida, roncó, chisporroteó, difundiendo calor y luz. Luego puso en marcha su transistor, sintonizado permanentemente con la O.R.T.F. Música pop, jazz, tonadilleras, charlatanes, saxofonistas negros, «gurus», actrices famosas satisfechas, consejeros de salud, del corazón y del sexo, todo ese mundillo, considerado de pronto indecoroso, había abandonado las ondas, como si el Occidente amenazado cuidase muy en particular de su última imagen sonora. Se oía a Mozart, igual programa en todas las emisoras: «La musiquita nocturna», así de tonto. El viejo profesor tuvo un pensamiento amistoso para el programador en su estudio de París. Sin saber, sin ver, aquel hombre había comprendido. En la melopea de las ochocientas mil voces que no podía oír, había hallado instintivamente la mejor respuesta.

¿Qué había en el mundo más occidental, más civilizado, más acabado que Mozart? Imposible tararear Mozart con ochocientas mil voces. Mozart jamás compuso para soliviantar a las multitudes, sino para conmover el corazón de cada uno, en sonido particular. ¡La verdad, qué bonito símbolo! Occidente en su única verdad... La voz de un periodista sacó al profesor de sus reflexiones:

«El Gobierno, reunido en torno al presidente de la República, ha celebrado sesión todo el día en el palacio del Elíseo. Por razón de la gravedad de las circunstancias, estaban igualmente presentes en esa reunión los jefes de Estado Mayor de las tres armas, los responsables de la Policía y de la Gendarmería, los prefectos del Var y de los Alpes Marítimos y, a título excepcional y consultivo, el cardenal-arzobispo de París, el nuncio apostólico y la mayoría de embajadores occidentales acreditados en la capital. A la hora en que les hablamos, el consejo no ha terminado aún, pero el portavoz del Gobierno acaba de anunciar que el presidente de la República dirigirá personalmente, hacia medianoche, una declaración solemne al país. Según las informaciones que nos llegan del Midi, nada parece todavía moverse a bordo de la flota emigrante. Una parte del Estado Mayor del Ejército confirma que dos divisiones están des-

plegadas en la costa frente a los... frente a... (¡El periodista vaciló, y cómo se le comprendía! ¿Cómo podía denominarse a aquella multitud innumerable y desoladora? ¿El enemigo? ¿La invasión? ¿El Tercer Mundo en marcha? ¿La horda?), cara a esa invasión de una naturaleza excepcional (¡Vamos! ¡Salió bastante bien del apuro!) y que tres divisiones se dirigían hacia el Sur, a pesar de ciertas dificultades de orientación. En fin, en un último comunicado hecho público hace solamente cinco minutos, el coronel Dragasès, jefe del Estado Mayor General, anuncia que el Ejército acaba de encender en la costa una veintena de hogueras gigantescas en las que... (el periodista titubeó otra vez. Se le oyó suspirar. El anciano caballero incluso creyó que había dicho: ¡Dios mío!), en las que quema miles de cadáveres arrojados al agua desde todos los buques.»

Eso fue todo, y Mozart, sin tropiezos, ocupó de nuevo el lugar de aquellas tres divisiones que avanzaban hacia el Sur y de aquellas veinte hogueras que, en aquel momento, debían de crepitar en el aire seco, abajo, en la orilla. Occidente no incinera a sus muertos. Los columbarios se esconden vergonzantes en los arrabales de sus cementerios. El Sena, el Rin, el Loira, el Ródano, el Támesis y hasta el Tíber y el Guadalquivir no son el Ganges o el Indo. Sus márgenes jamás hedieron a cadáveres achicharrados. Desde luego, la sangre ha teñido sus aguas con frecuencia, los campesinos han rechazado con sus horcas, santiguándose, carroñas humanas que flotaban en la corriente. Pero, en los puentes, en los muelles, cuando los tiempos occidentales, se bailaba, se bebía vino y cerveza, se hacía cosquillas a muchachas lozanas que reían y se reía también ante la nariz del reo apaleado, ante la lengua del ahorcado, el cuello del decapitado, pues el Occidente serio sabía reír tanto como llorar, y luego se iba a orar y comer el dios carnal al llamamiento de sus campanas, con la seguridad que se tenía del apoyo formidable de todos los muertos alineados en los cementerios junto a viñedos bajo cruces y losas indestructibles, pues sólo eran quemados los satánicos, brujos y apestados. El profesor salió a la terraza. Abajo, la playa estaba alumbrada por veinte resplandores rojos coronados de humo. Quitando el capuchón del visor de su catalejo, lo enfocó sobre la hoguera más alta que ardía convenientemente como una torre de madera con pisos cargados de cadáveres. Los soldados la habían levantado cuidadosamente, una capa de leña, una capa de carne y así sucesivamente. En la ordenación de su arquitectura, se notaba todavía el respeto a la muerte. Después, la torre se vino abajo y, a pesar de

seguir ardiendo, ya no fue sino una masa innoble que humeaba como un vertedero. Nadie reconstruyó la hermosa torre tan pulcra. Se acercaron unos bulldozers conducidos por hombres con escafandra, así como otros ingenios provistos de patas articuladas y de excavadoras móviles: toda esa maquinaria empujaba cadáveres en montones fofos y fluidos como barro, levantándolos y volcándolos sobre la hoguera, mientras recaían, como un sobrante, alrededor de las excavadoras en movimiento, brazos, piernas, cabezas, a veces hasta cadáveres enteros. Entonces fue cuando el profesor vio huir al primer soldado y se le ocurrió otro lugar común, pues el soldado se largaba como un títere manejado por sus hilos, con andares desmadejados que manifestaban claramente un pánico incontrolable. El muchacho había soltado el cadáver que arrastraba, luego tiró febrilmente su casco, su máscara y sus guantes de protección; por último, se apretó las sienes con ambas manos y salió corriendo en zigzag como un vulgar conejo aterrorizado, hasta el círculo de oscuridad que rodeaba la hoguera. Los cinco minutos siguientes, otros diez soldados lo imitaron y el profesor tapó su catalejo. Ya sabía bastante. El desprecio popular hacia las otras razas, la superioridad consciente, el contento triunfalista de creerse lo mejor producido por la Humanidad, todo eso nunca había existido en las mentes debilitadas de aquellos jóvenes, o tan escasamente que el monstruo canceroso instalado en el corazón de la consciencia occidental pronto pudo más. En su caso no se podía siquiera hablar del corazón, sino de un exceso enfermizo y contagioso de la sensibilidad. Sólo los hombres de corazón lucharían realmente esa noche. Hacía poco, mientras escapaba el simpático jovencito, el viejo Calguès enfocó algunos instantes su catalejo sobre una especie de coloso uniformado que, de pie junto a la hoguera, con las piernas separadas, arrojaba a ella, con el impulso poderoso y regular de sus brazos, todos los cuerpos que le pasaban, como un fogonero de tiempos pasados echando paletadas de carbón en una caldera de barco. Quizá también sufría ante un espectáculo semejante, pero, viéndolo, sufría seguramente sin compasión. Tampoco reflexionaría, en su certeza de que, por fin, el género humano ya no formaba un todo solidario tal como lo habían afirmado demasiado tiempo los Papas, filósofos, intelectuales, sacerdotes y hombres políticos de Occidente. A menos que el viejo profesor, ante la calma determinada de aquel a quien él llamaba fogonero y que, en realidad, era el coronel Dragasès, jefe de Estado Mayor que predicaba con el ejemplo en primera línea, no le estuviese atribuyen-

do sus propios pensamientos. Aquella noche también el amor se dividía. El hombre jamás ha amado al género humano en conjunto, razas, religiones y culturas, sino tan sólo a quienes reconoce por suyos, los de su clan, por vasto que éste sea. Al resto sólo lo tolera porque lo han forzado a ello, y cuando el daño está hecho, sólo le queda desagregarse. En aquella guerra extraña que se anunciaba, quienes más se amaban triunfarían. ¿Cuántos serían, por la mañana, los que aún aguantarían en la orilla, haciendo frente, alegremente, cuando el espantoso ejército se echase al agua para el asalto a los vivos, tras el de los muertos? ¡Alegremente! Ahí estaba lo esencial. Examinando el rostro del fogonero, el profesor creyó un momento que movía los labios como si cantase. ¡Dios mío! ¡Sólo con que cantasen dos, al menos dos! Quizá conseguirían despertar a los demás de su sueño mortal... Pero de la orilla únicamente se elevaba la melopea queda y amenazante salida de ochocientas mil gargantas.

—¡Qué bonito, eh! —exclamó una voz en la oscuridad.

II

Desde la escalerilla que daba al callejón, el joven llegó sigilosamente a la terraza. Descalzo, melena sucia, túnica floreada, collar hindú, chaleco afgano.

—Vengo de abajo —dijo el joven—. ¡Fabuloso! ¡Llevo cinco años esperándolo!

—¿Va usted solo?

—Por el momento. Salvo algunos que ya estaban en la costa. Pero bajan más. A pie. ¡Todos los cerdos se largan hacia el Norte! ¡Ni un solo auto en sentido contrario! Quedarán reventados, pero no quisieran perderse eso. Harán el viaje andando en lugar de hacerlo tumbados.

—¿Se ha acercado usted ahí abajo?

—Sí, pero poco rato. Me he ganado unos culatazos. Un oficial me ha tratado de gentuza. Pero he visto soldados que lloraban. ¡Eso es bueno! Mañana, ya no reconocerán este país. Va a nacer.

—¿Ha visto a los que vienen, los de los barcos?

—Sí.

—¿Y cree parecerse a ellos? Usted tiene la piel blanca. Sin duda está bautizado. Habla francés, con

el acento de aquí. ¿Acaso tiene parientes en la región?

—¿Y qué? Mi familia es la que desembarca. Heme aquí con un millón de hermanos, de hermanas, de padres, de madres y de novias. Haré un niño a la primera que se me ofrezca, un niño oscuro, tras lo cual ya no me reconoceré en nadie.

—No existirá siquiera. Estará perdido en esa multitud. Ni siquiera se fijarán en usted.

—Eso quisiera yo. Estoy harto de dar asco a los burgueses o de que mis compatriotas me den asco, si a eso le llama usted existir. Mis padres se fueron esta mañana, con mis dos hermanas que, de repente, han tenido miedo de ser violadas. Hasta se han vestido como todo el mundo, con chismes archiclásicos que no se ponían hace tres años, falda de pensionista, blusita bien limpia y abrochada. Desfiguradas por el miedo. Las cogerán. Todo el mundo será cogido. Por mucho que se vayan, esas gentes están acabadas. ¡Si hubiese usted visto el cuadro! Mi padre amontonando los zapatos de su tienda en su bonita furgoneta, mi madre escogiéndolos lloriqueando, los más baratos que abandonaban, los caros que se llevaban, mis hermanas instaladas ya en el asiento delantero, pegadas una a otra y mirándome con horror, como si fuese yo el primero en violarlas; y yo, por último, riéndome como un loco, sobre todo cuando mi padre ha bajado el cierre metálico y se ha metido la llave en el bolsillo. Le he dicho: «¡Si crees que eso servirá de algo! Tu puerta la abro sin llave, y mañana lo haré. ¡En cuanto a tus zapatos, se mearán dentro o se los comerán, pues andan descalzos!» Entonces me ha mirado y me ha escupido. Le he devuelto un buen escupitajo que ha recibido de lleno en el ojo.

»Así nos hemos separado.

—¿Y usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿En esta aldea? ¿En mi casa?

—Saqueo. Tras haber sido parásito de un mundo viviente, heme aquí vuelto buitre de un mundo muerto. Esto es nuevo. Estoy gozando. Pues todo está muerto. Aparte el Ejército, usted, y amigotes, creo que ya no hay nadie en cien kilómetros a la redonda. Entonces, saqueo. Pero ya no tengo apetito, he comido demasiado. A decir verdad, no necesito gran cosa y, por lo demás, todo es mío. Mañana, yo les regalaré todo eso. Soy una especie de rey y haré donación de mi reino. Al parecer, hoy es Pascua. Creo que Cristo ha resucitado por última vez y que tampoco ésta os servirá de nada.

—No comprendo.

—Hay un millón de Cristos a bordo de esos bar-

cos, que resucitarán mañana por la mañana. Entonces, el vuestro, solo..., estará acabado también.

—¿Es usted creyente?

—En absoluto.

—Y ese millón de Cristos, ¿es una idea suya?

—No, pero dentro del género cura, la encuentro bastante bonita. En realidad se le ocurrió a un cura, a un cura de suburbio, con aire proletario. Lo he encontrado hace una hora. Yo subía para aquí, él bajaba como un loco. No demasiado extraviado, más bien raro. De vez en cuando se paraba, alzaba los brazos al cielo, como los otros abajo y luego gritaba: «¡Gracias, Dios mío!» y echaba a correr de nuevo hacia la playa. Parece ser que bajan más.

—¿Más qué?

—Más curas del mismo tipo. En primer lugar, me fastidia usted. No he venido para hablar. Además, usted es sólo un fantasma, ¿qué hace aquí todavía?

—Le escucho.

—¿Le interesan todas mis imbecilidades?

—Prodigiosamente.

—No es usted más que un podrido. Todavía reflexiona. Ya no se debe reflexionar, eso también se acabó. ¡Váyase!

—¡Oh, eso sí que no!

—Mire, usted y su casa se parecen. Se diría que los dos están aquí desde hace mil años.

—1673, exactamente —dijo el viejo señor sonriendo por primera vez.

—Tres siglos de seguridad hereditaria. ¡Repugnante!

—¡Completamente cierto! Pero que lo piense usted me extraña. ¿No será uno de los nuestros?

—¡Cállese! Me da vómitos. Puede que su casa sea hermosa. Lo es. Puede que sea usted un viejales simpático, inteligente, comedido, culto, satisfecho, identificado con todo lo que le rodea, cómodo en esta aldea donde veinte generaciones de los suyos han vivido sin remordimientos y cuya última rama perfecta es usted. Lo miro y lo encuentro perfecto. Por eso lo odio. Y es aquí, a su casa, donde mañana traeré a los más miserables. No saben nada de lo que es usted, de lo que representa. Su universo no tiene ningún significado para ellos. No tratarán de comprender. Estarán cansados, tendrán frío, harán fuego con su hermosa puerta de roble. Llenarán de caca su terraza y se secarán las manos con los libros de su biblioteca. Escupirán su vino. Comerán con los dedos en los bonitos recipientes de estaño que cuelgan de su pared. Sentados en cuclillas, contemplarán cómo arden sus sillones. Se harán atavíos con los bordados de sus sábanas. Cada objeto perderá el sen-

tido que usted le concedía; lo bello ya no será bello; lo útil se tornará irrisorio, y lo inútil, absurdo. Ya nada tendrá un valor profundo, salvo, quizás, el trozo de cordel olvidado en un rincón y que ellos se disputarán, ¿quién sabe?, rompiéndolo todo a su alrededor. ¡Eso será formidable! ¡Lárguese usted!

—Un momento, por favor. Me parece que reflexiona mucho, cuando, hace poco, estimaba que ya no había caso.

—No reflexiono. Me conformo con resumir todo aquello en lo que he pensado mucho tiempo. Y ahora, ya no pienso. ¡Lárguese, le digo!

—Unas palabras más: ellos van a destruir sin saber, sin comprender. ¿Pero usted?

—Yo, porque he aprendido a odiar todo eso. Porque la consciencia global del mundo exige que se odie todo eso. ¡Lárguese! ¡Me está jorobando!

—Como quiera. Por lo demás, ya no dice nada serio. Creo que tiene usted un seso débil, pero bastante bien formado. Enhorabuena a todos los que han conseguido ese resultado. ¡Bueno, me voy! El tiempo de coger mi sombrero.

El anciano señor entró en la casa, de la que salió en seguida, empuñando una escopeta.

—¿Qué hace usted? —preguntó el joven.

—¡Lo voy a matar, desde luego! El mundo que es el mío quizá no viva más allá de mañana por la mañana y tengo la intención de disfrutar intensamente de sus últimos instantes. ¡No puede imaginar hasta qué punto voy a aprovecharlos! Viviré una segunda vida, esta noche, sin moverme de aquí y creo que será más bella aún que la primera. Ya que mis semejantes se han ido, tengo intención de vivirla solo.

—¿Y yo?

—Usted no es mi semejante. Es mi contrario. No quiero echar a perder esta noche esencial en compañía de mi enemigo. Por lo tanto, voy a matarlo a usted.

—No podrá. Estoy seguro de que jamás ha matado a nadie.

—Es cierto. Siempre he llevado la vida apacible de un profesor de letras que amaba su oficio. Ninguna guerra ha tenido necesidad de mis servicios y las matanzas de apariencia inútil me afligen físicamente. Quizá yo habría resultado un soldado muy malo. Sin embargo, con Actius, creo que habría matado hunos alegremente. Y con Carlos Martel, cosiendo a estocadas carne árabe, me hubiera entusiasmado mucho, al igual que con Godofredo de Bouillon y Balduino el leproso. ¡Bajo los muros de Bizancio, muerto al lado de Constantin Dragasès! ¡Pardiez, a cuántos turcos habría exterminado antes de caer a mi

vez! Por fortuna, los hombres que desconocen la vacilación no mueren tan fácilmente. Resucitado acto seguido, heme aquí acuchillando eslavones en compañía de los teutónicos. Llevo la cruz sobre mi manto blanco y abandono Rodas empuñando la espada ensangrentada, con la pequeña tropa ejemplar de Villiers de l'Isle-Adam. Marino de don Juan de Austria, me vengo en Lepanto. ¡Hermosa carnicería! Después, dejan de emplearme. Solamente algunas fruslerías que comienzan a ser mal vistas. Sudista vencido, mato algunos negros en las filas del Ku Klux Klan, bastante sórdidamente, lo confieso. Con Kitchener, es un poco mejor: se destripa a los musulmanes locos del Mahdi. El resto: historia contemporánea, un triste cachondeo, ya no la recuerdo bien. Quizás habré matado asiáticos bajo los muros de Berlín, viets, mau-maus, fellaghas, a lo peor algún *gauchiste* o *black panther* odiosos rematados en una camioneta de Policía. Todo eso se vuelve tan feo: se acabaron las charangas, los estandartes, los *Te Deum*. Disculpe la pedantería de un viejo chocho universitario que, a su vez, ha dejado de reflexionar y se conforma con resumirse. Evidentemente, no he matado a nadie, con mayor motivo a todos esos que acabo de mencionar y que, por fin, encuentro ante mí, reunidos en la sola persona de usted. Pero todas aquellas batallas de las que me siento solidario hasta lo más profundo de mi alma, las vuelvo a ver todas al tiempo, soy su único actor, con un solo disparo. ¡Ahí va!

El joven se desplomó graciosamente, deslizándose a lo largo de la balaustrada a la que se había agarrado y acabó sentado en cuclillas, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, en una postura que le parecía familiar. La mancha roja en la tetilla izquierda se ensanchó un poco, luego dejó muy pronto de sangrar. Murió pulcramente. Los ojos que cerró el profesor, con gesto suave del pulgar y el índice, no tenían siquiera expresión de asombro. Sin estandartes, sin charangas, una victoria a la occidental, tan definitiva como inútil e irrisoria. Fue en paz consigo mismo, una paz tan suave que él no recordaba haberla sentido nunca tan completa, como el viejo Monsieur Calguès volvió la espalda a aquel muerto y entró en la casa.

III

Con la paz del alma, el profesor sintió en su estómago un hambre acuciante. Tuvo también algunos recuerdos de legítima gazuza, en particular esos apetitos magníficos que se apoderan del hombre tras el amor, por poco que haya sido dado y compartido. De esas noches muy antiguas, no le quedaban al profesor más que vagas sensaciones sin pesadumbre. Pero de los yantares sucesivos, yantares improvisados, engullidos entre dos, en aquel mismo lugar, había conservado un recuerdo muy exacto: pan moreno en anchas y finas rebanadas, jamón serrano de la comarca, queso seco de las cabras de la aldea, aceitunas de los vergeles en bancales, albaricoques del huerto, confitados por el sol y vino áspero de los viñedos rocosos. En la casa aún estaba todo al alcance de la mano: el pan, en la artesa, cuya tapa ostentaba grabada una cruz; las aceitunas, en una gran orza de gres; el jamón, colgado en las vigas de la cocina; el vino y el queso, al fresco bajo la escalera exterior, guardados como libros en estanterías oscuras. Y todo ello fue recogido muy rápidamente y dispuesto sobre la gran mesa maciza. El corcho de la botella resistió un instante, pero el ruido familiar que hizo al ceder bruscamente llenó toda la estancia de un gozo carnal. Entonces el profesor se puso a pensar que, una vez más, aquella noche celebraba el amor.

Se llenó hasta el borde un vaso para la sed y otro para el sabor, consciente de lo superfluo y relamiéndose con un asomo de ostentación. Cortó el jamón en lonjas delgadas que alineó primorosamente sobre una bandeja de estaño, añadió unas cuantas aceitunas, puso el queso sobre una hoja de parra, la fruta en una gran canasta plana, luego se sentó ante su cena y sonrió, feliz. Amaba. Como todo amante satisfecho, se encontraba a solas con la amada. Esta noche, no era una mujer, ni siquiera un ser viviente, sino una especie de proyección de sí mismo hecha de imágenes incontables en las cuales él se identificaba. El tenedor de plata, por ejemplo, de púas desgastadas, con las iniciales casi borradas de una abuela materna, objeto completamente raro si se piensa que Occidente lo inventó por afán de dignidad cuando el tercio de los hombres meten sus manos toda-

vía en lo que comen. El vaso, vidrio inútil; ¿para qué alinear cuatro? ¿Era menester alinear ya vasos vulgarmente porque el Sertão se moría de sed o porque la India tragaba el tifus con el cieno de sus pozos exhaustos? Los cornudos pueden llamar a la puerta, amenazar, vengarse; en amor no se comparte; y nos reímos del resto del mundo: de hecho, no existe. ¿Los cornudos de la felicidad avanzaban a millares? ¡Perfecto! El profesor alineó cuatro vasos y desplazó la lámpara para iluminarlos mejor: brotaron estrellas de ellos. Más allá, un arcón rústico, enorme, macizo, intransportable, cuatro siglos de seguridad hereditaria, como dijera el joven. En este arcón había mucha ropa acumulada: manteles, servilletas, sábanas, fundas de almohada, trapos de cocina, lino inservible, hilo de otra época, en grandes pilas apretadas que ocultaban otros tesoros domésticos perfumados de espliego. El profesor no recordaba haber recurrido nunca a las pilas interiores que su madre o su abuela habían guardado allí, hacía mucho tiempo, no sacando en beneficio de sus pobres —¡buenas y prudentes mujeres de gran corazón! ¿La caridad desenfrenada no es acaso el primer pecado contra sí mismo?— más que la lencería usada, decorosamente remendada pero que podía servir aún. Después los pobres se hicieron demasiado numerosos. Es decir, que no se les conocía. No eran de aquí. Ya no tenían nombre. Lo invadían todo, se volvían demasiado listos. Penetraban en las familias, las casas, las ciudades. A millares se abrían paso de mil maneras infalibles. Pedían auxilio por los buzones, sus fotos espantosas surgían cada mañana de un sobre y reivindicaban en nombre de colectividades. Se metían en todas partes, en los periódicos, la Radio, las iglesias, los cuarteles, sólo se les veía a ellos, naciones enteras que ya no tenían siquiera necesidad de lencería, sino de cheques postales, erizados de llamamientos desgarradores, casi conminatorios. Peor aún. En la televisión, he aquí que empezaron a moverse, se les veía morir a miles, la hecatombe anónima se tornaba espectáculo permanente, con sus cantores profesionales y sus agitadores. La Tierra estaba invadida por los pobres. El remordimiento se instalaba por doquier, la felicidad se tornaba una tara, ¿y qué decir del placer? Hasta en la aldea de Calguês, dar un poco de ropa limpia, en mano, era tomado como un insulto. Total, uno ya no se sentía mejor dando, sino al contrario, disminuido, avergonzado. Entonces el profesor había cerrado definitivamente al mundo sus armarios, arcones, bodega y despensa, el mismo día, lo recordaba muy bien, en que el Papa anterior hizo liquidación del Vaticano. Tesoros, biblioteca,

pinturas, tiara, mobiliario, estatuas, el Papa lo vendió todo, con las aclamaciones de los cristianos, los más emotivos de los cuales, contagiados por la epidemia, incluso se preguntaron si no debían imitarlo y hacerse pobres a su vez. Gesto irrisorio frente a la eternidad, lo había tirado todo a una sima sin fondo: ¡aquello no cubrió siquiera el presupuesto rural de Pakistán durante un año! Moralmente, sólo dio pruebas de su riqueza, como un maharajá desposeído por decreto. El Tercer Mundo pronto se lo echó en cara y le perdió toda confianza. Desde entonces, Su Santidad había errado en un palacio abandonado y sórdido a fuerza de indigencia deliberada. Murió en una cama de hierro, en sus aposentos vacíos, entre una mesa de cocina y tres sillas de anea, como un sacerdote de suburbio: no es crucificado quien quiere, ante todo un pueblo agrupado. Eligieron el nuevo Papa casi en la época en que Calguës se jubilaba. Uno se instaló en el trono de anea del Vaticano, mientras el otro se iba a su aldea, decidido a no dejarla nunca y a disfrutar plenamente de todos los bienes que le pertenecían y del marco que le convenía... ¡Demos gracias a Dios por el jamón blando, el pan oloroso, el vino fresco! ¡A la salud del viejo mundo y de quienes todavía están a gusto en él!

Mientras comía, bebía, despacio, saboreando cada bocado, cada sorbo, el viejo señor daba con los ojos la vuelta completa al gran aposento. Eso le exigió mucho tiempo, pues su mirada se detenía sobre cada uno de los objetos y, a cada confrontación, se producía un nuevo acto de amor. A veces le brotaban lágrimas, lágrimas de gozo. En aquella casa todo narraba la dignidad de quienes la habían habitado, su mesura, su sabiduría discreta, su modestia, su afición a las tradiciones que los hombres saben transmitirse si no han dejado de estimarse. El alma del viejo señor habitaba también en los viejos libros encuadernados, los bancos rústicos, la virgen de madera, los grandes sillones de rejilla, las losetas del piso, las vigas del techo, el Cristo de marfil cruzado por un boj seco y cien objetos más... Los objetos moldean al hombre mejor que el juego de las ideas, por eso Occidente había llegado a despreciarse y se echaba en rebaño a las carreteras, huyendo hacia el Norte, sin duda vagamente consciente de que ya se había perdido al segregar demasiadas fealdades que ni siquiera merecían la pena de ser defendidas. ¿Tal vez era también una explicación?

A las once de la noche, un periodista de la O.R.T.F. dio lectura a un nuevo comunicado:

«El Gobierno ha notado con cierta extrañeza el

éxodo generalizado de las poblaciones del Midi. A pesar de deplorarlo, no se siente autorizado, ante una situación tan nueva, a desaconsejarlo. Se han dado órdenes muy estrictas a la Gendarmería y al Ejército para que esa migración se efectúe dentro del orden y no estorbe el tránsito de los convoyes militares que bajan del norte del país. Se ha decretado el estado de emergencia en los cuatro departamentos costeros, bajo la autoridad de Monsieur Perret, secretario de Estado y delegado personal del presidente de la República. El Ejército se hará cargo de los bienes abandonados, en la medida de lo posible y dentro del límite de sus otras misiones. El Gobierno confirma que el presidente de la República dirigirá un llamamiento solemne a la nación, esta noche, a las doce.»

Una vez más, eso fue todo. En una sociedad habitualmente abocada al delirio verbal, tal laconismo impresionaba.

«¿Mueren en silencio los charlatanes?», se preguntó el profesor. Luego tomó un libro, se sirvió una copa, encendió su pipa y aguardó la medianoche...

IV

Era una noche extraña, tan apacible, que Nueva York no recordaba haberla vivido parecida desde hacía más de treinta años. Central Park desierto, vaciado de miles de Caínes. Hubiera podido enviarse allí a rubias chiquillas de falda corta, fina piel, lozanísimas, coloradas de gozo al poder por fin correr detrás de un aro. Ghettos negros y puertorriqueños tranquilos como iglesias. El doctor Norman Haller tenía las ventanas abiertas. Trataba de escuchar ruidos procedentes de la ciudad, pero no oía nada. De ordinario subían hacia él, a esa hora de la noche, los espantosos compases de lo que él llamaba «la infernal sinfonía»: gritos de desamparo, el taconeo de gente que huía a la carrera, chillidos de terror, tiros aislados o a ráfagas, sirenas de la Policía, risas salvajes, lluvia de cristales rotos, feroces aullidos humanos, gemidos de niños, llamadas angustiadas de bocina cuando el hermoso «Cadillac» climatizado, parado junto a un semáforo con luz roja, quedaba bruscamente sumergido por oscuras siluetas que esgrimían picos, y todos esos ¡No! ¡No! ¡No! ¡NO!

vociferados sin esperanza en la noche y pronto ahogados por el cuchillo, la navaja, la cadena, la porra claveteada, las manos, los dedos, el sexo...

Aquello duraba treinta años: una estadística sonora cuyo volumen se amplificaba de año en año hasta los últimos días en que la curva había declinado súbitamente hasta volver esta noche al imposible punto cero. Treinta años de impotencia, ¡pero sin reproches que hacerse, doctor Norman Haller! Sociólogo-asesor de la ciudad, lo había previsto todo y harto exactamente, sus informes daban fe de ello, luminosos e ineficaces. Sin remedio: no se cambiaba al hombre blanco, ni se cambiaba al hombre negro mientras uno fuera blanco y el otro negro, y todo, absolutamente todo, no estuviera fundido en café con leche. Se han detestado desde que se vieron. Se despreciaban desde que se conocieron. Iguales, se odiaban extremadamente. El sociólogo-asesor hacía estudios y se enriquecía. La ciudad de Nueva York había pagado muy caro su obra monumental consagrada al examen de los estragos y al anuncio de lo inevitable.

«¿Nada que hacer, doctor Haller? —Nada que hacer, señor alcalde, a menos que los mate a todos, unos u otros, a falta de poderlos cambiar, ¿puede usted? —¡Maldición!, no. Esperemos el fin procurando vivir...»

¡Qué bonito y confortable era el apartamento de Norman Haller en el piso veinticinco de la residencia más distinguida de Central Park! A resguardo de la jungla y separado del mundo exterior: doce guardias armados abajo en el gran vestíbulo, detectores en todas partes, rayos invisibles, perros feroces, timbres de alarma; puente levadizo entre la vida y la muerte, entre el odio y el amor, torre de marfil, estación lunar, blocao de lujo. Terriblemente caro, miles de dólares por centenares de páginas destinadas a la ciudad de Nueva York y firmadas por el más célebre sociólogo-asesor de América: el doctor Norman Haller se había construido un mundo perfecto en el primer círculo del ciclón y, desde este círculo, contemplaba la tempestad que iba a llevárselo. Whisky, hielo machacado, música queda.

—Vete a poner esa cosita tan mona y tan cara que tú llamas un vestido, cariño.

Teléfono: el alcalde de Nueva York.

—¿Va usted de smoking, Jack? ¿Betty en vestido de noche, más atractiva que nunca, de suerte que hasta le asombra a usted? ¿Tercer whisky? ¿Cristal en todas partes? ¿Ganas de no ver a nadie? ¿Fiesta íntima sin motivo? ¿Una idea repentina?

—¡Cierto! Pero, ¿cómo lo sabe usted?

—La jungla familiar se ha callado. El hombre blanco tiene miedo. Rico y solitario, ¿qué quiere usted que haga en su blanca dignidad? Celebrar una vez más su riqueza inútil y su preciosa soledad. ¡A su salud! ¿Oye tintinear el hielo en mi vaso? ¡Baccarat, Jack, y escocés a cien dólares! Los ojos verdes de mi mujer: ¡nunca los vi tan verdes! Voy a anegarme en ellos.

—¡Norman! Todo depende de los franceses, ¿verdad? ¿Cree que esas gentes serán capaces todavía de matar a un millón de pobres tipos inermes? No lo espero siquiera. Y los ghettos de Nueva York tampoco lo creen. Ni los de Chicago, ni los de Los Ángeles... Se han vuelto carneros en sus jaulas de fieras. Ya no saben más que escuchar las noticias en la radio, o bien cantar en sus iglesias locas y rezar por esa desdichada flota. ¿Ha sido usted arrastrado ya por un rebaño de carneros al galope, Norman? El Tercer Mundo se ha vuelto carnero.

—Y el lobo ya no quiere ser lobo, ¿no es así? Entonces, haga lo que yo, Jack, tómese otra copa, acaricie un buen rato la piel blanca de su esposa, como algo muy valioso, y aguarde.

V

Si es posible descubrir alguna lógica en la formación de un mito popular, es en el Consulado General de Bélgica en Calcuta donde hay que buscar el origen de aquel que llamaremos de momento: mito del nuevo paraíso. Un pequeño Consulado de nada, instalado en una vieja quinta colonial aledaña al barrio diplomático, que despertó una mañana con una especie de motín silencioso en su puerta. Desde el alba, el guardia sikh había cerrado la verja de entrada. De vez en cuando, pasaba el cañón de su antiguo fusil a través de los barrotes para hacer retroceder a las primeras filas de la muchedumbre, y como era buena persona y nadie, en realidad, le amenazaba a él ni a la puerta que custodiaba, decía bondadosamente:

—Tal vez, dentro de un rato, tendréis comida. Pero después del arroz, habrá que largarse. Esperar no sirve de nada. Está escrito en el bando y firmado personalmente por el señor cónsul.

—¿Qué está escrito en el bando? —preguntaba la

multitud que no sabía leer—. Lee para nosotros, por favor.

De hecho, no se distinguía gran cosa en el bando fijado en el exterior de la verja, manchado por mil manos que acudían a tocarlo, a palparlo, sin llegar a creer en la desdicha que anunciaba. Pero el guardia se sabía el texto de memoria. Hacía una semana que lo recitaba todo el santo día, de suerte que, sin cambiarle palabra alguna, lo había convertido en una especie de salmodia:

—Por real decreto del... de..., el Gobierno belga ha decidido suspender todos los trámites de adopción actualmente en curso, y ello por un período indeterminado. Ninguna solicitud de adopción será aceptada en adelante. Asimismo, no será otorgado ningún visado de entrada en Bélgica a los niños pendientes de salida, aunque hayan sido adoptados legalmente con anterioridad a la fecha del presente decreto.

Un prolongado lamento recorrió la muchedumbre. Por la amplitud de aquel gemido, su duración, por el hecho de que renacía del silencio cada vez que parecía calmarse, el guardia sikh, experto en las miserias populares, calculó que, desde la víspera, aquella multitud se había doblado por lo menos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó agitando su fusil—. ¡Atrás! ¡Calmaos! Antes de que os vayáis a vuestras aldeas, os distribuirán arroz. Pero no deberéis volver más. Está escrito.

En primera fila se destacó una mujer del gentío y empezó a hablar. Cada cual la escuchó como si hablase en nombre de todos. En sus brazos tendidos, llevaba un chiquitín de unos dos años y el chiquitín abría unos ojos enormes y bizqueaba por tener la cara tan cerca de la verja.

—Mira a mi hijo —dijo la mujer—. ¿Acaso no es guapo? ¿Acaso no es musculoso para su edad? Sus muslos y sus brazos son rollizos; sus piernas, derechas. Mira su boca. ¿Acaso no ves en ella dientes blancos y bien puestos? Mira su cara. No encontrarás en ella costras ni barrillos. Sus párpados están bien abiertos, jamás pegados; en sus ojos no verás pus. Puedes tirarle del cabello, ni uno te quedará en las manos. Mira también su sexo y su trasero. Es ya un niño limpio. Fíjate en su vientre, lo liso que es para una criatura de su edad, y no gordo y abultado. Puedo mostrarte las cosas que salen de él, no verás sangre ni lombrices. Mi hijo goza de buena salud, como se pedía en los papeles. Lo hemos alimentado para eso. Cuando nació, nos pareció tan hermoso que decidimos que sería rico y feliz, allá. Entonces lo alimentamos de la forma que decían en el

dispensario. Y sus dos hermanas murieron. Eran mayores, pero muy flacuchas, y él tenía tanto apetito y se ponía tan guapo: ¡comía por tres, el hombrecito! Y ahora me dices que lo alimentamos en balde y que su padre también murió en balde, en el arrozal, y que yo, su madre, he de llevarlo aún y alimentarlo, cuando tengo hambre y me toca a mí comer, porque este hombrecito vigoroso, mi hijo, ya no es mi hijo, hoy. Tiene ya una familia, que lo espera al otro lado de la Tierra. Está escrito en la medalla que le han mandado y lleva al cuello. ¡La estás viendo! ¡Digo la verdad! Les pertenece a ellos. Tómalo y llévaselo. Yo no puedo más. Ellos prometieron. Yo he hecho todo lo que pidieron, y ahora estoy tan cansada...

Cien mujeres se acercaron, con críos en brazos. «Les pertenece a ellos», decían, o bien: «Mañana, es suyo, le han prometido un nombre.» La mayoría eran hermosos bebés que parecían haberse hartado con la carne de sus macilentas madres; daba la impresión como si el cordón umbilical no hubiese sido cortado. La multitud gemía: «¡Tómalos! ¡Pertenecen a ellos!» Detrás de la primera fila de mujeres se apretujaban cientos de otras madres que llevaban cientos de bebés o empujaban ante ellas a cientos de niños candidatos a la adopción, al gran salto hacia el paraíso. En lugar de detener la marea, por el contrario, el anuncio del decreto belga la había decuplicado. El hombre carente de todo desconfía de las certidumbres: la experiencia le ha enseñado que siempre queda excluido de ellas. Cuando la posibilidad se esfuma, entonces surge el mito y aumenta la esperanza justamente cuando la certidumbre desaparece. Esperaban, pues, miles de desventurados, hacinados frente a las verjas del Consulado como la fruta perecedera en el escaparate de un tendero sospechoso: la más hermosa delante, reluciente, apetitosa; inmediatamente después, todavía visible, la segunda selección, presentable para quien no se fija demasiado; y bajo la delgada capa aparente, la fruta medio podrida, agusanada por dentro. En la última fila del gentío, se agitaban las portadoras de monstruos invendibles. Gemían más fuerte que las otras porque su esperanza no tenía límites. Echadas, rechazadas, no recibidas día tras día, les parecía evidente que un paraíso tan bien protegido merecía ser asediado una vida entera si era menester. Cuando la verja aún estaba abierta, en la fila de los hermosos bebés a veces alguna de aquellas madres lograba meter su monstruo. Un progreso, un paso hacia la salvación, aunque el sikh interpusiese infaliblemente su fusil ante la puerta del Consulado. Se habían acercado, eso alimentaba la esperanza, de la que brotaban fabulacio-

nes grandiosas, en las que manantiales de leche y de miel chorreaban, inútiles, hacia ríos abundantes en peces y que regaban sembrados, repletos hacia el horizonte, de cosechas espontáneas, o se revolcaban remedando felices monstruos. Son las gentes más sencillas quienes garantizan el éxito de los mitos. Hicieron caso a aquellas habladoras inspiradas, empezaron a creerlas, luego cada cual reemprendió por su cuenta la loca evocación de Occidente. Ahora bien, en Calcuta, cercada por la carestía, cada cual significaba: multitud. ¿Podría ser esto una explicación?

Detrás de las últimas mujeres de la primera fila del gentío, un hombre de elevada estatura, paria semidesnudo, blandía algo por encima de su cabeza como una bandera. De profesión recogedor de boñigas, amasador de excrementos, moldeador de ladrillos de fiemo; llevaba en sus manos hediondas una especie de cosa viviente: en la base, dos muñones; un tronco enorme pero desgarbado, como si la espalda le hubiese caído hasta los riñones; al dar la impresión de no tener cuello, la cabeza semejaba un muñón suplementario, rematado por un cráneo calvo en el que destacaban los dos agujeros destinados a los ojos y un tercero para la desdentada boca. Los ojos de aquella cosa miraban fijamente ante sí, por encima de la muchedumbre. Estaban dotados de vida, pero no de movimiento. Aquella mirada sin párpados cayó, a través de los barrotes de la verja, sobre la del cónsul, hipnotizado por el horror. El cónsul había ido hasta el portal para observar el gentío y juzgar la situación. No vio la inmensa muchedumbre; cerró en seguida los ojos y se puso a chillar:

—¡Ya no hay arroz! ¡Ya no hay visados! ¡No hay nada! ¡Nada para vosotros! ¡Marchaos! ¡Todos!

En el momento que huía, una piedrecita cortante lo alcanzó en plena frente, produciéndole un chirlo sangrante. Los ojos del monstruo se animaron, mientras, a su manera, con un estremecimiento del tronco, daba las gracias a su padre. Fue el único acto de hostilidad. Pero el guardián de la leche y de la miel, tropezando mientras se dirigía hacia su Consulado y sujetándose la cabeza con ambas manos, apareció de pronto ante la multitud como un bien flaco defensor de las puertas sagradas de Occidente. Para quien sabía esperar, ¿no iría, en su debilidad, a dejar escapar las llaves? ¿Quizá fuera una explicación?

El sikh apuntó con su fusil. El ademán bastó. Todos se sentaron en cuclillas; era un reflujo calmado que anunciaba la oleada.

VI

—¡La compasión! —exclamó el cónsul—. ¡La deplorable, la execrable, la odiosa compasión! Vosotros la llamáis caridad, solidaridad, conciencia universal, pero cuando os miro, no distingo en ninguno de vosotros más que desprecio por vosotros mismos y hacia lo que representáis. Y, por lo demás, ¿qué significa eso y adónde nos lleva? Hay que estar loco, o desesperado; hay que estar extraviado para admitir, como lo hacéis, todas las consecuencias en cadena de vuestra complaciente compasión.

Sentado a su escritorio, con la frente vendada, el cónsul tenía delante a una decena de personajes acomodados en sillas de madera como estatuas de apóstoles en el frontispicio de una iglesia. Esas estatuas tenían en común la blancura de la piel, la delgadez del rostro, la simplicidad de la vestimenta —short o pantalón de mahón, camisa caqui de manga corta, sandalias de correas— y, sobre todo, la profundidad turbadora de la mirada, esa que anuncia a los profetas, a los iluminados, a los bienhechores, a los fanáticos, a los mártires, a los criminales inspirados, a los quiméricos y, más simplemente, a todos aquellos que se desdoblan porque sienten malestar. Por tanto, se parecían. Entre ellos había un obispo, pero, sin conocerlo, resultaba imposible distinguirlo del médico misionero o del idealista laico que lo acompañaban. Imposible igualmente identificar al filósofo ateo y al escritor católico renegado convertido al budismo, líderes morales de la pequeña tropa. Todos permanecían silenciosos.

—Habéis ido demasiado lejos —prosiguió el cónsul—, y lo habéis hecho deliberadamente, pues pensáis profundamente todo lo que hacéis. ¿Sabéis cuántos niños del Ganges habéis enviado a Bélgica? No hablo siquiera de Europa, algunos de cuyos países más lúcidos cerraron sus fronteras antes que nosotros. ¡Cuarenta mil, en cinco años! Todo eso explotando la sensibilidad de las buenas personas de nuestro país, abrumando a nuestras clases medias prósperas con degradantes complejos. ¡Cuarenta mil! Los canadienses franceses no eran más numerosos a mediados del siglo XVIII. El Gobierno no confesará, en

estos tiempos hipócritas, los motivos de su decreto, pues es un decreto racista. La palabra os causa horror, ¿verdad? Habéis creado en el corazón de nuestro mundo blanco un problema racial que lo destruirá, y ésta es vuestra meta, pues ninguno de vosotros siente el orgullo de su piel blanca y de lo que ella significa.

—Ni el orgullo ni la consciencia —puntualizó una de las estatuas—. La igualdad entre los hombres tiene ese precio. Lo pagaremos.

—Por lo demás, todo eso ya está superado —dijo el cónsul—. No se trata ya siquiera de adopciones, prohibidas o no. Acabo de telefonear a mis colegas occidentales. Todos están asediados, como yo, por una multitud silenciosa que parece aguardar algo. Sin embargo, ellos no han fijado bandos en sus puertas. Los ingleses, por ejemplo, sólo daban visados con cuentagotas. Eso no impedía que diez mil personas acamparan en los jardines de su Consulado. En cualquier punto de la ciudad donde ondeaba una bandera de Occidente, había una multitud que esperaba sin motivo aparente. Mejor aún: acaban de informarme que, tierra adentro, poblaciones enteras se habían echado a las carreteras que llevaban a Calcuta.

—Es cierto —dijo otra estatua, de rostro adornado con una gran barba rubia—. Muchos son pueblos de los cuales nos ocupamos.

—Puesto que lo sabéis, ¿qué quieren? ¿Qué buscan? ¿Qué esperan?

—Francamente, no lo sabemos.

—¿Lo sospecháis?

—Quizá.

Hubo una curiosa sonrisa en los labios de la estatua barbuda. ¿Era el obispo o el escritor renegado?

—¿Os habríais atrevido...? —preguntó el cónsul sin terminar su pregunta ni precisar su pensamiento—. ¡No! No es posible. ¡No llegaríais a eso!

—En efecto —dijo una tercera estatua (y, esta vez, era con seguridad el obispo)—, yo no habría llegado a tanto.

—¿Desbordados, entonces?

—Sin duda. Pero algunos de entre nosotros seguirán. Ocurre en este momento, es verdad, algo de una importancia prodigiosa. Todas esas muchedumbres lo presienten, sin saber ni comprender nada. Sin embargo, puedo emitir una hipótesis: la adopción al por menor cuya esperanza hacía vivir a tantas de esas pobres gentes, creo que ha sido sustituida por una esperanza más inverosímil, totalmente loca, la todavía bastante vaga de una adopción en conjunto.

No es menester más, por aquí, para crear movimientos irreversibles.

—Bonito resultado, monseñor —comentó simplemente el cónsul—. ¡Menudo obispo católico romano es usted! Ahora se nos ha vuelto condottiero de paganos. ¿Es la cruzada al revés? ¿Judas cabalgando el rocín de Gautier Sans Avoir y gritando: «¡Abajo, Jerusalén!»? Ha elegido usted bien su momento. Gente pobre no falta. ¡Son millones! Sólo han transcurrido tres meses de este año y el hambre se extiende ya en la mitad de esta provincia. Los Gobiernos de estas regiones están completamente desbordados. Pase lo que pase, se lavarán las manos. El Cuerpo consular de esta ciudad ha sido prevenido oficiosamente esta mañana. Y, mientras tanto, testimonian, es ésta la expresión que emplean, ¿verdad? ¿Testimonian qué? ¿Su fe? ¿Su religión? ¿Su civilización cristiana? Nada de eso. Testimonian contra ustedes mismos, como unos desengañados de Occidente que son. ¿Creen que los míseros que los rodean no lo sospechan? Su falta de convicción, para ellos, corresponde al color de piel de ustedes y la han descubierto perfectamente, como una debilidad, un abandono y, por lo demás, los han ayudado a ello. De su proselitismo ya no recuerdan más que la riqueza occidental cuyos símbolos son ustedes entre ellos. Para ellos representan la abundancia y, con sólo su presencia, se enteran de que existe en alguna parte de la Tierra y de que no tienen conciencia al no repartirla. Ya pueden disfrazarse de seudopobres, comer el curry con los dedos, cubrir el campo de consejeros a su imagen que viven la vida de los labradores, que para este país no son sino una tentación permanente y, sin duda, ustedes lo saben. Tras las semillas, las curas, los medicamentos, los consejos técnicos, han encontrado más sencillo pediros: «Toma mi hijo, toma mi hija, tómame a mí y llévanos allá, a tu país.» La idea ha cundido. La han acogido, promovido, organizado y he aquí que se les escapa de las manos. Ahora es un torrente, un chorrear de torrentes incontrolados. Gracias a Dios, todavía está el mar entre este país y los nuestros.

—Existe el mar, en efecto. ¡Sí!, existe el mar —dijo una cuarta estatua, a la que esta evidencia parecía petrificar en la reflexión.

—Existe una palabra antigua —añadió el cónsul—, que se aplica muy bien al género de hombre que sois: felones. El caso no es nuevo. Se han conocido obispos-felones, caballeros-felones, generales-felones, ministros-felones, intelectuales-felones y felones a secas. Después del caballero Andrea de Amaral, vuestro patrón, que abrió las puertas de Rodas a los turcos

el 12 de octubre de 1522, es una especie de hombre del que Occidente se hace cada vez más pródigo a medida que se encoge. Me parece que hubiera debido ser lo contrario, pero la mente se corrompe y el corazón se extravía. Quizás es algo inevitable. Tampoco yo puedo hacer nada. Aun equivocándome acerca de su finalidad, desapruebo su acción. Sus pasaportes no serán renovados. Es el único medio de que dispongo todavía para significaros mi desaprobación oficial. En estos momentos, mis colegas occidentales hacen otro tanto para con todos sus connacionales comprometidos.

La estatua que había hablado del mar se levantó. Esta vez se trataba del filósofo ateo, conocido en nuestros países con el nombre de Ballan.

—Pasaportes, naciones, religiones, ideales, razas, fronteras y océanos, ¡futesas! —dijo Ballan.

No añadió nada y salió.

—Todo lo que les agradezco —dijo el cónsul—, es que me hayan escuchado. Sin duda no volveré a verlos. Ya no represento nada para ustedes. Por esto habéis tenido tanta paciencia. Como con un moribundo.

—Error —dijo entonces el obispo—. Seremos dos moribundos en desacuerdo. Eso es todo. No abandonaré jamás la India.

Pasada la verja del Consulado, Ballan se abrió paso a través del gentío. Se agarraron a sus piernas, babeando sobre su pantalón, los más monstruosos niños. Ballan fascinaba a los monstruos y los monstruos fascinaban a Ballan. Metió en bocas informes pringosos bombones de los que siempre llevaba llenos los bolsillos. Percibiendo al alto coprófago, siempre con su espantoso tótem a cuestas, Ballan lo interpeló:

—Y tú, amasador de heces, ¿qué vienes a buscar aquí?

—Llévanos contigo, te lo ruego.

—Hoy, te lo digo yo, estarás conmigo en el paraíso.

—¿Hoy? —preguntó el pobre hombre, conmovido.

Y Ballan le sonrió tiernamente.

¿Quizá sea una explicación?

VII

«... en los cuatro departamentos costeros. El Ejército cuidará de la seguridad de los bienes abandonados, en la medida de lo posible y el límite de sus otras misiones. El Gobierno confirma que el presidente de la República dirigirá un solemne llamamiento a la nación, esta noche, a las doce».

Los que comprendían francés bajaron el sonido de los transistores y tradujeron el comunicado para sus compatriotas hacinados. Jamás la cueva había parecido tan poblada como aquella noche. Se alojaban en ella los trabajadores negros de los servicios de limpieza de la circunscripción norte de París. A ocho por catre, en dos niveles, sentados con las piernas colgando, codo con codo, ello representaba una densidad, una fuerza de la que tomaban consciencia por primera vez. Fenómeno extraño en aquellos volubles, nadie aventuró comentarios, ni siquiera los pocos blancos unidos a aquella masa negra, entre los cuales figuraban un cura-basurero y un contumaz militante en quebrantamiento de destierro. Todos se esforzaban en pensar. Cuando se vive en el fondo de una cueva perdida en una ciudad desconocida y no se sale de ella sino al amanecer para vaciar cubos de basura en calles anónimas y desiertas, no es fácil imaginar las vertiginosas dimensiones de un acontecimiento increíble.

—Y si desembarcan sin que les casquen —dijo uno de ellos, a quien llamaban «el decano» porque llevaba mucho tiempo viviendo en Francia—, ¿también saldréis de vuestros nidos de ratas?

Hubo un prolongado murmullo que no era una respuesta. Ninguno de aquellos cerebros mal nutridos funcionaba bastante de prisa para concebir una coordinación posible de los sucesos. Sencillamente, acontecía en ellos algo potente e informe que alcanzaba lo sagrado. Desde el fondo oscuro de un catre, preguntó una voz profunda:

—¿Acaso es numeroso el pueblo de las ratas?

—El pueblo de las ratas —dijo entonces el cura-basurero— se numerará a la luz del cielo, como un inmenso bosque crecido de repente en la oscuridad.

Esto lo comprendían mejor y el murmullo se hizo aprobatorio. Luego se dispusieron a aguardar.

Esperaron igualmente aquella noche los basureros, barrenderos y poceros de todos los centros del gran París; los mozos de sala y manipuladoras de chatas en todos los hospitales; los lavaplatos de las cantinas proletarias; los peones de Billancourt, de Javel, de Saint-Denis y de otras partes; los jornaleros derrengados del gas y de la electricidad; los condenados de las industrias tóxicas; los abastecedores de máquinas; los trogloditas del Metro, cangrejos negros de pinzas perforadoras; los obreros hediondos de las tareas malsanas y muchos más, representantes de cien oficios esenciales escapados de las manos blandengues de los franceses, a lo que procedía añadir los tuberculosos de los sanatorios y los sifilíticos de los servicios venéreos, en total algunos cientos de miles de negros y musulmanes, inexplicablemente transparentes a los ojos de los avestruces parisienses y de quienes nadie sospechaba ya el número desde que las autoridades falseaban las estadísticas, temerosas de romper el equilibrio de la capital sonámbula despertándose bruscamente. París no era Nueva York. Vivían ignorados por todos, incluso aterrorizados, sumidos en el infortunio, habitando en lo más hondo de los sótanos o hacinados en buhardillas, reclusos voluntarios en calles insalubres donde las fachadas inmundas albergaban ghettos tan ignorados por la población como en su tiempo Ravensbruck y Dachau por los alemanes.

Tan sólo entre los musulmanes la apreciación de la inverosímil confrontación que se preparaba en las costas meridionales de Francia cobraba a veces formas reivindicativas. Nada concreto aún, sino oscuros deseos, impulsos reprimidos como el de obtener la sonrisa de una mujer francesa en lugar de soñar con violarla, de poder acostarse con una prostituta guapa en lugar de tener que oír: «No me acuesto con los *bicots*», o, simplemente, de andar, feliz, por un jardín público mirando jugar a los niños, sin que en seguida madres asustadas se agrupasen en un corro amenazador para proteger a sus pequeños. Sólo los más fanáticos pensaban en una nueva forma de guerra santa, aunque no les correspondía tomar la iniciativa. Aquella noche, igualmente, fue reconstituida la división en zonas de guerra de los barrios argelinos de París y su periferia. Un tal Mohamed alias *el cadí tuerto*, parecía ejercer allí una dictadura indiscutible. Desde las once de la noche, mediante mensajeros discretos, hizo llegar sus primeras órdenes a los responsables de barrio:

—Ya ha pasado el tiempo de las armas. Que todos guarden su navaja de afeitar y rompan la hoja de su cuchillo. El primero que derrame sangre será

emasculado acto seguido por orden mía.

Era un musulmán que sabía hablar a los musulmanes. Fue obedecido por todos, salvo por su propia esposa, maestra de escuela francesa. La navaja del cadí desapareció inmediatamente, escondida dentro de la media de su pierna derecha. Elisa conocía el menosprecio. Durante los diez años que llevaba de casada, no se le había escapado ninguna de las sutilezas del desprecio. Soñó con sangre purificadora y no fue la única en soñar. Entre el escaso millar de mujeres francesas casadas con musulmanes del ghetto, muchas calcularon el precio del desprecio. A diferencia de entre las masas negras, en las filas musulmanas no se encontraban más occidentales que aquellas mujeres. El clan odiaba al extranjero amigo más aún que al enemigo, y si admitía aquellas esposas cristianas, era porque las había devorado y le pertenecían, en sexo y alma, más aún que las francesas a sus maridos franceses.

Otras, por último, medían muy claramente la partida que iba a jugarse el día siguiente: habían cerrado sus postigos, atrancado sus puertas, corrido las cortinas de los dormitorios y las oficinas donde estaban reunidos, al acecho de noticias y aguardando, a su vez, el discurso anunciado del presidente de la República. Éstos eran los diplomáticos del Tercer Mundo y los estudiantes africanos, musulmanes y asiáticos. Desamparados, al borde del pavor, hasta habían dejado de telefonearse de una a otra Embajada o de un domicilio al otro. No sentían siquiera ya la necesidad de ponerse de acuerdo, pues estaban completamente abrumados por el acontecimiento, ellos eran los ricos, los líderes, las élites, los militantes privilegiados. Su comportamiento parecía tanto más extraño cuanto que durante los cincuenta días que había durado el dramático viaje de la flota a través de dos océanos, fueron presa de una especie de delirio, multiplicando comunicados, ruedas de Prensa, entrevistas, debates, reuniones, mientras la flota avanzaba, real e irreal, a un tiempo, constituyendo un fenómeno tan fuera de lo corriente, que se esperaba verlo para creerlo. ¡Por fin fue divisada en Gibraltar! Y todos aquellos charlatanes callaron de golpe, su entusiasmo se transformó en pánico, un pánico que, en el caso de muchos, estaba acompañado de un profundo odio.

Estaban cerrados los bares antillanos, restaurantes chinos, dancings africanos, cafés árabes. Añadidas a los informes de los policías de guardia delante de las Embajadas y de los confidentes estudiantes y obreros, todas aquellas comprobaciones convergentes disiparon las últimas dudas en el gabinete del

prefecto de Policía: la situación en París, a ochocientos kilómetros de la flota inmigrante, parecía tan preocupante como en la costa del Mediterráneo, en contacto con la invasión. Aquí como allí, el estado de emergencia se imponía, con todo el arsenal de las medidas precautorias mientras todavía se estaba a tiempo. Al pedir ponerse en comunicación con el ministro del Interior, en el Elíseo, al prefecto le dijeron que el Consejo seguía deliberando. Por lo que, tres cuartos de hora antes del discurso anunciado, el Gobierno no había dejado aún de dudar. El prefecto, a su vez, juzgó que ya sólo le restaba aguardar.

¿Quizá sea una explicación?

VIII

La sonrisa de Ballan había producido un milagro. A menudo no se necesita más para que un hombre se revele a sí mismo, ¡alabado sea Dios! Y Ballan alababa a Dios burlándose, pues tal era su manera de ser ateo. «Señor —decía para sus adentros—, si oyes igual que yo cómo raja desde hace tres días el amasador de heces, debes morderte los dedos por haberle otorgado, sólo por una sonrisa mía, un uso tan inmoderado de la palabra. ¡Escucha al moldeador de boñigas! ¡Mil años de miseria y de embrutecimiento! Y, ¿con qué resultado? El más temible manipulador de muchedumbres que haya salido nunca del pueblo, en este país. No sé si estarás contento de tu milagro, Señor, pero era de esperar: recogiendo heces toda su vida en todos los toneles de poceros del Ganges, amasando con sus manos esa basura día tras día, ¿podía ignorar la verdadera naturaleza del hombre? Lo sabía todo, aunque no tenía consciencia de ello. Ahora sí. Y tú y yo sabemos adónde nos llevará. ¿Acaso, en verdad, tienes que ver algo con ello? Si es así, espero el resultado para creerlo, pero sería de veras la primera prueba inteligible e inteligente que nos darías de tu existencia...»

Bajo los pilotes de madera del muelle, flotaban cadáveres cuyos saris desanudados formaban una alfombra de luz sobre el agua negra. Algunos se debatían aún, pero la mayoría estaban ahogados, bien muertos, unos desde la mañana, otros desde la noche, la víspera o la víspera por la mañana, caídos de lo alto como los frutos superabundantes de un árbol

prolífico. Cayó una muchacha guapísima, semejante a una diosa de piel oscura. Cayó sin proferir un grito, de pie, con los brazos desnudos circundados de oro estirados a lo largo del cuerpo; el agua viscosa del Ganges se abrió en silencio a su paso. Cayeron poco después un anciano esquelético y desnudo, que ni siquiera reapareció en la superficie, y un bebé que perneaba como una bestezuela convulsa que sabe va a morir, y después una pareja de niños abrazados. Nadie se asomaba, nadie tendía la mano. ¿Para qué? Los que habían ganado la orilla sabían que a su vez caerían al agua, empujados por la enorme muchedumbre que había invadido todos los muelles del puerto, y su caída en el reino líquido no significaba la muerte, sino la vida, por la percepción tanto tiempo esperada de una fuerza irresistible que nada podría detener ya. Arriba, en el muelle, subido a una carreta, el coprófago declamaba, llevando a cuestas el monstruo-tótem siempre tieso como una estaca. ¡Cosa increíble: los ojos del monstruo se habían iluminado! Se animaban de forma tan intensa al oír las palabras del nuevo Cristóbal que la multitud sólo miraba ya a aquellos ojos, los bebía. Con aquella mirada, la fuerza del relato sacralizaba al gentío y penetraba en cada una de las almas. He aquí lo que el coprófago decía mientras la multitud bramaba:

—Buda y Alá, Siva, Visnú, Garuda, Ganest, Krishna, Partavi, Indra, Deruga, Suriya, Bhairav, Ravana, Kali —siguió todo el panteón hindú, del que cada nombre cantado provocaba gemidos de éxtasis—, han celebrado consejo y han ido a visitar al pequeño dios de los cristianos. Lo han desclavado de su cruz, le han enjugado el rostro, lo han curado con sus bálsamos sagrados, lo han sanado y luego lo han sentado entre ellos, le han saludado y le han dicho: «Ahora nos debes la vida, ¿qué vas a darnos a cambio?»

«Más ecuménico que el Papa —pensó Ballan, que escuchaba apasionadamente—. El recogedor de heces derrotará a los cristianos en su propio terreno: ¡tiene el ecumenismo planetario!»

—Entonces —decía el coprófago—, el pequeño dios sin cruz se frotó los miembros entumecidos, agitó sus brazos y piernas, movió varias veces la cabeza y dijo: «Es verdad, os debo la vida y voy a daros mi reino a cambio. El tiempo de los mil años se acaba. He aquí que salen las naciones que están en todos los confines de la Tierra y que igualan en número a la arena del mar. Partirán en expedición sobre la faz de la Tierra, sitiarán el campo de los Santos y la Ciudad muy amada.»

Hubo una pausa en el discurso. Los ojos del monstruo se apagaron, en tanto que el coprófago se

agitaba *in situ* de una forma desordenada, a base de tics y de repullos. Ballan pensó: «¡Ya estamos!, y es totalmente increíble: Apocalipsis, vigésimo canto, octavo y noveno versículos, un poco alterados pero perfectamente reconocibles. ¡Y se menea, el muy bribón! Hay algo que no traga. O bien no lo quiere y se defiende. ¡Bravo!» La mirada del monstruo se encendió como un faro, marcando la prosecución del relato: «Así habló el pequeño dios de los cristianos.»

«¡Uf! —se dijo Ballan—. ¡De buena nos hemos librado! ¿Sabes la continuación, Señor? Te la recordaré: "Pero Dios hizo caer un fuego del cielo que las devoró. Y el diablo que las seducía fue arrojado al estanque de fuego y de azufre, donde ya estaban la bestia y el falso profeta..." La sabías. Pero te la has guardado para ti, ¿verdad? Me das asco, ya no crees en nada.»

En los muelles del Ganges, en un silencio increíble si se piensa que quinientas mil personas se hacinaban ya al borde del agua y que todas las calles que llevaban al puerto sufrían los asaltos de un torrente humano, el coprófago proseguía su discurso inspirado:

—Así habló el pequeño dios de los cristianos. Entonces Alá y Buda, Siva, Kali, Visnú, Krishna... lo arrastraron en una ronda en torno de la cruz vacía. Después se pusieron juntos manos a la obra. Con los trozos de la cruz construyeron un gran barco, capaz de atravesar los mares y los océanos, un barco tan grande como el *India Star*. Luego reunieron sus collares, sus diademas, sus brazaletes y sus sortijas y dijeron al capitán: «Es justo que te paguemos, toma todo esto y, tú que conoces las rutas del mundo, llévanos hoy al paraíso.» Cuando el barco se hizo a la mar, seguido de miles más, el pequeño dios de los cristianos corrió con sus piernas blancas y torpes a lo largo de la orilla. Gritaba: «¡Y yo! ¡Y yo! ¿Por qué me habéis abandonado?» Buda y Alá respondieron con un megáfono, y el viento le llevó sus palabras: «Nos has dado tu reino. Se acabó el tiempo en que tomabas con una mano lo que dabas con la otra. Pero si eres el hijo de Dios, camina sobre el agua y ven a reunirte con nosotros.» El pequeño Dios se metió en el agua valerosamente. Cuando las olas alcanzaron su boca y sus ojos, murió ahogado. No se oyó nunca más hablar de él, salvo en un libro sagrado en el que nadie creía ya. El viaje fue largo y peligroso. Alá y Buda, Siva, Kali, Visnú... y todo el pueblo que los acompañaba pasaban hambre. Muchos murieron en ruta y otros nacieron para sustituirlos. Luego el sol dejó de abrasar, el aire se tornó suave y acariciador cuando apareció el paraíso de

Occidente. Se vislumbraban manantiales de leche y de miel, ríos abundantes de peces, campos rebosantes hasta el horizonte de cosechas espontáneas. Pero ya no se veía a nadie, lo cual no era de extrañar puesto que el pequeño Dios de los cristianos había muerto. Entonces los monstruos danzaron y el pueblo se puso a cantar, toda la noche, en la cubierta del *India Star*. Habíamos llegado.

Se oyó un aullido que parecía un grito de triunfo. Alzando los ojos, Ballan tuvo justo el tiempo de ver, en la cara absolutamente lisa del tótem, abrir y cerrarse una especie de válvula de carne que le servía de boca. Con aquel signo providencial, la multitud se puso en movimiento. ¿Quizá sea una explicación? Y de este modo fue ocupado el primero de los barcos, el *India Star*.

IX

El *India Star*, atracado al muelle hacía un año, era un paquebote sexagenario, veterano del correo de las Indias, en tiempos de los ingleses. Habiendo abordado los disturbios de la independencia con la apariencia de un viejo buque bien conservado, pronto fue usado para viajes de miseria, migraciones humanas cuando la partición política y, después, lo peor: el transporte de peregrinos pobres hacia La Meca. De sus cinco chimeneas verticales, en forma de tubos, había perdido cuatro, cercenadas a diferentes alturas por el tiempo, la herrumbre, la falta de mantenimiento y las veleidades de la fortuna. Tal como estaba, no parecía ya capaz de nada más que de un acto de heroísmo desesperado, para cambiar de vida. Quizá lo decidió así el capitán, que hizo reponer por su tripulación de andrajosos, entre el muelle y el barco, las pasarelas de tablas podridas quitadas tres días antes, cuando la multitud comenzaba a engrosar peligrosamente.

El gesto del capitán del *India Star* sería, en realidad, perfectamente inexplicable, si no se pudiera suponer razonablemente que alguien se lo inspiró. Ballan había subido a bordo la noche anterior, secretamente, aunque sin objetivo preciso, sólo para comprobar el extraordinario concurso de circunstancias y el inexorable encadenamiento de los hechos. Pero no era el único allí. Otros habían tenido la misma

idea, hindúes, blancos y también un chino. Éstos eran agitadores ocultos, duchos en psicología de las masas. Nunca se han sabido sus nombres. A pesar de que obraban por inspiración, sabían perfectamente lo que hacían. Uno se instaló en el puente, teniendo en la mano una granada persuasiva, mientras los otros interrogaban al capitán: calculando el carbón, los víveres, el agua y el material indispensable, ¿cuánto costaría un viaje hasta Europa?

—¿Y el regreso? —había preguntado el capitán—. Si el barco es aún capaz de hacerlo...

—No habrá regreso —había contestado el hombre de la granada.

Entonces llegó Ballan. Se reconocieron sin conocerse, se comprendieron sin ponerse de acuerdo, como iniciados. ¿Iniciados en qué? ¿De qué forma?

Los movimientos de multitudes espontáneos raras veces dejan de ser más o menos manipulados. Y en seguida se piensa en una especie de director de orquesta omnipotente, gran manipulador en jefe moviendo miles de hilos en todos los países del mundo y secundado por solistas geniales. Diríase que nada es más falso. En este mundo, víctima del desorden del espíritu, algunos entre los más inteligentes, generosos o dañinos, se agitan espontáneamente. Es su manera personal de combatir la duda y de escaparse de una condición humana cuyo equilibrio secular rechazan. Ignorando lo que reserva el porvenir, van a él, sin embargo, en una carrera loca que es una huida hacia delante y, en la marcha, destruyen todas las vías de retirada, las del pensamiento, evidentemente. Cada uno mueve sus propios hilos sujetos en los lóbulos de su cerebro y es precisamente ahí donde reside el misterio contemporáneo: todos esos hilos se juntan y proceden, sin haberse concertado, con la misma corriente de pensamiento. El mundo parece sometido, no a un director de orquesta identificado, sino a una nueva bestia apocalíptica, una especie de monstruo anónimo dotado de ubicuidad y que se habría jurado, en un primer tiempo, la destrucción de Occidente. La bestia no tiene plan preciso. Aprovecha las ocasiones que se presentan, y la multitud agolpada a orillas del Ganges no es sino la última ocasión hasta la fecha y, sin duda, la de mayores consecuencias. ¿Quizás es de origen divino, o, con mayor probabilidad, demoníaco? Este fenómeno, poco verosímil, nacido hace más de dos siglos, fue analizado por Dostoievski. También lo ha sido por Péguy, de otras formas, en su denuncia del «partido intelectual». Y, además, por uno de nuestros Papas anteriores, Paulo VI, abriendo por fin los ojos al ocaso de su pontificado y reconociendo la obra de Satán.

Nada detiene a la bestia. Todos lo saben, y ello engendra, en los iniciados, el triunfalismo del pensamiento, en tanto que aquellos que luchan todavía en sí mismos están sobrecogidos por la inutilidad del combate. Arcángel caído, Ballan reconoció en seguida a los servidores de la bestia y les ofreció sus servicios. También es una explicación.

Ballan ofreció el amasador de heces y su abominable hijo. Su poder sobre el gentío había alcanzado en tres días tales cimas, que éste hizo de la pareja vertical la guía indiscutible de la cruzada. Ballan se contentaba con seguir y escuchar al coprófago, si bien, entre perorata y perorata, le soplaba algunas ideas prácticas integradas acto seguido en el relato de la epopeya con una destreza asombrosa.

—Invadirán el *India Star* mañana mismo —había dicho el chino—. Están dispuestos a ello, pero aún no lo saben. Queda por hallar la idea de donde surge la evidencia.

—Habrá que pagar el carbón y los víveres —habían dicho los hindúes—. Las más pobres de nuestras mujeres siguen poseyendo algunas joyas. Nuestros hermanos más míseros guardan una rupia para los dioses. Poca cosa, en verdad. Pero poca cosa multiplicada por mil veces mil, suma carbón, arroz y agua hasta Europa. Están dispuestos a ello, pero queda por hallar la idea.

—De la idea me encargo yo —había respondido Ballan.

Posteriormente, no recordaría ya si realmente sugirió la idea, o si el coprófago la captó por transmisión de pensamiento. Un paria hindú analfabeto que citaba el Apocalipsis y el Evangelio y creaba el acontecimiento por la leyenda, podía igualmente leer en los pensamientos de un Ballan... El coprófago había dicho: «... después juntaron sus collares, sus diademas, sus brazaletes y sus sortijas y dijeron al capitán: "Es justo que te paguemos, toma esto y, tú que conoces todas las rutas del mundo, llévanos hoy al paraíso."» Las primeras cuestiones comenzaron desde antes del final del relato. Se colaron en la muchedumbre, calabacino en mano, todos los pequeños monstruos servidores del tótem. Desventurados más habituados a las injurias y los golpes que a la compasión y a la caridad, mendigos con calabacinos siempre vacíos, de manos tendidas a la nada, he aquí que volcaban a los pies del profeta escudillas colmadas y luego se iban, trotando con sus piernas zambas, hacia el gentío que llamaba: «¡Por aquí! ¡Por aquí!» Al ponerse aquello en marcha, los banqueros cogieron el asunto en sus manos. Improvisaron redes, organizaron el ejército de pedigüeños y, cosa

absolutamente increíble, ¡la multitud se fiaba de los banqueros! A la vista del oro y de las rupias que se amontonaban como arena de un gigantesco arenal, cada cual se reconoció actor de la leyenda. Y cuando el coprófago evocó a la flota de los dioses en las puertas de Occidente y describió al pueblo, cantando, en la cubierta del *India Star*, todos miraron al *India Star* y tendieron los brazos hacia el paraíso.

X

El coprófago fue el primero que embarcó, solo. Cuando la cabeza rígida del monstruo totémico comenzó a trazar su estela en la multitud, a la manera de un periscopio emergido, la multitud calló. Partiendo del muelle, el silencio se extendió como una onda sobre el barrio del puerto, hasta las calles alejadas donde los que iban llegando se aglutinaban sin parar en un gigantesco enjambre. Se vio la elevada cabeza del monstruo recorrer el costado del barco, luego la del coprófago y todos pudieron contemplar pronto a la pareja simbólica subiendo despacio por la escalerilla. Para los de las filas distantes y los que, más lejos aún, no veían nada, pero eran informados por los primeros de boca en boca, hasta llegar al extremo más alejado del enjambre, la ascensión del profeta se transformaba en levitación de un dios. El carácter divino del empeño ya no fue puesto en duda por nadie, si se exceptúan los pequeños comandos de agitadores que visitaban en el mismo momento todos los buques del puerto y de todos los demás puertos del Ganges. Pero Ballan se puso a dudar del valor de su ateísmo cuando oyó el súbito clamor del gentío. Arriba, en el puente de mando del *India Star*, el coprófago elevó ambas manos al cielo. Luego, asiendo a su hijo por los dos muñones que le servían de piernas, lo agitó muy alto, como una señal, y cada uno, en la inmensa multitud, creyó oírse llamar por su nombre.

No hubo batalla, pero la acometida causó muertes, rebabas sin importancia en la franja del oleaje. Los niños-monstruos embarcaron sin daño, pasando de mano en mano por encima del gentío. Pero los angostos pasos que formaban las pasarelas del *India Star* rebosaron en el agua oscura, entre barco y muelle, como canalones demasiado llenos. Muchos

fueron a reunirse, bajo los pilotes de madera, con los primeros conquistadores del nuevo paraíso. Así murió Ballan. Cuando los pequeños monstruos que lo rodeaban con la boca todavía pringosa a causa de los bombones con que él los atiborraba, fueron adoptados por la multitud en movimiento, Ballan intentó seguirlos. Su alejamiento rompió una especie de vínculo carnal y volvió a ser visto como un miembro de la raza blanca, rechazado por todos, tanto por los que lo conocían como por los que lo ignoraban. Ballan intentó meterse en la riada de cuerpos apretujados que subía por una de las pasarelas. La riada se convirtió en un muro erizado de brazos, puños tendidos, garras y mandíbulas que mostraban los dientes. Ballan se agarró a los saris, abrazó piernas que se sacudían en seguida para desasirse de él. Uno de sus ojos se cerró a causa de un puñetazo. La sangre que manaba de su cara surcada de chirlos se le metió en la boca. Entonces fue cuando oyó que se decía a sí mismo esta frase:

—¡Señor! Perdónalos, pues no saben lo que hacen.

Dicho lo cual, abrió los dedos que tenía crispados alrededor de una pantorrilla lisa, medio cortada, y se sintió caer, llevándose en la mano la consciencia de una carne ajena. Ballan murió muy rápidamente. Mientras se hundía en el agua oscura, recobró el amor y la añoranza por Occidente. Esta postrer convicción, en la que renegaba de sí por completo, le fue tan penosa que abrió deliberadamente la boca y aspiró la muerte con fruición.

XI

Aquel día y los días siguientes, en todos los puertos del Ganges, cien buques fueron invadidos de la misma forma con la complicidad de las tripulaciones y de los capitanes. Bastaba con que se presentase el coprófago y hablase a la multitud. Los informes de la Policía local anunciaban que había sido visto repetidas veces en el puente de mando de dos barcos a la vez, exactamente en el mismo instante, lo cual tendería más bien a demostrar que la Policía era presa del mismo delirio que la muchedumbre. La verdad era que, en aquella ciudad enloquecida, el torrente humano había destruido a su paso toda forma de autoridad. Tras recibir la orden de prohibir el

acceso al puerto, un regimiento especial arrojó sus armas al Ganges y se perdió en las profundidades de la multitud. Fue la única reacción del Gobierno afectado, y se arriesgó a ello sólo bajo la presión conjunta de todos los cónsules occidentales. Después, los ministros se escondieron en el fondo de sus quintas alejadas, los jefes de servicios se hicieron invisibles, todos, salvo uno, encargado de la Información, con quien el cónsul de Bélgica, decano del Cuerpo consular, consiguió hablar por teléfono todavía antes de que desapareciese a su vez. Aquel alto funcionario, hombre culto, parecía extrañamente dueño de sí mismo, como si nada fuese más normal que aquel alud hacia Occidente:

—¿Por qué obstinarse, querido amigo, en esperar que el Gobierno conserve todavía algún poder sobre el acontecimiento? Lo que pasa en los muelles no es más que la franja visible del fenómeno, como la lava que surge del volcán o, mejor, como la ola que rompe en una playa, empujada por otra ola, a su vez proyectada por otra y así sucesivamente desde la tempestad original. Primero revienta la multitud miserable esa que ha visto usted atacando a los barcos, cuya desdicha familiar ni siquiera le asustaba ya, pero detrás de ella, ¿sabe cuál es la segunda ola? La mitad del país se ha puesto en camino y no le sorprenderá a usted enterarse de que miles de personas jóvenes y hermosas, no hambrientas todavía, se han unido al movimiento. La segunda ola, querido amigo, es la de la belleza. Lo que Dios ha creado de más perfecto en el mundo, ¿acaso no es el hombre y la mujer de este país? Las estatuas desnudas de nuestros templos se han echado a las carreteras y descienden hacia el puerto. Pues ya es hora de que los hombres feos sean humillados por la belleza. Detrás, avanza la tercera ola: el miedo. Y detrás del mismo, el hambre. ¡Cinco millones de muertos, querido amigo, desde hace dos meses! Otra ola se llama la inundación, y bajo la inundación, un país asolado donde todas las cosechas están perdidas y la tierra destrozada por cinco años. Y sobre esa tierra en ola más lejana, la guerra y, antes de esa guerra, más carestías y más millones de muertos precediendo a otra ola más próxima a la tempestad, la de la vergüenza del tiempo que Occidente ocupaba estos países... Pero siempre, llevado por todas esas olas, ese pueblo que copula en el gozo de los cuerpos y de las almas para engendrar otros millones de muertos: ahí se encuentra el centro oculto de la tempestad. Pues no es una tempestad, es la vida triunfante. Ya no hay un Tercer Mundo, he aquí una palabra que habéis inventado para mantener vuestras distancias. Hay el

mundo a secas, y ese mundo será sumergido por la vida. Mi país no es más que un río de esperma que acaba bruscamente de cambiar de cauce y discurre hacia Occidente.

Como la mano que sostenía el teléfono estaba cerca de su nariz, el cónsul olfateó maquinalmente. Se acordaba de los apretones de manos de su interlocutor —ambos se veían a menudo, en cócteles o conferencias de Prensa— que impregnaban su palma y sus dedos de un perfume tan denso y tenaz que eran menester veinte lavados con jabón de colada y tres días para borrar su olor. «¡Eso apesta a Oriente!», se decía entonces el cónsul, restregándose las manos bajo el grifo de su lavabo. Tal vez el otro hiciera la misma observación, en el mismo momento, lavándose igualmente las manos por vigésima vez: «¡Pero si eso apesta a Occidente!»

—¡Una pregunta, querido amigo! —exclamó de pronto el cónsul—. ¿Con qué se perfuma usted?

El otro soltó una especie de hipo de extrañeza y luego una risita, como si comprendiese el sentido oculto de la pregunta. Y lo comprendía, pues era un hombre sutil:

—¿Considera usted, mi querido cónsul, que en las circunstancias por que atravesamos, esa pregunta tiene mucha importancia?

—Francamente —respondió el cónsul riéndose a su vez—, creo que nada puede tener tanta importancia en este momento.

—Entonces, voy a contestarle: no me perfumo. No me perfumo nunca. Pregunta por pregunta: ¿y usted?

—Yo tampoco —contestó el cónsul—. No me perfumo nunca.

—Lo sospechaba.

—Yo también lo sospechaba —dijo el cónsul.

Hubo un silencio, en el que uno y otro dejaron de reír.

—Aparte esa comprobación esencial —dijo entonces el cónsul—, que me bastaría enviar por telégrafo a mi Gobierno para satisfacer sus apremiantes demandas de explicación, aparte eso, nuestra conversación ya no sirve para nada. Me lo esperaba. Habéis buscado, como siempre, buenas razones filosóficas a vuestra incuria congénita. Es usted un hombre inteligente. Este país rebosa de hombres inteligentes. ¡Eso lo sabía usted, sin embargo! ¡Su exposición es perfecta! Hambres, guerras, inundaciones, epidemias, demografía galopante, superstición, pujanza de los mitos, peso del número, todo está en ella. Sin necesidad de ordenador para prever el porvenir, aunque también tengáis ordenadores... ¡Todas esas olas tan

bien descritas, las habéis visto venir. ¿Y qué habéis hecho? Nada.

—¡Se pone usted desagradable, querido amigo! Lo perdono porque siente miedo. Como hombre inteligente que es, le devolveré cumplido por cumplido. Y también porque, dentro de cinco minutos, habré colgado el teléfono y lo habré dejado plantado, con su porvenir de occidental detrás, del cual el último de los parias como yo mismo nos burlamos completamente. ¿Sabe cómo, sin verlo, voy a decirle adiós y dejarlo que se las apañe? ¡Con un bonito palmo de narices! Si mi Gobierno se interesase aún por algo en este momento, sería la única conclusión clara y concisa de la cual debería informarle. ¿No hemos hecho nada, dice? ¿Y vosotros? ¡Sabe Dios que hemos pedido socorro, pero eso no bastaba! Esperabais que nos arrastrásemos por el suelo, a vuestros pies. Por lo demás, eso no habría cambiado nada. La opinión mundial, la única que contaba, es decir, la vuestra, estaba perfectamente prevenida. ¡Cuántas veces, ejerciendo mi cargo en Londres o en París, no habré tomado whisky entre amigos contemplando a mi pueblo morir en vuestras pantallas de televisión! Abría vuestros excelentes periódicos y leía cosas de este género, escritas por personas que estaban en lo cierto, pero a quienes ello no les quitaba ni el sueño ni el apetito: «La conciencia humanitaria de los países ricos no parece alterarse demasiado por los sufrimientos soportados en tantos pueblos del Tercer Mundo, etc. La ayuda de Occidente y de los organismos de la ONU es irrisoria en relación con las necesidades, etc. El problema fundamental, el del porvenir del Tercer Mundo, etc. Vosotros sabéis leer, no sois sordos. Va para diez años que os repiten eso en todos los tonos, pero son especialistas en remordimientos quienes os lo dicen. En vuestros países abundan mucho, y todo lo que hacéis es ofreceros remordimientos rogando a no sé quién que eso siga así el mayor tiempo posible. En Occidente hubierais debido conservar vuestro desprecio férreo. Quizás os habría mantenido más eficaces. Algo irremediable está en curso, y si se ve su final, nadie se opondrá a ello. Ni siquiera entre vosotros, lo cual es buena prueba de vuestra decadencia.

—No tengo remordimientos —dijo el cónsul—. Tampoco siento desprecio. Y si en este momento tengo miedo, lo cual es cierto, en verdad es el único sentimiento humano que vuestro país me inspira. Por esto voy a poner término a ese miedo cumpliendo tontamente mi deber. ¿Lo veré en el puerto?

—Está usted de broma, mi querido cónsul...

Hubo una risa, en efecto, y la conversación que-

dó cortada. A partir de aquel momento y hasta la salida de la flota, todos aquellos que ostentaban alguna responsabilidad en el Gobierno del Ganges se diluyeron en el silencio y la ausencia.

XII

Más tarde, cuando la flota hubo zarpado y la opinión mundial se enteró a la vez de su partida y de las circunstancias de la muerte del cónsul, no hubo ninguna voz para aprobarlo o comprenderlo. Sin consideración para el hombrecillo del que sólo quedaba un charco de sangre a orillas del Ganges, tras el pisoteo de su cuerpo por el gentío, se hablaba de «la ridícula calaverada del cónsul Himmans»: la palabra trágica, que hubiera encajado mejor, no pasaba la garganta de los antirracistas que entonces llevaban la voz cantante. Trágica era la flota, trágicos sus pasajeros, pero el cónsul había sido ridículo. El único editorialista que se acercaba a la verdad lo hizo en el tono del humor triste. Tituló su artículo: «La última de las cañoneras o el fin de una política.» Citando las principales intervenciones armadas de Occidente en los pueblos antaño inferiores, medía su debilitamiento progresivo hasta aquel único tiro de fusil simbólico que disparó el pequeño cónsul en nombre de una superioridad perdida.

Cuando menos en sus formas externas, «la calaverada» del pequeño cónsul fue una especie de dibujo acabado a posteriori, una suma desglosada, síntesis y conclusión, algo tan puro y perfecto como el último cuadro de un pintor demasiado célebre que traza una simple línea o un punto en el lienzo, declarando que ahí está su obra maestra. Al pequeño cónsul no le gustaba presumir. No buscaba referencias ni modelos, no tenía pretensiones épicas ni era teatral y, sin embargo, su muerte constituyó una excelente representación. Su ejército, por ejemplo, reducido a un solo hombre, el fiel sikh, sólo era un ejército simbólico de teatro, comparsa astroso y famélico cruzando el escenario con paso torpe, sosteniendo una pancarta en la que el público podía leer: «Ejército del señor cónsul de Occidente.» Y debe asimismo señalarse que el ejército del cónsul respetaba las viejas tradiciones que cimentaron la grandeza y la potencia de Occidente fuera de sus muros: era

un ejército indígena, condicionado a odiar al indígena como el perro del hombre blanco odia al hombre negro. Que ese ejército de alma mercenaria, que ocupó dilatados imperios, a través del mundo, al servicio de los dominadores de Occidente, quedase reducido a un solo hombre, era lo que lo hacía más significativo aún. El pequeño cónsul se presentó, pues, solo, flacucho, con su short estilo inglés y su camisa de manga corta que flotaba sobre un pecho gris y hundido, seguido por un solo soldado, ante un millón de salvajes gesticulantes. No es que hubiese, en aquella multitud ya descrita, un solo ser que fuese salvaje y gesticulase de forma primitiva, sino sencillamente porque, en todas las bonitas historias de conquistadores occidentales, desde Cortés y Pizarro hasta el casaca roja, el hombre blanco avanza solo, o casi, y pone en fuga por su sola presencia a la horda desencadenada que lo amenaza. Hacía mucho tiempo que el encantamiento ya no surtía efecto. El pequeño cónsul fue igual a un prestidigitador viejo y cansado, seguro de ir a fallar su número y que falla, pero, de todos modos, lo ha intentado en público, no por el honor o algo parecido, sino porque un prestidigitador fracasado se debe a sí mismo un final lógico, aunque sea ridículo, y un occidental se debe también un final grotesco, cara el público que lo aplaudía poco tiempo antes. Pues lo grotesco es la única solución razonable cuando la grandeza ya no es reconocida por todos. ¡Y qué más da! Los bufones eran más inteligentes que los reyes. En este mundo de nuevos reyes oscuros, el blanco será el bufón, eso es todo.

Al frente de su ejército, el pequeño cónsul hizo su entrada en los muelles del puerto, en pleno mediodía. Decir que el ejército daba muestras de una moral desastrosa estaría por debajo de la verdad. El ejército se descomponía. Su viejo fusil temblaba al ritmo de su miedo. Pero absteniéndose de reflexionar y sincronizando sus pasos de autómata con los pasos de su general de rodillas cadavéricas, produjo aún un efecto de sorpresa suficiente: cabeza erguida, según los reglamentos de la compostura belga a la inglesa, ojos inexpresivos —¡sobre todo no mirar!— para que la multitud le abriese paso. La multitud se doraba al sol y el cónsul olfateó. Luego se sacó del bolsillo un gran pañuelo blanco y se lo anudó en torno de la boca y la nariz, a la manera de los legionarios de Bugeaud. Sin duda aquel gesto de repulsión instintiva, es decir, ni razonada ni deliberada, fue considerada como hostil por aquellos de las primeras filas de la muchedumbre que lo vieron, lo comprendieron así y lo contaron acto seguido a las

segundas, que lo tradujeron a las siguientes, hasta lo más profundo del agolpamiento, del que pronto se elevó un clamor de muerte. El ejército cerró filas, es decir, que el sikh apretó las nalgas y sintió el sudor frío que le corría a lo largo de sus muslos, mientras el cañón de su fusil se movía de manera desordenada hacia un cielo de puños levantados. El cónsul alcanzó por fin el muelle caminando por el interior de una senda humana que apenas se apartaba a su paso. Un gran barco se encontraba allí, casi tan grande como el *India Star*, unido a tierra por tres pasarelas por las que subían marabuntas humanas. Al pie de una de las pasarelas, de espaldas al gentío, con el rostro vuelto hacia alta mar, un hombre blanco, de aspecto triste, alzaba los brazos.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el cónsul al obispo—. ¿Cree llegado el momento de que seamos dos moribundos en desacuerdo?

El obispo sonrió y terminó su gesto:

—Parece usted un Cristo muerto —añadió el cónsul—. He perdido mi empleo, pero me doy cuenta de ello. Ésta es la diferencia entre nosotros, pues usted mantiene sus ilusiones, en nombre de un Dios insensato que sólo existe en su mente. Mire usted ya, por una vez y en serio, ese hormiguero que nos rodea y concluya francamente. No es usted más que un apóstol ciego, sordo e inútil. No representa nada para esa muchedumbre, en tanto que yo, dentro de algunos instantes y por un instante, al menos voy a existir con relación a ellos. Está usted efectivamente solo, monseñor. Todas esas gentes lo miran sin comprender y, sin embargo, acaba usted de bendecirlas. Pues eso es lo que ha hecho usted, ¿verdad? ¿Es lo que se ha atrevido a hacer?

—En efecto —dijo el obispo—. Soy prefecto apostólico del Ganges y he aquí que mi diócesis se va. Le deseo buen viaje y rezo para que Dios acuda en su auxilio.

—¡Lamentable fraseología! —exclamó el cónsul—. ¡Por muy obispo que sea, es usted en verdad un cura! Antes, se hacían obispos con obispos-natos y los curas seguían siendo curas. Ahora se mezclan los géneros y nadie está ya en su sitio. ¿Qué cree atrapar con un pensamiento tan anodino? ¡Como si el Ganges hubiese tenido alguna vez necesidad de obispo! ¿Y cree usted que Dios va a ayudar a esa chusma? El suyo, quizá, pero no el mío, con seguridad.

Verde de miedo, el sikh se agitaba de forma completamente desordenada. Se volvía hacia los dos hombres que conversaban tranquilamente, solos en aquel salón recortado en el gentío, luego giraba a toda velocidad como una torreta de carro en un filme de

risa, el cañón de su fusil rozando los rostros hacinados. Tras lo cual finalizaba su rotación frente al cónsul, derviche inquieto asediado por el pánico, esperando que, al próximo giro, su amo acabaría por oírle:

—¡Cónsul Sahib! ¡Hay que marcharse! ¡Ya no doy miedo a nadie! Ahora están demasiado cerca. Dentro de algunos segundos usted tampoco dará miedo y no saldremos vivos de aquí. ¡Cónsul Sahib! ¡Soy un antiguo servidor de Bélgica, pero, por el amor del cielo, sálveme!

—¿Tienes una bala en tu cañón?

—No, cónsul Sahib. ¿De qué serviría?

—¡Pues bien! ¡Mete una, imbécil!

¡Vergüenza para los tropas sikh, viejas glorias de los imperios! A la quinta tentativa, la orden fue finalmente cumplida por un guerrero venido a menos, una especie de borrachín que temblaba de la barba al turbante, incapaz de encontrar el ojo de la cerradura con su llave. Entonces fue cuando el obispo respondió al cónsul:

—¿La ayuda de Dios...? ¡Escuche! ¡Dios los ayuda, pues he aquí que lo imposible se cumple: zarpan!

La sirena del *India Star* produjo un aullido tan trágico que hubiera hecho estremecer a cualquier capitán vagamente supersticioso. Sugirió la idea de un gigante sordomudo martirizando sin oírse, en el colmo del orgasmo, sus cuerdas vocales descompuestas. Hubo primeramente breves intentos, sonidos muy agudos y muy graves, entrecortados, desordenados. Luego todo ello se fundió en un soplido inmenso donde cada nota de la gama desgarraba a su vecina sin lograr ahogarla. Acribillado de agujeros desiguales por la herrumbre, el tubo del órgano del *India Star* cantó su último oficio, tras lo cual reventó, en el mismo instante en que, en el puente, el monstruotótem cerraba su boca sin dientes. A bordo del *Calcutta Star*, atracado en el muelle, estrella podrida de una ciudad en putrefacción, el capitán hacía grandes gestos a los marineros del portalón. Se había puesto una túnica de peregrino, pero conservaba su gorra galoneada, lo cual le daba al aspecto de un títere. Dos portalones fueron levantados. En la cima del tercero, al pie del cual había tomado posición el pequeño cónsul de Occidente y su ejército, un rincón de cubierta vacío aún parecía, al gentío que esperaba en el muelle, poderlo contener entero. Entonces la multitud se puso en movimiento, despacio, colectivamente, como un enorme animal con un millón de patas y cien cabezas alineadas, la más próxima de las cuales, hermosa cabeza de joven inspirado cuyos

ojos brillantes le comían todo el rostro, fue a topar con la frente en el cañón irrisorio de la artillería occidental.

—¡Fuego! —ordenó el cónsul.

Era una palabra que nunca había usado. Sin duda, la pronunciaba por primera vez y le extrañó mucho. En el instante de su muerte, el pequeño cónsul descubría con deleite el folklore militar. ¡Fuego! ¡Y he aquí, Majestad, una colonia más a vuestros pies! ¡Fuego! ¡Los canacos se rinden, izad los tres colores! ¡Fuego! ¡El sultán de Patacauet implora la protección de la República! ¡Fuego y fuego! En los paredones del patio fortificado de los borch, se desploman los canallas rebeldes, pues nosotros somos grandes y generosos, pero... ¡Fuego! El cónsul despertó de su sueño: no salió ningún tiro y el ejército retrocedió.

—¿A qué esperas para disparar, imbécil?

El ejército desertó de la manera más cobarde, en la derrota, como de costumbre. ¡Dios nos dé, un día, ejércitos victoriosos que deserten de pronto ante el enemigo vencido! Y nos los dará, seguro, si hace caso a todos los calamitosos que se han apropiado de su nombre. El sikh abandonó el fusil en manos del cónsul y se zambulló en el Ganges.

—Usted no dispara, ¿verdad? —preguntó el obispo.

—Voy a disparar y voy a matar —dijo el cónsul, cuyo cañón de fusil, firmemente levantado, se encontró de nuevo a la altura de los ojos rasgados del animal-multitud.

—¿En nombre de qué? —preguntó el obispo.

Desde hacía algunos instantes, el cónsul no quitaba ojo a los ojos del hermoso joven cetrino. El empujón del gentío marcaba una ligera pausa, la última.

—¿Qué cree que voy a contestarle? ¿Por la gloria? ¿Por el honor? ¿Por los principios? ¿Por la civilización cristiana? ¿Por no sé qué más? Nada de eso. Voy a apagar esa mirada porque me da la gana. No reconozco por hermano a ninguno de esos miles de marcianos. ¡No soy solidario y, por una vez, voy a demostrármelo!

Y disparó. Así desapareció, un agujero sangriento entre los dos ojos, una de las cien cabezas del animal, la cual volvió a crecer acto seguido en forma de un rostro negro macizo de mandíbulas poderosas, cuya mirada estaba cargada de odio. El cónsul fue derribado al suelo, casi desnucado, molido a golpes. El obispo se inclinó sobre el flaco cuerpo tendido.

—En nombre de Dios, yo le perdono —dijo el obispo.

—En nombre de Dios, yo le mando a la porra —dijo el cónsul.

Entonces avanzaron las cien cabezas, mientras el animal en movimiento se adelgazaba conforme a las dimensiones de la escala del portalón y trepaba, con sus millares de patas, hasta la cubierta del *Calcutta Star*. Arrastrado por el oleaje, absorbido, digerido, el obispo se encontró levantado hasta la cubierta del buque, donde la marea humana lo depositó, vivo pero flojo como un náufrago milagrosamente varado en la arena de una isla desconocida, por haber perdido en aquella opacidad carnal, en la muchedumbre en estado de sudación mística, casi toda consciencia de su identidad. Cuando el *Calcutta Star* salió del puerto, el obispo creyó ver en el muelle desierto, a orillas del Ganges, cómo brillaba un charco de sangre que lamían veinte perros abandonados, mientras otros cien perros acudían por las calles vacías para unirse al festín. «¡Verdaderamente! ¿Eso es de veras lo que queda del cónsul?», fue el único pensamiento que consiguió abrirse paso en su mente. Le pareció que, con su lengua, uno de los perros trazaba palabras en la sangre. Desde el barco que se alejaba no podía leerlas, ni siquiera darse cuenta de si eran verdaderamente palabras aunque hubiese creído, un instante, distinguir sílabas latinas. En la cubierta, día tras día, tetanizado *in situ* en la desagradable posición en cuclillas propia del yogi, se atormentó el cerebro al ritmo del agua deslizándose a lo largo de la quilla del barco, para tratar de descubrir lo que no había registrado su retina, y perdió la razón.

XIII

Al salir del Ganges, las aguas rojas del delta se diluyeron de golpe en el vasto golfo de Bengala y los cien barcos de la flota inmigrante pusieron rumbo lentamente al Sudoeste, hacia el estrecho de Ceilán. Los capitanes debían ajustar su andadura de enfermo al de un barco moribundo, el más mísero de todos, lisiado sin piernas de aquel patio de Monipodio flotante, un gran remolcador fluvial acostumbrado a las aguas lisas. Su proa baja, blanqueada de peregrinos hacinados, como en toda la cubierta del barco, se hundía bajo cada ola, pagando al mar un

tributo de ahogados supernumerarios arrebatados por el oleaje. Así, cual un Pulgarcito achacoso y fatigado en la cola del convoy, marcaba con guijarros humanos un camino sin retorno. En el *India Star*, que iba en cabeza, la gorra del capitán había cambiado de dueño y cubría un muñón calvo. Con la frente ceñida por cuatro galones dorados, los ojos fijos y sin párpados resguardados del sol por la visera de charol, el monstruo mandaba el barco y la flota. Los mandaba a la manera de un oráculo consultado antes de cada decisión grave. Sólo se debían interpretar los destellos de su mirada. Más tarde, se cayó en la cuenta, cosa extraña, de que el destino de la flota, en varias circunstancias, resultó por ello felizmente modificado.

En el viaje hubo comparsas. Se volvieron comparsas desde el toque de sirena del *India Star*, sorprendidísimos de quedar reducidos a ese estado. Rechazados por ostracismo, odio racial o indiferencia esencial, indiferencia sobre todo, se encontraron, prisioneros libres, encerrados por murallas humanas en lo más profundo de los entrepuentes inferiores, o en los tabucos oscuros y recalentados próximos a las salas de máquinas. Había allí, extranjeros olvidados como los cautivos de una expedición victoriosa y destinados únicamente al triunfo final, no sólo algunos chinos postrados, sino también blancos. En cuclillas, agrupados como tribus primitivas, solos y hambrientos, hablaban. Hablaron durante ocho días. El fenómeno en el cual habían participado y del que eran testigos inútiles, les sumía en éxtasis intelectuales, exacerbados por el agotamiento, en los cuales cada cual reconstruía un mundo nuevo como en las páginas frías de cualquier semanario de la izquierda occidental. Poco faltaba para que, a despecho de su miseria presente, firmasen sus parrafadas como peticiones sin peligro, congratulándose, y se devolviesen, como una pelota cómplice, sus nombres, su fe y sus principios, cosas todas de tan escasa importancia cuando uno se consume en la oscuridad de los pañoles. Como no tenían nada que llevarse a la boca, desgarraban Occidente con la voz. El hambre los volvía malvados. Ya se veían, reconocidos como buenos apóstoles, guiando los primeros pasos de la muchedumbre en tierra occidental. Uno echaba a los enfermos de nuestros hospitales para acostar entre sábanas blancas a leprosos y coléricos. Otro poblaba de niños-monstruo nuestros parvularios más alegres. Otro predicaba la cópula general en nombre de la futura raza única, «lo cual sería fácil, añadía, porque las pieles contrarias se atraen» y ése, por lo menos, sabía lo que se decía. Otro más entregaba

los supermercados al ejército de los desharrapados cetrinos: «¡Te imaginas el resultado! Cientos de mujeres y de niños sueltos en esas mantequerías gigantes, saciados, felices y rompiéndolo todo...» De vez en cuando, una de aquellas lenguas viperinas interrumpía su movimiento y lamía la pared de hierro, donde la humedad condensada rezumaba en gotas de agua dulce. «Nada que beber —dijo el escritor renegado—, ¡desventurados! ¡Mundo putrefacto! Disponte a compartir tus manantiales. El aguador de cuello torcido nadará en tus bañeras colmadas, quizá se volverá loco en ellas calculando esa masa líquida repartida en tinas colgadas en los dos extremos del yugo, y tú, ¡llamarás a tu propia puerta para implorar un vaso de agua...!» Tras lo cual, se desplomó y ya no dijo palabra. El noveno día, callaron uno después de otro, militantes comprometidos, misioneros laicos, sacerdotes enemigos de la Iglesia, pedantes idealistas, pensadores activistas, todos los duros del antimundo embarcados en la flota. A veces, uno de ellos se levantaba y se abrevaba en la muralla de hierro, pero toda voluntad de diálogo se había hundido en el abatimiento. Sobrevivieron. Un niño les llevaba arroz, guiado sin duda por el recuerdo de los bombones pringosos de Ballan...

Cuando la flota se metió en el estrecho de Ceilán, para bordear la punta de la India y subir hacia el Noroeste, en dirección al mar Rojo y Suez, el mundo entero descubrió de pronto su importancia y su realidad. Fluyeron entonces, de las bocas de todas las cabezas pensantes, oleadas de palabras radiodifundidas, ríos de frases televisadas, océanos tipografiados.

XIV

«...En un telegrama que acaba de llegarnos de París, el Gobierno francés confirma que en los cuatro departamentos costeros ha sido decretado el estado de emergencia y que refuerzos de tropas se encaminan hacia el Sur. Por otra parte, el presidente de la República francesa dirigirá un llamamiento solemne a la nación esta noche, a las doce, hora de París. El Gobierno soviético ha decidido hacer públicos los términos de ese llamamiento tan pronto hayan sido examinados por el Pleno del Comité central del Partido

actualmente reunido en Moscú en sesión extraordinaria.»

—Y yo, héroe de la Unión Soviética, general de Artillería, cadete-granadero de Stalingrado, comandante en jefe de la margen norte del río Amur, declaro que van a hacer de mí, a un año de mi retiro, ¡un asesino de mujeres y de niños! El único problema verdadero, Zackarov, será calcular exactamente la cantidad de botellas de vodka que deberemos vaciar para poder disparar alegremente contra todos esos chinos que se nos presenten vestidos con uniforme militar. ¿Cuál es nuestra situación ahí enfrente?

El coronel Zackarov respondió sin volverse. Por la aspillera del blocao de mando, examinaba, con el goniómetro, la especie de mitin silencioso que los chinos celebraban desde por la mañana en la margen sur del río Amur.

—¡Estamos perdidos, mi general! ¡Nos habían avisado, pero resulta increíble! Todos sentados en cuclillas, a ras del suelo y alineados. En profundidad, eso no tiene fin. Parece un koljós gigante donde se practicase el cultivo intensivo de los chinos. A la derecha los niños, en el centro las mujeres, a la izquierda los jóvenes, y detrás, los hombres. Visto de aquí, contándolos como coles, por bancales, al menos dos o tres millones, parece ser. ¡Y siguen llegando sin parar! ¿Rellenarán el río con sus cuerpos o es que todos saben nadar?

—Los chinos nadan al nacer, como los perros —dijo el general—. Siga mirando, usted es mis ojos. Yo, no quiero verlos. Jamás pude matar a un animal que mirase a la cara. Pero no se enternezca demasiado para con esos encantadores chavales, esos lozanos jóvenes y esas hembras indefensas. Cuando disparemos a bulto, puede estar seguro de que los que mueran se las arreglarán para expirar de manera teatral propia para impresionarnos, con una buena mirada bien tramada en sus ojos fijos. Los heridos se retorcerán de dolor a nuestros pies como no ha visto usted nunca agitarse un herido. Y todo eso aprendido en veinte lecciones, con sesiones de adiestramiento colectivo e instructores especialistas en simulación. Adoran eso. Los que sufran con más intensidad dramática resultarán probablemente intactos, sin el menor rasguño. Ya no se distinguirán los verdaderos heridos de los fingidos. ¡Ah! ¡No nos aburriremos en la ópera china! ¿Qué están haciendo?

—No se mueven. No charlan. No cantan. No se ríen. No hacen nada en absoluto. Desde esta mañana, no he visto a ninguno que comiese algo, o que moviese los carrillos. Hay un detalle que me intriga:

¿acaso se hacen pis en los talones?

—A la voz de mando: no —dijo el general—, los chinos no comen, no beben, no orinan, no copulan, no piensan. Alárgueme la botella de vodka. Esos tíos me echan la moral por los suelos.

—Mi general, veo también camiones cada cien metros, con altavoces vueltos hacia nosotros.

—Evidentemente —dijo el general—. Y en cada uno de esos camiones hay un cochino chinito que habla ruso y que se toma por una diva de melodrama. ¡Sólo con oírlo, vamos a sollozar todos! Camaradas proletarios de la gran Unión Soviética, ha llegado el tiempo de restituir al pueblo chino, en el amor y la fraternidad, esas tierras siberianas que forman parte de su patrimonio sagrado. Son nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestros campesinos desarmados los que vienen, como hermanos hacia sus hermanos, a abriros los ojos a la verdad y reclamar justicia. No disparéis. Estamos indefensos. Es el pueblo humilde que se acerca... y patatín patatán. ¡No se habla impunemente de pueblo humilde a otro pueblo humilde al cual sólo se habla de humilde pueblo desde hace más de sesenta años! ¡Existe el peligro de que eso convenza a más de uno, ya lo verá usted! Y nos encontramos en el Ural, con un ejército desarmado de horrorosos pequeños ancianos de diez años y destripaterrones amarillos pisándonos los talones. ¡Alárgueme la botella, para que les dibuje cuellos de uniforme y galones!

—En lo que le concierne, tengo confianza —dijo el coronel—. Recuerdo que el vodka, en Berlín, transformaba en panzer-granaderos de la SS a rebaños de jóvenes alemanes. Pero aquí tiene usted doscientos mil hombres a sus órdenes. Si se da orden de disparar, ¿será menester entonces emborrachar a doscientos mil hombres?

—Eso ya se habría visto. Los ejércitos de Pedro *el Grande* no paraban de emborracharse. Los marinos del *Potemkin* eran infames borrachines. Stalin dictaba sus mejores planes de batalla desde debajo de la mesa adonde rodaba cada noche. Lo he pensado. Pero el guerrero embriagado ya no tiene derecho de ciudadanía en este mundo viscoso de fraternidad. El guerrero a secas, tampoco, por lo demás. El gran andrógino es señor de todos nosotros. ¡Y no se le puede siquiera castrar!

—¿Cómo dice usted? —preguntó el coronel.

—¡Proletario analfabeto! Hablo de la conciencia universal, evidentemente. Imagine su espanto ante una noticia de ese género: un ejército ruso borracho extermina a cinco millones de niños, de mujeres y de campesinos inermes. De todas formas, si los fran-

ceses deciden disparar, los de enfrente no se moverán, por falta de precedente favorable. Pero no creo que los franceses sean capaces de ello. Siempre han sido los hijos queridos de alguna cosa, de la Iglesia, de la razón, del amor, de la revolución; ahora lo son del andrógino. ¡Esos niños tan monos! Así es que dispararemos nosotros. Porque el mujik en salsa proletaria, felizmente, ha seguido siendo lo que era: un noble bruto no demasiado agobiado por estados de ánimo. La dictadura cultural tiene su lado bueno. Yo conseguiría una caza de quinientos a setecientos mil chinos, pero en ayunas, desgraciadamente, hasta el mujik se cansa de chapotear en la sangre.

El general cerró los ojos y se frotó los párpados, como si se quitase una profunda fatiga.

—Zackarov —pidió con una voz distinta—, dígame una vez más lo que ve. ¿Son verdaderamente mujeres y niños? ¿Mujeres con senos, cuello delgado, muñecas finas, pantalón ceñido sobre el triángulo del sexo? ¿Niños con ojos que se les comen la cara y muy serios? ¿Sabe usted, Zackarov, lo serios que saben ser los niños cuando han decidido serlo y cómo van hasta el fin de las cosas?

—¡Mujeres y niños, eso sí! Para el resto, mi general, debería usted darle de firme al vodka, como en Berlín.

De la margen sur se elevó, metálica, formidable, la voz del chinito de melodrama declamando las primeras parrafadas de su texto:

—Camaradas proletarios de la gran Unión Soviética...

—Ahí está —dijo el general—. Es lo que antaño se llamaba una preparación de artillería. Hoy: machaqueo con patrañas. Es hora de que dejemos este mundo, Zackarov, temo que ya no nos necesite.

En el río, la voz monstruosa cruzaba de una a otra orilla:

—Tenéis ante vosotros mujeres, niños y campesinos desarmados que acuden, como hermanos hacia sus hermanos, para abriros los ojos a la verdad. Cuando nos pongamos en marcha para cruzar el río, no disparéis. Nos presentamos indefensos. Es el pueblo humilde que avanza...

—¿Qué hora es, Zackarov?

—Las tres y diez, mi general.

—Las doce y diez de la noche en París. Eso significa que allí, su Presidente acaba de terminar de hablar y que Pekín se ha decidido acto seguido. Tenemos para toda la tarde y toda la noche hasta el alba. Pida al mariscal la autorización de hacer callar a esos altavoces.

—Autorización denegada —dijo Zackarov colgando el teléfono rojo del escritorio del general—. No se debe derramar ni una gota de sangre sin la orden confirmada del Kremlin.

—¿Y eso le causa risa a usted? No comprende que esos charlatanes de Moscú han optado por deliberar en nombre de un montón de principios de los cuales se creen custodios. Estamos cogidos entre dos fuegos verbales. Es malo para el soldado. Van a hacerle fallar.

—Me río porque el mariscal ha añadido algo. Le recomienda que no haya confusión: «se refiere a la sangre, no al vodka».

—¡También él! —exclamó el general—. Debe de preguntarse en serio qué diantre hacía en China, tras la primera guerra. Si le hubiese usted conocido entonces: ¡uno de nuestros más feroces agitadores políticos! ¡Que el remordimiento le asfixie! Al amanecer, ¡qué cogorza grandiosa, viejo camarada! ¡Santa Rusia —añadió el general alzando el puño—, somos tres borrachines lúcidos, para servirte! ¡Bebamos, Zackarov! Y ciérreme los postigos de esa aspillera, para que deje de oír a ese vociferador. Tiene el tono irritante de un pope. Desde que todos los curas del mundo se han armado de un micro o de una pluma, ni siquiera sirve ya beber. Vivimos en la Era de los curas, Zackarov. Cada país segrega miles de curas laicos voluntarios que intoxican a millones de imbéciles. Hay inflación de evangelios, en la gran vomitona humanitaria. ¡Vamos, Zackarov! ¡Marche! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Paso de parada! ¡Cabeza erguida! ¡Mirada al frente, estúpido!

—Si usted lo permite, mi general, primero voy a tomarme una copa. Veo que la velada no ha hecho sino empezar...

XV

Decir que la noticia de la partida de la Flota, cuando fue conocida y publicada, inquietó seriamente al mundo occidental, sería, de entrada, contrario a la verdad. Por eso tanta gente, acto seguido, untó, con complacencia y talento, sus rebanadas con la nata segregada de su cerebro. Las «vacas lecheras» del pensamiento occidental contemporáneo se prestaron meneando el rabo al ordeño cotidiano, tanto más ale-

gremente cuanto que nada demostraba, por el momento, que se estuviese en presencia de un problema grave. Si se quiere comprender algo de la opinión occidental, cara a la flota inmigrante o cara a cualquier otra cosa de una naturaleza extraña, hay que empaparse de una noción esencial, a saber, que todo le importa un pito. Resulta curioso comprobarlo, pero su inmensa ignorancia, la apatía de sus reacciones, la vanidad crasa y el mal gusto de sus impulsos cada vez más escasos, no hacen sino aumentar al ritmo de la información que recibe. ¡Oh! ¡Desde luego! Se ofrece estados de ánimo yendo al cine y se conmueve con la novela de la tele, espontáneamente o merced a la obra de profesionales. El espectáculo del mundo, servido a domicilio por la prostituta llamada *Mass Media*, viene simplemente a animar la nada donde está sumida hace mucho tiempo. Quien cree pensar no hace sino salivar ante el acontecimiento. A nuestra vez, no escupamos sobre esa saliva. Babeada a la hora de las informaciones o de la lectura de los periódicos, demuestra que hay un juego aparente del pensamiento, como la saliva del perro de Pavlov establecía el mecanismo del instinto. La opinión anima su inercia. Se cree en serio que un occidental medio cualquiera, confrontado con los grandes movimientos del mundo, al salir de la fábrica o de la oficina, no consigue otra cosa que una interrupción provisional del aburrimiento monumental donde se mueve. El Pacto mismo, el Santo Pacto, salvavidas de nuestras sociedades modernas, no es más que una diversión. La Luna, Biafra, un terremoto mortífero, una campaña anticontaminación, una Guerra de Seis Días, una Bahía de los Cochinos, una muerte de Mao no son, de hecho, sino Navidades en las que la nada del pensamiento se adorna de pronto con guirnaldas y toca la flauta. He aquí que no nos aburrimos ya, algo es algo y ya es mucho, ¡con tal de que dure! No es domingo todos los días. Hambre en Pakistán o guerra en Israel. Entre paréntesis, demos las gracias a los israelíes, grandes bufones del mundo occidental. Cuando están en el escenario, ya no nos aburrimos. La gente puede dormir tranquila: al despertar, el día siguiente, el café echará humo con un sabor nuevo al son de los cañones de Israel. Pero, ¿sentirse aludido? ¡Jamás! ¿Para qué? Cuando un helicóptero de la Prensa, a la altura de Ceilán, tomó de cerca la primera serie de fotos de la flota inmigrante, fotos propiamente sobrecogedoras que fueron publicadas en los periódicos del mundo entero, ¿qué creen que pensó el público occidental? ¿Que estaba amenazado? ¿Que el reloj del tiempo acababa de iniciar la cuenta atrás de su muerte? En

absoluto. Pensó, sencillamente, que al ritmo desesperante con que avanzaba la flota, sembrando sus muertos en el océano, esa vez se le ofrecía un buen folletín.

Pero imaginemos un despertar brutal, una zambullida en lo real, con todo el mundo comprometido, algo que no se ha vuelto a producir desde la Segunda Guerra Mundial. El folletín revienta de pronto la pantalla, que se hace añicos con estrépito en el bistec de patatas. Y he aquí que los personajes surgen agolpados y se meten en la sala de estar, exactamente semejantes a lo que eran en el acuario donde tanto divertían algunos instantes antes, pero sin hacer comedia ya, una vez roto el cristal protector, armados de miseria, de llagas, de lamentos, de odio y de ametralladoras. Atraviesan la vivienda saqueada, destruyen la armonía soñolienta, petrifican a las familias en plena digestión y se esparcen por toda la ciudad, por todo el país, por el mundo entero. Son fotos dotadas de vida, problemas repentinamente ambulantes, protagonistas de gran reportaje que, frenéticos e incontrolables, insultan bruscamente al realizador. Entonces la gente se percata de que ha oído mal o leído mal; que el acontecimiento, esta vez, no ha sido publicado y difundido para su solaz sosegado. Lo que la gente escuchará de veras será: «Un millón de refugiados del Ganges a punto de invadir Francia mañana por la mañana. Otras cinco flotas se han hecho a la mar, desde África, la India y otras zonas de Asia.» Entonces la gente correrá a comprar azúcar y aceite, tallarines y salchichón. Esconderá los napoleones en calcetines, bajo el parquet. Lamerá las chancletas grasientas del señor de la gasolinera a fin de conseguir los dos bidones para un éxodo cíclico. Por último, el padre de familia, con los ojos húmedos de varonil ternura, contemplará a su mujer, su hija y su anciana madre nimbadas ya por la aureola ultrajante. Tras lo cual, una vez eructados los vapores del último banquete de ex combatientes de la gastronomía, se declarará listo para «afrontar el acontecimiento». Para ello, su mirada se ha modificado ya, astuta y sumisa a la vez. El individuo se dispone a tergiversar, es seguro. Pero todavía no hemos llegado a eso. Por el momento, en compañía de otros millones, el sujeto está dormido en la saliva donde se anegará. Escucha apaciblemente las esquilas que agitan sus maestros de pensamiento.

¡Y vaya concierto! ¡Cuánto talento! Solo clásico, nutrido de las más sólidas tradiciones de la gran música humanitaria. ¿Cómo citar a todos los directores de orquesta? Los primeros días, fue un diluvio, un alud de notas seráficas como para arrancar

lágrimas. Lo intentaremos. Nos cansaremos de leerlos aquí antes de que ellos se hayan cansado de hablar y de escribir, pero no olvidemos que todos cargan con una pesada responsabilidad. Engatusaron al hombre. Fueron pocos los que se prestaron a ello, pero ésos, servidores del monstruo, sabían lo que se hacían. Lo hicieron bien. Los otros segregaron tinta y palabras por motivos lamentables, el más corriente de los cuales era el rechazo de la ferocidad, como si el animal amenazado en la linde de su bosque oloroso y ubérrimo se negase de pronto a rugir y a enseñar los dientes, cuando una simple demostración de ferocidad bastaba para protegerlo: ¡eso no tiene sentido! Figuraban también, en la apatía epidémica de sus comentarios, temores morales —son los más cobardes—, como el de no reír justo en el concierto de las hienas, de no llorar acompasadamente en el coro de los tartufos, de no balar con los imbéciles, de dar prueba por inadvertencia de una imaginación distintiva y, sobre todo, de hacerse señalar con el dedo por la conciencia universal como un aguafiestas de la traición. ¡Ah! ¡Qué buenos plumíferos, qué estupendos habladores tuvimos aquellos días de prórroga!

Hay que destacar, en cabeza del florilegio, al inefable Jean Orelle. Portavoz del Gobierno francés, fue el primero en cotorrear, pues era su cometido abrir el fuego en las subastas. Todos confiaban mucho en que fijaría la puja muy alta. No dejó de hacerlo. La Francia eterna tenía el deber, respetando la costumbre mundialmente admitida, de soltar en solo sublimes gritos de amor, sin reflexionar sobre los medios de salir del atolladero, una vez armado el fregado.

XVI

—Sin sobreestimar, ni mucho menos, el alcance del acontecimiento —comenzó el ministro, poniendo delante de los micros una carpeta muy poco abultada.

De hecho, los ministros se habían quedado baldados.

—¿Y si llegan a Europa y deciden desembarcar en Francia? —preguntó uno de ellos.

—No lo conseguirán jamás —respondió un almi-

rante—; he examinado las fotos: ¡una buena tempestad ahí encima y no se hable más de ello!

Se ahogaba silenciosamente a un millón de míseros en la planta baja del Elíseo, mientras el viento agitaba suavemente los árboles del parque, vestidos de tierno y fresco verdor.

—Total —observó el Presidente, sonriendo como solía hacer a los postres—, basta con confiar en Eolo y Neptuno.

Alguien tosió, buscando una idea sencilla:

—¿No se podría pedir a los Gobiernos del subcontinente indio que los intercepten cuando todavía se está a tiempo?

Carcajada en el extremo de la mesa.

—¿Acaso existe de veras un Gobierno en el subcontinente indio? —preguntó un pequeño secretario de Estado, que solía guardar silencio.

Suspiros en los asientos de honor.

—Estoy ya en condiciones de comunicaros su respuesta —dijo el ministro de Asuntos Exteriores—; es ésta: los Gobiernos del subcontinente indio, muy preocupados por la situación interior y por la creciente escasez de alimentos...

Nueva carcajada.

—¡Un follón! —exclamó el pequeño secretario.

El Presidente gustaba de las anécdotas de postre, pero juzgó que era un poco temprano:

—¡Señor secretario de Estado! —dijo severamente—, haga el favor de observar el decoro conveniente. Prosiga, señor ministro de Asuntos Exteriores.

—Los Gobiernos del subcontinente indio, en lo que les atañe, declaran imposible toda acción, de cualquier naturaleza que sea, y declinan, por adelantado, toda responsabilidad. Expresan su pesar...

—Eso está claro —dijo el Presidente—. ¡Vaya agradable manera de gobernar! Me pregunto si existe en alguna parte del mundo un Gobierno responsable de algo. Y si el almirante se engañase, ¿podría intentarse, de todos modos, una acción cualquiera? ¿Una gestión oficial, prudente, desde luego, por parte de la ONU?

Saltó como un diablo sobre su silla el pequeño secretario de Estado. Mostró júbilo:

—Sorprendamos a la ONU con la proposición siguiente: internacionalización de la flota nómada bajo pabellón azul de la ONU, con desembarco a bordo de marinos-observadores suecos, etíopes y paraguayos. La UNRWA se encarga del abastecimiento, mediante helicópteros, de la gente embarcada, así como de la conservación de los barcos. Y la flota da vueltas por todos los océanos del Globo durante veinte años, con la satisfacción general. La idea no es

nueva... Incluso ha servido mucho. Evidentemente, dentro de veinte años, la población embarcada seguramente se habrá duplicado. La inactividad, el calor... Habrá que construir barcos-campamento para reforzar la flota. ¡Créanme, señores, esto podrá durar mucho tiempo! Los nietos de los emigrantes no sabrán siquiera ya el porqué de tener el mar por horizonte y la cubierta de un barco por territorio nacional. También hay que pensarlo: alcanzarán la conciencia política. Reivindicarán. Exigirán la independencia. ¿Y por qué no? En los escaños de la ONU se sientan los representantes de cien naciones invisibles. ¡Inventaremos la ciento uno, eso es todo! La República ambulante de los mares océanos. Desde luego, como es habitual, habrá partición. Separaremos la flota en dos, cuidando de que los trozos giren en sentido contrario y no se encuentren nunca. Evidentemente, habrá que pagar. Las naciones occidentales deberán participar en los gastos de mantenimiento de las dos Repúblicas océanas. Ya estamos acostumbrados. ¿Qué hacemos si no cuando se presenta un problema al Tercer Mundo y queremos estar tranquilos? Pagamos. Rezongamos, pero pagamos. Al precio de las raciones de la UNRWA y de las tabletas de aspirina de la OMS, sale regalado, confiésenlo ustedes. Una paz al mejor precio, una pequeña felicidad bien tranquila y que dure, sin preocuparse demasiado por los vecinos, ¿acaso no es lo que desean? Señor Presidente, le brindo mi idea.

El Presidente examinó solapadamente al pequeño secretario de Estado:

—¿De dónde procede usted, Monsieur Perret?

—De la mayoría marginal.

—Quiero decir, antes.

—De la Normal Superior de Letras.

—Lo sospechaba, ¿se cachondea usted, verdad?

La desaprobación apareció en todos los rostros, como una máscara dolorosa que concordaba con el llamamiento desesperado de las ideas.

—Señores —dijo el Presidente—, parece que estamos en el examen oral del bachillerato. ¡Se apergaminan ustedes lamentablemente! En cuanto a usted, señor secretario de Estado...

Ambos se intercambiaron una sonrisa.

—Hablo en broma, en efecto, señor Presidente. Pero parece que soy el único en encontrar completamente cómica y extravagante esa presunta amenaza de una invasión pacífica del mundo occidental. ¿Se ha visto nunca al carnero acometer al lobo y comerlo?

Agitación de las carteras de los ministros:

—¡Odioso! ¡Vergonzoso! ¡Sin entrañas!

—Señor Presidente —dijo el secretario de Estado—, cuando mis colegas quieran por fin conversar razonablemente, me permitiré sugerirles veinte soluciones serias a este problema cómico.

—¿Por ejemplo? —preguntó el Presidente.

El secretario de Estado se puso en pie, barriendo la mesa del Consejo con sus dos manos apuntadas de manera infantil como un arma imaginaria.

—Tac, tac, tac; tac, tac, tac. Todos ustedes están muertos.

El susto llegó al colmo cuando se oyó al almirante, escondido en un taburete detrás del sillón de su ministro:

—¡Pum! ¡Pum, pum! —exclamó.

—¿Qué es eso? —preguntó el ministro, atemorizado, volviéndose.

—El cañón, señor ministro —contestó el almirante.

Tres ministros se tapaban la cara con las manos juntas. Otro se palpaba las sienes. Dos se ahogaban de ira en tanto que otros tres se esforzaban en animarse. Uno, por último, lloraba dignamente. Fue él quien rompió el silencio obsidional, alzando lentamente hacia el Consejo, a través de sus greñas, la carátula trágica del consejero del rey:

—¿Somos el Gobierno de Francia, reunido en Consejo extraordinario en torno al señor presidente de la República para deliberar humanamente acerca de un drama sin precedentes desde la lejana Edad Media, a nivel de la sublimación que el hombre se debe por fin a sí mismo al final de la gran mutación materialista, o bien somos un Consejo municipal de pueblo, convocado por su alcalde para agravar de forma aldeana y cerril la ordenanza sobre el establecimiento de gitanos en el término municipal?

Era Jean Orelle. El Presidente sintió la necesidad maligna de aligerar el ataque.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamó—, es exactamente la preocupación que expresé al Consejo cuando la huelga general del año pasado, o también con ocasión de la última desvalorización del franco: ¿Acaso no somos el Gobierno de Francia? —Satisfecho, añadió—: Continúe, señor ministro.

Sopló el viento de la Historia, que se lleva a las flotas ciegas, las naciones proféticas, los ejércitos militantes, los pueblos borrachos de fanfarrias y los reinos de Dios hacia las calmas abisales donde se agotan, al final, las más fieras tempestades. Aquel viento enderezó los bustos y levantó los mentones, en torno de la mesa elísea, abrió los ojos sobre el infinito humano. Una vez más, cuando se tiene poco seso y el corazón mal situado, es menester también inventarse un ánimo para asumir todas las cobardías.

Solamente el pequeño secretario de Estado sonreía en su rincón, con aire burlón. Pero nadie pensaba ya en él, salvo quizás, extrañamente, el Presidente.

—El genio propio de Francia —prosiguió el ministro Jean Orelle— siempre la ha conducido a través de los grandes movimientos del pensamiento contemporáneo como el buque almirante que encuentra instintivamente la ruta y sigue por ella con, el pabellón desplegado y claridad de intención, al frente de la flota de las naciones ilustradas, indicando los cambios de rumbo que convienen para afrontar las tempestades que levanta la Humanidad víctima de los vientos violentos del progreso.

Y runruneó la máquina de bien pensar, garantía Orelle, último grito de la técnica moderna, la inteligencia niquelada, el seso plastificado contra la herrumbre de la duda, el corazón de serie que escribe sesenta imbecilidades por minuto, a plazos, modelo perfeccionado para mandos superiores, modelo reforzado para millonarios y directores de periódicos.

—¿Y si fuésemos al grano? —murmuró el Presidente, con un guiño discreto al taquígrafo para que no hubiese constancia de su observación.

Llegaron a él un cuarto de hora después, tras un paseo de altos vuelos por la noche del 4 de agosto, la Declaración de los derechos humanos, la abolición de la esclavitud, el sufragio universal, la escuela republicana, las conquistas del 36, la liberación de París, la de Argelia, la ayuda al Tercer Mundo y el socialismo a la francesa.

—Señores —dijo el ministro—, qué importa que esa flota aproximándose a las costas occidentales, como un reproche moribundo que se abre paso con sus últimas fuerzas a través de nuestras conciencias, aborde las costas de Francia, de Inglaterra o de Alemania. Pues es todas juntas, unidas, como las naciones favorecidas deberán escuchar, gravemente, la eterna pregunta, planteada una postrer vez y de forma trágica: Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? ¿No creen ustedes, señores, que Francia ha de contestarla clara y fraternalmente, proponiendo desde ahora un plan de acogida que esté a la medida de nuestras riquezas materiales y morales? ¡Hay que saber, llegado el momento, reconocer los símbolos y vencer nuestros egoísmos!

¡Ah!, ¡qué bonita canción! ¡Cómo se engalla este pueblo cuando sólo se trata de cantar y con frases hechas! ¡Qué bien sabe hoy agitarse sin entregarse ni negarse, marcar el paso al son de charangas, echarse a la calle y pregonar en ella la revolución sin que ningún muerto, por una causa cualquiera, santifique

nunca el adoquinado, hacerse ilusiones de grandeza con pocos gastos! Los ministros reunidos en Consejo aprobaron en seguida un plan. ¡Pues no faltaba más! ¿Acaso no iban a asombrar al Universo que permanecía a la escucha?

—¿No será precipitar inútilmente las cosas? —observó simplemente el Presidente.

—En la espontaneidad —contestó el ministro— se reconoce la verdadera generosidad. Francia tiene el deber...

El presidente dijo con voz fuerte:

—Francia tiene el deber, en efecto... —Hubo un silencio—. «Francia no tiene ningún deber de ese género, como no sea la verdad. ¿Acaso no debería, por fin, dejarse de componendas con lo ineluctable y escoger el rechazo, que tonifica...?»

Así pensó el Presidente, encogiéndose seguidamente de hombros, imperceptiblemente, para sí mismo. Al fin y al cabo, ¿no era él el primero de los franceses, cogido hasta el cuello en las fauces del monstruo, persuadido a la larga de lo contrario de todo, racista, antirracista, patriota objetor, gozador marxista, fascista demócrata, propietario comunista, católico ecuménico, individualista sindicado, asegurado, jubilado, irresponsable, egoísta humanitario?

—Francia tiene el deber, en efecto —repitió el Presidente—, de presentar al mundo una visión concertada del acontecimiento. El señor ministro portavoz del Gobierno está autorizado para presentar ante la Prensa, en los límites de la prudencia y sobre todo con la perspectiva que todavía ofrecen, no lo olvidemos, la posición lejana y el destino incierto de la flota inmigrante, el primer esbozo de un plan muy general de acogida en el marco de una cooperación internacional que nos permitiría, si se terciaba, no soportar solos las consecuencias de una generosidad que, por mi parte, me causa temor. Pero si quieren ustedes conocer el fondo de mi pensamiento... —Se sorprendió alzando ambas manos a la altura de sus caderas, en un ademán que abandonó acto seguido, transformándolo diestramente en palmadas pendulares de denegación, significando que ese día, a fin de cuentas, se abstendría de entregar el fondo de su pensamiento.

En el extremo de la mesa, el secretario de Estado no se llamó a engaño. Mirando fijamente al Presidente, con sus labios formó silenciosamente cuatro breves palabras: tac, tac, tac, tac.

—Por hoy hemos terminado, señores —dijo el Presidente, levantándose.

Luego se fue a su despacho, dio orden de que no le molestasen, se sirvió un generoso whisky, se des-

hizo el nudo de la corbata, desabrochó el cuello de su camisa, encendió el receptor gigante de televisor, suspiró de alivio y se arrellanó en un sillón. Se vio a Jean Orelle en color:

—Sin sobreestimar, ni mucho menos, el alcance del acontecimiento —comenzó el ministro, poniendo delante de los micros una carpeta muy poco abultada—, el Gobierno francés tiene la sensación de que se trata ahí de un símbolo anunciador de una especie de socialismo a escala mundial. El ala del símbolo roza de pronto al viejo mundo, que se estremece a su contacto, de miedo o de orgullo. Estoy aquí con objeto de puntualizar esa opción histórica, así como para contestar a sus preguntas.

XVII

—Señor ministro, sin prejuzgar el destino final de esa flota trágica, ¿tomará el Gobierno francés medidas para socorrer a los pasajeros y atenuar sufrimientos que se revelan, según las últimas informaciones, en el límite de lo tolerable?

El que acababa de hablar, Ben Souad, alias *Clément Dio,* era un verdadero servidor del monstruo, un emponzoñador de los cerebros drogados. Francés de origen norteafricano, con pelo elegantemente crespo y piel muy morena heredada, sin duda, de una esclava negra de harén, de la que encontró entre papeles de familia el acta de reventa a un burdel de Rabat para oficiales franceses, casado con una euroasiática declarada china y autor de novelas de éxito, su inteligencia combativa se nutría en las fuentes vivas de un racismo a flor de piel cuya fuerza poca gente sospechaba. Araña plantada en el centro del pensamiento francés, lo había cubierto tan bien de hilos transparentes y sutiles, que apenas si respiraba aún. A fin de cuentas, un alma generosa, capaz de impulsos comunicativos pero siempre encauzados en una dirección, suficientemente sincera para dar pábulo a la crítica y verse desalojar por colegas inteligentes, desgraciadamente cada día más escasos y que, por lo demás, nadie leía ya. En unos tiempos tan paradójicos, el lujo se exhibía a la izquierda, en tanto que la Prensa de derechas, miserablemente arropada, la palmaba en trincheras desiertas, abandonada por la retaguardia, que, según su costumbre, cola-

boraba sin sonrojo en todas las escalas de la sociedad. Políticamente, *Dio* mezclaba los géneros y rellenaba de utopías sus editoriales. Pero donde se mostraba invencible y particularmente peligroso, era en la colocación de minas a flor de agua en toda la superficie de la sociedad nacional francesa contemporánea. Las sembraba en todas partes, con un genio muy particular para localizar las zonas sanas aún y poner en ellas ingenios mortíferos, salidos en gran serie de su pensamiento. Jean Orelle lo leía religiosamente cada semana, dando rienda suelta a su imaginación, que envejecía. Sonriendo, solía confiar a sus allegados que el joven *Dio* le recordaba a menudo al escritor combativo que él había sido: nervio, atrevimiento, ideas nuevas, una preocupación atormentadora por el hombre universal. Pero, ¡qué sombrío y repelente animal era aquel hombre universal del joven *Dio*! Bajo su pluma tomaba todas las formas, teniendo por única constante oponerse al hombre tradicional de Occidente y al hombre nacional francés; siempre era una especie de anti-Juana de Arco, investida por el rey *Dio* de una misión: aplastar bajo su vergüenza y su remordimiento al soldadito de Infantería occidental, señor de las antiguas batallas, abandonado por sus generales, pero aún potente por el número. La anti-Juana de Arco se tornaba, sucesivamente, según los editoriales, obrero árabe despreciado; editor pornográfico perseguido; albañil negro explotado; director de películas censurado; virgen roja de chabola; chatarrero callejero apaleado; matón de tasca asesinado; terrorista de Universidad; director de casa de cultura felicitado; profeta de la marihuana; fiscal de tribunal popular; cura casado; fornicador de quince años; escritor incestuoso; mago pop; hembra muerta de tanto amar; egipcio zurrado; griego encarcelado; periodista aporreado; saboteador de monumentos al soldado desconocido; neurótico huelguista de hambre; desertor de Vietnam; maleante cabecilla de arrabal; violador perturbado por la porno exhibida; secuestrador para la buena causa; delincuente por herencia o presión social; verdugo de niño clamando a la dignidad humana; brasileña del Sertão vendida en los salones de São Paulo; asesino que reivindica prisiones modelo; obispo que publica mandamientos marxistas; ladrón de coches amante de la velocidad; ladrón de Bancos apasionado por el lujo y provocado publicitariamente; raptor de doncella ansiosa de la liberación sexual; bengalí muerto de hambre... y muchos más, todos héroes de cruzada y, a veces, bastante bien escogidos: muchos gustaban, convencían y, ¿por qué no? El corazón relajado no es más que una carava-

nera y la libertad no se divide. Empleando como ariete a toda aquella chusma generadora de falsa piedad y de cariño desviado, Dios sabía perfectamente que, tarde o temprano, derribaría las puertas. La libertad, generalizada al nivel de los instintos y de las licencias antisociales, es una libertad muerta. Sobre su cadáver, todos los *Dio*, como orugas viscosas, se metamorfosean en negras mariposas, arcángeles del antimundo.

Si se quiere comprender, con un ejemplo entre cien, la medida exacta del poder de *Dio*, debe mencionarse el «escándalo» de la piscina de Saint-Favier. Saint-Favier es una pequeña ciudad del Jura, muerta de tedio, que un día vio realizado un hermoso sueño, propio para despertar a una población adormecida dedicada a tornear pipas: una piscina olímpica, una piscina de Hilton, cubierta en invierno, y, en verano, recibiendo el sol de las montañas, piscina de millonario a escala colectiva, juguete fabuloso perfectamente democrático donde la población acudió en masa. ¡Y sabe Dios que a los franceses no les gusta el agua! Ahora bien, sucedió que al efectuar el análisis biológico del agua, impuesto cada semana por la ley, el ayudante de laboratorio de servicio halló en la esquina de una laminilla etiquetada «piscina de Saint-Favier» una colonia de gonococos perfectamente adaptada al clima, próspera, como quien dice conquistadora: con una incredulidad transformada en afligida sorpresa por parte de los médicos del hospital, fueron diagnosticadas tres blenorragias oftálmicas en dos colegialas y un colegial que ni siquiera pertenecían a la misma familia y una de las cuales, puntualicémoslo, daba sus clases infantiles en el instituto del Buen Socorro. Las colegialas, en Francia, no hacen nada con sus ojos, salvo abrirlos mucho e ingenuamente a los misterios de la vida. Hubo que buscar una explicación. Muy pronto fue encontrada, en las fichas de sanidad del hospital, de la seguridad social y de los servicios médicos de fábrica donde un millar de árabes, al fin y al cabo trabajadores, discretos y perfectamente admitidos aunque no asimilados, arrastraban de visita en visita las tercas secuelas de una buena blenorragia mogrebí, en la proporción récord de un diez por ciento. Por afán honrado de igualdad, se consultaron las fichas jurasianas. Fue una dura labor que se impuso Occidente en Saint-Favier, para dominar sus prejuicios. El resultado, desgraciadamente, dio la razón a los prejuicios. Se encontraron a dos hijos de papá que nunca frecuentaban la piscina popular y a un anciano del fielato que no se lavaba jamás y no sabía nadar. ¡Vaya fastidio, para el consejo municipal! Lo componían bue-

nas personas: obreros, jubilados, ferroviarios, labradores proletarizados, que depositaban con unción su papeleta de izquierdas en la urna. Un delegado sindical comunista exhibió, tras una búsqueda emocionante en sus carpetas, un documento multicopiado en el cual se aseguraba que los musulmanes eran indispensables a la vida económica de la nación y que debía combatirse al racismo renaciente. Desde luego, cada cual emitió su opinión. Se admitía de buena gana el argumento. Se era partidario de la solidaridad proletaria internacional. ¡Pero bueno! Si los chiquillos pillaban purgaciones en los ojos en la hermosa piscina (pagada con un gran esfuerzo económico), como ya no se contraían siquiera al contacto con prostitutas de guarnición, musulmán o no musulmán, no podía dejarse propagar el mal, ¡y puesto que, en definitiva, era un mal musulmán...! Las buenas gentes creyeron votar, por unanimidad, una decisión dictada por el sentido común: en adelante sólo serían admitidos en la piscina municipal de Saint-Favier los musulmanes portadores de un certificado médico garantizando que no presentaban ningún peligro de contagio de cualquier enfermedad transmisible por el agua. El bando fue fijado en la taquilla de la piscina y en todos los centros y cafés árabes de la ciudad. Fue desacertado. Cuando a un gato ya no se le llama gato, no ha de extrañar que treinta y dos concejales, cada uno padre de familia y provisto únicamente del certificado de estudios primarios, se extraviaran completamente en las trampas de la sutilidad. *Dio* se frotó las manos. En posesión de un ejemplar del bando municipal de Saint-Favier, lo usó, durante una semana, como portada de su periódico, magníficamente exhibido en todos los quioscos gracias a las muy capitalistas agencias distribuidoras de Prensa, con, en una esquina, este gran titular: «¡El racismo antiárabe no ha muerto!» ¡Seiscientos mil ejemplares se ven mucho! S.E. el embajador de Argelia en París reclamó una audiencia que le fue concedida acto seguido. La Prensa norteafricana dio rienda suelta a su odio, relevado en tono menor por la Prensa francesa, y hasta pudo leerse, en alguna parte, que bastantes mujeres francesas se entregaban gustosamente a los calumniados árabes sin existir, ni mucho menos, un certificado de buena salud. Volvió a hablarse del petróleo y tres petroleros se volvieron de vacío. Como medida de represalia, fueron conducidas a los hospitales argelinos cien jóvenes cooperadoras, gentiles maestras de escuela, y exploradas con espéculo por grupos de estudiantes de Medicina fanatizados. Dos de ellas murieron, pero la investigación se malogró. Por orden

de su ministro, el prefecto del Jura se apresuró a anular el bando municipal de Saint-Favier, por vicio de forma y atentado a los derechos humanos. *Dio* cantó victoria y fue, firmado por él, uno de sus más hermosos editoriales. Pues, en el fondo, llevaba razón, y cuando aquel hombre llevaba razón, lo cual le ocurría a menudo, pues escogía diabólicamente sus pretextos, los muros de la vieja ciudadela se derrumbaban. En Saint-Favier, los árabes tomaron de nuevo masivamente el camino de la piscina, celebrando también la victoria. No se vio en ella nunca más a un sanfavienense, y tampoco fue cuestión de construir una segunda piscina separada: ¿en nombre de qué? Y se vaciaron barrios de Nueva York, fueron abandonados veinte centros de ciudades en Estados Unidos, así como el asfalto tradicional de medio París, sufrieron de golpe cinco años de retraso mental los escolares americanos de las escuelas integradas, los tísicos rehuyeron nuestros sanatorios. ¡El ariete golpeaba la puerta sur!

Así penetró en la sala de Prensa del Elíseo, en medio de quinientos periodistas apasionados de palabra más que de verdad, el último recluta del ariete: el pasajero famélico de la flota trágica. La cuestión estaba bastante bien planteada. Una cuestión secundaria, que no abordaba nada de frente y no asustaba a los apocados, dejaba los grandes debates en el vestuario para atacar con disimulo el punto oculto más vulnerable: «¿Tomará medidas el Gobierno francés para acudir en ayuda de los pasajeros y atenuar sufrimientos que rayan lo intolerable?» Pues nada era tolerable ya para Occidente, tenía que meterse eso en la cabeza, a golpes de neurosis provocadas. Si moría de miseria, entre millones de humanos, un solo indio de los Andes, un negro del Chad o un pakistaní, ciudadanos de naciones libres, responsables y orgullosos de serlo, Occidente creía un deber suyo extasiarse de arrepentimiento. Quienes lo agitaban lo conocían bien. No le pedían siquiera que se sacudiera la cartera de una buena vez y adoptara a los cuatro quintos del Globo que flotaban vagamente a remolque suyo. Apuntaban a la cabeza, nada más, a los lóbulos lejanos de donde el remordimiento, la autoacusación y el asco de sí mismo, exasperados por mil pinchazos, acababan por escaparse y extenderse a través de un cuerpo sano súbitamente aquejado de leucemia. ¡Era intolerable...! ¡Evidentemente! ¡Era intolerable! ¡Vaya pregunta! El ministro casi se ahogaba:

—Hay que razonar, señores, en términos de solidaridad mundial. Y como, en este caso, se trata de corazón más que de razón, lo admitirán ustedes, más

bien deberíamos «vibrar». Con la partida de esa flota, un millón de hombres se han apartado voluntariamente de su país de origen. Nos guardaremos muy bien de juzgarlos. Vagando sin patria, en busca de una tierra prometida, ¿no se les puede considerar más bien como ciudadanos del mundo? El Gobierno francés ha considerado necesario, en primer lugar, iniciar cerca de los Gobiernos hindúes todas las gestiones propias a fin de persuadirles para que retengan esa flota, antes de su gran salto hacia alta mar. No sorprenderé a nadie si digo que, en el estado lamentable en que se halla sumida esa desventurada parte de nuestro mundo, tales gestiones no han conducido a nada. ¿Cabe oponerse a la fuerza de los presagios? Cumplido su deber, el Gobierno francés no deja por ello de estar en condiciones de asumir las tareas humanitarias que imponen a los hombres de corazón semejantes excepcionales circunstancias. Francia estará, no lo dudéis, en primera fila. Pide simplemente, y su pasado le da incluso el derecho de exigir, no encontrarse sola en ella. El Gobierno francés acaba de proponer a sus asociados occidentales la creación de una comisión internacional, encargada de llevar a esa flota los auxilios y víveres de suma urgencia. Sea la que fuere, la opinión que se tenga sobre la conclusión de una aventura tan extraordinaria como desesperada, el deber es de callarla y decir: ¡Esos hombres son también mis hermanos!

«¡Incorregible! —pensó el Presidente—. ¡Hasta facilita, de propina, los titulares de los periódicos! ¡Maldición!»

Ante los televisores en color de sus despachos presidenciales, escuchaban también la rueda de Prensa la mayoría de directores de las compañías de navegación francesas. Interesándose por el mar y por todo cuanto podía retrasar la marcha rápida y rentable de los barcos, no hacían sino velar por sus intereses. Sus reacciones a contracorriente son dignas de ser destacadas. Por teléfono, se consultaron y, de todas las altas antenas orgullosas plantadas en la cima de las sedes de las compañías, brotaron mensajes en clave a todos los barcos que navegaban por el océano Índico: «Orden de desviar vuestra derrota, según os convenga, de suerte que no se acerque nunca, cualesquiera sean las circunstancias, a la derrota de la flota inmigrante, cuya posición supuesta es...» Y no hubo ningún capitán que no comprendiese, al recibir esas órdenes, que aquella huida impuesta era una huida de las conciencias. Ponía a resguardo la de ellos, y obedecieron apresuradamente. Gentes de mar, sabían enjuiciar lo imposible y medir lo in-

soluble. Si se levantaba un tifón sobre aquella flota de embarcaciones carcomidas y si se desparramaban en el mar, esperando la muerte, un millón de hambrientos atados en sus túnicas, todos los barcos de Occidente juntos no bastarían siquiera para salvar la centésima parte, ¡y a qué precio! La interrupción de todo tráfico comercial útil, la desmoralización de las tripulaciones frente al océano de cadáveres, la transformación de hermosos buques mercantes en navíos samaritanos condenados por un tiempo al vagabundeo hospitalario. ¿En nombre de la vida? Ni siquiera. En nombre de la muerte. En nombre de la muerte penetrando en la médula occidental. Las compañías inglesas, alemanas, italianas y las demás, enviaron órdenes idénticas. A partir de ese día, la flota inmigrante navegó por un mar desierto. En el horizonte, ningún humo señalaba a un hombre, no latía ningún corazón. A las exhortaciones del ministro, hubo una primera respuesta. Mantenida en secreto en nombre de la dignidad humana, tuvo poca influencia sobre el curso del acontecimiento...

—Señor ministro —dijo otro periodista—, ¿debe entenderse que va usted a restablecer la censura?

—¡Caramba, Monsieur Machefer! ¿Ya no tiene usted miedo al ridículo? ¿Quién le permite insinuar semejantes extravagancias?

Eran habituales semejantes escaramuzas entre el periodista y el ministro. Imprimían dinamismo y, a veces, ellos se divertían. Pero ese día, tanto uno como otro habían decidido notoriamente odiarse. Siempre llega un momento en que, por fin, se mide al prójimo.

—¡Pues usted mismo, señor ministro! El deber, acaba de decirlo, es silenciar la opinión que pueda tenerse sobre la conclusión de esa aventura. ¿No se propone usted una especie de autocensura moral? De un lado las buenas conciencias, y del otro...

—¡Y del otro la suya! Lo sabemos, Monsieur Machefer. ¡Tranquilícese! Podrá, como de costumbre, escribir todo lo que quiera.

—Me dedicaré a ello —dijo el periodista—. Mañana por la mañana mismo.

—Y yo le leeré, Monsieur Machefer —repuso el ministro—. Soy uno de sus fieles lectores. Por oficio, es cierto, pero eso debería agradecérmelo. Al fin y al cabo, no somos muchos quienes lo leemos.

Una risa servil recorrió la sala de Prensa. La mayoría conocía y se alegraba de las dificultades casi insuperables en que se debatía valientemente el periódico de Machefer. Pobre diario de ocho páginas, sin publicidad ni fotos, mal impreso, peor vendido aún, sobrevivía gracias a la conjugación de algunos

mecenas anónimos, modestos, pero cuya aportación aseguraba *in extremis* los finales de mes, un poco como el *first cavalry* salva a los asediados en el último minuto de una película del Oeste bien hecha. Cada mes, contra todo lo que era de esperar, sonaba el clarín de la salvación. Nadie supo jamás que el presidente de la República figuraba entre los jinetes desconocidos. El diario de Machefer no se clasificaba ni a la izquierda, ni siquiera en el centro blandengue. Golpeaba de forma inesperada, utilizando, es cierto, muchas ideas preconcebidas, pero quienes le permanecían fieles pensaban que apuntaba certeramente. Quizá fuera así, pues parecía desproporcionado el odio que suscitaba con su importancia real. Como que la Prensa se jacta de no sentir odio, únicamente de expresar opiniones, se fingía considerar al diario de Machefer como un diario cómico, una especie de Guiñol de la corporación. Cuando cada cual se hubo reído lo suyo, abiertamente vuelto hacia Machefer (que en nada se parecía a un guiñol: era un anciano alto de ojos muy azules, elegante, con el pelo blanco cortado a cepillo, bigote asimismo cano y cuidado), el ministro volvió a imponer orden en la sala, dando a entender que el recreo ya había durado bastante:

—¡No perdamos más tiempo! Monsieur Machefer —dijo—, supongo que no ha pedido la palabra para contarnos tonterías. Haga el favor de formular su pregunta, se lo ruego.

—Señor ministro —dijo Machefer—, admitamos que las naciones occidentales se adhieran a la proposición del Gobierno francés y alimenten a la flota inmigrante durante todo el tiempo que navegue... En esas condiciones, señor ministro, ¿no cree usted que habrá abastecido al enemigo, que habrá alimentado a un millón de invasores? Y si esa flota —el tono subía hasta convertirse en un alegato, imponiendo silencio a algunos insensatos que se reían— alcanzara las costas de Francia y arrojara en la playa un millón de invasores, ¿tendría aún el Gobierno francés la valentía de oponerse a tantas personas que anteriormente había socorrido?

«¡Ahí está la verdadera pregunta!», pensó *Dio*, que había hecho la suya para provocar la siguiente y sabía que Machefer no dejaría de hacerla. Pero también sabía, habiendo abierto el debate en un plano altamente humanitario, que cualquier otra perspectiva sería acogida como odiosa, o, por lo menos, en seguida descartada, pues el hombre que se cree generoso no se atreve siquiera a volverse malvado.

—¡Monsieur Machefer, su pregunta es odiosa! —respondió el ministro—. ¿Acaso le preguntaban a

un ahogado adónde iba y el porqué, antes de sacarlo del agua? ¿Acaso lo echan al mar si confiesa, a lo peor, que nadaba hacia su playa privada para robar en el chalet de usted?

—Se le saca del agua y se le entrega a los gendarmes —dijo Machefer—. Para un millón de ladrones salidos del agua, ¿de cuántos gendarmes podría usted disponer?

Monsieur Jean Orelle se replegó ordenadamente. El escritor volvía a ser ministro:

—Nada permite suponer —dijo— que esa flota aborde las costas de Francia ni siquiera que tenga intención de poner rumbo hacia Europa. Pero, en esta hipótesis, puesto que nada nos autoriza humanamente a oponernos a la marcha de esa flota, siendo, en realidad, casi imposible, el Gobierno francés ha decidido, le leo a usted el comunicado, estudiar con sus asociados occidentales un plan muy general de acogida en el marco de una cooperación internacional que nos permitiría, en cualquier caso, no soportar solos las consecuencias de nuestra generosidad.

—A cinco nudos —dijo Machefer—, aun dando la vuelta a África, la flota podrá presentarse frente a las costas de Provenza de aquí a un mes y medio aproximadamente. Es, más o menos, el tiempo necesario para comenzar a estudiar a fondo las posibilidades de formar una comisión internacional. Nadie se mostrará activo, en espera de que la flota decida su destino final, para abandonar la comisión de puntillas, dejando al afortunado ganador que se las apañe solo. Y si Francia saca el número premiado, señor ministro, ¡esté seguro de que nuestros amigos se alegrarán mucho de dejarle toda esa gentuza en su casa, en nuestro país! Repito mi pregunta...

—No repetirá usted nada en absoluto, Monsieur Machefer. ¡Ya no tiene la palabra!

—¡Se trata de un millón de emigrantes! —chilló Machefer, mientras cundía el desorden en la sala.

Tranquilamente sentado en la fila veinte, *Dio* pateaba, pero ningún otro músculo de su cuerpo se movía. Quinientos periodistas patearon, acompasadamente. ¡Seamos exactos! Siete lo menos se abstuvieron, representando a cuarenta y dos mil lectores.

—¡Le he quitado la palabra! Monsieur Machefer, no me obligue a llamar a los ujieres; sería sin precedentes en una rueda de Prensa. Su actitud es contraria a la misión humanitaria de Francia, que yo tenía el deber de exponerles claramente, hoy, en nombre del Gobierno francés.

«¡No aplaudan!», pensó el Presidente.

—Señores periodistas extranjeros que representan

a la Prensa del Tercer Mundo, hágannos el favor de no tener en cuenta ninguna de las reflexiones totalmente alejadas de la opinión unánime del pueblo francés que mañana expondréis, estoy seguro, de la forma más clara.

—Vamos a presenciar un encuentro estupendo —confió *Dio* a su ayudante—. Preparen sus plumas, señores, y que gane el que se golpee más vigorosamente el corazón.

El tono del ministro bajó súbitamente en varios puntos, como si fuera perdiendo su fe como un herido su sangre. En efecto, la perdía al son de una palabra encantadora, pronunciada hacía un rato, que su subconsciente repetía, como una gota de agua que cae y atormenta: Provenza, Provenza, Provenza... En Provenza, en la ladera de una colina que exhalaba fragantes aromas, una vieja casa de campo, transformada en el paraíso con los millones del premio Nobel, acogía al ministro cada verano, por Pascua, Navidad o la Santísima Trinidad. Cuando uno se llama Jean Orelle, profeta de su tiempo, héroe de las grandes revoluciones pasadas, amigo de los líderes muertos, consejero de los grandes de este mundo, y la vejez está ahí, pronta a borrarlo todo, en nombre de un reposo bien ganado, porque ya no es hora de manejar ideas, sino de tomar el fresco a la sombra de un pino centenario, ¿acaso no se debe levantar la cabeza una postrer vez, por fidelidad a la imagen de sí mismo, tan desvaída y tan ingenua que uno casi se sonríe al evocarla, sonrisa mezclada con lágrimas, apreciación de la nada? El ministro levantó la cabeza:

—¿Otras preguntas? —inquirió con tono fatigado.

Hubo, en efecto, otras preguntas, de menor importancia, pues todo, en el fondo, había sido dicho. Destacó, sin embargo la de un periodista de Gabón, deseoso de informarse «sobre lo que se daría de comer a nuestros hermanos de la flota inmigrante, pues, señor ministro, no todo consiste en dar, sino en dar a sabiendas». Uno, al menos, había comprendido.

Dio se reservó la última palabra:

—Señor ministro, haciendo abstracción de todo, ¿cree usted que tienen una posibilidad?

—¡Una posibilidad! ¡Una posibilidad! —respondió el ministro—. ¿Acaso se sabe alguna vez si el hombre tiene una posibilidad?

Salía bien del paso. *Dio* pronunció una frase feliz.

—Es la Armada de la última posibilidad —dijo.

Pronunciada a media voz, como convenía para ser oída, la frase causó una viva impresión. Repetida miles de veces posteriormente, ¿paralizó quizá su im-

pacto a Occidente? ¿Acaso se rechaza la última posibilidad? Puede que sea una explicación...

XVIII

Contrariamente a lo que había declarado al ministro, Machefer no escribió nada en absoluto en su diario, ni a la mañana siguiente, ni ninguna de las otras mañanas que se sucedieron durante todo el tiempo que duró el interminable recorrido de la flota hasta su entrada en el Mediterráneo. Esa mañana tan sólo, ante la inminencia y la realidad del peligro, Machefer despertaría de su sueño voluntario, pero deberemos aguardar hasta este punto para oír, por fin, las primeras notas desafinadas del gran festival humanitario... Se había decidido a ese mutismo la noche misma de la rueda de Prensa, escuchando en la radio los primeros editoriales de la noche, por dos periodistas de gran talento, titulares cada uno de un espacio cotidiano a la hora punta de escucha de las dos principales emisoras periféricas. En la guerra de las ondas, el comentario disfraza siempre al acontecimiento, según el principio de que un oyente que cree reflexionar escuchando a un maestro del pensamiento se torna más maleable, a la larga, que aquel a quien se le deja reflexionar a su antojo, y la publicidad se cuela así por la brecha abierta a través de las mentes débiles: se vendían extremadamente caros a los anunciantes los segundos que seguían y precedían inmediatamente a los dos editoriales de los servidores del monstruo, Albert Durfort, a las 19,30, Boris Vilsberg a las 19,45. Machefer tuvo tiempo de saltar de uno a otro.

Albert Durfort adoptaba un estilo humanitario. Machefer empleaba al respecto un vocabulario más grosero. También decía que le daban vómitos los profesionales del salvamento. Un poco demasiado severo, sin duda, Durfort no era mala persona. Cruzado perpetuo, galopaba a través de las ondas en auxilio de todas las causas presuntamente desesperadas. Apenas si se tomaba el tiempo de cambiar de montura entre dos campañas. Siempre daba la impresión de llegar jadeante, pero exactamente a tiempo para salvar al oprimido, atravesar de una estocada a la injusticia y denunciar el escándalo. Un Zorro del micro. El público adoraba eso, hasta el punto de

que los más obtusos tomaban el editorial de Durfort por un episodio de novela: Durfort con los malean-tes perdidos, Durfort con los árabes, Durfort y la *bidonville,* Durfort contra los racistas, Durfort y la Policía, Durfort y la violencia, Durfort contra las cárceles, Durfort y la pena de muerte, etc. Pero nadie, empezando por el propio Durfort, se percataba de que, «Zorro-del-micro», derribaba puertas abiertas y volaba en socorro de la victoria. Ahora bien, debe considerarse, cosa extraña, que Durfort representaba, para la época, un modelo de libertad de espíritu. Lo hubieran afligido muy sinceramente revelándole que era prisionero de las modas, atacado por los nuevos tabúes, condicionado por treinta años de terrorismo intelectual y que, si el presidente-propietario de la emisora periférica que le empleaba le confiaba cada noche diez millones de buenos franceses, no era para decirles, con talento, justamente lo contrario de lo que se imaginaban pensar. En lo que atañe a la vecindad de Durfort y de la publicidad de lujo que flanqueaba sus pequeñas obras maestras de indignación, ello daba resultados asombrosos, pero que no asombraban a nadie. Casi toda la Prensa jugaba a ese póquer y ganaba a cada tirada, el periódico de *Dio* en primer lugar, en páginas a todo color. ¡Vístase de ante, sea un hombre de su tiempo! ¡El banquero es *su* amigo, invierta su capital con toda seguridad! ¡Un nuevo *arte* de vivir, la residencia Trianón, cinco piezas, galería con ventanales, barbacoa, 480.000 francos! Club de vacaciones, playa privada, piscina, 10.000 francos... ¡Como para creer que los capitalistas son de una memez insondable o que se imaginan dar pruebas de buena voluntad a la mafia de los tiempos futuros! Todo ello pagaba las páginas intercaladas de esos catálogos llamados revistas ilustradas, en las que redactores vestidos de ante, hartos de barbacoas y tostados en la Costa Azul, cantaban la liberación del hombre por la supresión de las ganancias, la negación del dinero que encadena y ensucia las conciencias, la abolición de las coacciones sociales y la igualdad devastadora. Eso gustaba. Eso se vendía. No se vendía otra cosa. ¿Por qué andar con reparos? ¡Sea usted un hombre de su tiempo, compre su mala conciencia! Evidentemente, en nuestro mundo, las gentes que sólo fabrican ideas, Durfort, *Dio,* Orelle, Vilsberg y compañía, están muy obligados a vivir de ellas. Pero aunque parezcan estar aserrando la rama en la que se sientan, alentados insensatamente por el propietario del árbol, ¡tranquilizaos! Ya tienen el ojo puesto en otra rama muy cercana para agarrarse en el último instante, pues el mundo nuevo no se hará sin ellos, ¡se-

ría demasiado bonito! No son hombres que trabajen por nada, ellos sobrevivirán, vestidos de ante y tostados en la Costa Azul... Así, a horcajadas sobre su rama aserrada ya más que a medias, Durfort, hablando de la flota, recobró sus acentos más convincentes. Eran palabras que hacían diana, produciendo en cada corazón tocado un suave ruido de cieno removido. Habida cuenta de las variantes, repetía las dos jugadas magistrales que le habían hecho famoso: la de los deportados griegos y, más recientemente, la del peón argelino acusado de violación y asesinato de una chiquilla y quizá víctima de un error judicial. Con deleite y talento, Durfort enroló a sus deportados y llamó al error judicial al servicio activo. No lo ocultó siquiera:

«Quienes me hacen el honor de escucharme y animarme cada día saben que no tengo pelos en la lengua. No se transige con la miseria. No se transige con la injusticia. Ello disculpa todas las brutalidades de lenguaje. Acordaos. Si he podido, con vuestra ayuda, cambiar un poco la suerte de los deportados griegos y si he podido evitarnos a todos el más abominable de los crímenes colectivos, la ejecución de un inocente injustamente condenado a muerte, es porque he hablado con brutalidad. Ahora bien, he aquí que hoy la actualidad me conduce a introducir en vuestros hogares, a través de mi voz, a un millón de deportados voluntarios víctimas del más escandaloso error judicial de todos los tiempos. Me expresaré, pues, con la misma imprudencia y la misma intemperancia. ¡Y aquellos que quieran cenar tranquilamente, que apaguen su transistor durante cinco minutos...!»

—¡Marcel, escucha! ¡Durfort ha encontrado algo más! ¡Josiane, haz callar un poco al chaval!

En las modestas viviendas, de renta moderada, se echaron al coleto un vaso de tinto barato, pues el placer húmedo del corazón se desliza mejor cuando es regado. Lo regaron con whisky escocés en las salas de estar con terrazas, pero de manera más sutil, es decir, que en lugar de beber ávidamente para que descendiesen mejor los alimentos del espíritu, se dejaría el vaso con gesto premeditado el tiempo de escuchar, se reprimiría la sed en la deliciosa excitación de las papilas. Tres mil doscientos sesenta y siete curas garabatearon febrilmente, pensando en el próximo domingo, aquel sermón entregado a domicilio, que nada tenía que ver con el evangelio del día, aunque no importaba, pues hacía tiempo que no deparaban en esos detalles. Entre los camparsas, destaquemos la presencia de un cura católico casado y cornudo al tiempo, que llevaba cristianamente sus

cuernos y a sabiendas, lo cual constituía una situación enteramente nueva y confusa, que ponía un desorden tal en sus ideas que el desgraciado, desde hacía un mes, se consumía al tratar de redactar sus sermones. Con su cura de caballo, Albert Durfort le salvó de la aridez. El exutorio actuó de forma tan potente que aquel hombre recuperó en seguida la energía necesaria para convertirse en el sacerdote más severo de su diócesis. Quizá volveremos a verlo... Treinta y dos mil setecientos cuarenta y dos maestros de escuela descubrieron, en el mismo instante, el tema de la redacción para el día siguiente: «Describid la vida, a bordo de los barcos, de los desventurados pasajeros de la flota, desarrollar vuestros sentimientos para con ellos imaginando, por ejemplo, que una de esas familias desesperadas viene a pediros hospitalidad.»

¡Imparable! El querido angelito tiene el alma ingenua y el corazón sensible de los niños, emborronará cuatro páginas con un énfasis infantil, como para que lloren las porteras; será el primero, leerán su ejercicio en clase y todos los compañeros rabiarán por haber escatimado demasiado sus lágrimas. Así es como se fabrican los hombres hoy en día. Pues el niño duro y enérgico, ese que justamente lo tiene todo para triunfar en la vida, se ve obligado a ponerse al nivel de los demás, puesto que a los niños les horroriza singularizarse. No tiene más remedio que seguir el tren y atarearse con hipocresía en la misma redacción terriblemente humanitaria. Destacará en ella también, pues está dotado, y hasta acabará por creerla a la larga, pues esos arrapiezos nunca son malos, sino simplemente originales. Volverán a sus casas, muy orgullosos de su excelente redacción. El padre conoce la vida. Tras haber leído la obra maestra galardonada con la máxima puntuación, por muy asustado que esté, si tiene imaginación se limitará a guardar silencio ante la idea de esa familia extranjera de ocho personas en su piso de tres piezas y cocina. No hay que desilusionar a los angelitos, no hay que escandalizarlos, no hay que mancillar la pureza de sus sentimientos, sin perjuicio de hacer de ellos más tarde unos incurables cretinos. Con una cobarde ternura, el padre dará unos golpecitos en la mejilla ruborosa de placer del angelito, diciéndose que es un buen chico y que, en definitiva, quién sabe si la verdad sale precisamente de la boca de los inocentes. La madre se sonará con el pañuelo, y sus ojos quedarán humedecidos de amor materno satisfecho. Si llegaban una mañana los hambrientos del Ganges a su puerta, supuesto que fuese posible, aquella familia quizás huiría más

bien que abrir los brazos, a despecho de la prosa profética del angelito teledirigido, pues el corazón occidental, en el fondo, no es sino ilusión, pero en cualesquiera de los casos, habría perdido la energía para decir: ¡No! Multiplicad por un millón de redacciones entontecedoras aprobadas por un millón de padres apoltronados: eso puede crear un clima general completamente estropeado. Quizás es una explicación... Siete mil doscientos doce profesores de segunda enseñanza se prometieron, al tiempo, comenzar las lecciones del día siguiente con un debate sobre el racismo. El hecho de que fuesen profesores de Matemáticas, de Inglés, de Química o de Geografía, y hasta de Latín, no cambiaba en nada el asunto. Cualquiera que fuese la disciplina, ¿el papel del profesor no era, acaso, estimular los cerebros y despertar ideas? Así, pues, se expresarían hermosos ideales sobre aquella flota purificadora en ruta hacia el Occidente capitalista. Un buen tema bien politizado, en el que cada cual podría decir lo que fuese, un guión inagotable de ese cine colectivo perpetuo y espontáneo, donde se han perdido, en la apatía de las ideas preconcebidas repetidas machaconamente, el sentido de lo real y el de las responsabilidades. También en ese caso no debería retenerse sino el lado negativo de todos esos falsos debates deslucidos. Que llegue por fin a la Costa Azul el invasor venido del Ganges y, aparte los descarriados que veremos correr hacia el Midi como incendiarios que van hacia el fuego, los pequeños vociferadores maquinales se contentarán con bajarse los pantalones... Huelga enumerar más extensamente los millones de oyentes de Durfort. Francia entera tragaba glotonamente la droga anestésica: llegado el momento de cortarle las dos piernas, estaría lista para la operación...

—Evidentemente —dijo Durfort desde la emisora, con voz tajante y clara, sin vacilaciones—, esa operación en marcha es voluntaria, ese error judicial no incumbe a ningún tribunal constituido. Esa deportación es hija de la miseria y del abandono. En cuanto al error judicial, perdonadme si os digo que todos somos responsables de él. El mundo rico ha condenado al Tercer Mundo. Ha alzado barreras de todo tipo, morales, económicas, políticas, detrás de las cuales ha encarcelado, no de por vida, sino para numerosas vidas sucesivas, a los tres cuartos de la población del Globo. Mas he aquí que esa gigantesca prisión se rebela pacíficamente. Se han escapado unos condenados. Son un millón; sin armas y sin odio, creo que vienen, simplemente, a pedir justicia. Estoy persuadido de que cuando en una misma Tie-

rra, la nuestra, infinitamente encogida por cien años de progreso fulgurante, existen, simplemente separados por cinco horas de avión, un tipo de hombre cuya renta media anual no supera los cincuenta dólares y otro cuya misma renta alcanza los dos mil quinientos dólares, hay, mal que os pese, un explotador y un explotado...

—¡Explotador! —dijo Marcel a Josiane—. ¡Exagera un poco! ¿Qué vamos a comer esta noche? —Miró de soslayo hacia el hule, sobre la mesa, trono proletario plantado en el centro de la «sala de estar»—. Tallarines, queso, tortilla de cuatro huevos. No es como para echar las campanas al vuelo. ¿Y la letras de la «tele»? ¿Y la letra del coche? ¿Y mis zapatos? ¿Has visto mis zapatos? Hechos polvo.

—No habla de ti —dijo Josiane—. Habla de los que tienen.

—Entonces sería mejor que me diese su parné. Yo no ando descalzo. Yo trabajo...

Observemos de pasada la aparición de una nota desafinada. Primitiva e injusta (sana); la sabiduría popular, arropada en su dignidad, tira coces. Por muy poco, podía salvarlo todo. Marcel no era un fugitivo del Ganges; trabajaba y llevaba zapatos. ¡Era un hombre de pleno derecho, no hay que confundir! Empujándolo un poco, se le habría hecho confesar que pertenecía a un país civilizado y hasta que estaba orgulloso del mismo, ¿por qué no? ¡Bueno, ya salió otra vez el blanquito! El soldado de Infantería occidental, héroe y víctima de las batallas, ese que, con su sudor y su sangre, proporcionaba cierta alegría de vivir a Occidente. Pero ya no era el mismo hombre. Ya no actuaba, hacía un ademán. La acometida no daría resultado. No habría otra. Llegado el momento, él dejaría hacer, como si nada le afectase ya. Y, cuando quisiera reaccionar, sería demasiado tarde. Le habrían hecho creer que nada perdía con ello y que eran los demás, los pudientes, quienes deberían adelantarse y pagar, en nombre de la legalidad, de la justicia, de la fraternidad universal, cosas de las que nadie se atrevía ya a dudar; también en nombre de la bestia, pero de eso no le hablarían a Marcel y, además, ¿qué entendería? En nombre de la bestia, Durfort vigilaba desde las troneras de la radio. Lo adivinaba todo. Rectificaba su tiro:

—Creo en los presentimientos —prosiguió la voz del oráculo—. Por lo que parece, no soy el único. He oído como vosotros, hace poco, al ministro portavoz del Gobierno, Monsieur Jean Orelle. Ahora bien, tengo la convicción de que ese hombre de corazón, a despecho de la prudencia oficial, comparte mi pre-

sentimiento. La Armada inmigrante se dirige hacia Europa, hacia Francia, que es nuestro jardín, y hasta me atrevo a confesar que espero no equivocarme. Quisiera releeros el comunicado oficial, el mejor texto que Francia haya propuesto al mundo desde la Declaración de los derechos humanos. Cito: Puesto que nada nos autoriza humanamente a oponeros a la marcha de esa flota, el Gobierno francés ha decidido estudiar con sus colegas occidentales un plan de acogida en el marco de una cooperación internacional de estructura socialista... Final de cita. ¡Ésta es la esperanza, amigos míos! Ésta es la justicia universal tan anhelada! Ha sido menester que los más desheredados de la Tierra se pongan en marcha para que la poderosa sociedad occidental reconozca de buen grando el rostro de la miseria. ¡Ah! ¡Amigos míos, qué hermoso día es éste! Pues, ¿creéis en serio que en ese plan de acogida y de cooperación no ha llegado, por fin, el momento de integrar también a los más desventurados de todos nosotros, todavía tan numerosos, que viven dificultosamente en el seno de nuestra sociedad de abundancia? Desde luego, habrá que prever, revisar las relaciones entre individuos, repartir ganancias, invertir beneficios, concebir nuestra economía en términos de amor, no de rentabilidad, para que cada cual, empezando por el refugiado del Ganges, disfrute en adelante de su derecho a la felicidad. Tendremos ocasión de hablar otra vez de ello. Pero os lo afirmo, amigos míos, ¡todos somos hombres del Ganges! ¡Hasta mañana!

—Ha sido el editorial cotidiano de Albert Durfort... ¡Un buen consejo! Durante vuestros fines de semana en el campo, de caza, durante vuestros largos paseos amorosos en el bosque, o también por la noche, a la vera del fuego que chisporrotea y baila en la vieja y hermosa chimenea, vestíos de ante. El ante es más que un traje elegante. Es un estilo que ennoblece...

Esto tranquilizaba a Marcel. Tornero-fresador en «Citroën», no vestía de ante, no iba de caza, nunca se paseaba con sus compañeros por el bosque y merendaba en el talud de la carretera nacional para ver pasar los coches y acechar los accidentes; a la vera de la lumbre se aburría y situaba todas sus emociones estéticas en la cocina de cuatro fogones, pero, como no era presumido, gustaba de las fórmulas bonitas. Ese ante que descansaba y ennoblecía, le importaba un bledo, pero, como poseía buen humor, le hacía gracia francamente, y saber que existía le resultaba reconfortante. Honrado revolucionario, orador de tasca si se terciaba, de boquilla lo dinamitaba todo. Pero cuando se producían crisis verdaderamen-

te graves, ya estaba secretamente preocupado, preguntándose si las migajas que caían de las manos de todos los patronos y ventajistas vestidos de ante no eran mejor que ninguna migaja. Sin confesarlo, sin confesárselo, había comprendido que mientras los patronos tuvieran pasta y bregaran por hacerse con ella, entre dos cacerías, desde luego, y dos veladas elegantes a la vera de la vieja chimenea, el pueblo siempre encontraría en ello su parte, sin perjuicio de reclamarla de vez en cuando. En el fondo, Marcel adoraba la civilización del ante. Tanto más cuanto que nada impedía pensar en ella lo que se quisiera, ¡Pero volarla de veras, si la ocasión se presentaba, eso, jamás! ¡Oh, más bien, sin él! ¿Y defenderla? ¡Tampoco! No se defiende la injusticia social, aunque se viva mejor que otros dentro de la justicia. Todo está ahí, ¿quizá sea una explicación? Marcel es el pueblo y el pueblo piensa como Marcel, mitad Durfort, mitad ante, ambos en buenas relaciones, como, a la larga, la vasija de hierro y la vasija de barro. El pueblo no movería el dedo, ni en un sentido ni en el otro. Ya no estamos en la Edad Media, cuando los siervos explotados corrían a refugiarse al abrigo de las murallas señoriales, cuando tocaba a rebato la campana del torreón anunciando a las bandas saqueadoras. Si los hombres de armas del patrono —perdón, del señor— eran demasiado poco numerosos, los proletarios —perdón, los siervos— guarnecían las almenas, sus mujeres se atareaban en torno a los calderos donde hervía la pez. Al servicio del castillo, se vivía mal, pero se vivía, en tanto que tras el paso de los saqueadores se moría sencillamente de hambre. Marcel no era más tonto que el siervo, su antepasado. Pero el monstruo le había sorbido el seso sin que se diera cuenta. Contra los inmigrantes del Ganges, nuevos saqueadores de la fortaleza de Occidente, Marcel no acudiría a las almenas. ¡Que se las apañaran los hombres de armas, era su oficio! Y si se arredraban o huían, no sería Marcel quien hiciera de refuerzo. Marcel abandonaría al saqueo los castillos de este tiempo, murallas de acero y de hormigón, sótanos repletos de vituallas, almacenes rebosantes de mercancías, talleres eficaces, cinturones de ronda y pasos elevados de tráfico estrepitoso, tierras prósperas, torreones de oro y de plata. Ya no sabía reflexionar. Le habían castrado de su instinto de conservación... Aquella noche, tras oír a Durfort, Marcel durmió tranquilo.

—Ya lo ves —dijo Josiane—, con respecto a esos tipos que llegan en barco, serán los patronos quienes paguen. Además, aunque dé un poco de miedo, ese millón de hombres que vienen a invitarse no se

presentarán hoy, así que... Yo te apuesto que esa Armada no llegará hasta aquí. Pero, de todos modos, si son tan desgraciados como se dice...

No obstante, hubo una pequeñísima posibilidad de que Durfort fuese privado de su micro. Una posibilidad fallida, por supuesto. La anotaremos escrupulosamente, como las otras, en la rúbrica desmoralizadora de las ocasiones perdidas. Tras el «¡todos somos hombres del Ganges!», el director de «Est-Radio» llamó al estudio del diario hablado y convocó a Durfort:

—¿No cree usted, querido amigo, que se ha pasado de la raya? Me gusta su elocuencia. Aprecio su generosidad —a un millón al mes por cinco minutos diarios, pensaba el director, era una generosidad generosamente apreciada—. Pero esta vez ya no se trata de una causa menor o lejana. No es Biafra, ni el proceso Ben Mohammed. Cuando haya usted instalado a un millón de hindúes en Francia, suponiendo que la flota llegue hasta aquí y que yo no le prohíba mi antena, no habrá quien reconozca a este país.

—Eso espero. ¿Piensa usted que hablo para no decir nada y ganarme la vida?

—¡Claro que no, querido amigo! —¡Ah! ¡Menudo apóstol!, pensaba el director. ¡Y encima se lo cree!—. Pero, ¿ha medido las consecuencias? La mezcla de razas, de culturas, de ritmos de vida. La desigualdad de competencias. El fin de nuestra identidad nacional, étnica, si lo prefiere usted.

—El hombre nuevo.

—¡No diga tonterías! ¿Cree usted en el hombre nuevo? Va casi para dos años que le encomendé el editorial de las 19,30: ¿cree usted en serio que, durante ese período, sus sentimientos elevados han tenido alguna influencia en el temperamento del hombre? ¡Nada en absoluto!

—Entonces, ¿por qué me emplea usted?

—Lo siento por usted, pero le voy a ser franco. Lo empleo para divertir a la concurrencia. Después de las pitonisas, los curanderos, los confesores, los psiquiatras, los consejeros del corazón, son los desfacedores de entuertos quienes agradan, es decir, usted. Deshaga todos los entuertos que quiera, no es eso lo que falta. Los tenemos para diez años, si sabe usted dosificarlos y los oyentes no se encaprichan por otro modo de diversión. Pero no se meta con la nación. No ataque el sistema económico que la anima, antes bien que mal. Pese a los choques, ambos están hechos para entenderse. Y permítame recordarle que vive usted en ella harto bien, mucho mejor que todos los oprimidos que son su pan de cada

día. Conténtese con denunciar las inmoralidades, será suficiente y, quién sabe, quizás a la larga acabará sirviendo de algo.

—Sabía que era usted duro, despreciativo, insensible...

—¡Gracias! Eso lo traduzco por: lúcido.

—Pero no innoble hasta tal punto, confiéselo. Cuando pienso que en todas las palancas de mando hay instalados hombres como usted, poco numerosos pero omnipotentes, me digo que, en efecto, es preciso cambiar la sociedad.

—¡Pues bien! Irá usted a cambiarla frente a otros micros, no con los míos, si no acepta, en adelante, cesar su campaña en favor de sus supervivientes del Ganges.

—Me niego.

—Muy bien. Veamos su contrato. Una indemnización enorme, como de costumbre. ¡Sabe contar! Pagaremos.

—No pagarán nada en absoluto. Me quedo. Ha olvidado usted lo principal. Haga el favor de leer el contrato hasta el final. La promoción del ante, las S. I. C. A. V., el club «Horizontes», la gasolina «Pertal», los relojes «Tip», la inmobiliaria «Alegría de vivir», la Banca Francesa y el resto, conozco mi dossier, todos esos anunciantes que firmaron un contrato publicitario con su emisora para ocupar la antena justo antes y después de mi editorial. Acuérdese, yo fui quien se los traje. Va usted a perderlos poniéndome de patitas en la calle. ¡Decenas de millones de francos! ¿Puede usted aguantarlo?

—Lo sustituiré. No es usted único.

—Claro que no. Pero es mi nombre el que figura en el contrato. De todas formas, en lo que concierne a la flota del Ganges, todos mis colegas un poco cotizables le vendrán con el mismo estribillo.

—Llamaré a Pierre Senconac.

—¡Senconac! ¡Un hombre de derechas! ¡Mi querido amigo, aprenda su oficio! Sabe perfectamente que, en materia de publicidad, no se vende nada por la derecha, y que por la izquierda todo es vendible. Los anunciantes no son tontos, lo saben. ¿Y qué dirá Senconac, en mi puesto? ¡Ya lo estoy oyendo! Salvar la raza, la patria, hasta empleando la crueldad, hundir la Armada, rechazarla a sus desiertos, o encerrar a sus pasajeros en campos de concentración... ¡Bonita colección de frases, definitivamente inaudibles para los tiempos que corren! ¡Va a tener usted un éxito! Con birrias semejantes, las ventas caerán a cero. Ve usted, pese a todo hay una moral: únicamente la generosidad es rentable. Si lo duda, coja su teléfono. Llame a la Banca Francesa, por

ejemplo, o también al club «Horizontes», y ya verá lo que le contestan...

No hubo telefonazos. Era inútil y el director lo sabía. Cedió.

—En suma —dijo pensativo—, es usted algo así como un caballo de Troya. En realidad, dentro de nuestras murallas tenemos toda una caballería. En el Gobierno hay incluso algunos pencos de primera categoría. Antes de verlo a usted, telefoneé a la Presidencia. Me confirmaron que el comunicado leído por Jean Orelle correspondía, en verdad, a la postura del Gobierno. Me queda, de todos modos, una esperanza, general y particular. General, en lo tocante al porvenir de mi país, particular, pues, por fin, le he reconocido a usted como quien es y no pierdo de vista la idea de echarlo. El consejero de Prensa de la Presidencia parecía, sin mencionarlo, subrayar el lado oficial de la postura del Gobierno. De ello deduzco que hay un punto de vista oficioso, el del Presidente, sin duda, pero sobre el cual los pencos no están de acuerdo. ¿Quién sabe? Quizá las personas de sentido común, si es que quedan, acabarán por triunfar en el último acto. ¡Desgraciadamente son tan poco numerosas...! ¡En cuanto a usted, Durfort, lo prevengo! No quiero volverlo a ver, pero le escucharé cada día. Si se pasa lo más mínimo de la postura oficial, lo echaré, con o sin sus anunciantes. Por el momento, no puedo nada contra usted, es cierto. Tiene prórroga. Mi Consejo de administración reclama dinero muy rápidamente, y éste viene por la izquierda, tiene usted razón. Son unos canallas, pero el miedo quizá les hará reflexionar. Y si el Gobierno cambia de parecer y apela a usted para hacerlo saber y comprender, acto seguido lo sustituyo por Senconac. ¡Deseemos que sea lo más pronto posible!

Fue posible, en efecto, pero demasiado tarde. El pueblo del Ganges rebosaba ya de sus barcos cuando Francia oyó otro lenguaje. Pero en los cerebros drogados, la corriente contraria no despertó ninguna reacción. Al subvencionar demasiado esa droga, fuente de tantas ganancias, los capitalistas también se perdieron en ella. Quizá sea una explicación...

Tras haber escuchado a Durfort, Machefer suspiró:

—¡Y pensar que, dentro de diez minutos, habrá que tragarse a Boris Vilsberg en RTZ! Vete a buscar el «Juliénas», no veo otro remedio. Sois demasiado jóvenes para recordarlo, pero hubo un tiempo en que a esos tipos se les ajustaban las cuentas...

Hablaba a tres jovenzuelos apretujados en su di-

minuto despacho. En total, la redacción completa del periódico. Tres estudiantes de Letras, con talento, convencidos, mal pagados. Las más de las veces, sin remuneración. El alquiler de la oficina —tres buhardillas en la rue Sentier—, el papel, la tipografía, la imprenta, el envío y el teléfono absorbían, con creces, los ingresos por ventas de *La Pensée Nationale.* Diez mil ejemplares tirados, cuatro mil vendidos, y aún gracias. Para un diario, aquello significaba miseria. La publicidad paga el «Juliénas» y el viejo Machefer comía tallarines, o se hacía invitar en la cantina de la Facultad. Los cuatro pisos del edificio estaban ocupados por la imprenta y las oficinas de *La Grenouille,* semanario satírico de la izquierda humanitaria y propietaria de la finca. Tarde por la noche, cuando encontraba la escalera desierta y el «Juliénas» le llamaba al heroísmo, Machefer no dejaba nunca de vaciar el contenido de su vejiga sobre el felpudo de la redacción de *La Grenouille.* Un rito. Eso se sabía. El director suspiraba, hacía limpiar el rellano, mandaba al ordenanza a subir a las buhardillas del quinto para protestar, pero limitaba a eso sus reacciones. Por si fuese poco, con una tolerancia inexplicable, no se contentaba con olisquear su felpudo y cobijar a Machefer y su diario, sino que, además, imprimía *La Pensée Nationale,* a despecho de su título, de sus opiniones y de las facturas pagadas caprichosamente. De parte de un sectario, incluso dotado de humor, eso podía sorprender al tonto, pero no extrañaba a Machefer. Un día que había cargado la mano con el «Juliénas» y empapado en demasía el felpudo, esa vez en pleno mediodía, Machefer se vio acorralado en el rellano por el director de *La Grenouille*:

—¡Se ha pasado usted de la raya, Monsieur Machefer!

—¡Pero, bueno! —replicó el viejo Machefer, con la lengua un tanto estropajosa—. ¡No veo por qué se queja! ¿Es el olor familiar de su periodicucho, no? Apesta tanto fuera como dentro, ¿y qué? ¿Dónde está la diferencia?

El otro vociferó:

—¡Ya sabe que no tiene contrato de alquiler, ni imprenta y que puedo echarlo a la calle esta tarde mismo, si me viniese en gana! Incluso me pregunto por qué no lo he hecho antes.

Y Machefer, socarrón, con la mente más firme que las piernas, repuso:

—¡Se lo voy a decir, mi querido colega! Porque en nombre de la libertad de Prensa imprime usted cualquier porquería e intoxica a un millón de imbéciles. Porque, en nombre de la libertad de Prensa,

puede socavar tranquilamente los cimientos de la nación, bajo la careta cómoda de la sátira. Ahora bien, el pueblo, aun en el punto donde ha caído, todavía no está completamente obcecado y usted necesita, para ser creído y apreciado, algo que parezca una oposición. Por el momento, mientras usted y sus cómplices no hayan ganado definitivamente la partida, yo les sigo siendo indispensable. Soy su coartada. Sin mí y algunos supervivientes más, en las mismas difíciles circunstancias, ya no habría libertad de Prensa porque ya no habría divergencia de opiniones. Llegado el momento, eso no le estorbará, pero deberá esperar aún un poco. Le apuesto doce botellas de «Moulin-à-Vent» a que si hoy mismo, por falta de dinero, pongo la llave bajo la puerta, en seguida comprará usted mi diario para publicarlo a la chita callando y seguir ejerciendo su numen a costa de él. Eso ya se ha visto. Para que el fascismo no pase, u otra imbecilidad del mismo tipo, es menester que le queden a usted algunos seudofascistas a mano. ¡Quéjese! Como agente provocador competente y plausible, no le cuesto gran cosa y le ahorro hacer el trabajo personalmente. Es pagar muy bien mi inocente manía. Así, pues, déjeme orinar tranquilamente sobre su felpudo y no vuelva a importunarme. Sabe bien que, llegado el momento, no tendrá ninguna dificultad en asesinar a mi periódico. Sólo tendrá que subir tres pisos para decírmelo, y aún... me mandará el ordenanza. Le saludo, señor director.

Observemos, simplemente, el aire pensativo y asombrado del director de *La Grenouille,* volviendo a su despacho: comprar *La Pensée Nationale,* era una idea que ya se le había ocurrido. Observemos igualmente que el día D, cuando los hombres del Ganges se deslizaran a cientos de miles fuera de sus barcos encallados en la costa, el ordenanza de *La Grenouille* subiría efectivamente tres pisos para comunicar que, en adelante, ya no se imprimiría *La Pensée Nationale* y que su director disponía de diez minutos para irse con la música a otra parte. Pues a lo largo de todo este relato de resortes un tanto secretos y subterráneos, debe señalarse de pasada el encadenamiento de los hechos cuando se conoce uno. En cuanto se advierta la marcha de un topo a flor de tierra, no dejemos de localizarlo cuidadosamente. Eso no servirá de nada, sólo para comprender...

—¡Ay! —continuó Machefer—, no serán Vilsberg o Durfort quienes encuentren pistoleros en su dormitorio. Ya no hay pistoleros de derechas. Hemos perdido los últimos defendiendo nuestras últimas co-

lonias. ¡Qué miseria! Por lo demás, los traidores se han vuelto intocables. Pues, a la izquierda, son tan numerosos los que se atropellan en la traición, que nadie experimenta ya la sensación de que esas gentes, están traicionándonos en conjunto. Me temo que todo está podrido... Es hora de escuchar a Vilsberg, para medir el desastre.

Boris Vilsberg no era Zorro. Contemplando el mundo, Durfort no dudaba de nada, Vilsberg dudaba de todo. Lo cual los hacía a ambos muy representativos de su tiempo, puesto que la duda sistemática, hoy en día, equivale a afirmación. Desde que hacía profesión de reflexionar, servido por una vasta cultura, una curiosidad sin par y una inteligencia extremadamente sutil, Vilsberg portaba sus dudas como una cruz redentora. Emocionaba tanto más cuanto que se notaba un sufrimiento sincero en el abandono sucesivo de los valores de base a los que parecía tener apego. Demasiado frío para incurrir en estereotipos del género: «Qué queréis, hay que vivir con nuestro tiempo, aun a costa de amargas añoranzas, hay que buscar nuevos modos de pensamiento más acordes, etc.», era, sin embargo, lo que, a fin de cuentas, la mayoría de sus oyentes comprendían. Muchos se reconocían en él, todos aquellos que se creían inteligentes o presumían de serlo, lo cual, en nuestros días, hace bastante gente. En privado, Vilsberg se quejaba de que lo entendiesen torcidamente, puesto que se limitaba a dudar. ¡Extraño natural el de aquel hombre a quien nadie comprendía y que, pese a ello, se obstinaba en el papel de director de conciencias! Sutil servidor del monstruo, prisionero del pecado contra el espíritu, intoxicado por su droga, la duda, y como tal, probablemente irresponsable. Día tras día, mes tras mes, al ir expresando sus dudas, el orden se tornaba, pues, una forma de fascismo; la enseñanza, una coacción; el trabajo, una alienación; la revolución, un deporte gratuito; el ocio, un privilegio de clase; la marihuana, un vulgar tabaco; la familia, un ahogadero; el consumo, una opresión; el éxito, una enfermedad vergonzosa; el sexo, un ocio sin consecuencias; la juventud, un tribunal permanente; la madurez, una forma nueva de senilidad; la disciplina, un atentado a la personalidad humana; la religión cristiana... y Occidente... y la piel blanca... Boris Vilsberg buscaba, Boris Vilsberg dudaba. Hacía años que eso durada. A su alrededor se acumulaban los escombros de un viejo país. ¿Quizá sea una explicación?

—RTZ ha elegido «Alpha» para comunicaros la hora exacta. «Alpha», el reloj que da la hora de la actualidad. Son las 19 horas y 45 minutos. He aquí

el comentario cotidiano de Boris Vilsberg.

—«Juliénas» —dijo simplemente Machefer tendiendo su vaso.

Del transistor surgió la voz lenta y segura de Vilsberg:

—Al tener conocimiento de los primeros comentarios difundidos y publicados a propósito de la extraordinaria marcha hacia Europa de la armada del Ganges, noto que todos están impregnados de una honda humanidad, que apelan sin reticencia a la generosidad y, por lo demás, ¿nos queda tiempo para otra opción...? Pero hay una cosa que me sorprende prodigiosamente, y es que nadie ha subrayado el riesgo esencial, a saber, aquel que emana de la extremada vulnerabilidad de la raza blanca y su característica trágicamente minoritaria. Soy blanco. Blanco y occidental. Somos blancos. ¿Qué representamos, en total? Setecientos millones de individuos, principalmente concentrados en Europa, y ello frente a varios miles de millones de no blancos, pues ya no es posible llevar la cuenta al día. Hasta ahora, el equilibrio se había prolongado, cada día más inestable, pero esa flota que avanza hacia nosotros significa, quiérase o no, que el tiempo de la ceguera cara al Tercer Mundo ha caducado. ¿Cómo reaccionar? ¿Qué hacer? ¿Acaso son preguntas que os hacéis? Lo deseo. ¡Ya es hora!

—¡Y ahí está la labor! —exclamó rápidamente Machefer, en sobreimpresión—. ¡En vilo, como de costumbre! Está bien visto, al alcance de todos. Da miedo. ¡Ahora recomendaría disparar a bulto y lo tomarían por evidente! ¡Vaya! Sólo que quien habla es Vilsberg: ¡un majadero!

—Sé —continuaba Vilsberg— que no estáis realmente convencidos de la gravedad de la situación. Vivíamos con el Tercer Mundo, persuadidos de que esa coexistencia sin ósmosis, segregación a escala mundial, duraría eternamente. ¡Funesta ilusión! Pues el Tercer Mundo es una multitud incontrolable que sólo obedece a impulsos, los cuales se forman cuando se aúnan, bajo el peso de la miseria, millones de voluntades desesperadas. De Bandung a Addis-Abeba, todos los intentos para organizarlo han fracasado. Estamos en presencia, desde esta mañana, del primer impulso seguido de efecto, y nada, lo sabéis, podrá pararlo. Habrá que adaptarse a las circunstancias. Una vez más, adivino que no me creéis. Os negáis a pensar. La ruta es larga desde el Ganges hasta Europa. Nuestro país quizá no quedará afectado, los Gobiernos occidentales encontrarán quizás a tiempo una solución milagro... Sois muy dueños de esperarlo y de cerrar los ojos. Pero, si al abrirlos de

nuevo, por fin, descubrís en nuestras playas un millón de emigrantes de piel oscura, entonces, os pregunto, ¿qué haréis? Os concedo que no es más que una suposición. ¡Bueno, pues supongamos, justamente...!

—¡Hijos míos, atención! —exclamó Machefer—. ¡Ahora viene la pirueta!

—...Y puesto que entramos en el juego de las suposiciones, reconozcamos ya que acogeremos a los hombres del Ganges. Reticentes o generosos, los acogeremos. A menos de matarlos o internarlos en campos de concentración, no podemos obrar de otro modo. Quizá nos queden cuarenta días, o dos meses todo lo más, antes de su desembarco pacífico. Por eso os propongo, durante el tiempo de las suposiciones, probar honradamente a hacernos a esa idea, acostumbrarnos a vivir al lado de seres humanos en apariencia tan diferentes a nosotros. A partir de mañana, cada día en RTZ, a esta misma hora y durante tres cuartos de hora, os invito a tomar parte en nuestra nueva emisión: «Especial Armada.» Contestaremos francamente a todas las preguntas que podáis haceros, y hacernos, sobre las condiciones de una coexistencia humana y tolerable de un millón de recién llegados del Ganges y de cincuenta y dos millones de franceses. Rosemonde Réal ha aceptado venir a ayudarme en esa tarea agobiante. Os gusta su lucidez, su amor a la vida, su confianza en el hombre, su profundo conocimiento de los resortes más secretos del alma...

—¡Dios mío! —exclamó Machefer—. ¡Otra vez esa fulana! ¡Por un micro es capaz de todo!

—...Desde luego, no estaremos solos. Rosemonde y yo nos hemos asegurado la presencia a nuestro lado, para responder a vuestras preguntas, de especialistas en todas las disciplinas: médicos, sociólogos, profesores, economistas, etnólogos, sacerdotes, historiadores, periodistas, industriales, altos funcionarios etc. No pretendo que tengamos respuesta a todo. Ciertos problemas particularmente delicados, de orden sexual, por ejemplo, y que tocan al fondo mismo del racismo latente en cada uno de nosotros, requerirán un período de reflexión y apelar a nuevos especialistas. Haremos lo que podamos, como hombres conscientes y lúcidos, para aproximarnos a la verdad, seguros de que resultará digna de vosotros y de nosotros. Y si, al término de la dramática aventura iniciada esta mañana a orillas del Ganges, no se presenta, finalmente, ninguno de esos desventurados en nuestro país, entonces pondremos fin al mayor juego público de la historia radiofónica: el juego del antirracismo. Creedme, ¡no habremos ju-

gado en balde! Por el honor del hombre, en todo caso. Y, ¿quién sabe? Un día lejano, quizá, jugaremos de veras. Hasta mañana.

—¡Pueblo! —exclamó Machefer—. Tienes la radio que te mereces: ¡un juego! ¡Esto es lo que han encontrado! *Panem et Circenses*, pero, ¿quién se acuerda del desprecio de Juvenal? El antirracismo, aunque de moda, no es demasiado divertido de oír, ni rentable; eso lo saben y, entonces, lo convierten en juego. Desde que se juega a propósito de todo lo que es primordial, el pueblo está experimentado. ¿La lucha contra el cáncer? Un juego. ¿Biafra? Un juego. ¿La contaminación? Un juego. ¿El hambre en el mundo? Un juego. Y paso por alto muchos de los mejores. ¡Todos sois formidables! Se mandan los histriones a postular; se hace salir a la calle, para comprar boletos de solidaridad, al populacho que se aburre; le hacen apagar las luces en cadencia para manifestar su voluntad; se transforman los barrios y las ciudades en equipos de campeonato que bregan por reunir más firmas; la gran verbena, con resultados televisados sin interrupción y animados por canciones y vanidad... A medianoche, terminado. Nos hemos divertido mucho. ¿Y qué hemos hecho, en realidad? Dar largas al asunto con el tatachín. Lo hemos eludido. Sanseacabó. Al siguiente. Y no ha cambiado nada. Pero nadie se ha percatado de ello. Esta vez se trata de nosotros, de nosotros solos. Veréis cómo nadie tomará conciencia de ello. Se jugará de nuevo, pero más tiempo, porque el asunto es mucho más importante y se necesitarán varias semanas para darle largas, y cuando ya no se pueda jugar, se descubrirá estúpidamente que el instante de la salvación ha pasado. ¡Demasiado tarde! Había que pensar en vez de jugar. ¡Hijos míos, no os perdáis «Especial Flota», lo vamos a pasar bomba! El ejército de los imbéciles invadirá las ondas y el país se anegará en el torrente de las inepcias. ¡Ah! ¡Saben lo que se hacen!

—Monsieur Machefer —dijo uno de los estudiantes-redactores—, ¡eso hay que denunciarlo! Hay que actuar, desmontar el mecanismo de la conspiración, luego demostrarla, alertar a todos aquellos que aún están en pie, luchar con todas nuestras fuerzas...

—¿Con cuatro mil ejemplares vendidos? ¡Está usted de broma!

Sonó el teléfono.

—¿*La Pensée Nationale*? Aquí la oficina de información de la secretaría de Estado para Asuntos Exteriores —dijo una voz que Machefer no reconoció, aunque fuese la del mismo Jean Perret, el pequeño

secretario de Estado, que la disfrazaba para quedar anónimo.

—Aquí Machefer, redactor jefe, lo escucho.

—Sin querer influir en nadie, evidentemente —prosiguió la voz—, efectuamos una encuesta en la Prensa, a petición del ministro, para tratar de prever los movimientos de opiniones que se manifestarán a propósito de la partida de la flota del Ganges...

—Ya veo —dijo Machefer—, tenéis jindama.

El secretario de Estado reprimió su risa. ¿Jindama? Puede que sí. Pero Machefer no veía nada en absoluto. De hecho, no se trataba de encuesta, sino de un solo telefonazo a aquel hombre único que era Machefer.

—Simple sondeo —dijo la voz, que Jean Perret deseaba le saliera impersonal—. Monsieur Machefer, ¿acepta usted contestarnos brevemente? ¿Cómo reaccionará *La Pensée Nationale*?

En el Elíseo, el presidente de la República aguardaba la respuesta. Tras haber aguantado sucesivamente, durante el mismo día, el Consejo de Ministros que juzgaba lamentable, luego la rueda de Prensa de Monsieur Jean Orelle y, además, en el secreto de sus habitaciones privadas donde tuvo un arrebato de cólera, los editoriales de Albert Durfort y de Boris Vilsberg, el Presidente calibró, aterrorizado, la espantosa desproporción de las fuerzas de opiniones en presencia. Se lo esperaba, pero no hasta tal punto. De un lado, todo; del otro, nada. Entonces fue cuando llamó a Jean Perret, marcando personalmente el número privado del secretario de Estado.

—Monsieur Perret —dijo—, no le extrañe mi llamada y manténgala secreta, se lo ruego. En ese asunto del Ganges, sólo me fío de usted, huelga explicar el porqué. Llame a Machefer discretamente, con un pretexto cualquiera, le dejo que escoja los medios, y procure saber si su periódico tomará partido. No es posible que ciertas cosas dejen de decirse y no veo a nadie más que a él, en el actual estado de la opinión, con valentía para decirlas...

—¡Mucho honor es! —observó Machefer, como si bruscamente sospechase algo—. ¿Debo deducir que su pregunta es en serio?

—Sí, puede —dijo la voz—. ¿Entonces?

—Entonces, no rechistaré —dijo Machefer—. No diré ni pío. Estoy solo y soy débil. Ellos son incontables y poderosos. Sólo puedo disparar un cañonazo, y de poco alcance, desgraciadamente. Si quiero que dé en el blanco, será menester que lo dispare en último lugar, a la hora de la verdad.

—¿Y antes no dirá nada? —preguntó la voz, que

parecía denotar decepción.

—Nada. Bueno, sí. Un mapa en primera plana: Asia, África y Europa. Cada día. Señalando, con una línea de puntos, el itinerario supuesto de la flota hasta Francia y, en trazo continuo, el itinerario recorrido ya. Sin comentarios, pero con un titular: «Nada más que X kilómetros antes de la verdad.» Es todo.

—Muchas gracias —dijo simplemente la voz.

El día siguiente, a últimas horas de la mañana, un mandadero apresurado entró en las buhardillas de *La Pensée Nationale* y pidió ver personalmente a Jules Machefer.

—Soy yo —dijo Machefer, sorprendido.

—Un instante —añadió el mandadero. Luego, sacándose una fotografía del bolsillo, comparó las dos caras, la de la foto y la de Machefer, y dijo—: Está bien.

Tras lo cual dejó un paquete sobre el escritorio y se fue sin dar ninguna explicación. En el paquete, Machefer descubrió doscientos mil francos, en billetes usados de cien francos, así como en una cuartilla, sin firma, estas sencillas palabras escritas a máquina: «No tarde usted demasiado.»

XIX

En tiempos de las grandes guerras nacionales, en los países afectados, cada cual fijaba, en su cocina o su salón, el mapa del teatro de operaciones, con banderitas clavadas sobre la línea del frente, que eran desplazadas o no cada noche a la hora del parte. En Francia, cuando menos, esa costumbre se perdió ya en 1940, porque el viento de la derrota y, después, el viento de la indiferencia barrieron las banderitas de papel. En plena guerra, casi nadie se interesó más por ésta y, de padre a hijo, la costumbre se conservó piadosamente. El mapa cotidiano de *La Pensée Nationale*, que, sin embargo, sugería bastante bien un vasto teatro de operaciones y el avance de un ejército, impresionó tan poco a la imaginación de las gentes, que la venta del diario no aumentó ni en un solo ejemplar. Al cabo de algunos días, el estudiante-redactor jefe adjunto propuso modificar el titular cotidiano añadiéndole: «¡Es la guerra! He aquí el mapa del frente.»

—Evidentemente, es la guerra —dijo Machefer—, pero, ¿quién nos creerá? ¡Una guerra en la que el enemigo, desarmado, pierde muertos a varios miles de kilómetros de aquí! Se ha adormilado demasiado a la gente para que posea aún la fuerza de imaginar otras formas de guerra aparte las conmemoradas bobamente cada año. ¿La guerra? ¡El francés puede leer perfectamente esta palabra en negro sobre blanco y ocho columnas sin que le dé frío ni calor, a menos de haber visto al enemigo, oído el cañón o recibido su cartilla de racionamiento! Todo lo que conseguiríamos sería un alud de mujeres sobre el azúcar, el aceite y el café, y una avalancha de mocosos en las calles del Barrio Latino. Dejémoslo. Cuando todos esos famélicos del Ganges avisten nuestras costas, entonces emplearemos la palabra «guerra», esperando que recobre alguna fuerza. De aquí a entonces, no cambiemos nuestro titular. Es la palabra «verdad» lo que cuenta. Vivimos en una época en la cual sólo la verdad da miedo. Es una palabra misteriosa. No se sabe lo que oculta. No se quiere saber. Se evita. Pero da miedo. Y llegado el momento, en los pueblos sanos, a veces hay un número suficiente de tipos que tienen tanta iindama que se revuelven en vez de huir y plantan cara a su miedo y se le echan encima para destruir la causa. Es lo que espero. Sin creerlo demasiado. ¿Pensáis que el nuestro es todavía un país sano?

Si Machefer juzgaba bien, no era el único. En el otro bando, los más inteligentes adoptaron una postura idéntica, pero por razones opuestas. Enfrentamiento, invasión, lucha de razas, expiación de Occidente, fin del imperialismo y otras nociones enunciadas un poco apresuradamente el primer día y que podían dar miedo, desaparecieron del vocabulario de los mejores servidores del monstruo. Se empezó también a hablar de verdad. ¡Y qué agradable resultaba oírla! No se tenía reparo en explicarla, se ponían los puntos sobre las íes, en contradicción con veinte años de disparar cañonazos sobre el innoble paraíso occidental. ¿El Paraíso? ¡Y de qué modo! Hasta fue el título de un brillante editorial de *Clément Dio*. Un paraíso en absoluto innoble y que súbitamente nos honraba, a nosotros, occidentales, un paraíso inmenso, elástico, próspero e inagotable, al que por fin podríamos invitar, dentro del orden y la fraternidad, a aquellos famélicos del Ganges tan conmovedores en su búsqueda desesperada de la felicidad. Hay que destacar igualmente, para la pequeña historia, la interrupción repentina, en todo el territorio nacional, de todas las huelgas y reivindicaciones sociales. He aquí al obrero occidental brusca-

mente transportado al paraíso. ¿Acaso se hacen huelgas en el paraíso? No, decidieron las cabezas pensantes de los sindicatos punteros, entre los cuales dos o tres sabían muy bien lo que se hacían. En falso, como de costumbre, los otros sindicatos, colosos de pies de arcilla, siguieron tontamente los mismos pasos. ¿Quizá sea una explicación...?

Desde el segundo día, principalmente, Durfort rectificó el tiro, como para creer que todos se habían dado el santo y seña, siendo así que la bestia, sencillamente, movía hilos de los que ya ni siquiera tenían consciencia los muñecos. No habló más de «gigantesca prisión que se rebela pacíficamente», o de «reconsiderar las relaciones entre individuos». Contó historias simples y a menudo verídicas —era un hombre de fichas— de niños del Tercer Mundo tiempo atrás adoptados y que, en la actualidad, mantenían a sus ancianos padres franceses, o de inmigrantes de color convertidos en ciudadanos modelos y en concejales. A Josiane y Marcel se les saltaban las lágrimas. Empleando otras recetas, Vilsberg y Rosemonde Réal clavaban jeringuillas hipodérmicas en las vastas nalgas fofas de la opinión. Pocos rechinamientos. Todo el mundo parecía estar de acuerdo en «Especial Armada», preguntadores y preguntados. De hacer caso al buen pueblo francés seleccionado por la centralita telefónica de RTZ, el color de piel sólo era una apariencia bajo la cual el alma del hombre se revela idéntica.

Sólo se oyó una nota desafinada, en el curso de las primeras emisiones, cuando intervino en las ondas un oyente que se empeñó en presentarse.

—Hamadura, hindú francés, o francés de las Indias, como queráis, ex diputado de Pondichery.

—Sea usted bien venido, Monsieur Hamadura —dijo la maravillosa Rosemonde—; en definitiva, representa a la vanguardia, la prueba viviente de lo que es posible.

—Me da usted risa; aunque preferiría llorar —atajó Hamadura—. Preferiría ser la retaguardia, y hasta el último de los últimos inmigrantes hindúes. No conoce usted a mi pueblo, su cochambre, su fatalismo, sus supersticiones idiotas y su inmovilismo atávico. No se imagina lo que les espera si esa flota de primitivos se les echa encima. Todo cambiará en su país, que se ha vuelto el mío; vosotros perdereis en ellos y con ellos...

Pasado el instante de estupor, Rosemonde pulsó el botón rojo que tenía delante, dispositivo de urgencia que permitía echar, en directo, al interlocutor vuelto importuno.

—Confusión natural —dijo Vilsberg suavemente—

Creo, Rosemonde, que ese señor ha dicho, de veras, todo lo que tenía que decirnos. Lo raro es que sea hindú. Sin duda encontraremos una explicación. ¿Qué piensa usted de ello, mi querido sociólogo?

El sociólogo pensó. Brillante demostración:

—Exasperación de los complejos que llegan hasta renegar de su propia raza. Racismo de clase frecuente en los pueblos de la India: no me asombraría que la piel de ese señor sea muy clara y que él pertenezca a la alta burguesía brahmánica...

Error táctico en la centralita telefónica. De pronto se oyó a Hamadura que se reía:

—Pero si soy tan oscuro como un negro...

Rosemonde se desembarazó definitivamente de Hamadura.

—¡Entonces es peor! —exclamó el sociólogo—. Asistimos ahí a un fenómeno clásico, típicamente colonial, de asimilación a la clase dirigente metropolitana que supone el desprecio del pueblo de donde se es oriundo. El perro del blanco odia al negro, es bien sabido.

Y no se habló más de ello. Pero veremos de nuevo a Monsieur Hamadura...

Como siempre, fue *Clément Dio,* en *La Pensée Nouvelle,* quien marcó más tantos. Su admirable número especial sobre «la civilización del Ganges» hizo reflexionar a todos aquellos que creían reflexionar. Artes, Letras, Filosofía, Historia, Medicina, Moral, hábitos sociales y familiares, todo pasó por él, bajo las mejores firmas. Habida cuenta de todo cuanto los hombres del Ganges nos habían aportado ya —música sacra, teatro, coreografía, yoga, misticismo, renovación de indumentaria, joyas, artesanía— uno se preguntaba, sinceramente, vuelta la última página, ¿cómo era posible poder prescindir por más tiempo de aquellas gentes? En cuanto a nosotros, hijos espirituales de los griegos, los latinos, los monjes judeocristianos y los bárbaros del Este, quizá, para rematar la obra de arte, era menester entreabrir nuestra puerta al Ganges tan profundamente humano, siquiera fuese para equilibrar al materialismo contemporáneo. Cierto que esto fue escrito prudentemente, pero *Clément Dio* lo escribió y nadie le encontró nada de anormal... El paraíso occidental, la flota de la última oportunidad, el aporte de la civilización del Ganges a la realización del hombre, con estos tres temas diestramente combinados, la Prensa halló material para convencer a la opinión pública, tanto más cuanto que, desde hacía tres días, no se tenían noticias de la flota, localizada la última vez por pescadores de Madrás, en alguna parte, sobre el duodécimo paralelo norte. Total, un suceso para la

primera plana. Nada que ver, si cabe emplear este verbo contemplando a una opinión ciega, con algo susceptible de cambiar la faz del mundo. La bestia se frotaba las garras de contento por ello. El Papa publicó un pequeño comunicado lacrimoso. Algunos obispos sociales se agitaron, en nombre del espíritu del Vaticano III, así como ligas y comités mundiales humanitarios, animados por el contingente habitual de los incondicionales de la bestia. Justo con que nutrir el prólogo. Salida del cacumen del ministro Jean Orelle, la Comisión de cooperación internacional para la ayuda a la flota del Ganges celebró su primera reunión en París. Los funcionarios internacionales que la componían, tradicionales perseguidores de los enchufes de la ONU, zorros viejos de la FAO, de la UNESCO, de la UNICEF, de la UNRWA y de la OMS, conocían perfectamente su oficio y los imperativos de su dorada existencia: acordaron esperar.

De Australia llegó la única reacción lejana digna de ser destacada. Aislados en esa parte del mundo, los australianos tenían la particularidad de pertenecer a la raza blanca. Vivían como nababs en su inmenso país vacío, asegurados por la inagotable riqueza de sus minas y de su ganadería, pero sobre todo, sabían mirar un mapa. A su salida del Ganges, la flota parecía poner rumbo al Sur. Al Sur se extiende Indonesia, que basta con bordear, hasta el estrecho de Timor, para avizorar Australia: el exacto itinerario de los japoneses cuando la Guerra del Pacífico, detenidos justo a tiempo en el estrecho de Timor. Reunidos como cada martes en Canberra, en «consejo de rutina» —los pueblos felices y vulnerables saben ocultar sus preocupaciones—, el Gobierno publicó un comunicado que, si bien perdido entre otros textos diversos, no pasó inadvertido. Decía lo siguiente: «El Gobierno australiano juzga necesario recordar que la entrada de extranjeros en el país está sujeta a las leyes de la *Inmigration Act*, y que, cualesquiera que sean las circunstancias, esas leyes no pueden ser transgredidas ni abolidas.» Nada más, pero nada menos. Cuando se conoce la severidad ejemplar de la *Immigration Act* australiana (que estimula la entrada de griegos, italianos, españoles, ingleses, franceses... en suma, de todos aquellos que poseen piel blanca y alma cristiana, y rechaza despiadadamente a todo lo que es amarillo, negro u oliváceo), se comprende que, para los australianos, adalides de Occidente en las antípodas asiáticas, aquel llamamiento tomaba la forma de una especie de movilización de las mentes. De una forma velada, se invitaba a los australianos a acorazarse contra

la compasión... y a la flota del Ganges a pasar de largo.

Australia es un país libre. Allí no se censuran los telegramas de Prensa. La noticia dio la vuelta al mundo y, en los países occidentales más enfermos, combinada con comentarios acerbos, restalló como una profesión de fe racista. La bestia comprendió que, por fin, las hostilidades se iniciaban. Las Embajadas australianas en Londres, París, Washington, Roma y La Haya fueron sitiadas pacíficamente por multitudes de jóvenes hirsutos pero disciplinados, al grito de: «¡Ra-cis-mo-Fas-cis-mo-Todos-somos-hombres-del-Ganges!»

Salvo en Washington, donde los *pigs* conservaban algunas deplorables costumbres de violencia heredadas de los «veranos cálidos», la Policía se contentó con rodear las Embajadas de cordones sólidos pero inmóviles. Ningún Gobierno democrático se atrevía ya, hacía mucho tiempo, a levantar las porras en nombre del racismo. Por otra parte, ello no habría sido necesario. Los manifestantes no rompían nada ni amenazaban a nadie. Se vio incluso cortejos que aguardaban prudentemente el disco en rojo para cruzar un paso de peatones. Hacía ya algún tiempo que la bestia había comprendido que la violencia trabajaba contra ella y que asustaba a la opinión, arriesgando despertarla súbitamente. La única violencia que se había permitido, en el curso de los últimos años y cada vez más a menudo, se ejerció en nombre de causas tan inatacables y puras como generosas: obras de arte robadas y luego devueltas mediante rescate a beneficio de tal o cual pueblo miserable; aviones desviados por piratas del aire y pasajeros adinerados a cambio de medicamentos, víveres, ropas; Bancos desvalijados a favor de poblaciones agobiadas por un cataclismo o una guerra civil, etc. Violencia humanitaria. Una forma como otra de organizar cuestaciones y suscripciones caritativas a escala mundial. Las personas con sentido común se echaban las manos a la cabeza, impotentes para razonar sobre premisas morales trastornadas y, si concluían que la generosidad no excusa jamás a la violencia deliberada, se guardaban bien de hacerlo saber. En realidad, ¿habrían podido hacerlo? Incluso cuando la violencia de la bestia escogía meterse con desigualdades sociales de menor importancia: tenderos molidos a golpes en un barrio pobre, viviendas deshabitadas durante el verano invadidas por *squatters* africanos, mercancías robadas y distribuidas al pueblo de las chabolas, zurras a financieros poco limpios condenados por tribunales populares, ilegales, secuestro prolongado de patronos abusivos y dema-

siado bien escogidos. ¡No! No protestaba nadie, y la misma justicia, sacudida en su serenidad y sin saber ya si las leyes hacían burla de la sociedad o la protegían, concedía regularmente las circunstancias atenuantes a los acusados que salían de la audiencia, libres y aureolados. Suficiente para desalentar a quienes se creían sinceramente honrados, hombres y mujeres, es decir, la casi totalidad de la nación. En resumen, con su medida diabólica, la bestia se había metido policías y jueces en su bolsillo. Bien resguardada, podía entregarse tranquilamente a lo que ella llamaba «tomas de consciencia de la opinión». La opinión tomó, pues, consciencia, una vez más, de que el racismo de autodefensa era una plaga de la Humanidad.

En lo tocante a la verdadera toma de consciencia del mundo occidental, es decir, la revelación de la amenaza mortal y el afán de su supervivencia, el gesto del Gobierno australiano no sirvió de nada. Trampeado, falseado, truncado de su contexto —cabe remitirse principalmente a la fotocopia de la *Immigration Act* publicada por *La Pensée Nouvelle* en la portada— se revolvió contra lo que pretendía defender: el mundo blanco. Acordémonos de la reacción de autodefensa, cruel pero sin duda sana, de las compañías de navegación occidentales desviando sus barcos a más de cuarenta horas de derrota de la flota inmigrante, y ello desde la rueda de Prensa del ministro Jean Orelle. Sin duda, estaba escrito en el libro del destino, capítulo de los hombres blancos, que los destellos de sentido común, los arranques de coraje o, más simplemente, los reflejos de conservación, permaneciesen aislados, secretos o deformados. Quizás es una explicación...

Luego se olvidó la *Immigration Act* del Gobierno australiano, ya sin objeto, pues la flota modificó su derrota y puso rumbo al Sudoeste. El mundo supo la noticia cuando la armada embocó el estrecho de Ceilán, entre la punta de la India y la gran isla, y fue localizada a mitad de camino de las dos costas, en aguas del Tuticorin, a la salida oeste del estrecho. Un helicóptero de la «Associated Press» voló sobre ella en veinte ocasiones a diferentes alturas, erizado de teleobjetivos y de grandes angulares. Entre las fotos que se publicaron en el mundo entero, algunas eran propiamente sobrecogedoras, exactamente aptas para conmover a las almas sensibles sin asustarlas demasiado. Detalle extraño, no obstante: la fotografía en primer plano del niño-monstruo con gorra de capitán, aupado sobre los hombros de un gigantesco hindú, en la proa del puente del *India Star* y midiendo el mar con sus ojos fijos, esa foto, de un realismo

inaguantable y propio para engendrar el terror, sólo fue publicada seis veces. Y aún lo fue por periódicos de escasa audiencia y marcados políticamente de infamia, como *La Pensée Nationale.* ¿Cabe suponer que algunos de los devotos de la bestia, situados en puestos clave, tomaron consciencia del carácter espantoso de aquella foto y cortaron su difusión en las redes de distribución de las agencias? ¿O bien que una especie de autocensura fue ejercida a nivel de las jefaturas de redacción de los más grandes diarios occidentales? El caso es que la opinión, en su mayoría, la ignoró. Quizá sea una explicación...

Recalquemos asimismo, para la historia anecdótica, que en París, Mohammed, alias el *cadí tuerto,* topó por casualidad, en un quiosco de la estación del Norte, con el niño-monstruo en primera plana de *La Pensée Nationale.* Compró el periódico, recortó la fotografía, la fijó con cuatro chinchetas en la pared de su cocina y dijo a su mujer Élise, triunfante:

—¿No es terrible, el hermano que nos llega? Si desembarca por aquí, se armará la gorda.

Pensaban igualmente así los diplomáticos y estudiantes del Tercer Mundo, a quienes todo apartaba, sin embargo —«Mercedes», residencias universitarias, trajes cruzados, Embajadas, sábanas blancas y éxitos mundanos—, del espantajo hambriento del *India Star.* Éstos se abalanzaron sobre los mapas y clavaron febrilmente banderitas de papel, como si jalonasen el itinerario del desquite. Reflejo extraño, que habría sumido en la perplejidad a todo el equipo sociólogo de Boris Vilsberg. Éstas eran gentes que pasaban sus vacaciones en Vichy, que ya no conocían nada de sus países, con excepción de los cacahuetes servidos en los cócteles, que rehusaban visitar a la anciana madre, en el poblado, ¡porque se obstinaba en sentarse en cuclillas!, y que clamaban con todos sus deseos, en lo más profundo de sí mismos, ¡por el derrumbamiento de un mundo donde, por fin, se habían abierto camino! ¡Cuán tenaz es el peso del odio y de la envidia! Los perros de los blancos simplemente cambiaban de bando. Ladraron mucho, lo suficiente para ensordecer a la opinión; pero, a la hora de la verdad, los veremos refugiarse en sus perreras, sin duda para esconder en ellas el odio que acabaron por tenerse a sí mismos...

La armada de la última oportunidad desembocó del estrecho de Ceilán, y el mundo, de nuevo, perdió su rastro.

XX

En el largo mensaje despachado junto con fotografías aéreas tomadas desde un helicóptero, el corresponsal de la «Associated Press» mencionó un espantoso hedor cerniéndose sobre el mar cual una atmósfera caliginosa alrededor de la flota. «¡Es algo irrespirable —escribió—. El piloto y yo hemos empapado nuestros pañuelos con ginebra para emplearlos a modo de máscara. ¡Verdaderamente, esto huele a m...!» Tampoco se publicó dicha frase. Cuando la flota navegaba ya durante cuarenta y ocho horas por el océano Índico hacia las islas Laquedivas y el estrecho de los 10° latitud Norte, una fuerte brisa del Oeste difundió aquella tremenda pestilencia procedente de alta mar por todo el litoral malabar hasta el cabo de Comorin..., una especie de testamento olfativo, un jalón putrefacto para perpetuar el recuerdo de su paso. Sorprendidas, casi aterrorizadas, las muchedumbres pobladoras de aquella región alzaron la nariz hacia el cielo y husmearon con unción el pestífero nubarrón cuya tenaz hediondez se extendía por campos y ciudades con tanta pujanza que anuló el olor denso y familiar de los boñigos resecos quemados por millones de mujeres en millones de vivaques y hornos primitivos como se hace en toda India a la hora del parco yantar cotidiano. El Ganges inmigrantes apestó como jamás apestara la India carnal.

Mientras tanto, una preocupación acuciante predominaba entre todas las demás de aquella flota: el combustible. No escaseaba el arroz ni tampoco el agua... con arreglo a los criterios de una frugalidad endémica. Pero era necesario cocer el arroz cada día para un millón de pasajeros embarcados en cien naves. Desde el primer día había imperado el desorden entre aquella multitud viajera. Las cocinas instaladas en cada embarcación eran de una incapacidad irrisoria, no daban abasto para nutrir a los millares de individuos que se agolpaban ante sus puertas o sobre cubierta, gentes desconocedoras de toda disciplina. Se formaban clanes, familias improvisadas, tribus geográficas organizadas para la duración del viaje y denominadas según sus respectivos asentamientos; cubierta de proa, cubierta de popa, segunda

bodega, taller de carpintería, etc. Cada una de esas tribus ocasionales organizaba su propia cocina. En los grandes buques como el *India Star* y el *Calcutta Star* se contaba ya —cuando se navegó a lo largo de Ceilán— desde proa hasta popa y desde cubierta hasta el fondo de las bodegas con cien fogones por lo menos, en los que se cocía diariamente el arroz en cacerolas, calderos, bidones, latas de conserva, en fin, toda clase de recipientes bajo cuyos asientos se hacía arder cualquier materia combustible que se encontrara a bordo. Desde que aquellas embarcaciones rudimentarias habían zarpado, la madera había escaseado. Todo había sido devorado por las llamas: los últimos botes de salvamento, literas, puntales de bodegas, tabiques en cámaras de guardia y camarotes de oficiales e incluso los escasos libros de las bibliotecas a bordo. Se había requerido toda la autoridad del coprófago para salvar las cartas marinas, las instrucciones náuticas y los sextantes. Quizá la flota habría podido mantener vivos los fogones hasta el término del viaje arrojando sus propias entrañas a miles de fogatas humeantes si no hubiese sido necesario alimentar también las piras.

Así como la India quema sus muertos, la flota incineró los suyos desde la partida, por lo menos los muertos a bordo, no los que cayeron al agua, pulgas ínfimas desprendidas de los flancos de aquellas embarcaciones sacudidas por el oleaje. Así murieron muchos, sobre todo ancianos y niños, exhaustos ya antes de embarcar, llegando al límite de una resistencia cuyo alimento fue la esperanza descabellada. Sobre la cubierta de cada barco, el Ganges inmigrante repitió las horribles cremaciones de Benarés. Cremaciones de gentes paupérrimas en régimen ahorrativo, piras mezquinas y deformes hechas con remos, mugrientos embalajes, tablas carcomidas y coberturas de escotilla donde los cadáveres no se consumían en su totalidad, resistiéndose, sobre todo, los húmedos entresijos cuya fetidez se extendía por el ancho océano. A cada instante se desprendía un miembro u otro de aquellas piras insuficientes, e incluso algunas cabezas con pelos chamuscados rodaban hasta los pies de la expectante muchedumbre. Armados con bicheros, los incineradores ensartaban aquella carniza para reintegrarla, chorreando grasa humana, al centro de la hoguera. Otros atizaban el fuego y, enarbolando algunos badiles, hurgaban en las cenizas para buscar leños calcinados a medias y reavivar con ellos las mortecinas llamas. Así prosiguió todo hasta que, una vez cruzado el estrecho de Ceilán, se extinguieron las fogatas por falta de combustible mientras se apagaban bajo centenares de calderos

conteniendo arroz las últimas brasas de los fogones. La India es hermana de la muerte y madre de sus muertos.

Cuando el coprófago consultó con el oráculo mudo, el niño-monstruo, se hizo un gran silencio en toda la flota. Su boca, orificio negro e insondable, dejó escapar un hilillo de baba azulada.

—¡Arrojad los muertos al mar! —ordenó el coprófago.

Pero, ¿cómo proceder con el arroz?

Para cocer el arroz no se requirió orden alguna. Sólo hubo una solución con la cual está familiarizado cualquier indostano. A falta de boñigas, la multitud navegante quemó sus propios excrementos, preparándolos mediante un procedimiento campesino acreditado tres mil años atrás. Se transformó en taller o, más bien, singular carbonera la cubierta de cada navío, y los niños sobre todo, puestos en cuclillas, amasaron a conciencia los cagajones que se les llevaban, apretujándolos durante largo rato para expulsar el líquido y darles la forma redondeada de aquellos ovoides con los cuales cargábamos antaño nuestras estufas. El sol tropical se ocupó del resto, caldeando el maderamen de las cubiertas; se hizo despejar grandes superficies para transformarlas en secaderos donde millares de apestosas bolas se resecaban lentamente hasta proporcionar un combustible compacto. Otros niños, diligentes, astutos, hicieron de proveedores. Con mirada vigilante observaron a hombres y mujeres y cuando alguno se acuclillaba adoptando la posición del animal humano para defecar, ellos se deslizaban sigilosos entre sus piernas y les arrebataban la inestimable materia, todavía caliente, para llevarla a los amasadores de heces. Mediante este método tan simple, la flota pudo cocer su arroz durante todo el viaje, difundiendo por el mar aquel hedor espantoso que había mencionado el periodista e intrigaba a los tripulantes de diversas embarcaciones extranjeras que navegaban a sotavento de la flota.

A bordo se hacía una vida estrictamente vegetativa: comer, dormir, economizar energías, meditar sobre la esperanza y sobre ese paraíso donde manan la miel y la leche, donde unos ríos mansos y abundantes en peces bañan los campos repletos de cultivos espontáneos. Únicamente los niños portadores de excremento correteando de un lado para otro con ambas manos unidas en forma de copa, animaban a aquella multitud pasiva, desmoronada sobre la cubierta como muertos alineados al término de una batalla. El calor, cómplice de la inactividad, y el sol calentando la piel, actuando cual una droga en los

cerebros, creaban algo así como una atmósfera mística donde se regodeaba aquella muchedumbre, pero, sobre todo, la inclinación natural de unas gentes para quienes lo sexual no ha sido jamás sinónimo de pecado suscitaba un hervir sordo de la carne. Y ello provocaba movimientos muy varios en las figuras tendidas. A ciertas horas, las cubiertas semejaban esos bajorrelieves de templos, tan apreciados por los turistas tunantes o melindrosos, pero raras veces receptivos por cuanto se refiere a la belleza de la escultura y los gestos. Manos alzadas, bocas entreabiertas, ancas, falos enhiestos. Las adolescentes pasaban de mano en mano. Muchacha apenas núbiles se adormecían boca abajo sobre una muelle maraña de brazos, piernas y cabellos sueltos, y cuando se despabilaban lamían sus partes en silencio. Vergas introduciéndose hasta su base en las bocas, lenguas puntiagudas explorando cavidades de carne, mujeres masturbando a sus vecinos. Regueros de esperma corrían sobre los cuerpos, entre los senos y nalgas, los muslos, labios y dedos. Ya no eran parejas, sino grupos de tres y cuatro, familias carnales dominadas por un frenesí apacible, un éxtasis apenas perceptible, mujeres con hombres, hombres con hombres, mujeres con mujeres, hombres con niñas, y los propios niños jugando entre sí, entregados con su manos frágiles a ese juego eterno del placer carnal. Viejos entecos sentían revivir en su interior unas energías perdidas. En todos los rostros vagaba, bajo los ojos entreabiertos, una sonrisa serena e indolente. Sólo se oía el viento marino, el resollar de pechos jadeantes, gritos, gemidos, llamadas que despertaban a otras figuras yacentes induciéndolas a compartir la comunión de los cuerpos.

Así, entre la podredumbre y la lujuria, y también la esperanza, avanzó hacia Occidente aquella flota de la última oportunidad.

XXI

El océano bulló con aguas extremadamente benignas para aquella estación, olas tendidas sin crestas de ataque, casi se diría fraternas, que transportaron o, más bien, impelieron a la mísera flota. Una interpretación entre las muchas sugeridas sin cesar desde el comienzo de este relato, vale por todas

ellas: la inexplicable calma de mares y océanos acompañando a aquella larga travesía cuya duración fue casi de sesenta días. Parece obligado creer que la mano de Dios protegió a los cien barcos, desentendiéndose solamente de uno —como si quisiera hacer reconocer su poder y su mediación soberana a creyentes e iniciados—, depositando los otros noventa y nueve sobre el literal occidental para significar al pueblo blanco que había cosechado ya suficientes triunfos o bien (¡quién sabe..., tal vez lo averigüemos en el otro mundo!) que debería forjarse un alma inexorable en una sola noche si quería merecer todavía la protección y el favor debidos al pueblo elegido.

En pleno océano Índico, entre el archipiélago de las Laquedivas y la isla de Socotora, el gran remolcador fluvial que cerraba la marcha se hundió a plomo en las aguas tranquilas y azules. Sobrecargado e inadecuado para el oleaje oceánico, había navegado a duras penas en la cola del convoy desde la partida del Ganges, imponiendo incesantes compases de espera a la flota. Aunque no tuviera el don de la palabra ni agudeza visual, el niño-monstruo poseía un oído muy fino. Cuando se paraban las máquinas del *India Star,* cuando se interrumpía la trepidación de las vetustas turbinas, lo cual ocurría cada vez que se perdía de vista al remolcador, el monstruo daba muestras de nerviosismo, diversos tics descomponían su semblante y unos raros temblores le hacían estremecerse de pies a cabeza. Entonces el coprófago se inquietaba, así como toda la plana mayor, agrupada permanentemente sobre el puente del *India Star.* ¡Pobre remolcador! Cargado con los más miserables, los parias, había pagado ya un oneroso tributo al mar. Su eslora y tonelaje excesivos lo habían convertido en una especie de balsa cuya silueta emergía apenas de la superficie marina. Cuando llegaba una ola poderosa barría la cubierta en toda su extensión aunque sin furia, con sosegado ímpetu, eligiendo de paso aquellos a quienes deseaba arrastrar consigo en la estela de la flota. Cuando los buques extranjeros avistaban algunos de esos cadáveres, viraban con gran lentitud para trazar cautelosamente varios círculos en torno suyo y luego escapaban a toda la potencia de sus máquinas, tal como se lo habían ordenado las compañías marítimas. Cada día se hundía un poco más la borda del remolcador a pesar del alivio que le procuraban los sacrificios cotidianos de varias decenas de parias. Y así prosiguió su marcha hasta el fatal desenlace: al batirle de través una ola apenas más alta que las precedentes no reapareció más y dejó como rastro de su existencia en

la superficie marina unos tres mil náufragos, cuyos brazos y manos se agitaron frenéticamente semejando un bosque pardusco surgiendo del agua. Uno tras otro, los barcos de la flota se inmovilizaron mientras hacían señales ópticas al *India Star* situado en cabeza. El momento de vacilación fue muy breve. Cuando el coprófago, sobre el puente, dio media vuelta para avizorar algunas escenas del desastre en la lejanía, el niño-monstruo, aferrado como siempre al cuello de su padre, sufrió unos espasmos convulsivos. Gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Los muñones, usualmente sin vida, batieron el aire como las alas de un pájaro agonizante. Girando sobre sus talones, el coprófago miró nuevamente hacia el Oeste, hacia la proa de su embarcación y más allá, donde la mar estaba libre de cadáveres. Los temblores del monstruo cesaron al instante. Tras dos repeticiones similares, la experiencia resultó suficiente y se reconoció en esa reacción la orden de marcha. La flota reemprendió su ruta. Cuando los náufragos comprendieron que la flota los abandonaba todavía vivos en pleno océano, el bosque de brazos y manos se abatió súbitamente en señal de renuncia. Desde ese instante, desembarazada del Pulgarcito enfermizo que se había aferrado a sus faldas implorando ayuda, la flota aumentó su velocidad. Y esa aceleración relativa fue su salvación. El lunes de Pascua por la mañana —la flota había arribado el día anterior a nuestras costas meridionales—, cuando el último inmigrante abandonaba la última embarcación y avanzaba hacia la playa con el agua hasta la cintura, se desencadenó una tremenda tempestad en el Mediterráneo. Si ello hubiera ocurrido pocas horas antes, toda la flota habría sucumbido con cuerpos y bienes. Quizá sea esto otra explicación, ¿no es verdad?

Unos diez días después, el mundo supo de ese naufragio. Realmente debiera haberle pasado inadvertido, pues la flota navegaba sin emisora de radio, permanecía muda y, a mayor abundamiento, no solicitaba socorro de nadie. Se conoció la noticia gracias a un marinero griego ebrio rezongando consigo mismo ante una mesa, en un tabernucho del puerto marsellés, y a cierto periodista demasiado solícito que pasaba casualmente por allí, tras haber ido a la caza de la noticia callejera. Este periodista hablaba griego por una razón muy sencilla: era heleno y se había exiliado voluntariamente en tiempo de los coroneles junto con diversos músicos, comediantes y escritores cuya fama había pasado ya al olvido. Él había vivido también sus momentos de gloria, y luego Grecia pasó de moda. Otras víctimas de la opre-

sión la sustituyeron en las primeras planas, porque éste es el tipo de opresión que conviene variar para mantenerlo palpitante y vivo ante la opinión pública. Así, pues, desde aquel día, él creyó necesario tomarse el desquite y lo consiguió, ya que sus consecuencias son igualmente clasificables en el capítulo de las explicaciones.

—Había millares flotando en el mar —masculló el marinero mientras escudriñaba el fondo de su vaso—. Todos ellos negros, vestidos de blanco... ¡Muchos vivían todavía, puedo asegurarlo! ¡Y nosotros pasamos entre ellos, todo avante, a veinticinco nudos... así de fácil!

Diciendo tales palabras proyectó violentamente un brazo sobre la mesa, volcando un vaso que se estrelló contra el suelo. El periodista pescó estas frases al vuelo, entre las vociferaciones ensordecedoras del tabernucho. Entonces se le acercó para solicitar información más concreta y cuando descubrió, atónito, la enormidad de semejante revelación cogió por el brazo al marinero y lo condujo hacia su casa; allí lo desembriagó, le dio de cenar y le hizo hablar. Al principio, el hombre mantuvo un mutismo absoluto, pues, evidentemente, sus oficiales le habían dado severas consignas, pero, por fin, cedió ante una oferta importante de dinero y, sobre todo, bajo el peso de una conciencia atormentada por un espectáculo del que había sido testigo y protagonista a un tiempo.

Se infirió de su relato —era timonel titulado y, cuando ocurrió todo aquello, había comenzado su cuarto en el timón— que el mercante griego *Isla de Naxos*, al mando del capitán Notaras, navegaba desde Colombo a Marsella, por el canal de Suez, con un cargamento de madera preciosa; tras haber atravesado ya el paralelo 10° a mitad de camino entre Ceilán y Socotora encontró en su ruta el primer náufrago, quien pareció revivir al divisar el buque, y pidió auxilio alzando un tembloroso brazo. La mar estaba llana, no hacía viento. El capitán hizo detener su barco y dio orden de arriar un bote. Entonces, el oficial del puente que escrutaba al infeliz con los prismáticos, descubrió inesperadamente numerosos cadáveres flotando alrededor del superviviente. El capitán le arrebató los prismáticos y avistó ante sí un verdadero océano de cuerpos flotantes y otros apenas inmersos según el soplo de vida que les restara.

—¡Los hombres del Ganges! —exclamó.

Inmediatamente ordenó izar el bote que colgaba ya de sus pescantes e hizo reanudar la marcha —hacia atrás lentamente— mientras que el hombre, percibiendo el alejamiento del buque, cerraba los ojos

y se sumergía sin chistar.

—¡Capitán! —gritó el oficial de puente—. ¿Se propone abandonarlos?

Era un hombre muy joven, emocionado y lívido, a punto de llorar.

—Usted conoce bien las órdenes —replicó el capitán Notaras—. Son muy estrictas. ¡Dígame qué haremos si embarcamos a toda esa gente! Mi deber es transportar madera, y nada más. No se me ha encomendado que contribuya a la invasión de Europa.

Por fin brotaron las lágrimas en los ojos del infantil oficial.

—¡Los está condenando a muerte, capitán! ¡Y usted no tiene atribuciones para hacer tal cosa!

El capitán le respondió:

—¡Ah! Ésa es su opinión, ¿verdad? Pues bien, ¡se equivoca! —Puso la manivela del *chadburn* en «todo avante» y gritó por el teléfono de máquinas—: ¡Dé las máximas revoluciones, por favor! —Luego, volviéndose hacia el timonel, le ordenó—: ¡Mantén la barra así! ¡Y si modificas ese rumbo, aunque sólo sea medio grado, te meteré entre rejas por motín en alta mar!

La frase «mantén la barra así» significó todo recto avante. Y todo recto avante se extendió bajo la proa del buque, lanzado a su máxima velocidad, un campo marino de flores negras con pétalos blancos, muertos y moribundos zarandeados por el oleaje cual un barrizal humano. A sus veinticinco nudos, el mercante griego *Isla de Naxos* cometió mil asesinatos en cinco minutos por la voluntad de su capitán y la pasividad culpable de su tripulación. Exceptuando los hechos de guerra, aquello fue, probablemente, el mayor genocidio de la Historia universal cometido por un solo individuo. El capitán Notaras conceptuó aquel crimen —con razón o sin ella— cual un hacha de guerra, inducido probablemente por su propio apellido y todo cuanto éste evocaba.

En Grecia, los Notaras se vanagloriaban de pertenecer a una casa nobiliaria muy antigua, aunque realmente nadie podría negar que ello fuera un simple caso de homonimia. Ahora bien, en el camarote del capitán colgaba un retrato mostrando a un sujeto de gran estatura, mirada sombría y enérgica, vistiendo una armadura cincelada, cimera de oro y casco adornado con níveo plumero: Luc Notaras, archiduque y gran almirante de Bizancio, comandante de las últimas galeras cristianas cuando la conquista de Constantinopla por Mohamed II *el Grande*. Habiendo escapado a aquella matanza, fue hecho prisionero por los jenízaros junto con dos hijos suyos, dos adolescentes de gran gallardía, «esa belleza he-

lénica», según escribe el historiador Doukas «que inspirara durante siglos a muchos artistas y poetas». *El Grande*, un gran aficionado a los jóvenes en general y a los dos hijos de Notaras en particular, quiso que el padre les hiciera acostarse en el inmenso lecho de seda, cosa no poco extraña durante el saqueo de la ciudad. ¿Tal vez un capricho de esteta? ¿Simple interés por preservar la verdadera voluptuosidad? Muy erguidos entre sus carceleros, los tres Notaras rechazaron tal propuesta con palabras secas y concisas. Los dos muchachos fueron decapitados sobre la marcha ante su padre y, seguidamente, el gran almirante ofreció su propia cabeza al verdugo... Desde aquellas lejanas fechas todos cuantos llevan en Grecia el apellido Notaras —muy numerosos por cierto— evocan enorgullecidos esas tres muertes trágicas. Lo curioso es que allende las fronteras griegas prolifera el apellido Notaras, en las colonias helénicas de Esmirna, Damasco, Alejandría, Estambul, mar Negro y Chipre, como si estos Notaras, cuya filiación es discutible, se recrearan con esa vida peligrosa en los puestos avanzados de la sociedad cristiana. Durante la guerra de 1922 contra los turcos encontramos un coronel Notaras en el Ejército griego de Asia Menor, y un jefe guerrillero en las escaramuzas chipriotas, ambos responsables de indecibles atrocidades. Así, pues, el capitán Luc Notaras, comandante del mercante griego *Isla de Naxos* se limitó a incluir su nombre en la interminable lista.

Mientras tanto, el joven oficial, inclinándose sobre la mar, aferrando con manos crispadas la barandilla del puente, contemplaba horrorizado la escena a sus pies: cuerpos deshechos que, impulsados por los remolinos de la velocidad, se proyectaban como balas contra el casco.

—Yo parecía hipnotizado —refirió el timonel—. Tenía la impresión de estar conduciendo un gigantesco carro de asalto con cuyas cadenas trituraba a toda una muchedumbre somnolienta. Sólo me cabe esperar que aquellas gentes tuvieran una muerte rápida y no fueran atrapadas por las hélices. Yo no vi la escena a popa, pero algunos compañeros me dijeron que en la estela flotaban algunos jirones sanguinolentos de carne. Todo aquello duró cinco minutos y, entretanto, el rumbo del barco no varió ni una pulgada. No me explico cómo pude hacer tal cosa. Es más, me esforcé por mantener el rumbo exacto. Fue horrible. Miré de vez en cuando al capitán esperando que gritara «¡basta ya!». ¡Pero no! Él permaneció inmóvil, sonriente, abriendo mucho los ojos...

Evidentemente, aquel episodio causó gran alboroto. Naufragio y matanza a un tiempo. ¡Excesiva car-

ga para un Occidente tan sensible! La narración del marinero, publicada por un diario marsellés, divulgada al siguiente día por toda la Prensa francesa y los principales periódicos occidentales, dio la vuelta al mundo en menos de lo que se piensa y causó verdaderos estragos dentro de la opinión pública. Creyéndose culpables en bloque desde lejanas fechas —cuando se les acusaba todavía de ello—, los occidentales sintieron ahora de veras esa culpabilidad al presentarse un motivo concreto. La bestia contó con un símbolo nuevo e inesperado, el capitán Notaras, y lo proclamó a los cuatro vientos. Luc Notaras se incorporó a la historia atroz del mundo contemporáneo en el capítulo reservado para los matarifes blancos, un capítulo actualizado escrupulosamente por los servidores de la bestia, quienes no perdían jamás la oportunidad de pregonar con voz sonora los nombres más funestos, a bulto, sin matizar, cual una amenaza, una advertencia, un espantapájaros. Éste no fue un *affaire* Dreyfus. Detenido y encarcelado en Marsella, el capitán Notaras se ganó la animadversión general. Tal como se haría con cualquier asesino, se le encontró culpable de horribles crímenes... violación y descuartizamiento de jovencitas, aniquilamiento a martillazos de viejos seniles para arrebatarles cien francos o poco menos; no se indagó concienzudamente el repelente acto del capitán Notaras, pues la justicia moderna se vale siempre de la Psiquiatría y se escuda en la pésima construcción de nuestra sociedad. El capitán Notaras representó a la raza blanca, se declaró culpable de un racismo ciego, punto y aparte. Si hubiera habido una encuesta, más el consiguiente proceso, se habría podido preguntar a los psiquiatras el porqué de ese odio racial. Pero se falseó esa encuesta bajo las presiones de la opinión pública y, naturalmente, el proceso previsto para el martes de Pascua ante el tribunal de Aix-en-Provence no tuvo lugar. Además, el capitán se fugó el domingo de Pascua por la noche, después de que emprendieran la fuga los propios carceleros de Aix. ¿Qué evocaciones y premoniciones hubieran podido esclarecer un crimen semejante? Era un hecho criminal tan inexplicable que habría sido preciso enfocarlo desde unos ángulos inéditos. Y como no se hiciera así, algunos creyeron preferible abogar por el restablecimiento de la pena capital «en favor» de Luc Notaras. Eso escribieron en sus periódicos los adversarios más pertinaces de dicha pena, capitaneados por *Clément Dio,* quien había defendido notoriamente numerosos crímenes no menos disculpables y cometidos en nombre del Tercer Mundo por incontables «comandos de liberación» perte-

necientes a estamentos muy diversos. Según se evidenció, nadie estimó que el capitán Notaras, presa de algo así como un delirio sanguinario, hubiese intentado liberarse asimismo de tal o cual sujeción. Machefer —¡el propio Machefer!— guardó silencio. Por un instante sintió la tentación de titular su crónica con la frase pronunciada por Talleyrand tras el asesinato del duque d'Enghien: «Más que un crimen fue una equivocación.» Pero desistió. ¿Quién lo hubiera comprendido? Era una sugerencia demasiado sutil, y la opinión pública sólo sabía aullar con los lobos.

Una equivocación, en efecto. Aquel día se destruyeron o quebrantaron considerablemente dos nociones esenciales para el espíritu defensivo de Occidente o, por lo menos, para sus medidas preventivas. La noción de ataque o irrupción que comenzaba a abrirse paso en algunos cerebros, no obstante el evidente pacifismo de la flota del Ganges, y el martilleo periodístico naufragaron al mismo tiempo que el remolcador: una endeblez semejante no podía ni *debía* implicar amenaza alguna. Respecto a la noción de defensa, menos admisible todavía para la opinión pública occidental, encadenada por sus complejos, murió en germen porque no se encontró un «anticampeón» en la persona de Luc Notaras, cuyas manos se habían enrojecido con sangre inocente. Albert Durfort llegó a una conclusión ante su micrófono:

—¡Nosotros no somos Notaras, ni lo seremos jamás!

Marcel y Josiane se dejaron persuadir. Esto es sin duda, una explicación...

El asunto Notaras aportó, al menos, dos consecuencias prácticas. Se pudo localizar la flota, cuya última estima conocida databa de su paso por el estrecho de Ceilán. Sobre centenares de cartas geográficas se hincaron diminutas banderolas también por centenares y cada vez más hacia el Oeste, tras un brinco de dos mil kilómetros. En las cancillerías del Tercer Mundo, todos se frotaron las manos, salvo los diplomáticos árabes, cuyo júbilo decreció cuando se hizo evidente que la flota navegaba hacia el mar Rojo y Suez. Por otra parte, la Comisión de Cooperación Internacional, cuyos miembros se habían trasladado entretanto a Roma, donde el invierno es menos riguroso, estimó oportuno mostrar cierta agitación. La fase de palabras susurrantes y voces platónicas dio paso a una encuesta sobre el terreno, lo cual facilita no pocas veces junto con una actividad aparente, diversos viajes muy agradables a costa del fondo internacional, sin aportar jamás consecuencias útiles: generalmente transcurre tanto tiempo en-

tre la encuesta y la publicación del informe que el problema experimenta, mientras tanto, repetidos cambios. Pero, esta vez, no hubieron viajes agradables para los delegados. La flota del Ganges, sin palacios, piscinas ni playas, no cautivó el interés de tales caballeros. Así, pues, se encomendó dicha misión a la aviación militar francesa, con base en Djibuti, bautizada pomposamente para celebrar tal ocasión «Escuadrilla de Solidaridad de la Comisión de Cooperación Internacional», con escarapelas de la ONU y todo el aparato acompañante: es imprescindible nutrir los comunicados de Prensa. Los pilotos pertenecientes a la «Escuadrilla de Solidaridad» regresaron bastante pensativos a su base. Jamás habían visto nada parecido. Después de varias pasadas en vuelo rasante sobre la flota, balanceando las alas y rizando el rizo en señal de amistad, tuvieron que reconocer lo evidente a pesar suyo: no se alzó ni una cabeza, no se levantó ni un brazo, no se agitó ni una mano enarbolando algún pañuelo o trapo blanco, en fin, no se manifestó el menor interés.

—Y, sin embargo —comunicó el comandante de la escuadrilla—, todos viven, ¡de eso estoy seguro! Los veo perfectamente desde aquí. Unos están comiendo, otros se mueven o cocinan, otros se pasean por la cubierta, y otros... ¡bueno, hacen de todo! Pero no se ocupan de nosotros ni saludan a los aviones... ¡nada! ¡Nuestra presencia les importa un bledo! ¡Esas gentes muestran una apatía total!

Sin duda, el niño-monstruo había hecho cundir la dignidad mediante el ejemplo. Aquella flota de la última oportunidad se proponía hacer su juego. Ello implicaba, para algunos, la mayor amenaza concebible. Pero la mayoría conceptuaba ese enorgullecimiento en la miseria cual una verdadera epopeya.

—Los viajeros que se aproximan a nuestras costas no son mendigos —hizo constar Boris Vilsberg ante el micrófono de la Armada Especial—, sino seres humanos simplemente. ¿Cómo deberemos comportarnos ante esa dignidad suprema?

El parte de la Comisión Internacional se distinguió por su cautela ejemplar:

«En lo referente al momento actual, la opinión pública puede estar tranquila sobre el porvenir de la flota del Ganges. Se la ha avistado en una mar llana, manteniendo el rumbo adecuado —tanto longitud como latitud— y con buen orden de marcha; la normalidad parece reinar sobre esos navíos cuya velocidad es, aproximadamente, de diez nudos. Nuestros aviones han sobrevolado la flota durante todo el día, sin recibir llamadas de socorro o asistencia. Las condiciones meteorológicas en esa región del mundo

anuncian un largo período de tiempo bonancible. Se han organizado otras misiones de reconocimiento a intervalos regulares para prestar auxilio tan pronto como se oiga una llamada de socorro. Por ahora no es posible dar detalles sobre el destino de la flota, pues no ha ido ningún plenipotenciario, mediador o enviado gubernamental a bordo de los barcos ni tampoco se hará mientras éstos no expresen claramente el deseo de que sea así. Los Gobiernos que colaboran con la Comisión Internacional han acordado respetar el albedrío de estos inmigrantes, es decir, acatar el autodeterminismo de los pueblos, según ha dispuesto la Carta de las Naciones Unidas.»

¡Magníficos apóstoles! Pero, ¿qué Gobierno sensato aceptaría un regalo tan deletéreo como no fuera para ofrecérselo al vecino? Y si se diera ese caso, ¡cuántas no serían las batallas diplomáticas, las maniobras sórdidas, el chantaje a la miseria ante los ojos de la sacrosanta y desanimada opinión pública! El Occidente era simplemente una ruleta en cuya rueda giraba una bola negra que no había elegido todavía su casilla. Y quienes lo sabían, la contemplaban atemorizados.

XXII

Cuando se la creía dispuesta a adentrarse en el golfo de Adén, hacia Suez, la flota reapareció siete días después navegando a lo largo de las Comores y enfilando el canal de Mozambique, con rumbo sur hacia el cabo de Buena Esperanza. No hubo duda alguna para los aviones franceses destacados en la base de Diego Suárez cuyos pilotos la avistaron cierta tarde al regreso de un reconocimiento rutinario. Efectivamente, era la flota de la última oportunidad, noventa y nueve embarcaciones formando dos filas encabezadas por sendos paquebotes herrumbrosos de chimeneas truncadas, cuyas siluetas habían sido dadas a conocer entre todas las marinas y aviaciones del mundo occidental: el *India Star* y el *Calcutta Star*. Persistía el tiempo bonancible. Sobre aquel océano extrañamente tranquilo nada parecía interceptar el avance inexorable de la flota del Ganges. Pero el asombro cundió, nadie pudo explicarse ese cambio de ruta que debió de haber tenido lugar, se-

gún los cálculos —tomando como referencia una velocidad media de diez nudos— en algún lugar al este de Socotora, isla situada cual un centinela en el golfo de Adén.

Aunque el Gobierno egipcio guardara el secreto de aquella noticia y no dejara que trascendiese jamás ni una palabra a la Prensa o las Cancillerías, decidió intervenir. Lo hizo por su cuenta y riesgo, sin consultas con los asociados árabes, sin informar a los organismos internacionales ni a los Gobiernos extranjeros en una atmósfera de auténtica conspiración y temor emparentada con el pánico. La mera posibilidad de que aquellos inmigrantes —un millón por lo menos y en la mayor de las miserias— quedaran bloqueados en el canal de Suez por cualquier incidente de navegación o incluso una intervención de las potencias occidentales, sembró el terror entre los ministros. Es comprensible... Desde lejanos tiempos, la indigencia egipcia ha demostrado poseer una admirable elasticidad, pero, ¡de eso a aceptar lo imposible...! ¡Absolutamente inconcebible en los terrenos diplomáticos, económicos y políticos! Con el mayor sigilo y la máxima confusión, se ordenó al último torpedero egipcio, todavía indemne tras las guerras con Israel, que se enfrentara con la flota y la indujera a cambiar de ruta.

—¿Cómo debo proceder? —inquirió el almirante egipcio—. ¿Debo utilizar mis cañones si resulta necesario? Y, en caso afirmativo, ¿hasta dónde llegará la intervención armada?

La respuesta fue tan concisa como ambigua:

—¡Le damos carta blanca y que Alá le inspire! ¡Buena travesía! Fin de la transmisión.

Evidentemente, los ministros no querían entrar en detalles y, aunque lo hubieran deseado, no habrían podido. Ahora bien, ello no debe hacernos pensar que los ministros egipcios hablen sin ton ni son. En aquel asunto tan insólito se traslucía a cada instante la voluntad divina, y ellos, como musulmanes fervientes, acataban de buena fe la voluntad de Alá. Por fortuna, Alá los escuchó. ¡Cualquiera sabe cuál habría sido el desenlace si los pueblos occidentales, en idénticas circunstancias, se hubiesen remitido a Dios atestando las iglesias como se hiciera durante aquellos siglos benditos cuando la peste y las invasiones consolidaban la fe!

Dicho encuentro tuvo lugar a seiscientos kilómetros de Socotora, por el Este. Fue breve. Cuando, respaldado en un rincón del puente, el almirante pasaba calmosamente las cuentas de su ambarino rosario, aparecieron en el horizonte los primeros humos de la flota, precediendo apenas al espantoso tufo que se

condensaba por minutos. Acelerando sus máquinas todo lo posible después de haber prestado servicio durante veinticinco años con tres guerras perdidas, el torpedero egipcio puso proa hacia la flota y, llegado a la altura del *India Star*, trazó un amplio círculo para emparejar su banda con la del paquebote, reduciendo su velocidad al objeto de navegar paralelamente y transmitir el mensaje. No se puede decir mucho sobre lo que pensaron los protagonistas de aquella reunión acerca de las dos embarcaciones. Era mediodía y el sol llameaba en un cielo raso, como si ocupara el fondo de un horno. El gentío dormitaba a bordo del *India Star*. Nada hubiera podido arrancarle de su somnolencia meridiana, salvo el anuncio del paraíso prometido. Sin embargo, la apariencia de los marinos egipcios —piel curtida, pelo negro, ojos oscuros e inquisitivos— no parecía anunciar el paraíso blanco. Algunos pasajeros alzaron la cabeza para dejarla caer al instante, anonadados por el sueño. Dos o tres niños hicieron ademanes amistosos, pero desistieron muy pronto, pues los egipcios contemplaron como hipnotizados el puente del *India Star* donde un arrapiezo de aspecto repulsivo encaramado a las espaldas de un gigantón y con una gorra galoneada de oro sobre la frente, agitaba sus retorcidos brazos. Ellos, para quienes la miseria era como una compatriota y la deformidad física un espectáculo frecuente en las ciudades y los campos egipcios, las encontraron súbitamente inéditas. Aquella miseria simbolizada por la faz aterradora del monstruo era algo jamás visto en el Egipto sufriente y escarnecido, ni siquiera durante sus peores momentos; era una miseria inspirada, dominada por potencias oscuras, soberanas e invencibles. El almirante se estremeció sin poder evitarlo, pues reconoció en ella la encarnación del castigo.

—¡Que Alá proteja a quienes se sientan amenazados! —exclamó—. ¡Bendita sea nuestra pobreza! ¡Comunicad el mensaje! Tal vez alguno de ellos entienda el árabe...

Un oficial se llevó el megáfono a la boca.

—¡Dirige ese cachivache hacia el puente del *India Star*! —agregó el almirante—. Allí se encuentra el alma y cerebro de la flota. ¡Vamos!

—¡El comandante en jefe de la Marina egipcia saluda a sus hermanos del Ganges y les desea buena travesía! El Gobierno egipcio desaconseja seriamente el paso de la flota por el canal de Suez. El canal no es seguro. Vuestros navíos mayores se arriesgan a encallar. Y Egipto, país pobre, no puede prestaros socorro alguno. El almirante ha recibido orden de transmitiros este mensaje y cerciorarse de que lo

tendréis presente. ¡Buena suerte y que Dios os ayude!

El almirante aguardó, con los prismáticos dirigidos hacia el puente del *India Star*. ¡Como si de aquel barco cuya silueta difería de todo cuanto hubiera flotado jamás sobre el mar, pudiera surgir por milagro una respuesta reglamentaria mediante megáfono, banderas, semáforo o bocina! ¿Acaso tendrían esas gentes una leve idea siquiera de todo eso? El almirante sintió una angustia que nunca experimentara antes, ni en lo más reñido de las batallas; fue algo así como una revelación de la impotencia humana ante fenómenos de orden sobrenatural. ¿Y aquel ridículo mensaje? ¡Irrisorio! Un texto para principiantes de Estado Mayor que no significaba gran cosa, no proponía nada, ni estaba respaldado por argumentos convincentes. Frente a él, sobre el *India Star*, la muchedumbre despertó de súbito y se levantó como un solo hombre. El arrapiezo siguió gesticulando, dominando el puente, punto de referencia para millares de miradas.

—Repita el mensaje —dijo el almirante—. Añada que les doy cinco minutos para cambiar de ruta. Y una vez hayan transcurrido...

—¿Una vez hayan transcurrido? —inquirió el oficial.

—¡Una vez hayan transcurrido... nada! ¡Ah, sí! Diga simplemente: Que Dios os guíe por la buena ruta. Pero, ¿para qué? Rectifique. ¿Acaso estamos jugando? Nada de esto nos concierne, ni a ellos ni a nosotros. Así, pues, transmita esto: Tenéis cinco minutos para dar media vuelta, de lo contrario abriremos fuego. ¡Que Dios os señale la buena ruta!

Sobre el puente del *India Star* un hombre hizo un gesto como si hubiese comprendido. Vestía una guerrera azul cuyas mangas estaban adornadas con cuatro galones, pero no llevaba gorra. Probablemente era el capitán. El hombre señaló hacia el arrapiezo sentado sobre las espaldas del gigante y lúego se esfumó en la timonera.

—Carguen los cañones antiaéreos —ordenó el almirante—. Obuses trazadores. Una sola salva. Apunten por encima del puente entre el mástil y la chimenea. Alza, cuarenta y cinco grados. Esperad mi orden.

Echando atrás su bocamanga, el almirante miró su reloj. Mientras la manecilla giraba sobre el cuadrante, el *India Star* y el torpedero continuaron navegando emparejados hacia el Oeste, hacia Socotora y Suez. La inmensa flota los siguió, como un rebaño dócil y ciego, mudo e ignorante. Transcurrió el cuarto minuto.

—¡Fuego! —ordenó el almirante.

Aunque había escuchado infinitas veces el cañón, jamás le había oído hacer tanto ruido. ¡Un estruendo estremecedor! ¡Tal vez la excesiva tensión nerviosa hubiese contribuido a amplificar los efectos! A menos que... A menos que esos cañonazos no hubiesen retumbado bajo un cielo diferente, un cielo de otras dimensiones donde repercutieran en algún reflector incógnito. El almirante recobró su aplomo. Trazando una trayectoria sobre el puente del *India Star*, la andanada se perdió en el mar. Entonces, rompiendo aquel silencio irreal, dejóse oír algo así como un alarido que no tenía nada de humano ni de animal. Un jadeo entrecortado semejante al viento soplando por ráfagas en una caverna vacía. Era el aullido del arrapiezo. Al propio tiempo, se produjo un fenómeno increíble: ¡el niño-monstruo volvió la cabeza! ¡Una sola vez, pero la volvió! Sabiendo que no tenía cuello ni podía hacer movimiento alguno salvo aquel aletear de los brazos mutilados y el tic histérico de sus achatadas facciones, sabiendo, por añadidura, que aquella válvula carnosa a modo de boca se había abierto antes una sola vez para lanzar un alarido similar cuando la oleada de inmigrantes invadiera el *India Star* a orillas del Ganges parecía permisible creer en un milagro. Y así lo pensó la muchedumbre aglomerada sobre el puente. Sin duda existe otra explicación más racional. El terror del niño-monstruo cuando pasaron sobre su cabeza, con ruido atronador, las granadas trazadoras, activó en su cerebro enfermo durante breves instantes unos centros nerviosos desconcertados desde su nacimiento. De ahí el grito. De ahí el movimiento. Hoy día se explican así, con toda naturalidad, milagros tales como el de Lourdes. ¿Y el sol de Fátima? Mera hipnosis colectiva, etc., etc. ¿Acaso es necesario ver un signo en esa diferencia esencial entre las interpretaciones de los prodigios? Aquí se enfrentan dos campos. Uno cree en los milagros, el otro no. Triunfará el que mueva las montañas y conserve la fe. Pues, en el otro, la duda mortal ha destruido toda capacidad competitiva. Por tanto será el vencido.

El niño-monstruo había vuelto la cabeza hacia el Sur. Por fin el hombre con uniforme azul salió de la timonera, donde probablemente habría estudiado sus cartas y calculado su ruta e hizo un ademán mientras cambiaba una mirada con el almirante egipcio. Uno y otro quedaron atónitos al percibir en los ojos del contrario, a pesar de la distancia que los separaba, una expresión de alivio o algo muy similar. La tensión cedió de golpe, la muchedumbre se tendió como la hierba peinada por el viento. El foso líqui-

do entre ambas embarcaciones se agrandó, se hizo río y, después, mar libre. El *India Star* se alejó seguido por toda la flota cuyas noventa y nueve estelas trazaron un cuarto de circunferencia para poner proa hacia el Sur. Una hora después, toda ella se perdió en el horizonte. Entonces el torpedero huyó. Su retorno fue una auténtica fuga semejante a la de tantos buques occidentales que se distanciaban a toda prisa de la ruta seguida por la armada para no picar el cebo de la piedad. A bordo iba un caviloso almirante. Se preguntaba si habría visto verdaderamente aquello, y sabía de antemano que nadie le daría crédito.

En esta encrucijada de nuestro relato se ha sellado ya el destino de Occidente. Detengámonos, pues, un instante. Quizás el paso por Suez hubiera salvado al mundo occidental. Sobre ambas márgenes del angosto canal a las puertas del universo blanco, no habrían faltado ciertos testigos imparciales para observar la verdad, interpretarla cual una amenaza y denunciar con pruebas irrebatibles ese monstruoso maridaje contra natura: diplomáticos destinados en Egipto, turistas, hombres de negocios, residentes extranjeros, periodistas, fotógrafos... todos presentes para presenciar el desfile del «antimundo», para mirarlo de hito en hito y casi tocarlo. Imaginemos esa visión, esa confrontación, esa revelación de la promiscuidad. Aquella muchedumbre sufriente, apestosa, fotografiada desde un avión, vista en instantáneas acompañadas de inteligentes comentarios, podía conmover el ánimo. Pero vista de cerca, desfilando pausadamente sobre buques inquietantes a escasos metros de la orilla, habría suscitado temor, ese temor saludable que ciertos testigos ajenos a la parcialidad ciega, al convencionalismo moral, hubieran difundido en el momento justo por todos los países occidentales. Entonces habría sido muy difícil desestimar sus relatos, neutralizar su pavor antes de que se hiciera contagioso. Entonces se habría recordado al cónsul Himmans, se habría evocado su muerte solitaria a orillas del Ganges porque él fue el primero en comprenderlo. También se habría explicado mejor que el crimen del capitán Notaras y prestado más atención a las advertencias de hombres como Hamadura, quien se viera privado de voz y voto por cometer un crimen contra el tabú. ¡Ah, si la armada de la última oportunidad hubiese franqueado el canal de Suez...!

Sin embargo la flota reanudó su ruta hacia El Cabo. Quien perdió, pues, la última oportunidad fue el propio Occidente. Y aunque una llama vacilante e ínfima le permitiera todavía pensar en la superviven-

cia, el asunto de las «amenazas sudafricanas» la extinguió definitivamente.

XXIII

El asunto Notaras se eclipsó —demasiado aprisa, a juicio de los grandes pensadores— cuando sobrevino el escándalo sudafricano. En el primero se derramó sangre, en el segundo sólo se profirieron amenazas suficientemente explícitas, pero sin la menor secuela. Ante un comité de redactores, *Clément Dio* llegó a esta conclusión:

—¡Lástima que esos puercos sudafricanos no hayan aprovechado la ocasión para desencadenar una matanza! ¿Acaso no se les ofreció la posibilidad de representar un papel providencial y desempeñarlo hasta el fin?

Pero ambos asuntos tuvieron cierta semejanza por la forma de explotarlos y los corolarios irremediables que sugirieron a la opinión pública. Hagamos constar, sin embargo, que si la flota hubiese navegado por Suez, la conciencia universal habría carecido de tiempo y estímulos para predisponer a Occidente. Tal vez esto sea otra explicación...

Cuando la flota atravesaba el trópico de Capricornio para alcanzar las latitudes de la República Sudafricana, ciertos periódicos occidentales moderados, acuciados probablemente por sus respectivos Gobiernos —entre ellos un gran diario vespertino de Francia—, vislumbraron una evidencia geográfica y económica sobre la cual nadie había reflexionado. La flota del Ganges buscaba un paraíso. Pues bien, era preciso prestarle ayuda, acogerla, ¡porque, al fin y al cabo, nosotros no somos unos salvajes! Pero, ¿qué objeto tenía correr tantos riesgos, soportar durante tanto tiempo ese calvario marino y otros muchos padecimientos cuando tal paraíso estaba al alcance, como podía comprobarse con una simple ojeada sobre la carta: ¡África del Sur!? Siguieron diversas consideraciones laudatorias y almibaradas sobre la superficie de aquel territorio, casi tres veces mayor que Francia, su escasa densidad demográfica, un tercio de la francesa, su clima idóneo, su alto nivel técnico y económico, sus fabulosas e inexplotadas riquezas... En semejantes condiciones, ¿por qué solicitar de la provecta y distante Europa lo que no podía

brindar a los inmigrantes del Ganges, no obstante su buena voluntad, pues, aunque fueran superables ciertas dificultades, quedaban otras muy reales de orden climatológico y demográfico? (Hagamos constar, a título anecdótico, que «dichas dificultades de orden climatológico y demográfico», un sutil eufemismo, se fundaban en una intervención secreta y personal del presidente de la República. Una tímida tentativa de contrafuego moral cuyos efectos no se hicieron sentir.) A continuación, cifras, balances, estadísticas, proyectos de todo género: los ordenadores responden a cualquier cosa. ¿Financiación? ¡Eso no era problema! Europa cotizaría. Se enviaría dinero, máquinas, técnicos, organizadores, médicos, pedagogos... ¡todo cuanto estimaran necesario los sudafricanos! (Anotemos los primeros síntomas de pavor: ¡De acuerdo con todo..., pero no en nuestra casa! ¡Sobre todo, no en nuestra casa! Ahora bien, el pavor no es un miedo saludable. El pavor licua, aniquila, como verificaremos más adelante.) En su conclusión, el editorialista descartó cualquier utópico error de redacción. Hipótesis viable y razonable, humanitaria y portadora de esperanza. Era necesario, claro está, consultar sin tardanza al Gobierno sudafricano, y establecer contacto verbal con los líderes de la flota. Quizá la Comisión de Cooperación Internacional...

Eso sembró la confusión.

Los colaboradores del monstruo explotaron. *Apartheid!* ¡Negros al margen! ¡Dictadura racial! ¡Vergüenza de la Humanidad! La panoplia lexicológica se mostró en toda su magnitud. Hacía ya largo tiempo que nadie se andaba con rodeos respecto a África del Sur, un chivo expiatorio inutilizable, proveedor de conciencias intachables. ¡Confiar un millón de infelices con piel negra a semejantes tutores era como condenarlos a la esclavitud! ¡Atrás los moderados, los partidarios del compromiso! ¡Las gentes del Ganges habían partido libremente, y deberían elegir libremente su destino...! Se había clamado que se las quería en casa, y eso era excesivo, pues entrañaba un riesgo, es decir, se espantaba a la opinión pública exigiéndole una decisión prematura cuando lo indicado sería habituarla paulatinamente —tal como se había hecho hasta ahora— a la renuncia mortal. Los grandes tenores presintieron el peligro y, siguiendo el ejemplo de *Clément Dio,* guardaron silencio, tranquilizaron a sus huestes comprometidas imprudentemente (¡aquí también una parca oportunidad perdida para Occidente!), previeron la reacción violenta del África del Sur que, por cierto, les resultaría rentable. Y esto fue exactamente lo que

ocurrió. El incidente del *Immigration Act* australiano, ¡aunque centuplicado y ofrecido en bandeja por los blancos, quienes, esta vez, no se mordieron la lengua!

Pero, asediados en su patria legítima, habiendo rechazado la Commonwealth y la metrópoli, quemando todos los puentes a sus espaldas, tras la desaparición —ahogado en sangre— del Estado-tampón rhodesiano, aguantando el peso de África sobre sus fronteras y el desdén universal sobre las fronteras de sus conciencias, combatidos en el interior por ejércitos de pastores y sacerdotes, bardos y escritores, los *afrikanders* tampoco se mordieron la lengua. Mientras expiraba el siglo XX con el odio inexpiable contra la hegemonía blanca, ellos se obstinaron en proferir terribles invectivas. Y lo hicieron a propósito. Se complacieron con ello. ¡Bien merecía la pena, puesto que los cubrían de insultos! ¡A otro planeta, ni más ni menos! No hubo comunicado oficial, pero sí una breve conferencia de Prensa celebrada por el Presidente sudafricano en persona. Sólo expondremos aquí algunos extractos fundamentales. El Presidente atacó desde el principio, arremetiendo contra el compacto grupo de corresponsales extranjeros de la Prensa occidental:

—Sé que, como de costumbre, habéis venido aquí como enemigos. Apenas terminemos podréis disponer de nuestros télex y teléfonos para transmitir al mundo entero vuestra sempiterna indignación. La República Sudafricana es una nación blanca donde viven un ochenta por ciento de negros y no, tal como se desearía en nombre de una igualdad ilusoria, un país negro donde viven un veinte por ciento de blancos. Éste es el principal matiz. Y nosotros nos atenemos a él. Es una cuestión de ambiente, de clima mental, pero vosotros no lo comprenderéis jamás. ¡Vayamos ahora a los hechos! En este momento, a unas cien millas de nuestro litoral o, para ser más exactos, según los últimos partes, en la latitud de Durban, progresa hacia El Cabo una flota invasora procedente del Tercer Mundo. Sus armas son la endeblez, la miseria, la conmiseración que inspira y el valor de su simbolismo ante la opinión universal. Ese símbolo significa el desquite. Y nosotros, los *afrikanders*, nos preguntamos sin comprenderlo qué masoquismo anima al mundo blanco hasta el punto de desear ese desquite contra sí mismo. Aunque mejor sería decir que lo comprendemos demasiado bien. De resultas, rechazamos dicho símbolo con tanta más energía cuanto que se trata precisamente de eso. ¡Ni un sólo inmigrante del Ganges, cualesquiera sean sus motivos, entrará vivo en el territorio de la República

Sudafricana! Ahora pueden hacer preguntas.

P.: —¿Debemos entender, señor Presidente, que no vacilará en abrir fuego contra mujeres y niños indefensos?

R.: —Me esperaba tal pregunta. Evidentemente, dispararemos sin vacilar. En esta guerra racial desencadenada al nivel de las ideas, la «no violencia» es el arma de las turbas. Y la violencia, la de las minorías asediadas. Nosotros nos defenderemos. Seremos violentos.

P.: —Supongamos que la flota del Ganges opta por desembarcar en las costas sudafricanas. ¿Ordenará usted que se la destruya totalmente?

R.: —Pienso que la amenaza bastará para disuadir a los invasores, pues, según mi opinión, dicha flota navega hacia Europa y, dentro de pocas semanas, seréis vosotros quienes os hagáis esa pregunta. Pero voy a responderos sobre la cuestión de principio porque es eso lo que deseáis, ¿verdad? Bien, si fuera necesario, aniquilaríamos esa flota con bombas. En otros tiempos se arrasaron ciudades como Hiroshima, Nagasaki, Dresde, Hamburgo y otras muchas: ¿quién se preocupó por aquellas fechas del precio pagado para alcanzar la victoria, quién compadeció a tantos millones de víctimas civiles e inofensivas, en su mayoría mujeres y niños calcinados, descuartizados, enterrados vivos? ¡Fue la guerra! Aunque entonces yo era un niño, lo recuerdo muy bien: ¡Se oían incluso aplausos! ¡Hoy la guerra ha cambiado de forma, eso es todo! He aquí cuanto puedo añadir: si hay necesidad de hacerlo, lo haremos a pesar nuestro...

Ésta fue, probablemente, la única frase espontánea que dejó escapar el Presidente cuando se aplacó su agresividad. La expresión típica de un hombre sensible obligado a matar a su perro hidrófobo. Aquella frase dio la vuelta al mundo. El *Clunch*, semanario satírico inglés particularmente feroz, publicó su mejor caricatura desde muy lejanas fechas. Allí aparecía el Presidente sudafricano, en el centro de una mazmorra, empuñando un cuchillo carnicero e inclinándose sobre el hindú esquelético y desnudo, cuyas cuatro extremidades estaban ligadas a un potro de tortura. Las paredes del calabozo, adornadas con tenazas, látigos de siete colas, argollas con pinchos interiores, brazaletes de tornillo, un gran contador eléctrico y un soplete. Sobre el suelo, una bañera, otro potro de tortura, una jaula de hierro repleta de ratas. El preso chorreaba sangre y con su único ojo sano miraba aterrorizado al blanco del cuchillo. El rostro del Presidente estaba bañado en lágrimas. Leyenda: «¡Qué le vamos a hacer, pobre amigo! ¡Es

la guerra! Ahora te mataré, a pesar mío...» Reavivada con colores, la caricatura del *Clunch* presidió durante una semana los escaparates de todos los quioscos franceses sobre la portada de *La Pensée Nouvelle*. Por su parte, *La Grenouille* hizo más aún: le dedicó toda la primera plana; en ésta, el Presidente sudafricano figuraba como general bóer, un labriego barbudo, campechano, orondo vientre cubierto de cartucheras y revólveres, pipa en boca y chambergo de fieltro con el ala caída por un lado. Sentado al borde del agua contemplaba la mar. En torno suyo el campo estaba sembrado de cadáveres, patíbulos guarnecidos con infinitos ahorcados. Se veían también algunas alambradas tras las cuales se agolpaban unas siluetas negras. El inmenso Presidente estaba sentado sobre un amasijo de cuerpos a los que asfixiaba con su tremendo peso. En lontananza navegaba la flota del Ganges, naves muy estilizadas de donde emergían simplemente muchos brazos. Leyenda: «¡Lamento mucho no poder acogeros! Pero aquí tenemos ya negros dichosos...»

Ampliaciones fotográficas de ambas caricaturas aparecieron pegadas a pancartas y recorrieron las Embajadas de África del Sur en todas las capitales occidentales, orladas con crespones negros y enarboladas por manifestantes que, esta vez, asociaron el silencio a la «no violencia». Ni un lema, ni un solo grito. Los cortejos desfilaron pausados, sin decir palabra. Algunos protestatarios se ataron manos y pies con sogas, como los galeotes de otrora. En París, con motivo de una recepción oficial, el ministro Jean Orelle se negó a estrechar la mano del embajador sudafricano y le volvió la espalda ostensiblemente.

—¡Lástima! —murmuró el diplomático, quien hablaba el francés como un parisiense—. Es de verdad lamentable que un ministro sea tan obtuso.

Esta frase, captada por un gacetillero, recorrió todo París. Exagerada por la Prensa y la radiodifusión, originó un conato de incidente diplomático cuando Albert Durfort se encargó de dar la réplica:

—¡Y cuánto más lamentable, señor embajador, que un africano del Sur sea, al propio tiempo, un matarife!

Boris Vilsberg acuñó otra frase:

—¡Hétenos ahora como blancos abochornados!

Y Marcel saltó:

—¡Rojos, no blancos! ¿Acaso hemos olvidado el francés?

Un instante después, Josiane le replicó:

—Blancos abochornados, ¡porque, con tantas historias semejantes, todos nosotros deberíamos estar abochornados de ser blancos!

Y así prosiguió la polémica... Tres famosos salones del distrito XVI cerraron sus puertas a los diplomáticos sudafricanos. Una de aquellas patricias comentó con encantadora dicción:

—¡Bah! ¡Los sustituiremos con negros, y todo resuelto! ¿No creen ustedes que quizás encontremos en París suficientes pobres con sobrada capacidad para ilustrarnos? A mi parecer, los diplomáticos negros lucen indumentarias demasiado elegantes. Deberían tener más cuidado. Empiezan a chocarme un poco.

La vieja Esther Bacouba se exhibió engalanada con las diminutas mazmorras de moda. Ya no podía cantar; solamente canturreaba con su voz de oro cascada por la edad, pero bajo los cabellos níveos y crespos sus facciones nobles y hermosas hacían todavía milagros. En el Palacio de los Deportes, el público se arracimaba para escucharla. Por ella, el propio *Clément Dio* retornaba a la canción-protesta. Célebre libretista de otros tiempos, había dejado algunos títulos memorables como *¡Paris, je te hais!* (Te aborrezco, París), *Je suis un bouc triste et je m'appelle Ahmed* (Soy un cabrón desdichado y me llamo Ahmed), y la divertida samba *Mes seins blancs sur tes cuisses café...* (Mis pechos blancos entre tus muslos café...). Últimamente había escrito para aquella Esther renovada *La balada de la última oportunidad,* una canción de tres notas compuesta por un citarista indio. Dieciocho versos. Quince minutos bien medidos. Un Palacio de los Deportes sobrecogido por el silencio, petrificado de emoción y sumido en la oscuridad mientras, sola, la anciana cupletista negra, deslizándose por el escenario como si la transportara una etérea pincelada luminosa, canturreaba entornando los ojos y uniendo ambas manos:

Buda y Alá
han acordado visitar juntos al pequeño Dios cristiano,
lo han desclavado de su cruz,
han secado el sudor de sus decepcionadas facciones
y le han hecho sentarse entre ellos.
Nos debes la vida, pequeño Dios,
¿qué harás a cambio por nosotros?
Os daré mi reino,
pues se acaba el período de mil años,
expira el milenio...
Y ellos arrastraron al pequeño Dios en la ronda,
la rueda alrededor de una cruz vacía.
Luego se pusieron al trabajo.
Carpinteros los tres juntos,

con los trozos de cruz
construyeron una gran embarcación
pues se acababa el período de mil años,
expiraba el milenio...

Se acababa el período de mil años y bogaba la flota del Ganges impulsada por tres notas sordas, una cítara y el soplo de una gran voz cascada, la flota bogaba en cien mil *juke-boxes*. Oscar de la canción, *best-seller* mundial del disco, tubo genial y mortal deslizándose bajo el neón de los *drugstores* y los electrófonos de burgueses fatigados, respuesta bajo los atrios catedralicios por coros paganos al son de guitarras, mientras el viejo clérigo alzaba una mirada sumisa hacia los ángeles negros, bailada en los atardeceres de amor melancólico, fumada con hachís y marihuana, recorriendo calles y pasillos del Metro en boca de jóvenes pordioseros, y entregada al viento, dominando las ondas, diez veces cada día y prosiguiendo su ruta por la noche mientras la tarareaban los camioneros, los niños soñolientos y las parejas que se desnudaban sin mirarse: «Pues se acaba el período de mil años...» ¡Ah! ¡Cuánto poder tenía esta hermosa canción! Palabra del Gran Desconocido inspirando a *Clément Dio*. Tal vez sea ésta otra explicación...

Si ocurrían cosas semejantes, ¿qué recoveco del propio ser, qué laberinto de ideas adoptadas y sentimientos impuestos será preciso escudriñar para encontrar algunos restos del aborrecible coraje opuesto a la piedad? Resulta inútil revisar los mandamientos episcopales, los editoriales de Prensa, solicitudes de ligas diversas, redacciones infantiles, sermones, actitudes conscientes de todo género, coloquios irresponsables, maledicencias de salón, lágrimas de cocodrilo: el volumen había aumentado bastante más que cuando el asunto australiano o el del capitán Notaras. Sin fricciones, pues la bestia velaba para que se satisficiera a la opinión pública dentro de la mayor pasividad. Porque si hubiera habido actividad, ¿quién sabe si no se la habría enloquecido bruscamente? El asunto sudafricano había desempeñado ya su función; falseado como los precedentes, desnaturalizado, truncado en su contexto. Los servidores del monstruo se refocilaban con disimulo. Todo estaba presto para el último acto.

Sin embargo, en aquella máquina bien lubricada hubo una falsa exposición seguida de una exhibición sin alardes que evidenció la suma habilidad de la bestia cuando sobrevenía un hecho irritante capaz de entorpecer sus planes. Tras las agresivas manifes-

taciones del Presidente sudafricano, muchos se preguntaron por qué los *afrikanders* intentaron inesperadamente transformarse pocos días después en hermanas de la caridad. Cuando la flota doblaba el cabo de Buena Esperanza y entraba en las aguas del océano Atlántico poniendo rumbo nornoroeste para distanciarse del litoral africano, la abordó pacíficamente una flotilla de chalanas pertenecientes a la Marina de guerra sudafricana. Periodistas y fotógrafos, invitados por el Gobierno, presenciaron la operación. Ésta duró un cuarto de hora escaso. Nadie plantó pie en los navíos de la flota, no hubo intercambio verbal según las órdenes estrictas del almirante sudafricano. En cualquier caso, la indiferencia y el silencio inherentes a los inmigrantes hubieran hecho fracasar todo intento de contacto. ¡El África del Sur se contentó con aprovisionar al Ganges! Se había preparado minuciosamente aquel proyecto. Fardos de arroz descargados con grúa, recipientes de agua potable, cajas de medicamentos..., todo se transbordó en un tiempo de plusmarca. Concluido el trabajo, cada cual se marchó por su lado, la flota hacia alta mar y el Senegal, las chalanas hacia el puerto de El Cabo. Entonces se produjo lo increíble. Si no hubiera sido por los numerosos prismáticos de oficiales y periodistas convergiendo sobre la flota del Ganges, nadie habría admitido una evidencia tan inconcebible: ¡la flota arrojó al agua todo cuanto se le acababa de ofrecer! Despabilado súbitamente, el hormiguero se agitó como si hubiera enloquecido de repente. Sobre las cubiertas de aquellas naves, la muchedumbre formó cadenas. Los fardos de arroz pasaron de mano en mano hasta la zambullida final, el océano los engulló uno tras otro. Formando grupos de cincuenta, los hombres se ensañaron con los recipientes de agua; aplicando las propias espaldas y diversas palancas consiguieron imprimirles un balanceo creciente hasta el desplome en la mar. Sólo sobrenadaron las cajas de medicamentos, bastante más ligeras, jalonando la estela de la flota con un punteado danzante. Pero, al fin, cesó el punteado. No quedó más lastre para lanzar por la borda. Mientras tanto, en las chalanas sudafricanas el estupor había dejado boquiabiertos a todos los tripulantes e invitados; las bocas tardaron largo rato en cerrarse. ¿Quién había visto jamás un comportamiento semejante en personas famélicas? Entre todas las explicaciones que se adujeron sobre la marcha sólo pareció algo sensata la del almirante sudafricano. Cuando arribó a El Cabo y desembarcó rodeado por una turba de inquisitivos periodistas, el almirante, con ambas manos en los bolsillos, se dio por satisfecho

encogiéndose de hombros y esbozando un gesto de profundo hastío.

¡Admiremos la inteligencia de la bestia! ¡Aplaudamos su destreza! Hela ahí obstaculizada en su carrera, barruntando algo que la incomodaba y cuya definición sólo podía ser acto de caridad. Un acto tardío, liberador, tachado de remordimientos, lo cual equivalía a decir menoscabado por tenebrosos cálculos..., sí, todo cuanto se quiera, pero humanitario sea como fuere. Pues había habido contacto. Se había tendido una mano caritativa. Con ello se corría un riesgo, porque tal cosa podía hacer pasar a los *afrikanders* por gentes bonachonas y simpáticas ante la opinión pública condescendiente. ¿Racistas simpáticos? ¡Alto ahí! ¡Peligro! Tras cincuenta años de propaganda en sentido contrario, Occidente se entregaba al racismo renacido y procuraba precaverse contra el peligro parapetándose tras de unas murallas nuevas: ¡Catástrofe para la bestia al ver cómo se escapaba su presa! ¡Los blancos despertaban, atónitos y reconfortados, porque habían descubierto simpatía y afinidad con los racistas, conceptuados hasta entonces cual gentes aborrecibles! ¡Ah, eso no! ¡Sería demasiado cómodo! Pero no había surgido un fénix de las cenizas occidentales; si acaso, una endeble mosca desorientada. La bestia la atrapó de un zarpazo y la aplastó. ¿Simpáticos los africanos del Sur? ¡Eso era un simple bocado para la bestia!

La Prensa occidental nos ilustró con elocuencia. Era superfluo entrar en detalles, bastaba con los grandes titulares de la Prensa: «Cinco preguntas y sus respectivas respuestas sobre la delusoria generosidad sudafricana» (Londres, moderada). «Pretoria: ¡buen viaje, con el deseo de no volverte a ver jamás!» (París, moderada.) «Chantaje a la miseria» (La Haya, izquierdista). «¿No habrán pretendido envenenarlos?» (París, izquierda sensacionalista.) «Las limosnas no resuelven nada» (Turín, moderada). «África del Sur: caridad insultante» (París, extrema izquierda). «¡Tomad, buenas gentes, e id a explorar más lejos para ver si estoy allí!» (Francfort, izquierdista.) «Flota: se frustra una tentativa de envenenamiento» (Roma, extrema izquierda). «El piscolabis de Poncio Pilato» (Bruselas, moderada). «Arroz sudafricano al fondo del mar: la flota opta por la dignidad» (Nueva York, moderada). «Los hombres del Ganges rechazan todo compromiso» (París, extrema izquierda).

Este último título coronaba el editorial de *Clément Dio*. Ni una sola línea en su periódico sobre la absurda hipótesis del envenenamiento. ¡Él no comulgaba con tales patrañas! Lo conveniente era ha-

cer cundir el horror sin faltar a la sinceridad. Según su hábito, él se daba por satisfecho acercándose a la verdad en la medida de lo posible. No demasiado, porque tampoco era beneficioso publicarla sin maquillaje, pero lo suficiente para que su conciencia de buen periodista se mantuviera intacta a juicio suyo. Un juego de equilibrio donde él no tenía igual, un malabarismo que le hacía temible cuando daba rienda suelta a su sinceridad. Él había adivinado por sí solo —o casi solo— la verdad. La había desalojado de su escondrijo sin gran esfuerzo porque ella era de la misma naturaleza que su odio. La flota de la última oportunidad, navegando hacia Occidente, se nutría de odio. Un odio casi filosófico, tan puro y profundo que no era traducible en términos de desquite, muerte o sangre; sólo cabía interpretarlo como una reducción a la nada de aquellos contra quienes se dirigían sus flechas, es decir, los blancos. Para los hombres del Ganges en ruta hacia Europa los blancos eran ya inexistentes. Se negaba su presencia. El paraíso había cambiado de dueño y el odio fortalecía la fe. Esto era lo que intentaba expresar *Clément Dio* sin traicionarse ni traicionarlos: «Los hombres del Ganges rechazan todo compromiso.»

Aquel mismo día, Jules Machefer recibió una segunda remesa anónima de cien mil francos. En la primera envoltura del paquete se había prendido una octavilla blanca con cuatro palabras mecanografiadas, sin firma: «¡No tarde demasiado!» Pero, esta vez, una mano armada con estilográfica había agregado presurosamente: «¡Por favor!» Otras tentativas del mismo género rondaron en secreto el nuevo *underground*. El director de Est-Radio, desde donde hablaba Albert Durfort, recibió en su domicilio doscientos mil francos que no le asombraron demasiado. Los acompañaba este interrogante: «¿Será preciso pagar a los tiburones ciegos para escuchar otros tañidos?» Él tampoco pudo hacer nada, no todavía. Y lo dejó entender con medias palabras.

Aferrándose al plan de batalla previsto, Machefer se hizo el muerto en su trinchera. La primera plana de *La Pensée Nationale* exhibió como de costumbre el mapa donde se marcaba cada día el itinerario de la flota: un trazo continuo para el camino recorrido, punteada para la ruta por venir. Y un titular monumental a ocho columnas:

¡SOLO 10.000 KILOMETROS
PARA CONOCER LA VERDAD!

Diez mil kilómetros...

¿Está muy lejos? ¿Demasiado cerca? ¿Mañana? ¿Jamás? ¿Hacen algo divertido esta noche en la tele?

XXIV

Quince días después sólo cambió el titular señalando la nueva estima de la flota: «¡Únicamente 5.000 km para conocer la verdad!» Entretanto no había ocurrido nada. Impresionante silencio. La meteorología anunciando bonanza. Familiar, aunque distante, la flota invisible sobre una ruta marítima desierta. La opinión pública conquistada por el mito de la fraternidad, entonando *La balada de la última oportunidad,* escuchando los resultados del gran concurso de dibujo infantil por boca de su organizadora, Rosemonde Réal. Tema del concurso: El Ganges en casa. Se expusieron los mejores dibujos en el Petit Palais bajo el supremo patrocinio de Monsieur Jean Orelle, premio Nobel de literatura, ministro de Información y portavoz gubernamental. Ilustrados, enmarcados, adosados sobre vitela, leyendas con letras doradas, clasificados por secciones: en casa y en la escuela, en el hospital y en la fábrica, en el campo y en la calle... Se gastó mucho dinero. Una publicidad monstruosa; quienes representaban algo en París quisieron dar su opinión, no faltó ni uno. El día de la inauguración hubo tal amontonamiento de celebridades que se lo reconoció al instante como el acontecimiento mundano del año. Cinco pintores famosos —marxistas y multimillonarios, individuos solitarios habituados a rechazar los múltiples honores con que se los abrumaba— decidieron abandonar por una tarde sus castillos. Las bóvedas del Petit Palais, repleto de periodistas y micrófonos, retumbaron con las admirativas exclamaciones. Particularmente se distinguieron los jóvenes artistas. ¡Jamás había prodigado tanto talento la infancia irresponsable! Y nadie presente para comentar que las obras artísticas de aquellos niños insensatos revelaban la necesidad de un tratamiento psiquiátrico. El ministro, marcando el paso, se detuvo ante una explosiva pintura a la aguada en la que gesticulaba, sobre fondo rojo,

una especie de arlequín que tenía un pie negro y el otro blanco, una pantorrilla negra y la otra blanca, un muslo negro y el otro blanco y así sucesivamente hasta la cara dividida en cuatro partes.

—¡He aquí una buena pintura! —exclamó—. No puede haber talento si no proviene del corazón, ni genio sin alma. Meditemos sobre la lección de estos niños.

Y Monsieur Jean Orelle, premio Nobel y ministro, consejero de los grandes de este mundo, se entregó obedientemente a la meditación mientras un leve retortijón, una dolorosa angustia, le recordaba su casa de campo de Provenza, doce habitaciones amuebladas a su gusto, un jardín refrescante, una hamaca bajo el tamarindo y un millón de esqueletos gesticulando ante el pórtico... No pronunció ni una palabra más. Sin embargo, eso importaba poco, porque todo el mundo estaba habituado a sus extravagancias. La Prensa describió así su actitud: «Trastornado por la emoción, siempre fiel a sí mismo.» ¡Fiel, cierto, pero a costa de cuántos tormentos! La renuncia a flor de labios y su pasado montando guardia como un centinela para contener las palabras en aquel angosto pasillo donde el pensamiento se hacía frase. Aquel dibujo se vendió en cien mil francos, y esta suma engrosó los fondos previstos para acoger a los inmigrantes del Ganges; se lo disputaron veinte coleccionistas. ¡Dios sabe dónde estará ahora y cómo lo mirará su dichoso propietario...!

En verdad ocurrió poca cosa hasta el puente aéreo de São Tomé. Puente aéreo: una especialidad de Occidente cuando su fantasía le induce a interesarse por el prójimo. Ofrece la enorme ventaja de enlazar con carácter muy provisional dos orillas muy distantes entre sí: una, donde el agobiado prójimo está loco de agradecimiento, y otra, donde Occidente, creyéndose a salvo, hace amistosas señales para celebrar la partida de los aviones. Resulta muy cómodo en los casos graves porque proporciona una conciencia limpia. Accesoriamente, puede servir para algo, aunque esto no sea el designio fundamental de sus inventores. El de São Tomé no tuvo fin alguno, salvo el de sumir a la opinión pública en una perplejidad incipiente. Lo ideó la Comisión de Roma, cuyos miembros, habiendo alcanzado el límite de sus estériles asambleas, creyeron llegado el momento de poner toda la carne en el asador. Ya iba siendo hora. La ONU hablaba de adjudicarse el problema, y ¡cualquiera sabe lo que pueden inventar esas gentes cuando se las deja jugar a solas con un Tercer Mundo mayoritario, con un imperialismo contumaz, con un racismo a ultranza y otros asuntos del mismo

género! Reunidos a puerta cerrada en la Comisión de Roma, los Gobiernos occidentales retuvieron el balón, pues, por mucho que quemara, no era el momento oportuno de pasarlo al Tercer Mundo. El puente aéreo de São Tomé merece un lugar destacado en la posteridad. Un monumento a la inutilidad, algo así como la torre Eiffel.

Según los partes recibidos, tan pronto como la flota del Ganges franqueara el ecuador, se aproximaría al litoral africano, concretamente a la isla de São Tomé, una República independiente y antigua colonia portuguesa que sirviera otrora como portaaviones para el Ejército americano y cuyo aeródromo ofrecía aún unas hermosas ruinas aprovechables. Así, pues, la Comisión de Roma decidió aprovisionar a la flota desde la base de São Tomé. Se procuraría triunfar donde fracasaran los sudafricanos, pero entre gentes de bien y por una noble causa. ¡Se demostraría a esos desdichados y al mundo entero cuál era el verdadero rostro de la raza blanca! E, inmediatamente, se precipitó el alud sobre el campo de São Tomé. El carrusel de la caridad, cien aviones trazando círculos bajo el plomizo cielo ecuatorial esperando su turno para aterrizar. ¡El encarne! Una muestra de buenos sentimientos. Una escenificación del altruismo. Una obra maestra de repostería humanitaria, rellena de antirracismo *à la crême,* cubierta con igualitarismo azucarado, cargada de remordimientos a la vainilla, más esta chusca inscripción de guirnaldas acarameladas: *Mea culpa!* Verdaderamente, un pastelón repugnante. Sin embargo, todos se abalanzaron sobre él, cada cual quiso ser el primero en morderlo. ¡No empujen! ¡Hay suficiente para todo el mundo! Encantadora fiesta. Lo esencial fue estar presente, lo importante, exhibirse, y lo principal, evidentemente, publicarlo a los cuatro vientos.

El avión blanco del Vaticano tomó tierra solo —distinguiéndose claramente— con mucha anticipación, pues la aeronave vaticana llegaba siempre la primera a todas partes. Se diría que la tenían dispuesta día y noche para despegar, cargada con medicamentos, dominicos vistiendo *jeans* y piadosas misivas. Probablemente volaría a la velocidad supersónica de los símbolos. Para equiparla, el Papa Benedicto XVI, empobrecido por voluntad de su predecesor, vendió la tiara y el «Cadillac». Pero como su imagen sobrevivía aún a través del mundo, sobre todo en las parroquias más humildes y rezagadas de Córcega y Bretaña, Luisiana e Irlanda, Galicia y Calabria, donde había muchos católicos demasiado lerdos y supersticiosos para imaginar un Pontífice sin

tiara ni automóvil aparatoso, los donativos afluyeron al instante. Cediendo ante la presión de aquellas pobres gentes, el Papa rescató con gran tristeza su tiara y su coche para revenderlos aprisa y alegremente en nombre de la santa humildad cuando la opinión pública o quizá las circunstancias exigieron el despegue inmediato del avión blanco. A decir verdad, se intentaba enriquecerlo con una regularidad desconsoladora. ¡Por fortuna, allí estaba el avión blanco para sacarlo de apuros! Era un Papa muy popular en la Prensa, un Papa que había sabido adaptarse a su época. ¡Excelente portada! Se le mostraba alimentándose con una lata de sardinas, empuñando un tenedor de hierro en su pequeño comedor-cocina bajo las cúpulas del Vaticano. Si se piensa que ese romano único, mal nutrido, habitaba en Roma, una urbe rebosando salud, exhibiendo unas riquezas bien ganadas a lo largo de los siglos, no parece exagerado afirmar que él aportaba realmente lo suyo. Sin embargo, inspiraba todavía cierto desprecio a algunos romanos cerriles. Pues bien, su avión aterrizó el primero en São Tomé, y las aldeas bretonas de cruces graníticas y calvarios festoneados organizaron la postulación pertinente para ofrecerle una tiara más hermosa que las anteriores.

Poco después arribó el eterno segundón, aunque siempre por muy poco, es decir, el avión gris perteneciente al Consejo Ecuménico de las Iglesias protestantes. Éste se diferenciaba bastante de la aeronave papal, porque, en su caso, seleccionaban más los viajes y cada travesía implicaba un combate. Los pastores militantes desembarcaban animados por una aversión sacrosanta contra todo cuanto representara a la sociedad occidental moderna, y por un amor desmedido hacia todo cuanto pudiera quebrantarla. En una homilía reciente, causante de cierto revuelo, el Consejo Ecuménico había expuesto su firme criterio: «La sociedad occidental moderna no es reformable y, por tanto, se la debe destruir para edificar sobre sus ruinas, con ayuda de Dios, un mundo nuevo y equitativo sin excepciones.» La caridad es un arma ofensiva muy manejable cuando se la emplea con un solo sentido. Jamás se vio volar al avión de los pastores en socorro de los necesitados neutrales, tal como fue el caso con los terremotos de Turquía o las inundaciones de Túnez. Por el contrario, aprovisionaron sin descanso a los campamentos palestinos, a los guerrilleros angoleños, a los ejércitos bantúes de liberación, es decir, acudiendo allá donde el odio hablara con voz más sonora que la miseria. Asimismo, casi todos los pastores habían re-

nunciado mucho tiempo atrás a incluir el Evangelio en sus paquetes de víveres, pero eso les tenía sin cuidado, porque estaban protagonizando a lo vivo el Evangelio. «Cristo ha luchado durante toda su vida contra las religiones y los poderes establecidos», había hecho constar el Consejo Ecuménico. Ahora los pastores marchaban a la lucha contra el poder blanco y la religión católica aunque interponiendo la miseria. Pronto voló sobre São Tomé un ejército combatiente. El avión de los pastores se posó pesadamente, atiborrado con calorías hasta los estabilizadores.

A renglón seguido aterrizaron los aviones imparciales volando en nombre de la conciencia universal, distinguiéndose entre ellos el de la Cruz Roja, luego los dos gemelos sueco y suizo (caridad hacia cualquier acimut: reducto de la neutralidad dorada), y tras ellos, las grandes aeronaves comerciales de los principales Estados europeos, cuyos tripulantes eran agentes secretos a quienes se les había encomendado una misión idéntica (averiguar adónde se dirigía la flota y, si fuera posible, encaminarla hacia el vecino). Y, finalmente, cerrando el desfile, las aeronaves coquetonas y ridículas por así decirlo. La más espectacular fue una máquina «Boeing» de la Orden soberana de Malta, reluciente cual una armadura, cruz de cuatro triángulos grabada sobre cola y alas, armas policromas del Gran Maestre, desplegadas como mostachos a ambos lados del morro. Mientras los aduaneros negros de la República de São Tomé revisaban con expresión recelosa la carga del avión, saltaron a tierra con más o menos desenvoltura un teniente general, fugitivo del «Jockey-Club», un condestable con quien no cabría contar para el golf del *week-end*, tres magistrados, entre ellos un vetusto duque pero todos titulados Grandes de España, y una noble princesa ataviada como enfermera, dama de honor y devoción, con radiante sonrisa cuyas primeras palabras apenas pisó suelo africano fueron para expresar una simpática impaciencia:

—¡Llevadme hasta esos pobres pequeños! ¡Quiero abrazarlos cuanto antes!

Costó mucho hacerle comprender que los pobres pequeños estaban navegando todavía en algún lugar del vasto océano.

—¡Espero que no estén enfermos! —exclamó ella. Y volviéndose hacia el decrépito duque agregó—: ¡Georges, siempre se nos olvida algo! ¡Tantos medicamentos y ni una sola caja de nautamina!

Mujer de gran corazón pese a todo, célebre en los máximos niveles del sufrimiento adonde acudía con suprema soltura, precipitándose hacia los «entra-

ñables pequeños» tal como lo haría un maníaco del safari sobre su presa. Al menos, los conmovedores caballeros sabían por qué combatían: ¡Más caridad, más Orden de Malta! Ocho siglos de tradición y una casta merecedora de salvación: ¡Un motivo tan válido como cualquier otro, querido Georges! Los bufones ingenuos son la sal de la Humanidad... si es que queda alguno.

Después llegó precisamente el avión bufonesco, decorado con flores pintadas y máximas hindúes como el «2-CV» de un *hippy*: el bimotor de un conjunto vocal inglés. Los cantantes multimillonarios descargaron con sus propias manos el equipaje. ¡Un cargamento increíble!

—¡Otros aportan vida, nosotros aportamos alegría! —habían declarado al abandonar Londres.

Gigantesco amontonamiento al borde de la pista de São Tomé: dos cajones de disfraces y postizos, otro de armónicas, cincuenta cítaras indias, electrófonos con pilas, perfumes para las mujeres, incienso, treinta kilos de marihuana, chocolatines empaquetados por «London Candies & Co.», un cajón de viñetas eróticas, otro de cuentos ilustrados y un juego completo de fuegos artificiales con instrucciones en hindi: «Para disparar sobre cubierta cuando se avisten las costas europeas.» Los ídolos irradiaron felicidad mientras corrían de una caja a otra. ¿Fantochada del histrión enfermo de publicidad, o acto reflexivo? Jamás se supo lo que les había llevado allá. Aunque bien es verdad que el mundo occidental tenía otras cosas en la cabeza. Ello queda reseñado para la historia anecdótica, así como el remate del festival aéreo en São Tomé: ¡muy rezagado pero triunfante llegó el reactor cuatrimotor de «Air France» empavesado con los colores y siglas de la «Radiodiffusión Télévision Française»!

¡Ah! ¡Cuánto no se habrá hablado de ese avión! ¡Viaje y cargamento pagados con un solo festejo! ¡Festejo disparatado! ¡Delirio colectivo! Doscientas estrellas, cantantes, orquestas, escritores, campeones de esquí, modistas, *play-boys*, bailarinas e incluso aquel obispo de moda que acababa de tomar esposa en el *faubourg* Saint-Germain..., todos ellos recorriendo las avenidas de París y su provincia con el estrépito de un desfile circense, escoltados por batallones de preciosas muchachas postulando al estilo patriótico, una bandera tricolor extendida horizontalmente sirviendo de cepillo a cielo abierto... ¡jamás había habido tanta diversión en las calles parisienses desde el 14 de julio de 1789! Aquella noche el apuesto Léo Béon, ídolo de los *livings*, *cabotin* del numen, realizó su mejor interpretación en el progra-

ma conjunto proyectado para las tres cadenas de Televisión y las cinco cadenas de Radio. Señalemos, de paso, el impacto de su mensaje:

—El Gobierno de nuestro país ha despachado sus aviones a São Tomé. Es lo normal. Simple justicia. Pero a la justicia, siempre algo rígida, es preciso añadir la solidaridad y el amor del hombre. ¡Nosotros, el pueblo de Francia, enviaremos el avión del pueblo a São Tomé! Contamos sólo con dos horas para financiar ese envío. Dos horas para manifestarnos. Unid a vuestro donativo por modesto que sea una breve nota —no más de diez líneas— expresando vuestros sentimientos. Quien escriba la mejor esquela ganará un viaje a São Tomé. (¡Este admirable Léo Béon se estaba dejando dominar por su vocabulario habitual!) Ese ganador entregará a los hombres del Ganges una compilación de los mejores textos que nosotros haremos traducir previamente. El dar es algo magnífico. Pero el decir por qué lo das es todavía mejor, etcétera, etcétera.

¡Fin del pregón! ¡Triunfo rotundo! ¡Millones de personas en las calles! ¡Veinte embotellamientos en el casco urbano! Mientras tanto, el apuesto Léo leía ante el micrófono algunos de los mejores textos, es decir, cuando le daban algún respiro los diez teléfonos blancos en torno suyo («¿Diga? ¿La Bastilla? ¡Formidable! ¿Aglomeración? ¿Apretujamiento? ¡Soberbio! ¡El corazón de París late siempre en la Bastilla! *Allo!* ¿Marsella? ¿La Canebière repleta? ¡Magnífico! ¡El corazón de Marsella sabe latir al unísono!») Por fin rompió en sollozos. ¡El monstruo derramó lágrimas auténticas! Y Machefer lloró también en su desván. ¡Pero de risa! Todo concluyó a las diez. ¡Francia será siempre Francia! Con cinco kilos de menos y la voz quebrada, Léo Béon envió al pueblo a su casa dándole antes las gracias de todo corazón por no haberle decepcionado. ¡Diantre, era cierto, el hombre creía ser realmente la conciencia de los franceses! También apareció en la pantalla Monsieur Poupas Stéphane-Patrice, el dichoso ganador y maestro peluquero de Saint-Tropez:

—¡Ya no hay hindúes, ya no hay franceses, sólo existe el Hombre...! ¡Y eso es lo importante!

¡¡Bravo, muy bien pensado! ¡Pobre pazguato! El lunes de Pascua por la mañana, Monsieur Poupas Stéphane-Patrice, atemorizado y tembloroso hasta el punto de no poder introducir la llave del coche en su cerradura de contacto, huiría de Saint-Tropez a pie para desplomarse sobre la carretera Norte, tras veinte kilómetros de carrera y junto a su cuerpo pasarían sin detenerse miles de automóviles conducidos por otros tantos franceses en desbandada para quie-

nes el Hombre con hache mayúscula había sido lo único verdaderamente importante quince días antes... Marcel y Josiane se acostaron exhaustos. Lo habían visto todo recorriendo París desde un extremo al otro estrechando la mano de cien *vedettes*, ¡lo cual no estaba nada mal por los dos *thunes* (1) arrojados sobre la bandera! Metidos ya en la cama, con las luces apagadas, en silencio, les asombraba no sentir la menor satisfacción. ¡Demasiado ruido! ¡Demasiado baqueteo! ¡Demasiados discursos! ¡Demasiado amor desbordándose como un jarabe por demasiadas bocas célebres! ¿No se habría ido demasiado lejos? ¿Cabe afirmar que el sentido común popular, traicionado día tras días, perdido en un bosque de falsedades e ilusiones, había redescubierto senderos desdibujados? Ni mucho menos. Josiane y Marcel se abrazaban estrechamente para esperar la llegada del sueño. Aunque ellos no lo supieran todavía, en su interior acababa de nacer el pánico.

En São Tomé, Monsieur Poupas Stéphane-Patrice acompañado de los cantantes multimillonarios repetía por vigésima vez:

—¡Ya no hay hindúes, ya no hay franceses..., sólo existe el Hombre! ¡Y eso es lo importante!

Se le aplaudió con entusiasmo y él prosiguió más animado si cabe:

—¡Ya no hay ingleses, ya no hay suizos, etcétera...!

Estaba maravillado. Léo Béon besó la mano de la princesa, y ante las tiendas montadas acá y acullá al borde de la pista acuñó una famosa frase: «¡Esto es el campo del corazón dorado!» Veinte enviados especiales se adueñaron de la fórmula. Los portadores de la caridad se felicitaron mutuamente. Se reconocían entre sí mediante una insignia común, una enseña de tela amarilla en forma acorazonada. Quinientos corazones amarillos cosidos a quinientos pechos, incluidos los de varios agentes secretos quienes, apostados en la cercana orilla, escrutaban con sus prismáticos el horizonte o se disputaban las pocas barcas pesqueras todavía libres y alquiladas a precio de oro. La Comisión de Roma había requisado en São Tomé todo cuanto podía flotar y avanzar mediante propulsión. Ya se estaba a punto. El ambiente era candente. Dominicos y pastores acordaron instalar una oficina común. Los negros de São Tomé ejercieron el ecumenismo sin saberlo: sus traseros se agitaron furiosamente cuando el grupo «pop» inglés improvisó algunos cánticos. Monsieur Poupas Stéphane-Patrice leyó algunos pasajes del Evangelio

(1) Antigua moneda de plata de 5 francos. (*N. del T.*)

e invitó a comentarlos, tras lo cual extrajo la consecuencia lógica:

—¡Ya no hay hindúes, sólo existe el Hombre...! ¡Y esto es lo importante!

La muchedumbre canturreó: «Con los trozos de Cruz / construiremos una gran embarcación / pues se acaba el período de mil años / expira el milenio...» Mientras tanto, el viejo duque, la princesa y casi todos los católicos presentes recibieron la comunión de manos de un pastor protestante para quien la hostia consagrada representaba simplemente un símbolo. Pero todos los corazones animados por un mismo impulso se elevaban hacia Dios, aparecieron lágrimas y sonrisas beatíficas en cada rostro, la emoción creció como una fruta con el bochorno ecuatorial, hasta el punto de que cuando un vigía apostado sobre el ribazo exclamó «¡Ya llega la flota! ¡Ya está aquí!», todos respondieron con una sola voz:

—*Deo gratias!*

La escena subsiguiente fue una pesadilla, o si se quiere, un mal sueño. El encuentro tanto tiempo esperado tuvo lugar a unas dos millas del litoral de São Tomé. Pronto se evidenció que la flota del Ganges no había pensado ni por un momento hacer algo. Se observó incluso que el *India Star* rectificaba su rumbo, ¡como si se propusiera abordar a una de las chalanas! Los caballeros de Malta salvaron la vida gracias al aplomo de su piloto, quien hizo marcha atrás cuando se avecinaba la catástrofe, casi bajo la roda del paquebote; durante un instante, el caduco duque creyó retornar a tiempos pretéritos, cuando las galeras de la Orden combatían con el turco. Respecto a los «entrañables pequeños», la princesa, creyendo llegada su última hora, sólo percibió una criatura deforme, odiosa, convulsa, cubierta con una gorra de marino y cuyos muñones extendidos parecían estar abriendo las puertas del infierno. Ella murmuró *mea culpa* y se desmayó con infinita gracia. Como ningún portador de la caridad se hubiera atrevido todavía a imaginar lo inconcebible, es decir, un acto hostil por parte de la flota del Ganges, se atribuyó aquel hecho a un accidente fortuito y felizmente evitado, por lo cual las chalanas de São Tomé intentaron abordar de costado en plena marcha a los navíos de la flota. Pero se abandonó pocos instantes después esa tentativa. Tres fardos de arroz izados laboriosamente hasta la cubierta inferior de un herrumbroso torpedero permanecieron allí diez segundos escasos. Centenares de brazos se extendieron para arrojarlos al agua; nadie pudo poner en duda el carácter deliberado de aquel rechazo. Sobre

otro buque, un bosque de puños alzados, algunos asiendo cuchillos, recibió a un agente secreto francés, el cual había trepado hasta el puente a fuerza de músculos utilizando una beta que colgaba del casco. Se libró de la muerte gracias a su duro entrenamiento: salto de carpa inverso y entrada de espaldas en el agua. Los fuegos artificiales ingleses estallaron estruendosamente ante las narices de sus donadores, el conjunto «pop», derribando al batería e hiriendo en la espalda al vocalista. La chalana pontifical mostró más tenacidad que las demás, semejando un perro porfiado en persecución del rebaño. Cuando realizaba su tercera tentativa de abordaje estableciendo contacto con la borda del *Calcutta Star,* un cadáver en cueros lanzado desde el puente se estrelló con enorme estrépito a los pies de los monjes dominicos: el cuerpo estaba todavía caliente, los músculos conservaban su flexibilidad. Piel blanca, ojos azules, barba y cabellos rubios. Se le había estrangulado. Cuando se desanudó la soga enterrada en la carne del cuello, resultó posible la identificación. Entonces se reconoció con pasmo a quien había sido durante diez años largos —hasta el Concilio Vaticano III, en el que estuviera presente como participante laico, por invitación personal del Papa— uno de los más notables escritores católicos, y también de los más reformistas, muy popular en todos los medios intelectuales religiosos. Convertido inopinadamente al budismo, había desaparecido del mundo occidental sin dar la menor explicación ni escribir una sola línea. Algunos lo habían apodado el escritor apóstata. El único blanco que lo vio vivo por última vez fue el cónsul Himmans, a cuyo cargo estaba el Consulado general de Bélgica en Calcuta; esto ocurrió pocos días antes de que partiera la flota. Agreguemos esta simple reseña: al caer la noche se le enterró sigilosamente en una playa desierta de la isla, ante la presencia exclusiva de los dominicos. Jamás se divulgó su muerte por el mundo, y tampoco siquiera en São Tomé. Así lo acordaron los escasos testigos de su asesinato; y el Vaticano, a quien se consultó mediante lenguaje cifrado, aprobó sin reservas esa conjura de silencio. Sin duda el Papa temería que aquel odioso crimen perpetrado contra uno de los hombres más inteligentes del siglo y cuyos esfuerzos prodigiosos para acercarse a la Verdad habían sido seguidos con pasión por el mundo entero, ocasionara un vuelco de la opinión occidental y transformara esa muerte inquietante en un genocidio subsiguiente. Efectivamente, cabe suponer que si una oleada de emoción espontánea barriera el mundo occidental, podría inducirle a condenar en bloque

la miseria irresponsable, a odiarla en lugar de amarla cristianamente, a dejarle correr su suerte en vez de socorrerla, a rechazarla en lugar de acogerla. Y el Papa había orado tanto para solicitar más luz de Dios que, ciertamente, no podía equivocarse. Quizá sea ésta otra explicación...

Cuando el último navío de la flota se perdió en el horizonte, dejando São Tomé al sudoeste de su ruta, el silencio y la consternación que acompañan a todo fracaso inexplicable imperaron sobre el campamento. Cada cual se esforzó dolorosamente por comprenderlo. Es preciso rememorar la profunda corrosión de las inteligencias durante aquel tiempo para entrever cuánto debería costarles descubrir e incluso concebir una verdad que saltaba a la vista. Así, pues, nadie adivinó que la flota del Ganges había librado el primer combate de una guerra racial inexpiable y que nada podría contener ya el poder triunfal de la debilidad. A partir de ahí no habría más transigencias. Las conferencias entabladas a renglón seguido bajo las tiendas de São Tomé sólo dejaron traslucir una enorme perplejidad. Luego llegó aquella interpretación imprevista, inspirada probablemente por los pastores —a menos que se les anticiparan los clérigos católicos— y acogida por todo el mundo cual una liberación, el fin de una atormentadora situación en la que las ideas inculcadas hacían la ronda con absoluta esterilidad:

—¡Pero si está bien claro! ¡Es evidente! ¡Sintieron desconfianza! ¡Temieron que nos propusiéramos envenenarlos! ¡Pobres gentes! ¡Cuán dignas de conmiseración!

Aunque nadie agregara que la culpa era imputable a los sudafricanos, bastantes lo pensaron y algunos lo sugirieron con no pocos rodeos. Y, aun cuando muchos entrevieran en su fuero interno el abismo donde podrían hundirse sus hermosas conciencias tan pronto como regresaran a Occidente, a sus respectivos países, todos acordaron exponer una versión común del acontecimiento. Confesaron su perplejidad, eso es cierto, pero, al propio tiempo, manifestaron sin ambages que un equívoco había retardado la fraternización. En el aeropuerto de Roissy, ante una concentración periodística, Léon Béon acuñó todavía otra frase memorable. Haciendo un esfuerzo recobró su célebre sonrisa matizada con el grado justo de tristeza, y dijo:

—Nos hace falta aprender a amansar la miseria.

La bestia recibió un esfuerzo inestimable de aquel mentecato cuyo principal objetivo era el de mantener su fama de astro indiscutible. Pronto lo veremos

en acción. Señalemos de paso la reacción espontánea de *Clément Dio.*

—¡Ah! —exclamó—. ¡Pobre pazguato!

Acto seguido eligió el titular de la semana entrante para su portada: «Aprendamos a amansar la miseria.»

XXV

Durante dos días, Machefer arrumbó su mutismo. En la primera jornada, un artículo de dos páginas, escrito con estilo sobrio pero atiborrado de detalles y hechos concretos bajo este título: «¡Francés, se te está engañando! La verdad sobre São Tomé. Relato de un testigo ocular. El duque D'Uras manifiesta...» Abonado desde fecha inmemorial a *La Pensée Nationale,* el anciano aristócrata se personó en casa de Machefer veinticuatro horas después de su regreso, llevando en brazos un inmenso paquete de periódicos, todos ellos de la Prensa matutina, salvo algunos vespertinos del día anterior. Parecía muy agitado.

—¡Esto es una infamia! —gritó temblando de cólera—. ¿Adónde pretenden llevarnos? ¡Jamás he visto en mi vida una información tan tendenciosa! ¡Y, al propio tiempo, tan hábil! Todo parece auténtico y, sin embargo, es una falsedad. Yo mismo he debido leerlo dos veces para darme cuenta. ¡Escuche! Yo estaba en la embarcación de Malta. La mandaba yo mismo, ¡capitán de navío retirado D'Uras! Y, ¿qué leo en ese informe? ¡Que una maniobra errónea de mi piloto me ha expuesto al abordaje por el navío de cabeza cuyo timonel ha evitado el desastre rectificando su rumpo a tiempo! ¡Cuando lo ocurrido es precisamente lo contrario! ¡Yo no estaba soñando ni mucho menos! El *India Star* arremetió contra nosotros con ese j... renacuajo gesticulando sobre el puente y todos aquellos tipejos a bordo mirándonos fijamente ¡como si quisieran matarnos sobre la marcha! ¿Y los cuchillos? ¿Los puños amenazadores? ¿Quién ha mencionado los cuchillos? ¡Amansar la miseria! ¡Menudo camelo! Yo vi bien esa miseria. ¡Y no di crédito a mis ojos! Ellos nos aborrecen. ¿Temor de un posible envenenamiento? ¿A quién pretenden tomar el pelo? Ninguno de los nuestros pudo entablar un diálogo, ni incipiente siquiera. To-

dos cuantos consiguieron pisar sus cubiertas se encontraron cuando menos lo esperaban en la mar; los lanzaron como fardos antes de que pudieran explicarse. Yo intenté hacerlo constar en el campamento de São Tomé, pero nadie quiso escucharme. «Estáis fatigado, señor duque, id a descansar un rato.» ¡Eso fue cuanto se les ocurrió responder! Yo conocía a uno de los dominicos en el equipo pontifical. Era el confesor de mi mujer cuando me encontraba de agregado naval en Roma. Un frailuco astuto como un mono y con apellido de cordero: Agnellu. ¡Ha prosperado mucho desde entonces! ¿Saben ustedes lo que me dijo? «Dios nos ha impuesto esta prueba para fortalecer nuestra caridad. ¡Las intenciones divinas son claras! Si no donamos todo no habremos donado nada. Nuestro deber de cristianos está ya previsto, pero otros lo tergiversan. Es preciso callar ciertas verdades, pues, en realidad, son sólo apariencias porque así lo ha querido Dios para que merezcamos la salvación...» ¿No les parece un buen subterfugio? Yo me quedé patidifuso. Por añadidura, el hombre pronunció una pequeña homilía antes de abandonarnos a la mañana siguiente, ¡y todo el mundo se lo tragó como si fuera maná! ¡Las intenciones divinas! ¡Cabe preguntarse quién se las sugirió sobre esta tierra o en el más allá! Yo comprendí poco a poco todo eso, ¡tomen buena nota! Por fin sólo me faltó una pieza del rompecabezas. Ayer por la mañana, en Roissy, conseguí llevarme aparte al pequeño Agnellu y lo interpelé así: «Padre, ¡dígame algo sobre ese bonito regalo que estuvo a punto de caerle sobre la cabeza! Aquel cadáver blanco en cueros con su enorme barba rubia, ¿recuerda?» Eso lo dejó sin habla por unos instantes. Yo sabía bien de qué estaba hablando, pues conservo hasta ahora mi excelente vista de guardiamarina y mis no menos excelentes prismáticos. Sin embargo, él se recobró aprisa: «¡Usted ha visto visiones, señor duque! No ha ocurrido nada semejante, puedo asegurároslo.» ¡Tal como le digo! Con una expresión de absoluta sinceridad, esa que parece suficiente para recibir al buen Dios sin confesión. Entonces le pregunté: «¿Puede jurármelo?» Y creí haberlo atrapado. Pero, ¡nada de eso! «Le perdono sus caprichos, señor duque, son el privilegio de vuestra edad. Se lo juro de buen grado.» ¡Fíjese, Monsieur Machefer! Yo vi el cadáver por segunda vez. Aquella noche, en el extremo de la playa. Lo estaban enterrando: luego Agnellu murmuró algunas palabras, bendijo la tumba y todos partieron al galope. Cuando hubieron desaparecido, me acerqué a la sepultura. La habían disimulado muy bien. Como nunca me ha gustado la carroña, recé una bre-

ve plegaria y después partí tras ellos. Usted se preguntará qué hacía yo por aquellos parajes a semejante hora. Pues bien, estaba orinando, eso fue todo. A mi edad uno se levanta frecuentemente por la noche. Aquello me valió la última pieza del rompecabezas: ¡ese cura ha mentido descaradamente por muy dominico que sea! Desde entonces no paro de hacer extrañas deducciones. Entre todos esos sacerdotes que se confunden y nos confunden, ¿cuántos mentirán deliberadamente? ¡Tengo miedo, Monsieur Machefer...!

—¡Hijos míos! —dijo Machefer a su joven equipo—. Tomad por escrito el relato de Monsieur D'Uras. Interrogadle a vuestro modo, puesto que él ha venido para eso. Quiero un texto claro, sin floreos. Haremos una tirada de cien mil ejemplares...

—¡Cien mil ejemplares! —exclamó poco después el impresor jefe de *La Grenouille*—. ¿Tiene usted con qué pagarlos? He recibido órdenes muy estrictas...

—¡Por anticipado! —le repuso Machefer.

Diciendo esto sacó un fajo del bolsillo. Como en tiempos pretéritos, los pregoneros vendieron esos cien mil ejemplares. Poca cosa en realidad, pero aquello fue sólo el comienzo. Machefer cobró aplomo. Al día siguiente se publicó la segunda edición del relato, esta vez con un titular llamativo: «¡Blanco estrangulado en el *Calcutta Star* y arrojado al agua! ¿Móvil? El odio racial.»

Apenas transcurridos quince minutos se detuvieron las rotativas de *La Grenouille*. Extrañado de ese silencio, Machefer bajó a ver qué pasaba:

—¡Bueno! ¿Qué pasa ahora? ¿Se acabó el trabajo?

—Una huelga inesperada, Monsieur Machefer. Lo siento —dijo el jefe del taller.

—¿Huelga? —masculló Machefer—. ¿De verdad?

Y fue mirando de hito en hito a todos los operarios. Silenciosos, inmóviles..., ninguno respondió.

—¡Estáis actuando contra vuestra propia causa, bribones embrutecidos! ¿No habéis leído mi artículo? ¡No comprendéis ni una palabra!

—Es la huelga —insistió el jefe del taller—. Discúlpenos, pero usted conoce nuestros derechos sindicales.

—¿Dónde está vuestro sindicato? ¿En el segundo piso? ¿En las oficinas de la Dirección?

—Es la huelga. No hay más que hablar —repitió el jefe del taller—. Y no se queje, ¡usted tiene sus diez mil ejemplares como cada día! ¿Qué más quiere?

—¿Y mañana?

—Mañana ocurrirá lo mismo. El Sindicato del Libro, junto con la sección de imprenta de *La Grenouille*, ha decidido declarar la huelga una vez impresos diez mil un ejemplares de su periódico.

—¡No tienen derecho a hacer tal cosa! ¡Es una huelga política!

—¿Política? Ni mucho menos. Su gacetilla salía a razón de diez mil, y aquí todo el mundo lo encontraba suficiente. Nosotros nos negamos a hacer horas extraordinarias, eso es todo. Las horas extraordinarias representan la esclavitud del proletariado.

—Me pregunto si sois papanatas o sinvergüenzas —dijo Machefer.

Luego, encogiéndose de hombros, agregó mientras se retiraba:

—¡Desgraciadamente, os creo más bien papanatas!

Pocos minutos después, Machefer dijo a su equipo:

—¡Aquí terminó todo, hijos míos! Demasiado bueno para ser verdad. ¡Nos hemos dejado atrapar en pleno campo como unos tontos! Hubiera sido mejor esperar hasta el último momento, según vengo diciendo desde el principio. No debería haberme dejado convencer jamás. Henos aquí ahora casi mudos. Será necesario buscar otra imprenta..., si queda alguna no sindicada. Lo mismo de siempre mientra llega la escala de Gibraltar. Título para mañana: «¡Más de 4.000 kilómetros para conocer la verdad!»

Quizá sea otra explicación...

Esta vez la bestia rugió. Salió sin reparo alguno de su cubil y todo el país retumbó con sus alaridos: «Testimonio de un anciano senil... Los bufones de Malta... La aristocracia socorriendo a los privilegios de la raza... Una entrevista en exclusiva con el padre Agnellu... el arzobispo de París reprueba al duque d'Uras... Manifestación silenciosa ante la Legación de la Orden de Malta, etc., etc.» Aquel mismo día se inició la interminable lista de solicitudes para «acoger dignamente a la flota del Ganges»; centenares de comités recogieron miles de firmas, desde «Las Madres Cristianas» y el «Frente de Liberación para los Homosexuales» hasta los «Ancianos Refractarios», pasando por todas las camarillas políticas, religiosas e intelectuales y, a la cabeza de cada lista, los populares nombres de quienes venían minando desde muchos años atrás las conciencias del mundo occidental a golpes de instancia. ¡Menuda historia!, se pensaba, ¡eso no sirve de nada! ¡Ver para creer! El veneno administrado gota a gota no agita pero, en definitiva, mata.

El sábado de Pascua, por la mañana, cuando la flota del Ganges se aproximaba al litoral francés —donde embarrancaría durante la noche—, nuestra Prensa estaba publicando todavía las susodichas listas. Lo más cómico, si nos detenemos a reflexionar, es que casi todos esos signatarios de última hora, encerrados en sus casas con doble llave o emprendiendo ya la huida con sus coches por las rutas del éxodo —si habitaban en el Midi—, descubrieron aterrados, mientras escuchaban la radio, esta frase tan simple y breve que resonaba en sus cerebros cual un toque de agonía: «¡Ah! ¡Si lo hubiera sabido...!»

Signatarios póstumos en cierto modo. Moribundos rematados por sus propios testamentos.

XXVI

No se repitió jamás la tentativa de socorro representada en São Tomé. Aleccionados por diversos informes de los agentes secretos, bastante más verídicos que cualquier reportaje periodístico y desprovistos de todo sentimentalismo, los caballeros de la Comisión de Roma desistieron definitivamente. Quedó atrás el tiempo perdido por su propia voluntad, con la aprobación de los respectivos Gobiernos, esperando..., ¿esperando qué, a fin de cuentas? Los más lúcidos entre ellos hubieran preferido dejarse descuartizar antes que confesarlo. En los organismos internacionales, abrumados con los problemas del Tercer Mundo, nadie puede hacer carrera defendiendo la verdad.

El Sábado Santo se reunieron todos ellos a puerta cerrada. Por entonces se había avistado la flota a lo largo del Senegal, navegando con rumbo Norte, deslizándose por un mar oleoso de calma chicha. Sólo había una alternativa: las costas de Portugal, España y Francia, por el Atlántico, y el golfo de Vizcaya, para seguir luego hacia Inglaterra, quizá por el canal de la Mancha, o, lo más probable, la virada en ángulo recto por el estrecho de Gibraltar hacia el Mediterráneo. A menos que... El delegado británico se levantó de su asiento. Primero carraspeó con discreción, y cuando un inglés carraspea de esa forma nadie puede poner en duda la seriedad de sus argumentos:

—Señores —dijo—, sé muy bien que nuestra co-

misión tiene un título sumamente explícito: «Comisión de cooperación internacional para ayudar a acoger a los refugiados del Ganges.» Todos lo sabemos a conciencia. Sobre la ayuda..., ¡ejem!, nunca se dirá lo suficiente. Sobre la acogida..., ¡bien...! —breve carraspeo—, paréceme que... —tartamudeo—. Quizás antes de acoger en nuestra casa a esa gran familia y ofrecerle un apartamento demasiado pequeño convendría hacerle comprender que no existen todavía las vacaciones a cambio de comida y alojamiento y, por consiguiente, les valdría más retornar a su país mientras nosotros nos organizamos para recibirlos mejor, es decir, con arreglo a lo que espera la opinión pública de nuestras prósperas poblaciones. Se está preparando una recepción de esa magnitud..., pero no se nos ha dado el plazo suficiente..., máxime cuando nosotros..., ¡ejem!, no hemos invitado todavía a nadie. Propongo, pues, que formulemos una invitación solemne cuyo momento adecuado deberá determinarse de común acuerdo, es decir, con la intervención de todos los Gobiernos interesados, los de aquí y los de allá. —El inglés sabía muy bien lo que significaba tal plazo, porque la Gran Bretaña participaba en la Conferencia permanente del desarme atómico—. Pero mientras se crean esas nuevas circunstancias, en pro de las cuales hacemos un sincero llamamiento, es preciso rogar a la flota del Ganges que emprenda el regreso hacia su punto de partida. El camino no será muy largo por Suez y la ruta de la India. Les ayudaremos, claro está, con todos nuestros medios. Provisiones, escolta, asistencia sanitaria y técnica, sustitución de buques inútiles por mercantes nuestros, una simple cuestión de eficacia...

Se aprobó su moción. Algunos Gobiernos de los países más amenazados, como España o Francia, se alarmaron en secreto. Hasta la llegada al Senegal cabría esperar todavía un naufragio, un veredicto del albur ante el cual la opinión pública no podría hacer nada, salvo admitir gimiendo los hechos, organizar solemnes ceremonias en memoria de los muertos, montar un puente aéreo para repatriar a los supervivientes, prometer mayor ayuda, manifestar remordimiento, y la vida continuaría... Pero, ¡esa mar calmosa hasta lo increíble, día tras día, esas condiciones meteorológicas, inéditas en los anales náuticos...! ¡Era inútil mantener la esperanza por más tiempo! La flota del Ganges y el río de palabras se encontrarían bien pronto, y este encuentro se pagaría a un precio exorbitante, a menos que...

—Todo estriba... —continuó diciendo el delegado inglés— en saber convencer a nuestros invitados. Per-

mítanme hacer una comparación tomando como referencia los colegios ingleses de la buena sociedad: allí, cuando un niño turbulento muestra desobediencia, se recurre a la mano dura. ¡Cuántas veces, siendo niño, no me habrán llevado por el buen camino dándome un tirón de orejas! Si no hay más remedio, y la necesidad se impone, yo propongo ese tipo de mano dura.

¡Por fin se iba al grano! Pero, ¡cuántos rodeos hipócritas! ¡La raza blanca sería maldita el día que desistiera de expresar las verdades esenciales en voz baja o para su fuero interno a falta de otra cosa mejor! Y nosotros nos hallábamos en el crepúsculo de ese día.

—Ciñéndonos al caso concreto que nos ocupa —inquirió un delegado—, ¿qué entiende usted por «tirón de orejas»?

El inglés se olvidó de carraspear.

—Inspeccionar los buques del Ganges, amenazándoles con el cañón si fuera necesario. Transbordar tripulaciones armadas que releven de buen grado o por la fuerza a las tripulaciones del Ganges.

—¿Y si los niños no se dejan dar el tirón de orejas? —preguntó el delegado francés—. ¿Y si arremeten todos juntos contra el maestro y, enloquecidos de furor, intentan matarlo? ¿Deberá utilizar el maestro un revólver?

—Muy probable —repuso el inglés.

—¿Y si el maestro no tiene el arrojo suficiente para herir a los niños?

Se hizo un largo silencio.

—Yo no afirmo que sea posible —dijo al fin el inglés—. Sólo he dicho que es preciso hacer la prueba. Si no intentamos tal experiencia desde este mismo instante, dentro de ocho días no sabremos cuál será nuestra capacidad.

—¿Quién ensayará semejante experiencia?

—Por su parte, Gran Bretaña no desea hacerlo. Se me ha autorizado a proponerles este proyecto, pero las relaciones privilegiadas que mantenemos tradicionalmente con los Gobiernos del Ganges, India, Bengala, Pakistán...

—Italia —terció otro delegado— debe tener presente la opinión de Su Santidad...

Sería ocioso detallar el febril intercambio de telegramas cifrados entre la Comisión de Roma y los Gobiernos occidentales. En Francia, el presidente de la República adoptó una determinación tan rauda como secreta. Sólo se consultó con el jefe del Estado Mayor de la Armada y con el secretario de Estado, Jean Perret. Para elucidar las razones de tal conspiración es preciso remitirse al Consejo de Mi-

nistros celebrado inmediatamente después de que zarpara la flota en el delta del Ganges...

—Nosotros ensayaremos esa experiencia —anunció el delegado francés—. Como es natural, la operación se mantendrá en secreto y su resultado se comunicará exclusivamente a los jefes de Gobierno. El buque-escolta 322 de la Marina francesa, patrullando actualmente en aguas de Canarias, ha recibido orden de poner rumbo Sur para una misión «ultrasecreta». En este preciso instante se le están transmitiendo instrucciones detalladas.

—¿Y si fracasara la experiencia? —preguntó alguien.

—¡Pues bien...! —contestó con mucha flema el inglés—. Nos reuniríamos de nuevo. Será indispensable ponerse de acuerdo para hacer algo...

El Sábado Santo, cuando se reunió por última vez la Comisión de Roma, ya no era cuestión de llegar a un acuerdo. ¿Sobre qué? ¿Para qué? Todo se resquebrajaba. ¡Sálvese quien pueda!

XXVII

El domingo de Ramos, hacia las cuatro de la tarde, el buque-escolta 322 arribó al puerto de Dakar tras una misión «rutinaria», según se la calificaba en los documentos entregados a las autoridades senegalesas. Sólo permaneció cinco minutos, el tiempo justo para desembarcar a su comandante, capitán de fragata De Poudis, en la chalupa del práctico. Acto seguido, viró en la gran ensenada y se dirigió a alta mar. A título anecdótico diremos que, cuatro días después, el buque-escolta 322 llegó de regreso a Tolón, largó anclas en la rada y quedó sometido a cuarentena: prohibido el desembarque de la tripulación, prohibidas las visitas, mutismo absoluto de la radio. Entretanto, en Dakar, un vehículo incógnito, conducido por el propio agregado naval, quien vestía de paisano, llevó al comandante De Poudis hacia el aeropuerto, hasta la misma pista de despegue, donde aguardaba un «Mystère-30» de la Aviación militar francesa. Dieciocho horas después: Villacoublay. El comandante De Poudis, vestido ahora con ropas civiles, descendió del avión y se metió en otro automóvil incógnito que esperaba a diez metros escasos, ocupado por Perret, secretario de Estado. Autopista,

bosques, la avenida Foch, el Elíseo y, por fin, el despacho presidencial, empleándose un pasillo interior y no el camino habitual flanqueado por las oficinas gubernamentales. Lo acogió solo y en pie el presidente de la República:

—¡Comandante, lo he estado esperando con verdadera impaciencia! Si he manifestado expresamente el deseo de no recibir ningún cablegrama codificado aunque contuviera alguna información importante, y si he preferido hacerle transportar desde Dakar para escuchar personalmente su informe, es porque, en estas circunstancias, lo que más cuenta no son los hechos, sino..., ¿cómo le diría...?, el ambiente.

—Ya lo comprendí así, señor Presidente.

—Por consiguiente, procuraré refrenar mi ansiedad. Quiero que usted se explique con toda franqueza, sin apresuramientos, olvidando el estilo y vocabulario, la cautela y adulación tan comunes en este palacio. Tome asiento. Allí, en ese sillón grande. Póngase cómodo. ¿Quiere un whisky escocés?

—Se lo agradezco. Eso me ayudará.

—Tiene razón. El beber un whisky cuando se debate sobre los problemas del Tercer Mundo sigue siendo el único acto gubernamental razonable que jamás se me haya ocurrido. Esas gentes peroran sin cesar en la ONU, se les ofrecen aviones reactores, golpes de Estado, padecen guerras, epidemias y, no obstante, continúan reproduciéndose como hormigas, ¡y las plagas de hambre más mortíferas parece que, paradójicamente, ayudan a hacer proliferar la vida en una proporción aterradora! Pues bien, ¡yo quiero beber a su salud! Aunque esto sea un decir, claro está, temo que los tres necesitemos otro vaso cuando hayamos escuchado su informe.

—También lo temo yo.

—Monsieur Perret tomará algunas notas durante nuestra entrevista. Él es mi único consejero en este asunto de la flota del Ganges. Los demás... —el Presidente hizo un vago ademán de renuncia—. En suma, estamos solos.

—Mucho más solos de lo que imagina usted, señor Presidente —observó el comandante.

—Antes de comenzar, comandante, quisiera que me aclarase un punto cuya importancia es primordial a mi juicio: la composición de su tripulación. Cuando decidí llevar adelante esta misión, sólo contábamos con usted por aquellos parajes. Según asegura el almirante, la elección ha sido inmejorable: tripulantes profesionales, oficialidad selecta. ¿Es cierto eso?

—Digamos... casi exacto. Entre 165 marineros y

contramaestres, solamente 32 son de remplazo, 48 voluntarios comprometidos por cinco años y el resto especialistas de carrera. Bretones en su mayoría. Constituyen una tripulación excelente, cuyo espíritu militar está muy por encima del término medio. Desde luego, cuando yo servía como guardiamarina, todo era muy distinto. Pero..., en fin, con los tiempos que corren esto es satisfactorio para quien mande un buque de guerra.

—Si le he hecho tal pregunta, comandante, es porque recuerdo perfectamente que perdimos la guerra de Argelia —¡y esto no ocurrió ayer!— por veintiséis razones, entre las cuales sobresalió una muy importante: el error de enviar allá remplazos. Exceptuando a paracaidistas y Legión, un ejército de sombras, presa de sus propias dudas, agitado por fuerzas ocultas, una caricatura de ejército. También recuerdo que uno de mis predecesores me dijo cierta vez, en este mismo despacho, cuando yo era todavía un ministro muy joven: «¿El Ejército? ¡Bah...! ¿Acaso queda todavía alguna guerra que merezca su aceptación? ¿Guerra ideológica? Perdida de antemano. ¿Guerra popular o civil? Rotundamente, no. ¿Guerra colonial o racial? Menos todavía. ¿Guerra atómica? Para eso no hay necesidad de Ejército, no se necesita a nadie. ¿Guerra nacional clásica? Tal vez..., ¡aunque me sorprendería mucho que la aceptara! Además, dígame cuál es la finalidad de un Ejército integrado por reclutas. Sólo sirve para estimular el antimilitarismo. ¡Fomenta la objeción de conciencia, alimenta con pretextos y estimulantes todas las subversiones morales! Si algún día ocupa usted mi lugar, le deseo que no se vea nunca en la necesidad de pedir algo al Ejército, salvo el desfile del 14 de julio. ¡Y entonces verá lo que es bueno! ¡Cada vez desfila peor!» —Tras unos instantes de reflexión, el Presidente agregó—: Por desgracia, temo que me veré en la necesidad de recurrir al Ejército...

—Veo bien claro lo que quiere decir, señor Presidente. Mi tripulación es un pequeño ejército profesional, no de reclutas. Y los pocos jóvenes llamados a filas siguen la misma marcha. Entre ellos no hay ni un solo lector de *La Grenouille* o *La Pensée Nouvelle*, tal como en las demás secciones de mi tropa. Tampoco se han filtrado objetores de conciencia entre los enfermeros, ni militantes antipatrióticos. Por lo menos, que yo sepa; si hubiera algo de eso sería en proporción ínfima. Y, sobre todo, ¡nada de capellán a bordo! Pues bien, señor Presidente, pese a todo, no ha sido una cosa memorable. ¡En absoluto!

—Cuénteme.

—Encontré fácilmente la flota mediante el radar; ocurrió esta mañana, ocho horas cinco minutos, veinte grados de latitud, a cuarenta y dos millas del litoral mauritano. Pero la hubiera podido localizar sin mayor esfuerzo con la nariz. ¡Se diría que la mar estaba pudriéndose! Puse proa hacia aquella especie de escuadra y me situé en su cola. Las instrucciones que se me transmitieron preveían este primer movimiento: «Confrontación de la flota del Ganges con su tripulación.» En los primeros instantes no pude comprender lo que se esperaba exactamente de mí. Así, pues, consulté el diccionario. Una fórmula antigua y muy útil en la Marina cuando se quiere expresar algo con pocas palabras. Leí allí: «Confrontar. Colocar una persona o cosa frente a otra para establecer comparaciones. Comparar de forma continua.» Ahí no había la menor ambigüedad. Comencé a explorar con los prismáticos y descubrí no pocos detalles —puedo asegurárselo— que habrían impresionado a quienes como yo se han codeado ya con todas las razas y han presenciado todos los desastres de esta tierra. Entonces percibí con claridad el espíritu que debería presidir mi misión. Hice formar sobre cubierta a toda la tripulación, banda de estribor. Sólo quedaron en el interior las clases y los marineros indispensables para vigilar máquinas e instalaciones eléctricas y atender a la seguridad; no más de veintidós hombres. Me aproximé al convoy hasta mantener una distancia de cincuenta metros por mi derecha, y luego lo recorrí totalmente desde la última embarcación hasta la de cabeza, un viejo paquebote llamado *India Star*. Velocidad del convoy: diez nudos. Mi velocidad reducida: dieciséis nudos. Tardamos más de una hora... ¡como si les pasásemos revista! Toda la flota del Ganges desfiló ante nuestra vista, igual que un diorama. Así fue como traduje la frase «comparar de forma continua».

—Su interpretación fue justa. Yo soy también un fanático del diccionario. Prosiga, por favor.

—¿Qué vimos allí? ¡Algo indescriptible! ¿Cómo proceder, a bulto o en detalle? Ante todo, contar. Así, por ejemplo, mi segundo oficial contaba cabezas sin parar. Cuando llegaba al millar trazaba una barra en un trozo de papel. No bien transcurrida una hora, el hombre pareció haber enloquecido: novecientas barras. Y luego los pormenores. Como en las primeras películas de Pasolini. Rostros famélicos, piel y huesos, miradas extáticas o linfáticas. Ocasionalmente algún tipo con noble apariencia emergía de la muchedumbre tendida y, sentándose sobre los talones, nos contemplaba con mirada serena mientras se ras-

caba la piel hasta hacer brotar la sangre. Oí que el guardiamarina de cuarto a mi lado murmuraba: «Espartaco sin ropa...» Casi todos ellos iban sin ropa, pero no como lo entendemos nosotros. Nada de cuerpos enteramente desnudos; aquello no parecía un depósito de cadáveres, ni una playa. Se aprovechaba cualquier movimiento de la túnica para refrescarse. Ni pudor ni indecencia; tampoco exhibicionismo; algo así como el resultado de una promiscuidad miserable al cabo de mil años. Un seno negruzco, descarnado, barriendo el puente cuando la vieja se echa hacia delante. Un vendaje purulento que se desprende dejando al descubierto una rodilla corroída. Cuerpos de edad indefinible, ¿anciano o adolescente? Dos ringleras de costillas protuberantes. ¿Chicos o muchachas? Pero entonces orinan y el misterio se desvela: un chico y una chica. Tienen hermosas facciones. Cambian una sonrisa y se tumban otra vez. Una mujer abriéndose paso en la turba: sus amplios senos apenas sobresalen de la superficie corporal. Una mujer enana. Dos muslos retorcidos como raíces: es un tipo sentado. Recuerdo haberme preguntado si conservaría esa posición estática desde el delta del Ganges. Otro rostro femenino boca arriba, mirando al cielo sin pestañear. Aquella mujer estaba muerta. Lo sé porque justamente cuando desfilábamos ante su embarcación, dos hombres la cogieron por manos y pies y, tras un breve balanceo, la arrojaron sin más ceremonias por la borda. Seguramente pesaría muy poco. Observé que mis bretones sobre el puente se santiguaban. Y luego, órganos sexuales y traseros, muchos órganos sexuales. Aún me acuerdo de una joven que buscaba muy afanosa algo en su espesa melena negra. Supongo que se estaría despiojando. Y mejor será no hablar de quienes estaban acuclillados con la túnica levantada y el trasero al aire. Nosotros no existíamos para ellos. En definitiva, creo que no existíamos para nadie. También se veían cuerpos perfectos, muy numerosos, entrevistos apenas..., por trozos. Yo no quisiera dar una impresión de horror. Pues, verdaderamente, no era así. ¡Quizá la belleza, surgiendo de tanta fealdad, pareciera aún más conmovedora con aquella aureola de miseria! No sé cómo explicárselo. Sobre el *Calcutta Star,* casi a la cabeza del convoy, descubrí a proa, destacándose sobre la muchedumbre, unas espaldas desnudas, soberbias, de una negrura deslumbrante, cubiertas hasta media altura por una negra cabellera en abanico, y una túnica blanca anudada alrededor de las caderas. La túnica se desprendió y la muchacha giró sobre su cintura para recogerla. Según pensé, se trataba de un juego o algo parecido, pues

cerca de ella había un pequeño monstruo, un ente horrible que reía a carcajadas. Apenas transcurridos cinco segundos, la chica se enderezó para cubrirse totalmente con el lienzo blanco. Pero, durante esos cinco segundos no pude apartar los ojos de la mujer más bella que jamás haya visto en mi vida. Ella fue también la única persona que me miró entre aquellos millares de seres. Aquella mirada duró un instante, claro está. Pero, si he interpretado bien su expresión, yo preferiría mil veces que no se hubiera vuelto jamás hacia mí... Juzgándolo a bulto, la impresión era más incisiva todavía, más profunda, y también más difusa..., no sé cómo explicarme. Se incurre siempre en los estereotipos. La masa, la mugre. Y es cierto, masa y mugre. Personas incontables, abismo de todas las miserias, alucinación de lo horrible, verbena del sexo, hormigueo del desamparo. Contaminación de la belleza. Sería inútil decir que era otro mundo el que desfilaba ante nosotros. Según creo, ni nosotros mismos éramos capaces de opinar... ¡Y así estamos! ¡Con tripulación profesional o sin ella, le bastará escuchar a su comandante, señor Presidente, para imaginar los estragos! He traído algunas fotos. Las hemos revelado a bordo. ¿Quiere echarles una ojeada?

Había una veintena. El Presidente las examinó rápidamente en silencio y, luego, dijo:

—¡Ah!, si éste no fuera momento de bromas, entregaría todo esto a un motorista de la Guardia para que lo llevase de mi parte a nuestro amigo Jean Orelle, con alguna sentencia irónica: «He aquí a vuestros invitados. ¡Espero que tenga usted el placer de recibirlos en su Provenza natal!» O algo parecido... ¡Vaya! ¿También ha fotografiado usted a ese espantoso personaje? ¿El monstruo del *India Star* con su gorra de marinero? Hace seis semanas me enviaron una foto similar tomada por la «Associated Press» a la salida del estrecho de Ceilán. Infortunadamente, la han publicado muy pocos periódicos.

Diciendo esto, cogió la fotografía y la introdujo entre el cristal y el marco tallado en madera del gran espejo Luis XVI situado encima de la chimenea. Al instante, el niño monstruo pareció adquirir una nueva dimensión, como si acabase de entrar en el despacho, aumentando así hasta cuatro el número de conferenciantes.

—¡Eso es! —exclamó el Presidente—. ¡He aquí a mi colega del Ganges! Según tengo entendido, en Cirenaica, el general Montgomery no se apartaba jamás de la foto de su adversario Rommel. Solía contemplarla durante largo rato antes de tomar una decisión sobre cualquier asunto serio. Y ese método

le dio buen resultado. ¡Reconozco que no he progresado mucho! ¿Qué puedo adivinar mientras contemplo una fisonomía semejante? Desde luego, está la gorra, y yo he llevado en mi automóvil desde el Elíseo a l'Etoile muchas otras gorras más impresionantes todavía, enmarcando unas jetas inaguantables, pero, ¡esas experiencias son insuficientes para afrontar un caso semejante! —Y agregó, cambiando de tono—: ¡Dios mío, esto es espantoso! Continúe, comandante. ¿Y su tripulación? ¿Cómo ha reaccionado su tripulación?

—¡Mal, señor Presidente! Al menos, en el sentido que lo entendemos nosotros dos. Yo había dispuesto que los oficiales y contramaestres disponibles sobre el puente se mezclaran con la marinería. Así pude hacerme una idea muy clara. Primero, apenas pasamos a la primera embarcación, se hizo inmediatamente el silencio. Un hombre comentó: «¡Diablos, viejo! ¡Esos de ahí no parecen tener reparos!» Pareció burlarse. Pero, pocos instantes después, el mismo individuo exclamó con tono muy distinto: «¡Desdichados!» Según se me ha informado, durante toda una hora sólo se oyeron a bordo observaciones de este género: «¡Esto es inconcebible! ¡Dios mío, pobre gente!» Otros preguntaban: «Teniente, ¿a qué estamos esperando para entregarles víveres? ¿Qué será de esos infelices?» Solamente hubo una reacción excepcional, la de un viejo marinero no especializado. Hice revisar su ficha: el cociente intelectual más bajo a bordo. «¡Teniente! ¿Es cierto que todos estos sujetos vienen a recobrar la salud en casa?» El hombre pareció sentir grandes dudas acerca de una posibilidad semejante. Cuando pasamos a la altura del *India Star*, la más poblada de todas aquellas naves, no se oyó ya ni una palabra. La tripulación pareció petrificada sobre el puente. ¡Fin de la confrontación! Siguiendo las instrucciones recibidas para la segunda fase de mi misión, hice tocar zafarrancho de combate. Usted sabe lo que se hace en tales casos, señor Presidente: llamadas cortas de sirena difundidas por todos los altavoces de a bordo. Aquello produjo un efecto muy dramático, muy imperativo. Sin embargo, jamás vi una tripulación tan desconcertada. Algunos profirieron juramentos. Otros hicieron preguntas a las cuales no pudieron responder mis oficiales por orden expresa. Por fin entró en juego el automatismo. Yo mandaba un buque de guerra único en su género cuya tripulación sentía va odio —estoy casi seguro— contra su comandante, el uniforme, la Marina, contra ellos mismos y, en fin, ¡toda esa zarandaja!

—Prosiga, comandante —dijo el secretario de Es-

tado, Perret—. Eso fue idea mía. Recuerdo muy bien haberle transmitido esta orden: «Simule la preparación para el combate hasta ajustarse todo lo posible a la realidad, hasta el instante justo que precede a la orden de abrir fuego.»

—Ahí, señor Presidente —siguió diciendo el comandante—, creo haber comprendido también lo que se esperaba de mí. ¡Organicé un gran espectáculo para mi tripulación! ¡Cuando se lleva un casco en la cabeza, y un cinturón salvavidas a la espalda, cuando todo el mundo se dispone febrilmente a cargar los tubos lanzatorpedos, las manos se aferran a las palancas de los lanzacohetes y los ojos se adhieren a los telémetros mientras en la sala de tiro se calcula en voz alta las alzas, y durante esos minutos el navío vibra desde proa a popa lanzándose a más de treinta y cinco nudos... entonces cualquiera se transforma, por lo general, en un hombre distinto! Era eso lo que deseaba saber usted, ¿verdad?

—Cierto —dijo el Presidente—. ¡Saber...! Pero saber no significa esperar. ¿Qué esperamos nosotros? Probablemente nada. ¿Y qué podríamos esperar?

—Nada, en efecto —repuso el comandante—. La maquinaria ha funcionado perfectamente, como en unas maniobras. ¡A eso se le llama buque-escolta de selección! Pero, sobre un navío de combate, la operación final que precede inmediatamente al bombardeo es la inclinación de las diversas alzas asignadas a rampas, cañones, lanzacohetes, etc. Cuando la distancia sea corta, los servidores de las piezas sabrán muy bien cuál es su blanco, tanto si dicha operación es automática como si no. Pues bien, señor Presidente, en aquel preciso instante yo estaba mandando simplemente un buque de amotinados. Amotinados gemebundos, respetuosos, deprimidos..., todo cuanto se quiera, pero amotinados en definitiva. ¡El simulacro de combate estuvo tan bien representado que la tripulación le dio crédito! Desde todos los puestos de tiro me llegaron incesantes llamadas telefónicas sobre el puente. ¡Frases sobremanera explícitas, como jamás las oyera un comandante de buque de guerra antes que yo! «Aquí la torre. ¡Comandante! ¡Comandante! ¡Nosotros no haremos fuego! ¡Es algo superior a nuestras fuerzas...! ¡Aquí la ametralladora de proa! ¡Imposible, mi comandante! ¡No nos dé esa orden! ¡De lo contrario, nos negaremos a obedecer!» Ciertamente, con una ametralladora se ve muy bien a quién se mata... Un solo consuelo: el tono angustioso de las voces. ¡Niños perdidos en el bosque! Entonces cogí el micrófono y, apretando el botón que me comunica con todo el buque, dije: «El ejercicio ha concluido, muchachos, fin del ejerci-

cio.» Esto es absolutamente antirreglamentario, pero yo estaba tan perturbado como ellos...

—Comandante, según creo queda otra cosa por analizar. La tercera fase de su misión.

—A ello voy ahora, señor Presidente. ¡Bien que lo siento! Quince minutos más tarde tomé otra vez la palabra para manifestarme con arreglo a sus instrucciones. Ahí se me ofrecía un margen bastante mayor. E hice cuanto pude. Esto fue lo que dije, más o menos: «Aquí, el comandante. Acaban de ejecutar un simulacro táctico sin precedentes en la Marina nacional. Por eso mismo se hará caso omiso de las frases sediciosas pronunciadas unos momentos antes, quienesquiera sean sus instigadores. Todas ellas quedan olvidadas. Y se las debe olvidar, pues formaron parte del ejercicio, por así decirlo. Compréndanme: ante un fenómeno tan inaudito, es decir, la arribada pacífica —aunque no autorizada ni deseable— a los países europeos de esta flota cargada con inmigrantes del Ganges cuya tesitura han podido observar a corta distancia y quizá juzgar..., ¡pues bien!, vosotros y nosotros, en suma el buque-escolta 322, somos un navío de experimentación, un cobayo. Tal vez esto signifique una forma moderna de hacer la guerra cuando el enemigo ataca sin armas, protegiéndose con su miseria. Estamos intentando adaptarnos a esta nueva estrategia. Y tal es la misión del buque-escolta 322. Imaginen que esta flota se propone desembarcar en nuestro país, Francia. Por diversas razones, que probablemente les resulten evidentes dentro de muy poco y que el Gobierno debe considerar, la Marina nacional recibirá quizá la orden de capturar dichas naves para desviarlas por Suez hacia esa India que no debieran haber abandonado jamás. Como es natural, se combinaría ese regreso obligatorio con todas las medidas humanitarias que sin duda desean ustedes. Si se diera el caso probable de que nuestro Gobierno estimara necesario interceptar a la flota del Ganges para salvaguardar el país, se nos encomendaría otro trabajo preparatorio particularmente delicado que equivaldría a un experimetno. La Infantería de Marina y los comandos intentarían interceptar pacíficamente a una de esas embarcaciones en quince minutos. Si la operación tuviera éxito, se procedería sin tardanza a evacuar el navío ocupado. Y entonces sólo se trataría de repetir la misma maniobra...» —El capitán de fragata De Poudis hizo una breve pausa y continuó diciendo—: Eso fue todo. Tan sólo agregué, «cuento con ustedes», o algo similar. La arenga fue bastante insulsa, ¡lo reconozco! Pero, ¿qué más pudo hacerse? ¿Se imaginan ustedes el vocabulario militar clásico

aplicado a aquel singular enemigo ante nosotros? Por otra parte, señor Presidente, el vocabulario militar no tiene ya la menor aplicación. En nuestros días hace reír a todo el mundo, incluidos los propios militares...

—Lo sé —repuso el Presidente—. ¡Si sólo fuera cuestión de vocabulario militar! Por ejemplo, cuando me dirijo a la nación, todo el mundo se chancea con más o menos descaro. Lo simple, lo limpio, lo humanitario, se transforma en un grotesco lugar común... Bueno, ¡dejémoslo estar! ¿Cómo concluyó la operación, comandante?

—¡Mal, señor Presidente! ¡Muy mal! Yo elegí como objetivo un navío mediano, ni demasiado grande ni demasiado pequeño, un viejo torpedero anónimo de capacidad equivalente a nuestros efectivos. Pensé que un buque de guerra, aunque desahuciado, se prestaría mejor a la experiencia e inquietaría menos a nuestra marinería. Lo ocupaban aproximadamente dos mil personas. Hice arriar mi destacamento de asalto: dos chalupas motoras con tres oficiales y cuarenta hombres armados para el combate cuerpo a cuerpo. Prohibición absoluta de matar o herir, salvo en defensa de la propia vida..., aunque estoy seguro de que los hombres me hubieran desobedecido si les hubiese dado otras órdenes. Durante unos minutos creí haber ganado la partida. Todos ellos se comportaron como corderos y ocuparon sin tardanza unos metros cuadrados del castillo de proa bajo el puente. La turba retrocedió contentándose con mirarlos. Sin embargo, cuando se hizo ademán de avanzar hacia los portalones y las escotillas conducentes al puente y las máquinas, el gentío cerró filas inopinadamente. «Amontonados —me explicó más tarde un oficial—, cual una masa compacta de carne.» Se apartó a algunos para poder abrirse camino en aquella apiñadura. ¡Tiempo perdido! Hubieran sido nenecesarios tres mil brazos para hacerse con aquella multitud. El jefe del destacamento dio orden de cargar y apuntar. Luego las habituales conminaciones pronunciadas con lentitud. Eso lo comprende todo el mundo, cualquiera que sea la lengua empleada. El gran tropel no retrocedió ni un milímetro. Numerosos rostros infantiles de enormes ojos desorbitados, pero sin mostrar temor, quedaron nivelados con los cañones de metralleta. Al parecer, la tripulación había realizado plenamente el sentido de su misión, ya que nosotros habíamos ido más allá de lo posible, hasta llegar al fuego preventivo, al fuego de las salvas. Por encima de las cabezas, claro está, pero así y todo se corría un riesgo. ¡Señor Presidente! —el comandante esbozó una melancólica sonrisa—. ¡Us-

ted puede enorgullecerse de su Marina de Guerra! ¡Excepcionalmente adiestrada y disciplinada! ¡No tiene igual cuando se le ordena disparar a cierta distancia del objetivo! Una Marina espléndida para las operaciones disuasivas. Pero la disuasión es un juego entre dos, entre expertos que se comprenden. Los hombres del Ganges no saben jugar. ¡No hubo siquiera un amago de espantada, un retroceso incipiente! Por el contrario, aquel muro de carne avanzó envolviendo incluso a mi destacamento. Los hombres se defendieron a puñadas, patadas y culatazos contra unas gentes pasivas que se contentaban con empujarlos. ¡Pero eran dos mil empujando! ¡Frente a cuarenta y tres! Quienes cayeron bajo los golpes de nuestro destacamento fueron engullidos al punto por la muchedumbre y otros les remplazaron. Para mantenerse firmes allí hubiera sido preciso abrir fuego sin contemplaciones y aniquilarlos. El destacamento consiguió embarcar. Fue un verdadero milagro. Faltaron a lista dos hombres, dos marineros. El enemigo nos devolvió sus cuerpos lanzándolos por la borda. Ni el menor rastro de heridas infligidas con cuchillo o puñal. Ni vestigios de estrangulamiento. Los habían arrollado simplemente. No habían sido víctimas de nadie. No había habido linchamiento, lo cual es algo similar. Los asfixió una marea de carne y huesos. Y asfixiar es la palabra justa. No tengo más que añadir, señor Presidente, salvo una cosa: no cuente usted con el buque-escolta 322. A partir de ahora es un navío enfermo, un cuerpo sin alma.

—¿Y su comandante?

—No vale mucho más, señor Presidente. Casi he perdido el norte a fuerza de cavilar. Sólo queda una alternativa. Acoger a esas gentes en casa o torpedear sus barcos durante la noche, cuando sea imposible distinguir las facciones de los asesinados, y luego huir cuanto antes para dejarles morir sin caer en la tentación de salvar a los supervivientes. Y si, por último, empuñamos un revólver y nos saltamos los sesos a toda prisa, ¡misión cumplida!

—El piloto de Hiroshima murió plácidamente en su lecho a los ochenta y tres años.

—Ésos eran otros tiempos, señor ministro. De entonces acá, los Ejércitos occidentales han hecho cursillos de remordimiento.

—Escuche, comandante —inquirió el Presidente—. ¿Acataría usted esa orden si yo se la diera?

—Ya he reflexionado mucho sobre ello, señor Presidente. Y mi respuesta es negativa. Supongo que estaba ya incluido en el ejercicio de «carácter psicológico», ¿verdad?

—Lo estaba, en efecto. Se lo agradezco. Tómese

unos días de descanso y regrese luego a su buque en Tolón. Por descontado, ni una palabra de esto a nadie, ¿eh?

—Tengo ya suficiente con la experiencia vivida, créame. No siento el menor deseo de explayarme. Uno de los dos marineros muertos se llamaba Marc de Poudis. Era mi hijo.

Y diciendo esto, abandonó el aposento.

—¿Cuál es su opinión, Monsieur Perret?

—Que se quedará sin Marina antes de entablar combate. Y como la retaguardia le ha abandonado hace mucho tiempo, sólo le resta el Ejército. ¿No habría aún una esperanza si agrupáramos todos los regimientos de fuerzas profesionales?

—¡Profesionales! ¡Profesionales! Ya ha visto usted el resultado, ¿no?

—Todavía hay algunas posibilidades de encontrar cien mil hombres que no se dejen dominar por la compasión. ¡Sin duda existirán varios batallones de bárbaros en el Ejército de tierra o la Policía! Entonces la confrontación se planteará en términos diametralmente opuestos: si usted prohíbe la entrada a los inmigrantes del Ganges en un acto público y solemne, su desembarco, tanto si van armados como si no, resultará ser automáticamente una acción hostil. Por lo menos para el Ejército. Entonces el enemigo presunto se convertirá en enemigo potencial sobre el terreno, con lo cual dará un paso demasiado aleatorio mientras que, en el mar, es todavía intocable; se mueve, pero lo hace dentro de su territorio.

—¿Cree usted?

—No mucho, pero se puede probar.

—Le doy carta blanca, Monsieur Perret. Entrevístese inmediatamente con el Estado Mayor Central. Forje planes. Sondee a los principales jefes militares, pero guárdese mucho de la Prensa y la opinión pública. Según lo ha calculado el almirante, nos quedan ocho días escasos. Téngame al corriente. Las puertas de mi casa estarán abiertas día y noche para usted...

XXVIII

El viernes santo, hacia las tres de la tarde, el convoy de la última oportunidad franqueó el estrecho de Gibraltar y penetró en aguas mediterráneas. Tan

pronto como se avistó el litoral europeo, delineado limpiamente bajo el sol, se desató una actividad intensa en todos los barcos de la flota. Millares de brazos se balancearon como un bosque batido por el viento, y una melopea lánguida pero potente ascendió al cielo cual acción de gracias o encantamiento. Ese canto y balanceo de brazos no cesarían hasta el amanecer del lunes de Pascua. Asimismo, durante aquel viernes, a las tres exactamente, la criatura monstruosa, encaramada sobre las espaldas del coprófago, sufrió un violento espasmo que le retorció el tronco y los muñones, una contracción horrible que pareció quitarle la vida; aquella cabeza unida sin cuello al cuerpo, se ladeó de forma casi imperceptible. Aunque parezca increíble, la flota entera percibió ese movimiento y, en aquel mismo instante, se elevó en todos los puentes la melopea triunfal. Fenómeno cataléptico. Apenas transcurrido el primer minuto del domingo pascual, entre los estruendosos crujidos de noventa y nueve rodas encallando en las playas y arrecifes del litoral francés, el renacuajo se despertaría para lanzar un estridente alarido. Y el anciano Monsieur Calguès, en su casa sobre las colinas, lo oiría perfectamente y se santiguaría murmurando:

—*Vade retro*, Satanás...

XXIX

El comunicado sobre el paso por las aguas gibraltareñas se difundió inmediatamente por toda Europa, pero España fue la primera nación europea que recibió aquel impacto brutal. Habían fenecido mucho tiempo atrás las célebres procesiones, cuyos miembros recorrían las calles de todas las ciudades españolas ofreciendo un espectáculo tradicional, folklórico y siempre pintoresco —penitentes encapuchados, bandas militares, sacerdotes vestidos como antiguos clérigos— para gloria y beneficio de los sindicatos de actividades diversas. Allí se llevaba a los niños y se tomaban fotografías; tan sólo algunas ancianas se arrodillaban para orar ante el paso de la Cruz. Pues bien, cuando los transistores divulgaron en aquel viernes santo la noticia en todos los boletines informativos, dichas procesiones recobraron inopinadamente su proverbial espíritu. Y aunque tal

metamorfosis tuviera corta duración, la muchedumbre se arrodilló para entonar los antiguos cánticos, y quienes habían olvidado las frases latinas optaron por canturrearlas sin reparo alguno. En las manos unidas de sombríos penitentes, los rosarios perdieron su inmovilidad de simple accesorio y las cuentas se deslizaron rápidas entre los dedos temblorosos. Luego las calles se vaciaron muy aprisa, cada cual regresó a su casa y cerró bien las ventanas, las familias se agruparon alrededor de radios y televisores. Se oyeron muchos llamamientos: obispos apelando a la caridad, los partidos izquierdistas en el poder tronando en nombre de la solidaridad humana y la fraternidad universal. Sin embargo, el Gobierno español habló de calma y serenidad. En todas las ciudades del litoral mediterráneo, Málaga, Almería y Cartagena, Alicante y Valencia, hasta Barcelona, infinitos automóviles sobrecargados con equipajes y niños poblaron las autopistas. Dos ríos recorrieron España en direcciones opuestas. Uno fluyendo hacia el mar, hacia la flota del Ganges, si bien éste era solamente un río verbal. El otro, acarreando la vida, se dirigió hacia el corazón del país. Pero, en la noche del viernes, se secó el segundo río, pues la flota había pasado de largo. Entonces aumentó desmesuradamente el río de palabras, adquiriendo las proporciones de un diluvio que no se animó hasta el lunes de Pascua, cuando se tuvo la certeza de que el país invadido sería Francia...

En la noche de aquel mismo día, unos pescadores andaluces de Gata, villa próxima a Almería, encontraron tendidos sobre la playa una veintena de cadáveres desnudos. Todos tenían en el cuello la marca de un cordón con el cual se les había estrangulado. Tal vez los pescadores, temiendo una epidemia, se atemorizaran y prefirieran retirarse. O quizá la Policía, cuyos efectivos vigilaban toda la costa, no estimaran oportuna todavía la intervención inmediata en Gata. Sea como fuere, la encuesta fue prolija. Hubo retrasos inexplicables. Antes de tomar decisiones, las autoridades españolas convocaron en Gata a numerosos forenses, algunos procedentes de Madrid, y eso requirió su tiempo. Hasta el domingo de Pascua por la mañana no se conocieron los hechos: aquellos cadáveres no eran de hindúes. Según los dictámenes de los forenses, casi todos ellos eran de raza blanca; sólo había tres chinos y un mulato afroamericano. Se había identificado a un blanco por una cadena en la muñeca que, probablemente, pasaría inadvertida para sus asesinos. Era un francés, un joven misionero laico, asesor agrícola en una aldea del Ganges; al parecer había embarcado en la flota

arrastrando consigo a todos los pobladores de su aldea. El último blanco que lo vio vivo fue el cónsul Himmans, en el Consulado general belga de Calcuta, pocos días antes de que partiera la flota, pero nadie se enteró. Tal como ocurriera con el filósofo Ballan, asesinado por la turba en el dique del Ganges. O con el escritor apóstata, estrangulado y arrojado al mar ante las costas de São Tomé. Al atravesar las puertas de Occidente la flota se había desembarazado de traidores y maquinadores cuyo servicio le resultara útil hasta entonces. Se había aprovechado de ellos, como esos ejércitos invasores que dan empleo y encomiendan misiones a ciertos auxiliares autóctonos para juzgarles y ajusticiarlos más tarde. Procedimiento clásico en el que la justicia humana elemental sale siempre gananciosa. Así, pues, la Armada se presentaba sola, cual un diamante racial sin imperfecciones, librándose por anticipado de cualquier compromiso, acorazándose contra posibles ilusiones. ¡Xenofobia!

Al fin se pronunció, escribió y publicó tal palabra, es decir, cuando los adversarios de la bestia decidieron alzar la voz y hacerse escuchar. El domingo de Pascua, hacia el mediodía, no fue Albert Durfort quien habló ante el micrófono de Est-Radio, sino Pierre Senconac. La sustitución de uno por otro se produjo sin fricciones, sin la intervención de altos personajes. Tan sólo ocurrió que Albert Durfort no había comparecido en el estudio desde la víspera. Su teléfono no respondía a las llamadas. Los amigos desconocían su paradero. Reseñamos, a título anecdótico, el sistema empleado por el Zorro del micro —otrora adorado por el público— para abandonar el escenario de las ondas electromagnéticas: coger con toda tranquilidad la carretera hacia Suiza, con el equipaje completo, varios millares de francos en oro y una amante antillana muy joven que se le había adherido a la piel y por la cual sentía gran afecto. La recogió de paso en la Embajada de Martinica, cuando ella estaba colocando la última banderola triunfal sobre el mapa. Como Suiza estaba procediendo a la movilización con su habitual discreción, Durfort pisó el acelerador en la autopista del Sur esperando llegar a Ginebra antes de que se cerraran las fronteras helvéticas. Añadamos que no sólo él tomó dicha dirección con tanta prisa... Así, pues, Pierre Senconac habló. Una voz seca, incisiva e irónica, casi desagradable.

—Ha llegado la hora de apelar a los muertos —dijo—. Quiero saludar en nombre de todos a uno que pereció hace dos meses. Himmans, cónsul general de Bélgica en Calcuta. Según parece, estaba loco.

Por lo menos se proclamó así a los cuatro vientos. Refresquemos nuestras memorias. En los muelles de Calcuta, el cónsul Himmans intentó por sí solo oponerse al embarque de la multitud, y la multitud lo mató. ¡Loco! ¿Loco el cónsul Himmans? Ha llegado el momento de conducirnos también todos nosotros como locos. Ha habido otros muertos: los de Gata, en España. ¡Hace poco he oído la voz de Boris Vilsberg hablando en otra onda sobre los «mártires de la fraternidad»! Ello nos da la medida de nuestro ofuscamiento. Los colaboracionistas del enemigo dominan todos los cerebros obtusos. ¡No les escuchéis! Habituaos a descubrirlos y darles caza por vuestra cuenta. El monstruo está ya aquí, embarrancado en nuestras costas, pero vivo y coleando. Hace poco, el Papa vacilante de una cristiandad enferma os ha exhortado a abrirle vuestras puertas de par en par. Pero yo os lo recomiendo, os lo suplico: ¡Cerradlas, cerradlas aprisa mientras tengáis tiempo! ¡Mostraos duros, insensibles, acallad las llamadas de vuestro compasivo corazón, acordaos del cónsul Himmans y de Luc Notaras...!

¡Domingo de Pascua hacia el mediodía!

Después de tantas palabras y frases acumuladas durante tantos años... Resultaba imposible intentar retener un río en su estuario y hacerlo retroceder hacia las prístinas fuentes. ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! Esto es, asimismo, una explicación. Y, ¿quiénes entendían a Senconac? Admiremos al pueblo llano en su meritorio esfuerzo. Levantó un peso aplastante, como el muerto resucitado de improviso; pero la losa sepulcral dejó pasar por breves instantes un rayo de luz y, luego, lo sumió definitivamente en la noche eterna.

Josiane le dijo a Marcel:

—¿Te has fijado en la familia árabe del quinto? ¿Esos ocho que ocupan dos habitaciones? Muchas veces me he preguntado cómo es posible que los chiquillos salgan de ahí tan limpios. Pues bien, desde esta mañana merodean por nuestro rellano. Apenas abro la puerta encuentro a uno u otro plantado allí, mirándome con ojos muy abiertos... Al fin y al cabo, nosotros dos ocupamos tres habitaciones. ¿Crees que Senconac nos ha querido decir eso cuando gritaba que cerráramos todas las puertas? ¡Marcel! ¡Si no conseguimos cerrar la puerta, no estaremos solos nunca más en nuestra casa! Sólo será posible si nos trasladamos al quinto, a las dos habitaciones de los árabes. Pero, ¿dónde meteremos todos nuestros muebles? ¡Eso será impracticable allí dentro...!

Fue como el rayo de luz que penetra al elevarse la losa sepulcral, antes de que ésta vuelva a desplomar-

se. ¡La losa era demasiado pesada, Marcel, demasiado pesada!

XXX

Sobre los navíos de la flota inmigrante se multiplicaban las muertes, pero si nos detenemos a reflexionar, no tanto como en las aldeas del Ganges, diezmadas por las guerras y epidemias de hambre y las inundaciones. La flota de la última oportunidad había arrastrado consigo sin menoscabo el índice de mortalidad del subcontinente indio. Como el combustible para incinerar los cuerpos había escaseado muy pronto, la flota, ese trágico Pulgarcito, había sembrado de cadáveres toda su ruta desde el estrecho de Ceilán, según hemos reseñado. En el cabo de Gata, veinte cuerpos solamente, todos extranjeros, pero nada más, pues, una vez franqueado Gibraltar, la flota conservó sus muertos, aunque éstos fueran realmente muy numerosos. Durante los tres últimos días de aquella epopeya increíble aumentaron enormemente las muertes a bordo de los navíos, sobre todo los mayores, los más poblados como el *India Star* o el *Calcutta Star*. Los causantes fueron la desnutrición, el agotamiento físico y moral al término de aquella travesía inacabable... No es exagerado suponer que todos los enfermos agonizantes y mantenidos vivos solamente por la esperanza rindieran su alma durante esos tres días porque, al fin, habían visto las costas europeas y se habían colmado sus esperanzas. Otros, los más débiles, murieron sencillamente de hambre y sed, los ancianos sobre todo, los enfermizos y niños anormales, salvo los monstruos y enanos, quienes quedaban exceptuados en razón de la protección especial que se les concedía a bordo. También cabe suponer que, al fin del viaje, el arroz y el agua potable escasearían hasta tal punto que se decidiera proceder selectivamente en su reparto. Tal vez algunos se prestaran voluntarios a la muerte, o tal vez se les condenara en beneficio de la mayoría. Aunque ese proceder calculador fuera cruel, no tuvo nada de desacertado. Según se dice, las razas más vivaces son aquellas en las que se siegan las vidas como antaño, con arreglo a la selección natural. Llegado el momento —un momento muy cercano— desembarcarían en suelo francés unos indivi-

duos entecos, hambrientos y, sin embargo, duros, con todas sus energías intactas para arremeter. Los demás, los muertos de las últimas jornadas, arrojados por millares a las aguas costeras francesas tras el varamiento de la flota, fueron arrastrados suavemente por las olas hasta tierra, hasta el paraíso. Y no perdieron nada esencial, al entender de sus compañeros vivos. Porque si la idea hace vivir al hombre, poco importa morir si ésta se realiza. A bordo de la flota quedaba únicamente un blanco, uno solo, quien parecía merecer respeto en razón de su demencia y su pasado; toda una vida de caridad dedicada a una población que se había familiarizado con él e incluso le había tomado afecto. Sobre el puente del *Calcutta Star,* tendido casi constantemente a la sombra de una chimenea, todos parecían conocerlo. Aunque su locura y decadencia fueran progresivas, no habían logrado desdibujar su identidad para quienes embarcaron con él. Pero nadie habría podido reconocer en aquella especie de sadhu enajenado, casi desnudo bajo mugrientos harapos, al que fuera dos meses antes el obispo católico y prefecto apostólico del Ganges. Ni él mismo parecía recordarlo, si bien en algunas ocasiones se levantaba de su esterilla para bendecir a las gentes en torno suyo. Entonces la multitud reía. Algunos de sus antiguos fieles reían también, pero le respondían haciendo el signo de la Cruz para complacerle. Luego él se recostaba otra vez y perseguía entre los jirones de su entendimiento las extrañas sílabas latinas que había creído leer sobre el muelle del Ganges en un charco de sangre. No le faltaba nada. Se le daba de comer y de beber. Algunos niños afectuosos presenciaban sus comidas y lo animaban a alimentarse, temiendo que se abandonara a la muerte, o bien le ofrecían restos cuando alguien se olvidaba de ellos. Al correr de los días, aquel loco tranquilo se sentía cada vez más feliz, como si hubiese concertado un acuerdo misterioso y sedante con su ser. Algunas veces, por la mañana, farfullaba algo durante largo rato. Pasajes sueltos del breviario o versículos de los *Vedas,* pues este santo era tolerante y había opinado siempre que la Verdad no puede tener un carácter exclusivo en sus revelaciones. Por la noche, cuando todos dormían sobre el puente abrumados por la calina, varias ancianas se arrastraban hasta él. Abriéndose paso entre los pliegues de sus andrajosas vestiduras, una mano asía suavemente su sexo y lo acariciaba con lentitud haciéndole agrandarse hasta la eyaculación entre los dedos de una sombra..., proporcionar placer y recibirlo, pues la India es muy pródiga para ese intercambio de placeres, y sin duda, las viejas mujeres

juzgarían como lo más natural del mundo que el pobre hombre tuviese al fin su parte. Cuando una anciana se retiraba, llegaba al poco rato otra en el silencio y la oscuridad. Todo se hacía con tanto orden que, al filo del crepúsculo, cuando caía la noche, el obispo loco entraba en erección tal como otros entran en religión. Tanto fue así que al principio el lingam del obispo fue tema de conversación, luego objeto de curiosidad y, finalmente, casi de adoración. Muchos se acercaban en cortejo para examinarlo de cerca, bajo las estrellas, tal como se hace en esos templos donde los lingams de piedra se ofrecen desde hace siglos a la veneración multitudinaria. Cuando la flota franqueaba Gibraltar, el obispo del Ganges se había convertido en un hombre santo. Dos veces en el curso de una vida. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios...!

XXXI

El viernes santo, a primeras horas de la tarde, Monsieur Jean Perret, secretario de Estado para Asuntos Exteriores y consejero privado del presidente, acudió al Elíseo, donde se le condujo sin tardanza a presencia del magistrado supremo. Éste se hallaba solo en su despacho. Aparentemente no hacía nada, salvo fumar un cigarro puro y beber whisky a pequeños tragos, saboreándolo. Sobre una mesa baja cerca de él estaban desplegados los partes que le traía cada cuarto de hora un secretario; se veían algunas frases subrayadas con trazos rojos. Un transistor, también sobre la mesa, emitía en sordina el *Requiem* de Mozart.

—Tome asiento, Monsieur Perret —dijo el Presidente—. El tiempo ejerce presión, como es de suponer; tenemos los minutos contados para adoptar miles de decisiones. Si yo escuchase a los atolondrados de mi Gabinete, y a esos tremendos neuróticos que componen mi Gobierno, me pasaría el tiempo oyéndolos sin darme cuenta de que se nos escapa irremediablemente. Ahora bien, eso no ocurrirá. Una sola decisión será suficiente, y aún nos quedan muchas horas para tomarla. Según supongo, en la Historia universal fueron muy numerosos los jefes de Estado que afrontaron experiencias similares, y jamás mostraron tanta serenidad y tan poco nervio-

sismo como poco antes de pronunciar la fatídica palabra «guerra». Ésta engloba tantas cosas y compromete tantos destinos que su alcance tiene, a fin de cuentas, un carácter más bien filosófico por encima de lo moral y lo material. No hay nada tan desnudo y claro como esta palabra si se sabe captar lo esencial. Ya lo ve usted, tenemos tiempo suficiente. Le propongo, pues, que escuchemos juntos las noticias. No nos revelarán nada nuevo, ni a usted ni a mí —con ademán negligente, mostró el montón de partes—. Pero yo quisiera meterme en la piel de un compatriota ordinario cuando descubra súbitamente, tras seis semanas de delirio humanitario, que se ha saboteado su fin de semana de Pascua, y cuando comience a sospechar que también están amenazados sus fines de semana subsiguientes y que la vida no se asemejará nunca más a la de tiempos pasados. Yo quiero experimentar asimismo ese trastorno como el más anodino de mis electores. Tal vez encuentre así el tono justo para mi discurso, puesto que será necesario dirigirse al pueblo después de todo esto, probablemente el domingo a más tardar. Usted habrá observado ya que estamos envueltos en música de Mozart desde esta mañana. Esto significa que Jean Orelle ha visto la luz. ¡Con su magnífica finca en el Midi, al borde del mar, justamente dentro de la zona amenazada...! Esas cosas hacen reflexionar. Pero no seamos injustos. Lo he recibido hace un rato. El hombre está sobremanera alterado.

—Me he cruzado con él en el salón gris, señor Presidente. Hemos sostenido un breve diálogo. No lo reconocí. ¡Ideas desatinadas, absurdas! ¡Movilización general sin armas, con mujeres y niños! ¡Batallones pacíficos encaminándose hacia el Midi! ¡Guerra no violenta! Estaba delirando, evidentemente.

—¡Pobre guerrillero esclarecido! —exclamó el Presidente—. Póngase en su lugar, ¡combatiente y esteta a un tiempo! Siempre se ha precipitado allá donde estallara cualquier guerra de liberación. Ha combatido durante cincuenta años, a veces valerosamente, si bien le reservaban con creciente frecuencia los puestos menos peligrosos. Un premio Nobel es más útil para la libertad si está vivo. Luego regresó a nosotros con una fama acrecentada. Entonces escribió libros magníficos, se limitó a visitar los salones, coleccionar obras de arte y recibir a los privilegiados en las mansiones de sus amistades. ¡Un equilibrio idóneo, lo mejor para medrar! Pero hete aquí que descubre un mundo cambiado donde su juego ya no es posible. El guerrillero no quiere romper el cuello al esteta. Ha descubierto cuáles son las cosas esenciales al término de su vida. Yo no opino como

la mayoría de los seres humanos; creo que es en la vejez cuando el hombre se perfecciona, cuando descubre por fin con inmensa tristeza la realidad. Éste es el caso de Jean Orelle. Me he despedido hace poco de un hombre profundamente triste y sincero que ha visto y hecho todo. De ahí este *Requiem*, sin duda. Ahora que se tiene por un occidental íntegro, después de haber envenenado las ondas, se le puede otorgar confianza: él cuidará la imagen de distinción. Berlín se derrumbó a los acordes wagnerianos. Eso será más distinguido todavía con Orelle...

Con el silencio subsiguiente se escuchó una voz tenue: «Diecinueve horas, cincuenta y nueve minutos, treinta segundos...» El Presidente se inclinó y aumentó el sonido del transistor:

—Veinte horas cero minutos. Aquí la Radiodifusión-Televisión francesa, con su boletín informativo. Según las noticias bastante confusas llegadas a nuestra redacción desde diversos países del Tercer Mundo, se están organizando otras flotas de inmigrantes. Los Gobiernos de tales países manifiestan su impotencia para controlar los movimientos iniciados con aparente espontaneidad. Especialmente en Yakarta, capital de Indonesia, una inmensa muchedumbre ha invadido el puerto ocupando sin violencia numerosos barcos extranjeros. El Gobierno de Australia, el país occidental más próximo a Indonesia, ha publicado una declaración en la que se describe la situación —textualmente— como de extrema gravedad. En Manila, Filipinas, la Policía no ha podido impedir la ocupación de tres trasatlánticos, entre ellos el gigantesco paquebote francés *Normandie* cuyos pasajeros han sido alojados en diversos hoteles locales. Los muelles de Conakry, África, Karachi, Pakistán y nuevamente Calcuta, han sido monopolizados por una multitud cuyo volumen se cifra en varias decenas de millares; estas personas acampan allí mismo sin finalidad aparente. Por otra parte, el Gobierno chino desmiente oficialmente una noticia proveniente de Moscú según la cual millones de paisanos chinos se aglomeran ante la frontera siberiana. Por fin en Londres, donde los trabajadores de la Commonwealth suman ochocientas mil almas, se averiguaba a las dieciocho horas que un comité titulado «Non European Commonwealth Committee» ha convocado una manifestación pacífica el lunes por la mañana para reclamar —cita textual— la ciudadanía británica, el derecho de voto, igualdad de salarios, empleo y alojamiento, así como el disfrute de las ventajas sociales. Hasta ahora el Gobierno británico no ha hecho todavía comentario alguno...

—Espero que haya también algunos papúes en

Londres —dijo el Presidente a media voz—. Me gustaría ver eso... ¡un ciudadano británico papú!

—... tal como anunciamos en nuestro avance informativo de las quince horas, la flota de la última oportunidad ha franqueado el estrecho de Gibraltar poniendo rumbo Nordeste. Aviones de reconocimiento ingleses, españoles y franceses han volado sobre la flota inmediatamente. El tiempo era bonancible, absoluta calma y buena visibilidad. He aquí lo que nos ha telefoneado, tras su regreso a Gibraltar, nuestro enviado especial a bordo de un aparato:

«Aquí Gibraltar, Radiodifusión-Televisión francesa. Telefoneo desde el aeropuerto militar donde me ha desembarcado hace diez minutos un avión "Vautour" de la *Royal Navy*. Lo que he presenciado mientras volábamos sobre esos buques supera todo lo imaginable. Casi cien barcos cubren el mar. No habiendo viento ni marejada en aquel momento, las cubiertas de los navíos emergían apenas del agua. No he visto ni un solo barco intacto. Todos los cascos están devorados por la herrumbe, e incluso algunos parecen horadados junto a la línea de flotación. Esto parece milagroso; realmente se considera que es un verdadero milagro. Hemos hecho varias pasadas a baja altura, en medio de un hedor difícilmente soportable. Las cubiertas están repletas de formas negras y blancas. Negras son las pieles de esos millares de infelices, blancas las túnicas que los cubren. Es inconcebible el apiñamiento sobre cubierta. Se diría que pasábamos sobre una especie de osario donde los cadáveres conservan todavía vida, pues veo agitarse millares de brazos. Según los cálculos realizados, se encuentran ochocientos mil supervivientes a bordo de esos buques. La flota se encamina en línea recta hacia el Nordeste, es decir, la dirección exacta de la Costa Azul. Es muy probable que las embarcaciones encallen allí, pues ninguna lleva anclas. Los escobenes están vacíos. Sea como fuere y a juzgar por todo lo visto, esa flota no tiene capacidad para retornar a su punto de partida o siquiera mantenerse a flote durante siete días más. Lo he calculado por encima. Con arreglo a su velocidad actual y si persiste el buen tiempo, la varadura tendrá lugar en la noche entre el sábado y domingo de Pascua, es decir, mañana por la noche. En todo el litoral español predomina la sensación de alivio y se habla ya de piedad y solidaridad. Aquí Gibraltar, Radiodifusión francesa.»

Se dejó oír nuevamente la voz del locutor parisiense:

—Eso es cuanto nos ha telefoneado nuestro enviado especial a las dieciséis horas. Desde ese mo-

mento hemos recibido múltiples confirmaciones sobre la ruta seguida por la flota inmigrante, y sin duda alguna, esa ruta la conduce hacia Francia, concretamente la Costa Azul. Por otra parte, las radiodifusoras árabes del Maghreb multiplican sus llamamientos en lengua india para sus hermanos de la flota inmigrante, exhortándoles a ganar el norte del Mediterráneo, pues allí —cita textual— es donde únicamente mana la leche a raudales y donde comienza el Occidente, fin de la cita. En el tono patético de los locutores árabes se ha percibido un matiz que deja traslucir claramente el pavor. Pese a las llamadas difundidas durante estos últimos días por Prensa y autoridades locales en todas las ciudades del Midi apelando a la calma y la serenidad, parece ser que se está iniciando un éxodo hacia el Norte. Desde esta mañana, trenes y aviones parten atiborrados, y en la autopista A-7 se ha alcanzado el punto de saturación a las dieciséis horas. Asimismo se ven numerosos almacenes y villas herméticamente cerrados. Las empresas de mudanzas han hecho saber que ya no hay más camiones disponibles. Hacia las dieciséis horas, Monsieur Jean Orelle, ministro de Información y portavoz gubernamental, ha facilitado a la Prensa el siguiente comunicado que les transmitimos por segunda vez:

«Ante la noticia previamente confirmada de que la flota del Ganges —el ministro habló con voz firme pero algo ronca, como si le resultara difícil sobreponerse a su agotamiento— se dirige hacia el Mediodía francés, el Gobierno ha adoptado diversas medidas para organizar la acogida provisional de dichos inmigrantes. Los cuatro Departamentos costeros quedan bajo la autoridad de Monsieur Perret, secretario de Estado para Asuntos Exteriores, a quien se nombra delegado personal del presidente de la República para todo el Midi. Si las circunstancias lo exigieran, el Gobierno no vacilaría en proclamar el estado de alarma. Efectivos pertenecientes al Ejército y la Gendarmería han recibido orden de tender un cordón sanitario a lo largo de la costa y atajar todo desembarco desordenado que pudiera desequilibrar a una de nuestras provincias más prósperas. El Gobierno promete solemnemente que se buscarán soluciones humanitarias para abordar este problema insólito, imponiéndolas, si necesario fuere. El presidente de la República ha querido reafirmar la estima que le merecen quienes —muy numerosos en la opinión pública— han expresado su solidaridad con los inmigrantes, pero advirtiéndoles también contra ciertos excesos incompatibles con el mantenimiento del orden sin cuya existencia nada es posible. No se

tolerará ninguna clase de iniciativas privadas. Por otro lado, se pide a las poblaciones del Midi que conserven la máxima serenidad, prosigan sus ocupaciones cotidianas y confíen en el Gobierno...»

—Cuando salió de aquí hace un rato —comentó el Presidente—, ya no creía en eso. Habíamos acabado de redactar juntos ese comunicado hacia las dieciséis horas. ¡Con qué rapidez pasa el tiempo! Todo sucede exactamente como en el hundimiento de la casa que imaginó un escritor italiano, Buzatti, creo. Alguien arrancó un postigo, sin tener cuidado, y toda la casa se hundió aplastando a sus moradores. Buzatti no ofreció ninguna explicación del fenómeno; se limitó a relatar los hechos. Temo que nosotros no podremos hacer mucho más...

—Fue, pues, a las dieciséis horas —continuó diciendo la voz del locutor— cuando se manifestó el ministro de Información. Pero, desde entonces, ha aumentado el éxodo. Está tomando las proporciones de una migración masiva. Se observa, sin embargo, un leve movimiento inverso hacia el Sur de carácter heterócrito. Comunidades *hippies* y cristianas, bandas organizadas de los suburbios parisienses, grupos de jóvenes obreros metalúrgicos, estudiantes de diversas disciplinas, así como numerosos eclesiásticos y militantes no violentos. Todos ellos toman la dirección Sur. A las diecinueve horas se ha producido un brutal enfrentamiento en el control de peaje número 3 —autopista A-6— entre uno de dichos grupos y la Policía que le cerraba el paso. Monsieur *Clément Dio,* redactor jefe del periódico *La Pensée Nouvelle* ha hecho saber su protesta solemne contra esa coartación de la libertad para desplazarse, por lo cual él mismo se propone partir hacia el Midi, dando a su gesto el valor de la ejemplaridad. He aquí sus declaraciones a nuestro periodista, ante el local de *La Pensée Nouvelle,* poco antes de subir a su automóvil:

(Se oyó la voz de *Dio* en el estruendo callejero mezclado con repetidas aclamaciones.)

—La región meridional de nuestro país se deshabita rápidamente, lo cual, en el fondo, no me extraña. La opinión pública occidental siente remordimientos. No puede soportar el espectáculo de la miseria que arremete contra ella; por consiguiente, opta por una huida sigilosa en lugar de mostrar generosidad y recibirla con los brazos abiertos. ¡Poco importa! Puesto que nuestros Departamentos del Mediodía se transforman en desiertos, nosotros tendremos más facilidades para acoger a esos desdichados de la flota, alojarlos como es debido y ofrecerles su última oportunidad. Lo diré sin rodeos:

abandono la capital, parto hacia el Midi con esa exclusiva finalidad. Y formulo una invitación para reunirse conmigo allá abajo a quienes piensen como yo que el ideal humano está por encima de las naciones y de los sistemas económicos, de las religiones y de las razas. Me gustaría verlos en gran número, pues, ¿qué significado tienen esos movimientos de tropas? ¿Acaso no se acaba de nombrar *gauleiter* a Perret? Según tengo entendido, como todo el mundo, el ministro de Información menciona la acogida provisional, la solución impuesta, ¡el cordón sanitario! Tal cordón sanitario es sencillamente un frente militar. ¿Se dará a nuestros soldados la orden de abrir fuego contra esos seres famélicos? ¿Se organizarán campos de concentración? ¿Se...?

—Me cansa un poco —dijo el Presidente reduciendo el volumen. Y, tras una pausa, agregó pensativo—: Pero al menos ése sabe lo que quiere...

—¿A quién se le ocurrió calificar de «sanitario» semejante cordón? —preguntó el secretario de Estado.

—¡A mí! —exclamó el Presidente suspirando—. Vacilé mucho, pero cuando comprobé cómo aumentaba el movimiento de éxodo me dije que sería imposible contenerlo. Es un viejo hábito nacional que se ha fortalecido con el bienestar y la riqueza. Sería preferible acelerarlo para sacarle el mayor provecho posible. Pensé que si nos desembarazábamos de la cobardía moral dominante en la retaguardia, nuestro Ejército tendría todavía la ocasión de cumplir su cometido. El resto..., apelación a la calma y prosecución de las tareas cotidianas..., fue sólo para la galería.

—¡Pero las epidemias medievales han pasado a la Historia, señor Presidente! Todo el mundo lo sabe.

—¡Bien! —replicó el Presidente—. Quienes buscan subterfugios para escapar en vez de defender sus bienes, están obligados a suponer que existen todavía. Estoy en deuda con mi electorado y, por lo menos, debo darle esa satisfacción, ¿no es verdad?

Diciendo esto, se inclinó sobre el altavoz del transistor:

—Tras las citadas declaraciones —siguió diciendo la voz del locutor— el señor *Dio* ha abandonado la capital acompañado por su mujer, la escritora Iris Nan-Chan, y algunos amigos, dando cita en la Costa Azul a todos cuantos lo aclamaban...

XXXII

... Por la autopista del Sur, *Clément Dio* avanzaba a toda la velocidad que permitía su potente automóvil. Adelantó a convoyes militares de Infantería, camiones entoldados abiertos por detrás con soldados muy jóvenes alineados en los banquillos. El Ejército había evolucionado bastante. Rezumaba tristeza. Los soldados no se asomaban siquiera para admirar el magnífico vehículo rojo de capota desmesurada. Iris Nan-Chan era muy bella; sin embargo, los jóvenes militares no le enviaron besos ni lanzaron risotadas para hacerse notar, no se golpearon los muslos ni intercambiaron comentarios picarescos. No se vio siquiera el gesto obsceno del veterano aburrido cuando pasó junto a su camión aquella inaccesible carne marfileña.

—¡Tiene buen aspecto el Ejército! —exclamó *Dio*—. ¡No se puede decir que vaya cantando a la guerra!.

Y se refociló. Eso era, en parte, obra suya. ¡Ah, cuánto disfrutó combatiendo contra el Ejército y demandándole ante los tribunales cuando se opuso a la difusión de cierta Prensa en los hogares del soldado! ¡Se ganó con autoridad aquel proceso! Desde hacía diez años se leía *La Pensée Nouvelle, La Grenouille* y el resto en todos los regimientos de Francia. Y también en las prisiones: éstas se habían beneficiado de la hornada. Ya estaba vengado el pequeño Ben Souad, llamado *Dio* quien encontrara antaño entre sus documentos familiares el acta de reventa de su abuela, esclava negra en un harén, vendida a un burdel para oficiales franceses de Rabat. ¿Por qué habría conservado su padre, un sumiso funcionario marroquí bajo el Protectorado, ese aborrecible testimonio del pretérito? Por odio, pequeño, ¡por odio puro!

En los controles de peaje, destacamentos móviles, sombríos, cubiertos con casco.

—Se les desaconseja la ruta sur.

—¡Desaconseja! ¿A qué viene esto, teniente?

—¡Bien! Eso lo decidimos nosotros —gruñó el teniente condecorado, examinando con breve ojeada la capota roja, la hermosa euroasiática, la piel amarillenta y el cabello elegantemente ensortijado del con-

ductor—. ¡Media vuelta y al trote!

—¿No será usted racista, teniente?

—¿Racista yo? ¡No bromee!

Nadie era ya racista y, afortunadamente, todo el mundo lo declaraba con amabilidad. Y la Policía menos que los demás, porque se le pagaba para saberlo. La placa de Prensa era el proverbial «ábrete, sésamo».

—¡Pase, señor, y discúlpenos!

Desde hacía algunos años, la placa de Prensa procuraba cualquier cosa si estaba en buenas manos... ¡Bastante se había luchado para conseguirlo...! En la calzada opuesta el tránsito se animó. *Dio* mira el reloj: pronto sería sábado, ¡sábado de Pascua! ¡Y la autopista repleta en el sentido Sur-Norte, de espaldas al sol! El fin de semana, invertido, *Dio* despreciaba a aquella multitud gregaria, tal como la había despreciado en dirección contraria, corriendo hacia el sol cual presidiarios hacia el rancho. Tal pensamiento le hacía sonreír. Su mujer le sonrió. Las manos se entrelazaron un instante. Aquella gente había invertido el curso del río. El recipiente hediondo del Midi poltrón se vaciaba, mientras que otro recipiente vertería muy pronto vida. ¿Habría evidencia de eso? ¿Apocalipsis o nacimiento? ¿Nuevo tipo de hombres, de relaciones, de sociedad? ¿O bien aniquilamiento de toda vida soportable? *Dio* admitía para sus adentros que eso le importaba un comino. Un ideal humano por encima de naciones y sistemas económicos, religiones y razas... Él lo había dicho así, se acordaba muy bien. ¿Y qué significaba? Nada en absoluto. Por encima de todo aquello no había nada. Y aquella nada absoluta era algo así como la fisión del átomo, o bien un vacío inmenso creado de golpe y porrazo. Uno no debía perderse semejante espectáculo que relegaría el horroroso y gigantesco hongo al almacén de los accesorios. Le Morvan... Borgoña... *Dio* se estremeció ante el volante. «Pues se acaba el tiempo de los mil años y expira el milenio.» Dueño del mundo durante un instante..., ello era suficiente para justificar toda una vida. Por ejemplo, el asesino de Sarajevo vislumbrando de súbito el porvenir, terminando apasionadamente su gesto en lugar de retenerlo, fascinado por la visión del cataclismo que iba a desencadenar.

Pasada Macon, las farolas de una desviación para hacer alto iluminaban una columna de carros de combate inmóviles, como grandes juguetes alineados. *Dio* redujo velocidad, salió de la autopista y detuvo su automóvil junto al carro de cabeza.

—¡Lárguese! —vociferó alguien.

Era un coronel de aspecto airado. Segundo de

Húsares, regimiento de Chamborant, tres siglos de tradición militar. Lo rodeaban unos cuantos oficiales sielnciosos y consternados. Al pie de los carros, otros grupos más animados: los soldados discutían.

—Se debe pedir nuestro voto —decía un húsar.

¡Chamborant! ¡Tres siglos de gloria! ¡Y para coronarlos, las culatas al aire!

—Prensa —dijo *Dio.*

—¡Puerco! —replicó el coronel.

El militar, un coloso vestido de caqui y con puños apretados, avanzó hacia él amenazador. Un oficial se interpuso respetuosamente.

—¡Váyase al diablo! —masculló el coronel. Luego subió a su carro y, asomando por la torreta, dejó ver solamente su pecho coloreado con numerosas cintas y su rostro torvo bajo el casco. Bonita estampa épica, bañada por la luz algo irreal de la farolas. El carro se llamaba *Bir Hakeim.* Se oyó rugir el motor del carro. Un oficial aulló:

—¡Ellos siguen ahí, mi coronel! ¡No pensará hacer usted tal cosa!

—¡Me importa un higo! —respondió el coronel con acento de guerrero combatiente—. ¡Si no se levantan ahora mismo los aplastaré!

Dio se acercó a la parte delantera del carro. Efectivamente, «ellos» estaban allí, una veintena más o menos, tendidos a través del camino en la salida a la autopista. La mayoría vestían uniforme. Forrajera roja, Chamborant, tres siglos, etcétera. Cinco de ellos eran paisanos. Uno estaba extendido casi bajo las cadenas del carro. Barba larga, pelo rizado, facciones de cristo italiano.

—¿Quién es usted? —inquirió *Dio.*

—F.L.H. —respondió el yacente—. Frente de liberación para homosexuales.

—¿Y ustedes?

—Proletarios anónimos —contestó otro.

Dio reconoce a los puros entre los puros.

—Los va a arrollar —dijo.

—No se atreverá —replicó el pederasta—. Tal vez fuera comprensible conmigo, pero no aplastará a sus propios soldados.

—Pero, ¡quítense de ahí, por Dios! —suplicó un oficial—. ¿No ven que está avanzando?

La masa de acero se puso en marcha. Un movimiento apenas perceptible, pero las cadenas mordieron varios centímetros de asfalto.

—¡Mi coronel! —exclamó desesperado un oficial.

—¡Mierda! —respondió el coronel.

Iris Nan-Chan cerró los ojos. Su mitad occidental no lo soportaba. Y cuando los abrió pocos instantes después para satisfacer a su mitad oriental, el cristo

italiano había desaparecido y las cadenas arrastraban jirones de carne sanguinolenta. No se había oído ruido alguno. Los yacentes se levantaron uno tras otro, pero en el último momento. El quiebro sublime del torero ante la bestia metálica. Con suma ligereza, los soldados rodaron sobre un costado como se les había adiestrado; recursos del combatiente. ¡Regimiento selecto! El carro *Bir Hakeim* cobró velocidad rodando hacia la autopista. El coronel no había vuelto siquiera la cabeza. Lo seguían tres carros más atronando el espacio. Luego otro. Y ahí concluyó todo. Al regresar de la campaña rusa en 1813, los húsares de Chamborant contaron con el doble de supervivientes. *Dio* no podía apartar la vista del fango ensangrentado sobre la calzada. Junto a él, un oficial se tragaba en silencio las lágrimas.

—¿Y cómo se apellida ese héroe? —preguntó *Dio*.

El oficial lo interpretó mal.

—¿Ése? —preguntó perturbado al advertir que estaba señalando sin darse cuenta el charco de sangre—. Lo ignoro. Dijo que se llamaba Paul.

—No —rectificó *Dio*—. El otro, ese que se va, el asesino condecorado.

—¡Ah! —exclamó su interlocutor—. ¿El coronel? Coronel Constantin Dragasès.

«Extraño nombre», pensó *Dio*, Constantinopla, 29 de mayo de 1453, Constantino XI, el Paleólogo, llamado Dragasès, último emperador de Bizancio. El oficial no había protestado siquiera al escuchar el epíteto de asesino. Asesino, asesino..., y ¿por qué no? La idea se abrió camino mientras el oficial saltó del pretil protector de la autopista (él también estaba adiestrado en grado sumo), y se alejó a pie por el campo, bajo la luna.

Dio tomó asiento nuevamente ante el volante. Pisó a fondo, el coche volaba. No era una noche para morir sin ton ni son, bajo un amasijo de chatarra. Pero no. Él se sentía inmortal. Tres kilómetros más allá pasó a los cinco carros del coronel Dragasès. Y se rió. Le embargaba la felicidad. Surgió el peaje de Villefranche, un oasis bárbaramente iluminado. Numerosas motos alineadas en el aparcamiento. Siluetas con casco, y sólidas botas. Para ser gendarmes, llevaban unos cascos muy raros. Blancos, rojos y azul eléctrico, con barras verticales de colores fosforescentes.

—¿Quiénes sois, muchachos?

—Somos los Resistentes proletarios de la Rhodlaquimia.

Puros entre los puros, ¡todos en campo abierto para celebrar aquella noche ex hilarante! Huelgas a montones, huelgas de hambre, secuestros, sabotajes,

programas antirracistas, ratoneras contra «antirratones», saqueo de almacenes, lucha contra todas las formas de opresión, disponibles para toda clase de empresas, sólo consumían motos, chicas, tabaco, slogans, destruían todo cuando montaban en cólera, frecuentemente despedidos de su empleo, pero siempre readmitidos porque amedrentaban a todo el mundo, delincuentes políticos, pues se había encontrado así la expresión conveniente para estos elementos: ésta lo disculpaba todo.

—¿Y qué hacen aquí? ¿Dónde están los polis?

—Desaparecieron hace una hora —respondió un joven y magnífico gigante vistiendo «jeans» y cazadora cubierta de galones e insignias norteamericanos (charreteras sobre los hombros: *Panama Rangers*)—. No eran muy numerosos, y nosotros... —hizo un ademán en torno suyo— ¡más de doscientos! ¿Ellos? ¡Unos cobardes! Tercera legión de guardia móvil, la de Mâcon, ¡los conocemos bien! El año pasado dispararon contra nosotros. Una manifestación pacífica; sin embargo, justo es reconocer que esos asquerosos estaban acorralados, asfixiados por la superioridad numérica. Hubo dos muertos. Pero, ¡qué funerales tan fantásticos! Cien mil personas, todas las fábricas cerradas y los trabajadores desfilando detrás de los féretros. Desde entonces la gente escupe al pasar ante sus cuarteles. Los comerciantes les sirven como no se serviría siquiera a un negro en un establecimiento blanco de África del Sur. Sus rapaces no tienen amigos en la escuela, nadie les habla. Sus queridas mujeres se suben por las paredes, e incluso un cura ha dicho que, desde ahora, se celebrará la misa en su cuartel para no mezclar trapos y servilletas en la iglesia. Su comandante ha sido depuesto. ¡Pobres! No sirven para nada. Sólo esperan el retiro. Únicamente falta que les silben por las calles. Así, pues, cuando nos han visto llegar se han largado. Dijeron que regresarían con refuerzos. ¡Mientras tanto, nosotros hacemos cuanto queremos!

Panama Rangers lanzó una risotada, y al reír irradió una energía sumamente cautivadora. Era apuesto cual un joven dios triunfal escapado del tenebroso bosque fabril. Perteneciente a una raza de conquistadores. ¡Conquista por conquista! ¡Movimiento por movimiento! ¿De qué servía eso? ¡Que lo zurcieran! *Dio* dijo quién era y repitió:

—¿Qué hacen exactamente?

—Un poco de todo —respondió *Panama Rangers*—. ¡Hoy es una gala! Recuperación por lo pronto. Se ocupa un puesto de peaje y se hace pagar. Para quienes vienen del Sur camino del Norte, tarifa diez veces

mayor, doscientos francos, ¡está en el bote! Pagan sin rechistar. Tienen prisa por largarse. Hacia el Sur acciones retardadoras a menos que se trate de compadres. En el cuartelillo de los polis hemos encontrado una barrera plegable con enormes pinchos. El primer convoy militar ha desfilado ante nuestras narices, iba a demasiada velocidad y no hemos tenido tiempo de instalarla. ¡Pero el segundo nos ha dado el timo! El jeep del oficial y los tres primeros camiones se clavaron amablemente en el suelo con los cuatro neumáticos. Entonces dije: ¡Parada y fonda! ¡Abajo todo el mundo! Los soldados lo tomaron a broma. Pero el oficial era un duro. Hizo formar a toda su gente en orden de combate y gritó: «¡Quitadme eso de en medio!» Entonces yo dije: «¡Miradnos bien, chavales!, tenemos la misma edad más o menos. ¡Que salgan de las filas quienes sean obreros, labradores, estudiantes y trabajadores proletarios!» ¡Eso animó la escena! Finalmente, el oficial se quedó solo con cinco desgraciados que se apresuraron a dejarlo en la estacada. Deben de estar corriendo todavía...

—¿Y el oficial? —preguntó *Dio*.

—Ahora está haciendo autostop a un kilómetro de aquí. Pero no sé si tendrá éxito: ¡lo dejamos completamente en cueros!

Dio rió de buena gana. En el centro del estacionamiento, ante el cuartelillo, había una turba de jóvenes con abigarradas indumentarias, uniformes y cazadoras, toda clase de cascos en fraterna confusión; se estaban calentando alrededor de una gran hoguera; se oían alaridos jubilosos, cantos y chascarrillos en los que el «culo al aire del capitán» adquiría dimensiones rabelesianas. Esto no era verdaderamente perverso. Adrales y banquillos de los camiones crepitaban alegremente entre las llamas.

—Creo que desfilaremos hacia el Sur por carreteras secundarias —dijo *Panama Rangers*—. Al parecer, allá abajo los polis son bastante malévolos. Pero aquí dejamos nuestro testamento —y, alzando su brazo, señaló hacia el gran letrero del puesto de peaje donde se extendía una inmensa pieza de calicó brillantemente iluminada:

PROLETARIOS, SOLDADOS, PUEBLO
DEL GANGES TODOS SOLIDARIOS
CONTRA LA OPRESIÓN

—Perfecto —aprobó *Dio*—. Pero no retrasen la partida. Dentro de poco pasarán cinco carros con un

coronel enfurecido, ¡y éste no vacilará en abrir fuego, créame!

—Está bien —respondió el muchacho—. ¡Chao! Nos veremos en la Costa.

—¿Cuándo? —preguntó *Dio*.

—No tenemos demasiada prisa. ¡Con todos esos cerdos que huyen hacia el Norte para disfrutar de unas vacaciones al sol no faltarán villas por estos andurriales! Espero que no hayan vaciado sus piscinas. ¡Ya que se hace por una vez la revolución, lo primero es pasar un buen rato!

Exactamente de tal modo pensaba *Dio* en aquel mismo instante. Siguió un moderado desorden, dos o tres barreras destrozadas por algunos conductores risueños que fingieron injuriarse mutuamente al estilo del buen francés sentado ante el volante; luego toda la comitiva se perdió en la noche, camiones y muchachos, mientras que en la mente de *Clément Dio* resonaba una vez más el refrán escrito por él: «Se acaba el tiempo de los mil años, expira el milenio...» Tras un silencio de corta duración se oyó un estruendo amenazador y, seguidamente, surgieron de las sombras los carros de Dragasès bajo el alumbrado del puesto de peaje. El cañón del carro delantero se elevó ligeramente y escupió cuatro granadas consecutivas. La fachada del puesto de peaje se hundió en una polvareda junto con el bonito calicó de *Panama Rangers*. Al parecer, el coronel no era un entusiasta de los slogans. Escalando el montón de escombros sin perder velocidad, los cinco carros desaparecieron a su vez hacia el Sur, siempre hacia el Sur...

En la entrada de Lyon, *Dio* tomó la avenida de circunvalación, desierta a aquellas horas —mientras los convoyes militares machacaban las calzadas de la ciudad—, y torció a la izquierda para seguir por la carretera de Grenoble en cuya entrada había una pancarta indicadora: «Itinerario turístico: a Niza por la ruta de Napoleón.» Iris Nan-Chan contuvo una burbujeante carcajada, expresión de su júbilo íntimo.

—Querido aguilucho —dijo—. Tú vuelas también de campanario en campanario, pero ¡sólo hasta las torres del «Negresco»! ¡Napoleón *Dio*!

En Grenoble, grandes llamas iluminaban todo un barrio a orillas del Isère.

—¡Prensa! ¿Qué ocurre aquí? —preguntó el «querido aguilucho» a un capitán de guardia móvil, plantado en medio de la carretera junto a una columna de camiones estacionados.

—Es la prisión central. Está ardiendo.

—¿Y los presos?

—Todos huyeron. Más de dos mil. Si ustedes siguen hacia abajo tengan mucho cuidado. Una vez pasado Grenoble nosotros no podemos responder ya de nada.

—¿Cómo sucedió?

—¡Ah, muy sencillo! —contestó el capitán: cincuentón, mostachos grisáceos y alicaídos, con ese aire profundamente hastiado del funcionario recto que columbra el cepo de la anarquía abriéndose bajo sus pies enfundados en pesadas botas—. Yo estaba seguro de que esto terminaría así —agregó.

—Yo estaba también seguro —respondió muy serio *Dio*.

—¡Pues bien, ya llegó, como puede ver! Se ha tomado la prisión desde el exterior haciendo saltar las puertas con plástico. Era un centenar de rapaces que gritaban: «¡Proletarios, prisioneros, hombres del Ganges, solidarizaos!» Luego el fuego se extendió rápidamente al bloque de los prisioneros políticos. Entonces los celadores abrieron todas las puertas y se largaron. Nadie puede reprochárselo. La opinión pública los acusa desde hace diez años. Igual que a nosotros. ¿Por qué arriesgar el pellejo en tales condiciones? Según lo entiendo yo, si le interesa saberlo, es un golpe planeado. ¡El Ganges! ¡Sólo saben hablar de eso! Entre ellos corrió un rumor: la flota derribaría los muros de las centrales. ¡El año pasado era el Papa! Estaban convencidos de que el Papa comparecería en Navidad para abrir las puertas de cada prisión. Y, ¿por qué no, considerando el extremo a que hemos llegado? Aquí se ve de todo desde hace algún tiempo. La sociedad marcha de cabeza...

—Ésa es mi opinión, capitán. Así, pues, le conviene mirar dónde pone los pies —contestó imperturbable *Dio*.

—¡Oiga! ¡Usted! —exclamó el capitán de guardia móvil—. ¿Cómo se llama su periódico?

Pero *Dio* se alejaba ya... Gap, Sisteron, Digne. Las guarniciones de montaña descendían sin prisa de sus vetustos fortines Vauban para registrar el fondo de los valles. En la noche declinante, cuando una presa caía en la red se entablaban extraños diálogos en voz baja.

—¿Quiénes sois?

—¡Camaradas prisioneros! ¡Sed comprensivos, muchachos!

—¡Vamos! ¡Esfumaos! Ya habéis parloteado bastante. ¡Vivan los bolos!

—¡Vivan, y gracias!

Por la mañana se había apresado solamente a quince fugitivos y se los condujo a la gendarmería del cantón. Entre ellos un famoso condenado: vein-

te años de reclusión por haber raptado a la pequeña de un opulento plantador local de lavanda. Los madrugadores lo aclamaron:

—¡No te preocupes, Bébert! ¡Saldrás pronto otra vez! ¡Cochinos militares! ¡Haciendo la faena de los polis!

Un oficial de rostro lívido arrojó su quepis y se retiró hendiendo la multitud, que enmudeció de repente como si pasara un entierro...

En Berrême, *Dio* llenó el depósito de gasolina.

—Usted será mi último cliente —dijo el de la bomba—. Apenas se marche echaré el cierre y me largaré. Esto es demasiado peligroso. Desde aquí hasta Grasse han desvalijado, ya a cinco colegas, y los gendarmes no respiran. Tengo un perro guardián, pero ya no sirve para nada, pues anoche pareció enloquecer. Se diría que ha husmeado ya a esos ochocientos mil tipos cuyo desembarco se anuncia. ¡Vaya! ¿Usted paga? Bien, se lo agradezco. Porque los del automóvil que le precedía en ese sentido no se han molestado en soltar la pasta. Lo ocupaban ocho andrajosos, apiñados como anchoas, de esos que vemos marchar hacia la Costa Azul durante el verano. El conductor me dijo: «¡Y de cuartos, nada! ¡Desde ahora todo pertenece al pueblo!» Usted me comprende, ¿no? Yo me largo. Regresaré cuando se haya solucionado todo...

Salía el sol. Mientras cambiaba de velocidad *Dio* vio un pastor alemán, un perro enorme plantado cual un centinela perdido tras el desastre. El animal temblaba desde la cabeza a la cola. Y gemía. Luego, descansando sobre sus cuartos traseros, abrió las fauces mirando hacia el Sur y lanzó un interminable aullido.

—¡Ese perro no está muy contento! —murmuró Iris Nan-Chan conteniendo un escalofrío—. Continuemos, querido. Si no, esa maldita bestia me estropeará el día...

Nueva parada en el desfiladero de la Faye. Más camiones estacionados. Esta vez, militares. *Dio* reconoció el emblema de los comandos de Marina. Una unidad que jamás se había dejado ver en Francia y tras la cual marchaban los corresponsales de *La Pensée Nouvelle* por todo el mundo como el tábano se adhiere al buey que lo nutre: represión en Chad, represión en Guayana, represión en Djibuti, represión en Madagascar..., punta de lanza prestada a los Presidentes de ultramar asediados por la cólera popular. Apareció un oficial, cortés, elegante, como si procediera directamente del anuncio tantas veces desgarrado: «Jóvenes con ideales, ¡alistaos, reenganchaos...!» Realmente *Dio* ignoraba que existiera aún

un tipo humano semejante.

—¡Su carnet de Prensa! —pidió el oficial. Y, tras una ojeada, agrega—: ¡Vaya! ¡Monsieur *Clément Dio*! ¡Despreciandolo durante tantos años y ahora me lo echo en cara!

Se acercaron algunos paracaidistas. Rodearon el automóvil rojo y contemplaron silenciosamente a *Dio*. Ellos no habían ignorado nunca en sus lejanas campañas que existieran tipos humanos semejantes, pero jamás habian visto uno a tan corta distancia.

—¡Miradlo bien! —dijo el oficial a sus hombres—. ¡Quien no haya tenido la ocasión de averiguar cómo está compuesta una basura, puede aprovechar este momento! ¡Al menos sabrá por qué está lleno todo esto de collones!

Hablaba con tanta parsimonia que *Dio*, buen conocedor de la sangre fría, se preguntó si no sería éste el fin de su viaje. «¡Parece imposible!», pensó, mientras se esforzaba en reprimir una amarga carcajada. ¡Aquello era absurdo, demasiado absurdo! Entretanto, su mujer se volvió hacia el oficial y lo imprecó con tono suave:

—Señor diplodocus, ¡se le creía desaparecido desde la Era cuaternaria y ahora resulta que está presente e incluso sabe hablar!

El enfrentamiento duró poco y, aunque parezca extraño, fueron los soldados quienes se cansaron antes, como el organismo viviente que rechaza un cuerpo extraño.

—¡Ya ve usted! —comentó el oficial—. Usted no les interesa lo más mínimo. Bueno, pueden seguir. No he recibido órdenes concernientes a ustedes. En realidad, no tengo orden alguna..., y esto me complace mucho. Mi comando está solo en el mundo. Y pide únicamente que lo dejen tranquilo. Un consejo, sin embargo. El país ante sus ojos está muerto. Quienes hubieran debido quedarse han partido, y quienes se han quedado o están llegando no debieran hallarse jamás aquí. En Saint-Vallier, al descender del desfiladero, encontrarán amigos. Aunque no sé si les gustarán. Sobre todo a Madame Nan-Chan. Allí hay de todo. El presidio de Draguignan completo, incluidos los criminales sexuales e infanticidas, proletarios huelguistas de no sé qué fábrica cochambrosa de Niza, árabes de la ciudad Boumediene, algunos negros vagabundos que hablan solamente ualof y una célula sindical estudiantil para hacer el completo, aunque no puedo precisarles su tendencia. No les pasarán inadvertidos. Ocupan el hotel «Préjoly», cuarenta habitaciones con cuarto de baño y servicios, ascensor, bar, restaurante, teléfono en todas las habitaciones, piscina climatizada y pistas de

tenis. Al menos así lo asegura la guía «Michelin». Ahora... —hizo un gesto dubitativo—. En cualquier caso puedo asegurarles que sus amigos son muy aseados. Con los prismáticos se distingue muy bien desde aquí que el agua de la piscina se ha enturbiado, pues a ellos les encanta enjabonarse allí cada día. En principio yo debería desalojarlos del lugar para poder transitar, pues he olvidado decirles que van armados con escopetas cuyos cañones han serrado. En tres kilómetros a la redonda no hay ni un solo escaparate intacto de armería. Pero prefiero esperar a que la borrachera los deje medio muertos. Será cuestión de pocas horas: se les oye desde aquí. Señor, señora, la visita ha concluido. ¡Se les desea buen camino!

¿Qué hacer cuando uno se llama *Clément Dio*?

Embragar y partir raudo hacia Saint-Vallier. Eso fue lo que hizo con admirable coraje...

XXXIII

El Presidente había aumentado nuevamente el tono de su transistor:

—... tras las citadas declaraciones —dijo la voz del locutor—, Monsieur *Dio* ha abandonado la capital acompañado por su mujer, la escritora Iris Nan-Chan, y algunos amigos, dando cita en la Costa Azul a cuantos lo aclamaban. Conviene hacer constar, por otra parte, un desfase evidente entre los editoriales de la Prensa vespertina en sus últimas ediciones y el movimiento espontáneo de la opinión pública materializado por el éxodo de los habitantes del Midi. Mientras las carreteras que enlazan con el Sur son escenario de embotellamientos cada vez más espectaculares, la Prensa izquierdista y derechista indistintamente apelan con diversos matices a una solución humana de este problema sin antecedentes. Nuestro colega *Le Monde* dice bajo la firma de...

—Eso es lo más sorprendente —comentó el Presidente—. Ese desfase súbito. Y, sin embargo, ninguno de nosotros, los del equipo gubernamental, lo había puesto en duda, incluso aquellos que se negaban a confesarlo.

—El poder de las ideas inculcadas, señor Presidente —dijo Jean Perret—. Las conciencias oprimidas

con camisas de fuerza. Recuerde aquel sondeo de la S.O.F.R.E.S. hace quince días: «¿Qué opina sobre el racismo como medio para mantener el equilibrio del mundo actual? ¿Deseable?: 4 %. ¿Quizá necesario?: 17 %. ¿Más bien desaconsejable?: 32 %. ¿Aborrecible y antinatural?: 43 %. Sin opinión: 4 %. ¿Se prestaría a arrostrar las consecuencias del criterio que acaba de expresar si lo exigiera así una situación determinada? Sí: 67 %. No: 18 %. Sin opinión: 15 %. Y, sin embargo, no se ha ejercido presión sobre las personas interrogadas de los diversos estamentos sociales que forman la muestra habitual de la S.O.F.R.E.S. Exceptuando la de los prejuicios imbuidos. En el fondo esto no es una novedad. Lo nuevo, por el contrario, es esa... digamos, consagración que aporta el sondeo de la opinión pública a la endeblez del pensamiento.

—Sí, lo sé —contestó el Presidente—. Tal vez yo mismo sea también endeble, ¿no? Hasta el presente hemos gobernado a golpes de encuesta. Resultaba muy cómodo. Probablemente gobernábamos la nada... Ahora es demasiado tarde.

—... es cierto —continuó diciendo el locutor— que ninguno de esos editorialistas ha remontado la fase verbal para sugerir medidas concretas. Sólo Monsieur Jules Machefer, redactor jefe del periódico *La Pensée Nationale*, esribe lo siguiente: «Si el Gobierno no ordena al Ejército que impida con todos sus medios ese desembarco, cada ciudadano consciente estará obligado por razón de su cultura, su raza, su religión tradicional y su pretérito, a empuñar espontáneamente las armas. París, incluso nuestro entrañable París, se encuentra ya cercado por los cómplices del invasor. Comandos irresponsables, con los cuales colaboran los peores elementos extranjeros vomitados por los bajos fondos de la capital, han saqueado y ocupado mis oficinas. Durante toda la jornada, grupos extremistas, tolerados por la Policía, han perseguido en las calles a los vendedores de mi periódico ante la mirada indiferente de los ciudadanos. Dadas las circunstancias, me veo obligado a suspender hasta días mejores la publicación de *La Pensée Nationale* para entablar otro combate. Yo, aun siendo un hombre viejo y pacífico, declaro que esperaré en el Midi, empuñando una escopeta, al astroso ejército del anticristo. ¡Espero que seamos muy numerosos!» Fin de la cita...

—Se han salido con la suya —murmuró el Presidente—. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importa...? La mirada indiferente de los ciudadanos... La nada... ¡Siempre la nada...!

—... Y, para terminar, hace diez minutos escasa-

mente el Vaticano ha publicado una declaración de Su Santidad el Papa Benedicto XVI retransmitida por todas las agencias informativas, cuyo texto es el siguiente: «En este viernes santo, día de esperanza para todos los cristianos, Nos conjuramos a nuestros hermanos en Jesucristo que abran sus almas, sus corazones y sus bienes materiales cuando esos desdichados que nos envía Dios llamen a nuestra puerta. Para un cristiano no hay otra vía posible salvo la caridad. Caridad no es una palabra vana, no se la divide ni se la mide, sólo es total o inexistente. Se aproxima para todos nosotros la hora de rechazar los compromisos por donde se ha desviado nuestra fe, de responder definitivamente a ese amor universal por el que muriera Jesucristo en la Cruz para resucitar poco después.» Fin de la cita. Se sabe también que Su Santidad el Papa Benedicto XVI ha dispuesto la venta de todos los objetos valiosos existentes todavía en los palacios y museos del Vaticano para facilitar exclusivamente la acogida y el alojamiento de los inmigrantes del Ganges. Así concluye nuestro diario de las veinte horas. Próximo avance informativo dentro de quince minutos. Aquí la Radiodifusión-Televisión francesa...

—¡Eso es! —excalmó el Presidente interrumpiendo el concierto transmitido a continuación—. Me parece oír clamar ya a Dios allá arriba: *Tu quoque, fili!* ¡No cabía esperar otra cosa de un pontífice brasileño! Los cardenales quisieron un Papa innovador en nombre de la Iglesia universal... ¡pues bien, ya lo tienen! Yo lo conocía muy bien cuando era obispo y agitaba a Europa enumerando las miserias del Tercer Mundo. Recuerdo haberle dicho un día que todo intento para debilitar a la madre indigna acarrea una frustración mayor de los hijos. ¿Adivina usted lo que me respondió? ¡Que sólo la pobreza es digna de ser compartida! Él mantiene sus promesas. ¿Es usted cristiano, Monsieur Perret?

—No soy cristiano, soy católico. Me atengo a ese matiz esencial.

—Por mi parte no creo en muchas cosas. Asisto a misa ocasionalmente, como Enrique IV. Por eso necesito su ayuda. A la hora de elegir me hacen falta motivos, ¡me hace falta creer en algo! Mi elección será pésima, eso es seguro... Pensándolo bien, como ahora es usted *gauleiter* del Midi, el Papa lo excomulgará. ¡Ya lo verá!

—Eso me tiene sin cuidado, señor Presidente. En la Edad Media se habría dado una patada en el trasero a varios cardenales y se habría elegido a otro Papa para proclamarlo antipapa. Es lo que hago moralmente. Además, eso son sólo palabras. Desde hace

seis semanas estamos inmersos en un océano de palabras. Su secretariado está sumergiéndose, senor Presidente. ¡He aquí lo que ha facilitado durante el transcurso de la ultima hora! —Diciendo esto enarbolo un enorme fajo de comunicados—. Treinta premios Nobel militan en favor de la flota. Jean Orelle no ha firmado, pero, ¿qué importa a estas alturas? Se ha alistado a todos los premios Nobel de la Paz, capitaneados por ¡Kenyata y el padre Agnellu...! Boris Vilsberg y diez mil intelectuales presentan una petición en nombre de la justicia igualitaria... El Comité francés de apoyo a la inmigración del Ganges hace saber que ha recogido dos millones de firmas... El cardenal-arzobispo de Aix ofrece seminarios ya desalojados y numerosas escuelas que hará desalojar... La ONU aprueba por unanimidad la abolición de las razas, aludiendo implícitamente a la nuestra, ¡y nosotros hemos dado un voto afirmativo sin sonreír siquiera! ¡Es cierto que en ese retablo abigarrado hemos votado ya a favor de muchas otras cosas...! En Ginebra declara la huelga del hambre el fundador de la *Fraternité humaine,* Edgar Wentzwiller, líder humanitario calvinista —el secretario de Estado leyó un telegrama— reanudando una huelga de hambre iniciada tras el fracaso de São Tomé, ahora se propone prescindir de todo alimento mientras no se instale a los inmigrantes del Ganges en la Europa occidental para cuidarlos, nutrirlos y salvarlos... ¡Piense a qué edad tan avanzada murió Gandhi tras sus interminables huelgas de hambre! ¡Y murió asesinado con toda tranquilidad! Diez mil personas —Perret leyó otro comunicado— han ayunado y orado durante toda la jornada del viernes santo en la iglesia abacial de Boquen ante el abad Dom Vincent Laréole, quien abandonó un congreso búdico en Kyoto para asistir a tal celebración. Dom Vincent Laréole ha evocado esta sentencia de Gandhi, ¡realmente inmortal, señor Presidente!: «¿Cómo podríamos calentarnos al sol divino cuando fenecen de hambre tantos seres humanos?» Concluida la asamblea, se aprobó por simple aclamación una moción exigiendo al Gobierno francés que apoye sin medias tintas la acogida en nuestro territorio de los inmigrantes del Ganges. Este comunicado, señor Presidente, no especifica si los peregrinos de Boquen volvieron a casa para cenar después de tantas flagelaciones... Aquí le dejo el resto, señor Presidente —los telegramas se diseminaron por la alfombra—. Hay gran agitación en catedrales, sindicatos y ligas..., incluido el parvulario de Sarcelles, donde los rapaces han hecho la huelga de los bolos para solidarizarse con los niños del Ganges que no tienen ganas de ju-

gar». Mencionaré todavía una noticia del mayor interés: El cardenal-arzobispo de París, el presidente del Consejo consistorial de la Iglesia reformada, el gran rabino de París y el mufti de la gran mezquita Si Hadj El Kebir manifiestan su propósito de construir un comité permanente...

—¡Ah, ésos! —exclamó el Presidente—. Los he recibido esta mañana. El musulmán fue el único que supo dominarse. Tuve la impresión de que se sentía incómodo aquí, como si supiese más que los otros y, sin embargo, no pronunció palabra. El cardenal no cesó de atronarme los oídos. Habló de justicia en la capital... ¡como si yo no tuviese ya suficiente con ese Midi amenazado! Evocó a los trabajadores extranjeros, cientos de millares esperando el acceso a la dignidad humana y alcanzando de improviso y conscientemente los límites de su paciencia. Me ha hecho recordar, ¡sí, el cardenal romano, el prelado católico!, aquella frase de Sartre que causara tanto revuelo otrora y gracias a la cual se subvencionaron numerosos espectáculos de vanguardia: «El mundo está habitado por dos mil quinientos millones de los cuales quinientos millones son hombres y dos mil millones indígenas.» Durante todo el rato observé el rostro hermético del gran mufti. El cardenal me puso en las manos el texto de una declaración sobre su comité permanente.

—Helo aquí, señor Presidente. —Perret rebuscó entre los comunicados—. Lo publicaron hacia el mediodía: «...Su único crimen es el de pertenecer a nuestra propia raza. Por consiguiente, el respetarlos no es sólo una cuestión de caridad elemental, sino también de justicia. Toda vejación, toda brutalidad, toda irrespetuosidad respecto a ellos representan actos odiosos, máxime cuando su condición de inmigrantes les hace pasar por trances aún más difíciles y dolorosos.»

—¡Justo! ¡Sí, eso es! Sentí ganas de gritarle: ¿Y qué me dice de nuestra situación, Eminencia? —Aunque el Presidente levantaba muy raras veces el tono, ahora se dejó dominar por la cólera—. ¡Aquella escena derivó hacia lo grotesco! Yo seguí mirando de hito en hito al impenetrable mufti mientras me decía que si ése había tenido el arrojo hipócrita de firmar una declaración en la que se hace constar taxativamente la desigualdad racial, era porque tenía con toda probabilidad otros designios. Según supongo, él debería pensar que las razas son desiguales, cierto, pero siempre las mismas en el súmmum del equilibrio; es una cuestión de alteración. Por fin, se acabó mi paciencia y le pregunté al cardenal: «¿Quién es la patrona de París?» Él balbuceó no sé qué. «Santa

Genoveva —le hice saber—. Cuando los hunos acamparon ante las puertas de París, ella franqueó las murallas con gran boato y, por cierto, la acompañaba vuestro antecesor, el arzobispo, felicitándose para sus adentros por ese refuerzo inesperado de carácter divino.» ¿Se imagina lo que me respondió? Pues bien, según él santa Genoveva no había existido jamás. Todo eso era una paparrucha infantil; la santa no figuraba desde hacía mucho tiempo en el Calendario romano oficial. Derribada, al parecer, por obra y gracia del mito. Es cierto que, en aquella época, nadie había protestado, salvo un plácido soñador del Consejo municipal parisiense cuyo nombre no ha sobrevivido siquiera. Súbitamente decidí despedir a los cuatro santos hombres. Estaba fuera de mí. Sin embargo, me cabía un solo consuelo. El saber que su comité permanente ha sentado sus reales en el Arzobispado. Desde que el cardenal vendiera todos sus muebles en beneficio de no sé quién, ocupa un glacial recinto que no sería siquiera apropiado para el obispo rojo de Bahía; a decir verdad, es el local más incómodo de París. Espero que cuando se reúnan en sesión permanente sentados sobre duros taburetes, acaben con las posaderas molidas. Flaco consuelo, ¿verdad? Pero uno recurre a lo que puede. ¿Hay algo más, Monsieur Perret?

—Todo y nada, señor Presidente. Unos asuntos sin fin y otros finiquitados. Durante seis semanas, todos los seres terrenales que creen tener capacidad para pensar han tomado posiciones, siempre en el mismo sentido. Los Gobiernos se han reunido con diligencia febril. Y ¿cuál ha sido el resultado? ¡Cero! Vivimos en el siglo del verbo disolvente. Las palabras nos ahorran toda acción en espera de lo ineludible, pues sabemos que ese factor ineludible es ajeno a cualquier palabra. Así, pues, los únicos actos válidos en estos momentos son aquellos que expresan una verdad profunda: todo el mundo se escabulle, sea cristiano o no. Y, a menos que nosotros nos demos también por satisfechos con las palabras, estamos solos, señor Presidente, usted y yo.

—No totalmente solos. Está ese viejo loco..., Machefer. Y Pierre Senconac; el director de Est-Radio me acaba de dar la noticia. Por otra parte, Jean Orelle ha salvado *in extremis* todo cuanto le restaba de sentido común. Además, en el campo opuesto, ese activista del pensamiento, *Clément Dio.* Y todos los idealistas de taberna, campus y sacristía que se encaminan hacia el Sur armonizando al fin sus acciones y sus discursos. Si me apura, yo casi envidiaría a estos últimos. Queda finalmente el Ejército. Un Ejército profesional, regimientos escogidos. Están

ocupando posiciones desde esta mañana con arreglo a mis órdenes.

—¡El Ejército! ¡Sin duda representa miles de soldados, oficiales y generales! ¡Pero son palabras, ni más ni menos! Palabras uniformadas enmascarando su debilidad con el acero bélico y eclipsándose tan pronto como se emprenda la acción de guerra. Desde hace mucho tiempo el Ejército juega simplemente a los soldaditos, nadie sabe cuál es su verdadera eficacia, pues se tiene buen cuidado de no emplearlo porque se teme que resulte ser una nulidad. ¡Ya lo verá, señor Presidente! ¡El Ejército se desmenuzará entre sus manos!

—El domingo pasado usted no razonaba de esa forma, ¿verdad, Monsieur Perret?

—Señor Presidente, durante toda esta semana he mantenido entrevistas secretas con los escasos generales capaces de reflexionar todavía y he contemplado con ojos bien abiertos una sima. Las naciones de Occidente creen poseer Ejércitos poderosos cuando, en realidad, no tienen ya Ejército. Desde hace años se viene inculcando con todos los medios a nuestros pueblos el carácter deshonroso de sus respectivos Ejércitos. Por ejemplo, se han filmado películas destinadas a millones de espectadores, en las que se exponen matanzas de indios, árabes o negros, carnicerías olvidadas hace cien años y exhumadas para servir a la conspiración. Se ha dado una interpretación equívoca a las guerras de supervivencia —aunque todas hayan sido perdidas por Occidente—, se las ha hecho pasar por tentativas bárbaras para imponer la hegemonía blanca. Y como ya no quedan suficientes militares vivos con quienes desahogar ese odio se ha recurrido a los guerreros fantasmales del pretérito, personajes incontables, multiplicables hasta el infinito e incapaces de protestar, muertos, mudos y abandonados, expuestos sin riesgo al desprecio público. No hablemos de la literatura, las obras teatrales y los oratorios destinados a un público intelectual limitado. Refirámonos más bien a los medios informativos, el escandaloso falseamiento de un instrumento creado para la comunicación de masas, manipulado por quienes, a socapa de la libertad, practican el terrorismo intelectivo. No obstante las advertencias formuladas por los supervivientes de la lucidez, nos hemos entregado a un masoquismo frenético y desorbitado, corriendo en pos de aventuras alucinantes y, a fuerza de querer admitir todo cuanto se nos imputa, hemos terminado aceptando el disparatado riesgo de afrontar también todo al mismo tiempo..., y solos. ¡Acuérdese, señor Presidente! Mediante operaciones de desmoralización

nacional y disolución cívica, concebidas con sabiduría y escenificadas diabólicamente, se ha logrado que el fin de las guerras coloniales —incluyendo Vietnam— sea tan sólo el comienzo. Es algo irreversible. En lo sucesivo, el pueblo llano se espantará de un Ejército al que le han endosado demasiados genocidios. Respecto a la Policía, su destino quedó sellado cuando el tiempo de Guignol, y uno se pregunta estupefacto cómo ha podido resistir tanto sin sentir aborrecimiento de sí misma. Ahora ya es un hecho. Y el Ejército ha seguido la pauta. Sea voluntario o no, profesional o no, se horroriza de su propia imagen. Así, pues, señor Presidente, no cuente con el Ejército para un nuevo genocidio.

—¿Para qué, entonces?

—Para nada, señor Presidente. Se ha perdido la partida.

—Sin embargo, habrá genocidio, otra modalidad, y seremos nosotros quienes desapareceremos.

—Lo sé, señor Presidente. Pero es una vislumbre que no puede comunicar usted a nadie porque nadie está en condiciones de comprenderla. Nosotros morimos parsimoniosamente, nos roen las entrañas millones de microbios que han invadido nuestros cuerpos. Esto durará largo tiempo. Sin padecimiento aparente. No se derramará sangre, ahí estriba toda la diferencia. Pero parece haberse convertido en una cuestión de moral y dignidad, según lo ven los homúnculos occidentales. Explique, pues, al pueblo, al Ejército, dejando aparte la opinión pública mundial y la conciencia universal, que el día de Pascua o, por lo menos, el lunes será preciso sacrificar a un millón de inmigrantes con piel negra, si no queremos morir a nuestra vez, aunque más tarde, bastante más tarde...

—Sin embargo, les diré precisamente eso, Monsieur Perret mientras usted me ayuda en el Sur. Por cierto, ¿cuándo parte?

—Esta noche, señor Presidente. He conseguido encontrar un caza reactor cuyo oficial de a bordo no está enclaustrado en un seminario ni entregado a la oración, así como tampoco a ningún otro ejercicio mental relacionado lastimosamente con el problema moral de la aviación combatiente ante la flota del Ganges. Mi piloto particular no muestra todavía excesivas inhibiciones. Se ha comprometido a conducirme de un tirón hasta la Prefectura regional del Midi. Hace unos instantes me ha telefoneado el prefecto profundamente conturbado. Se encuentra casi solo, pues la mayoría de sus funcionarios lo han abandonado a primeras horas de la tarde. Llevo conmigo, como ayudante, al capitán de fragata De Pou-

dis. El hombre parece haber reflexionado. Sospecho que la muerte se ha convertido para él en una cuenta pendiente. Si pudiéramos contar con algunos hombres de su temple animados por un dolor constructivo, quizá nos salváramos. ¡Lástima! Entre nosotros el dolor sólo engendra reivindicaciones sindicales...

—Yo... —le interrumpió el Presidente—, yo he reflexionado también lo mío. Me es imposible autorizar el desembarco a largo plazo de esos famélicos en nuestro territorio. Aunque se los internara en campos para intentar asimilarlos, el resultado sería idéntico: permanecerían aquí. Y como al abrir nuestras puertas evidenciaríamos nuestra flaqueza, les seguirían pronto otros, y otros más; sería un proceso inacabable...

—Efectivamente, señor Presidente. Vendrán de todas formas.

—También sé eso. Pero voy a decirle una cosa, una frase tan trillada que nadie se atrevería ya a emplearla, ni un político de trigésimo sexto orden siquiera: mi conciencia me acompañará y, por una vez, representará la verdad. Adiós, Monsieur Perret, no sé si volveremos a vernos...

XXXIV

En la noche entre el sábado y domingo de Pascua, al cumplirse el primer minuto del día de la Resurrección, hubo gran revuelo en la Costa Azul cuyo foco se localizó en algún lugar del itinerario desde Niza a Saint-Tropez. Noventa y nueve rodas se hincaron en playas y arrecifes, mientras que el niño-monstruo lanzaba al despertarse su alarido triunfal. Durante toda aquella jornada y parte de la noche siguiente nada se movió a bordo de los barcos, salvo los millares de brazos balanceándose cual un bosque de serpientes negras, los muertos arrojados al agua e impelidos por el oleaje hacia tierra, y todas aquellas bocas susurrando una melopea sin fin que el viento llevaba hasta la orilla...

Hacia las veintidós horas y treinta minutos la Radiodifusión francesa publicó su undécimo boletín del día y se pudo percibir, al margen de la información, el tono alterado del periodista, como si el hombre estuviese leyendo sus propios partes médicos donde

se reflejara un estado de salud cada vez más grave hasta la defunción:

«El Gobierno agrupado en torno al presidente de la República, ha conferenciado durante toda la jornada en el Elíseo. Dadas las graves circunstancias, asistieron igualmente a esa sesión los jefes de Estado Mayor de los tres Ejércitos, los directores de Policía y Gendarmería, los prefectos del Var y de los Alpes Marítimos y, a título excepcional, como asesores, el nuncio apostólico y casi todos los embajadores occidentales con representación en la capital. A la hora de transmitir este boletín, el Consejo no ha concluido todavía, pero el ministro portavoz gubernamental ha anunciado que el presidente de la República se dirigirá con toda solemnidad al país hacia medianoche...

Justamente cuando el locutor pronunciaba tales palabras, el Presidente levantó la sesión haciendo, más o menos, las siguientes manifestaciones ante el Consejo:

—Les he estado escuchando durante diez horas aproximadamente. ¡A ustedes, señores prefectos!, que me han atiborrado con proyectos de acogida, con locales vacíos inventariados gracias a vuestra diligencia, con talleres nacionales a inaugurar mañana mismo para contener la marea, cuando ustedes no creen ni una palabra de tales planes, cuando nadie les ha convocado aquí, cuando ustedes han abandonado sus Prefecturas para ponerse a salvo junto con sus familias y sus preciosas conciencias, porque no se les puede reprochar nada, ¿verdad? Pues bien, ahora se les releva de sus funciones, y diciendo esto no hago más que anticiparme veinticuatro horas al gran relevo, por la anarquía, de todos los cuerpos constitutivos del Estado... ¡A ustedes, señores generales!, que tienen el atrevimiento de mostrarme sobre el plano esa especie de *kriegspiel* ¡donde hacen intervenir divisiones espectrales y regimientos disueltos! ¿Me toman acaso por un Hitler demente en su *bunker* berlinés? ¿Ignoran que de los doscientos mil hombres despachados hace sesenta horas en dirección del Midi han llegado tan sólo veinte mil a las posiciones previstas? ¡Y en qué estado moral! ¿El resto? Se ha esfumado tras una desastrosa desbandada. Vuestro Ejército provenía del pueblo, ¿no? Pues bien, ¡ha retornado a él! En Mâcon, los cuarteles son salas de baile. En Montélimar un regimiento amotinado —ignoro cuál es— se ha pasado con armas y bagajes a los arrabales de la zona industrial para constituir allí —según parece— la primera comunidad proletaria multirracial. En Romans, un soviet formado por estudiantes, obreros y soldados

ocupa la Subprefectura. Todo se hace pacíficamente, entiéndanme, ¡pacíficamente! Sin embargo, la mayoría, el retorno a casa, la «defección» anticipada es casi siempre solitaria, sigilosa. Por lo tanto, no me hablen más de regimientos en marcha como si a la hora crepuscular del país ustedes pretendieran todavía hacer méritos, promover su propia importancia y quizá —quién sabe— su ascenso en el escalafón. ¡Quedan relevados de sus cargos! A propuesta de Monsieur Perret he dispuesto un nuevo nombramiento: el coronel Dragasès mandará como comandante en jefe todas las fuerzas del orden en la región meridional. Asimismo le nombro jefe de Estado Mayor General para cuanto nos resta de Ejército. Ustedes tienen plena libertad para reunirse con él si conservan todavía el suficiente arrojo, y ponerse a sus órdenes empuñando una metralleta, pues eso es lo que necesitamos, ¡soldados y nada más...! ¡A ustedes, señores ministros!, que desaprueban mis actos por razones evidentes, como lo vislumbro ahora, y que disimulan su ambición o su pavor con raudales de palabras estériles. Según tengo entendido, algunos de ustedes han preparado ya sus maletas, armonizando sus conciencias con sus cuentas corrientes en los Bancos suizos. Eso sólo prueba su miopía. Pero hay otros diferentes: éstos están conspirando ya, especulan con el acontecimiento, establecen múltiples contactos. Según tengo entendido, circula ya la constitución de un Gobierno provisional porque ustedes opinan y no se equivocan, que, una vez consumado lo ineluctable, será necesario establecer un orden cualquiera y ahí piensan representar ustedes el papel de tecnócratas redentores; se los acogerá con brazos abiertos para asegurar la transición y, consecuentemente, les interesa conservar su puesto. Poco importará el contenido del poder mientras ustedes conserven la cartera. ¡Quizá tuvieran éxito! Otros lo han conseguido antes y, a veces, incluso para el beneficio común, pues salvaron cuanto pudieron de un incendio que ellos mismos habían contribuido a provocar. Sin embargo, en este caso, nosotros nos separaremos. Ese concepto de una Francia superviviente pero desfigurada no es el mío, porque, a diferencia de ustedes, yo no tengo ambiciones. Mediante el coronel Dragasès, Monsieur Perret y los residuos de nuestro Ejército conservo todavía la realidad del poder legítimo, ya que este juego se desarrollará en el Midi. Se aceptan sus dimisiones... mañana a más tardar... ¡Y, por fin, ustedes, señores embajadores de naciones occidentales! Tomo nota simplemente de su compasión inútil. Sus respectivos jefes de Gobierno tendrán suficientes temas

para meditar esta noche a juzgar por las noticias poco tranquilizadoras provenientes de sus capitales. Sé bien que todas las miradas convergen en Francia, porque se espera que una matanza perpetrada por la nación donde se proclamaran los Derechos del hombre justificará *a priori* todas las acciones represivas que se impongan. Pues bien, señores, ustedes deberán esperar hasta mañana por la mañana para resolver definitivamente este problema único del mundo contemporáneo: ¿Acaso es permisible preservar esos Derechos del hombre cuyo concepto estimamos tanto perjudicando los derechos de otros hombres? Les ruego mediten sobre eso... ¡Respecto a Vos, señor nuncio apostólico!, compruebo que Stalin se equivocó antaño cuando preguntó con despreciativa ironía cuántas divisiones podía movilizar el Papa. Las divisiones de vuestro señor son innumerables. Su Santidad ha alistado fuerzas indígenas...

Hacia las once de la noche, tras la audición de la *Segunda sinfonía*, el mismo corresponsal tomó la palabra en las antenas de la Radiodifusión francesa:

—Nada parece agitarse todavía a bordo de la flota inmigrante. Un comunicado transmitido por el Estado Mayor del Ejército confirma que se han desplazado dos divisiones hacia el litoral y que otras tres han emprendido la ruta hacia el Sur como refuerzos pese a ciertas dificultades interpuestas en su camino. Hace cinco minutos, el coronel Dragasès, jefe del Estado Mayor General, ha hecho saber que el Ejército está encendiendo una veintena de fogatas gigantescas sobre la costa donde se incineran ya millares de cadáveres arrojados al agua desde todas las embarcaciones. Por último, el Gobierno expresa cierto asombro ante el éxodo generalizado de los habitantes del Midi.

»Aunque desapruebe sus consecuencias, no se cree autorizado para desaconsejarlo, ya que la situación es inédita. Se han distribuido órdenes estrictas entre la Gendarmería y el Ejército exigiendo que dicha migración se efectúe ordenadamente y no intercepte el traslado prioritario de los convoyes militares que descienden desde el Norte del país. Se ha decretado el estado de alarma bajo la autoridad de Monsieur Jean Perret, secretario de Estado y delegado personal del presidente de la República en los cuatro Departamentos costeros. El Ejército garantizará en lo posible la seguridad de los bienes abandonados, si bien ello quedará subordinado a sus restantes misiones. El Gobierno confirma que el presidente de la República pronunciará una solemne alocución para todo el país esta noche a las doce.

Y eso fue todo. Como recordaremos, el viejo Monsieur Calguès, sentado y solitario en la terraza de su casa, centinela de su añosa aldea adherida al flanco de la colina sobre el mar, se había preguntado si, por ventura, morirían en silencio los parlanchines, pues aquel laconismo impresionaba en una sociedad propensa habitualmente al delirio verbal. Luego abrió un libro, encendió su pipa y se sirvió con generosidad otro vaso de vino rosado para esperar hasta medianoche...

XXXV

Aquella misma noche, otros Gobiernos occidentales, sin contar los de Estados Unidos y la Unión Soviética, celebraron también sesiones en Canberra, Londres y Pretoria. Cualesquiera que fuesen sus peripecias, como la actitud resuelta en Londres o la sensación de trágica soledad en Canberra y Pretoria, todos llegaron a conclusiones idénticas tras largas horas de consultas frenéticas: desde que zarpara la armada del Ganges, Occidente había adoptado la forma peligrosamente efímera de un castillo de naipes perdido entre los remolinos del Tercer Mundo, y si la carta «Francia» en la base del edificio amenazado desapareciera con súbita celeridad, los restantes naipes se desplomarían uno tras otro. A las veintitrés horas de esa misma noche, domingo de Pascua, las tres capitales mencionadas cursaron telegramas al presidente de la República francesa implorando firmeza incluso al precio de sangre inocente. A título anecdótico digamos que esos tres telegramas ocupan hoy día un lugar preferente en el museo del Antirracismo —anexo a los nuevos edificios de la ONU en Hanoi— como postreros testimonios de un odio castigado desde entonces. Los colegiales del mundo entero conocen de memoria el texto, pueden recitarlo y comentarlo en todo momento cualesquiera sean sus clases y edades, pues se teme que su vigilancia se atenúe y entonces renazcan esos sentimientos tan odiosos y contrarios a la naturaleza humana...

Durante aquellos tres días finales, la situación en Londres había adquirido, esgún el lenguaje pericial, un carácter imponderable. Nada de trágico, nada de revueltas o tumultos, ni el menor incidente racial, ningún género de amenaza física o verbal. sencilla-

mente el alud sobre Londres, silencioso y ordenado, de trabajadores del Tercer Mundo, millares y millares acudiendo desde todos los rincones de Inglaterra a la llamada del «Non European Commonwealth Committee». Citemos un incidente ocurrido en la estación de Manchester para ejemplificar el extraño alelamiento de Inglaterra. Pero, ¿cabe denominarlo incidente cuando los testigos y protagonistas conservaron en todo momento una serenidad absoluta? Al menos no se percibió el menor rastro de cólera en sus rostros, ni se oyó ninguna palabra malsonante, ni se entrevieron gestos hostiles de una parte u otra. La noche de Pascua, unos treinta mil pakistaníes, bengalíes e indios apoyados por jamaicanos, guayaneses, nigerianos, etcétera, deseando unirse a la manifestación prevista para la mañana del lunes en Londres por el «Non European Commonwealth Committee», invadieron la estación de Manchester. Esa marea negra inundó los andenes y el vestíbulo, formaron filas interminables ante las ventanillas, pues nadie —singular detalle— se propuso viajar sin billete. Este pormenor y algunos otros no gobernados por el azar sellaron la suerte de Inglaterra, pues ¿quién se opondría en el país del *habeas corpus* y de los *bobbies* desarmados al desplazamiento de viajeros que compren sumisamente su billete? Se vio que los blancos abandonaban uno tras otro la estación sin pronunciar palabra porque, sin duda, reconocerían la imposibilidad de abordar aquellos trenes. Quienes se obstinaron en hacer cola —patos blancos entre polladas negras— fueron objeto de la máxima cortesía. Se respetó su lugar en la fila, nadie intentó aprovechar la superioridad numérica para apartarlos de las ventanillas, pero casi todos ellos experimentaron inmediatamente una sensación de ahogo aunque reconocieran de buena fe la intachable conducta de sus retintos y apiñados vecinos. Quizás el olor algo acre e insólito incomodara a algunos, pero pensemos que al transformarse de súbito en minoría racial, ellos preferirían ceder graciosamente el paso para evitar complicaciones. Falta de experiencia... Ese mismo repliegue voluntario se hizo patente en la ocupación de los trenes. Habiendo doce pasajeros por departamento, dos blancos y diez negros, los primeros desistieron inmediatamente de viajar aquel día. Muchos descendieron a la vía opuesta, disculpándose por su retirada como si temieran herir los sentimientos de alguien o ser conceptuados cual unos racistas recalcitrantes incapaces de soportar a los compañeros negros. Un *gentleman* llegado con mucha anticipación, conservó apaciblemente su asiento mientras que en las otras siete plazas de su departamen-

to se amontonaban los negros, unos sentados sobre las rodillas de otros, pero todos procurando no perturbar su lectura del *Times*. Dos minutos antes de la salida, el *gentleman* se levantó, saludó, farfulló quién sabe qué y se esfumó en el andén. Pero nadie lo había molestado..., se marchó por iniciativa propia... En las estaciones de Liverpool y Birmingham, Cardiff y Sheffield, se asaltaron los trenes de modo idéntico; tanto fue así que, llegada la medianoche del domingo pascual, mientras se escuchaba al presidente de la República francesa, dos millones de extranjeros acampaban ya en las calles londineses, y, no obstante, esa masa humana hacía tanto ruido como una partida de cazadores bantúes entre los matorrales. Cuando más alta era la marea, el Gobierno británico trató de poner en práctica algunos contrafueros discretos: cortes de corriente en las líneas ferroviarias electrificadas, ausencias frecuentes de los maquinistas para atender a llamadas personales... Tiempo perdido, pues los «paks» representaban el cincuenta por ciento del personal técnico en los ferrocarriles británicos y muchos pertenecientes a los sindicatos ingleses, ya alertados, decidieron trabajar precisamente aquel día. Nadie averiguó jamás el porqué...

Durante aquellas horas, toda África se encaminó por las pistas de maleza y los senderos selváticos respondiendo a una consigna general: ¡Concentraos en el Limpopo! Al sur del río Limpopo está la República sudafricana, aborrecida desde remotas fechas, puñal clavado en la espalda de África, herida sangrante en su orgulloso corazón, eccema blanco sobre su tersa piel negra. Una antigua cuenta pendiente... Los políticos, los contubernios capitalistas y los mercaderes de armamento habían sabido arreglárselas para aplazarla una vez y otra. ¡Llora por última vez, tierra bienamada! ¡Aquí están tus hermanos y hermanas y los hijos de tus hermanos! ¡El África noble y secular los ha hecho salir de sus entrañas para que te aporten libertad con sus manos desnudas y desarmadas! Según cálculos aproximativos, acudieron cuatro millones de personas, agrupadas por tribus y naciones, a la margen norte del Limpopo, en Rhodesia, penúltima tumba de la raza blanca en África. Algunas delegaciones, procedentes de las comarcas más distantes, ofrecieron un refuerzo simbólico. No obstante, todos estuvieron presentes allí: argelinos, libaneses y etíopes, sudaneses y congoleños, tanzanianos y namibianos, ganeses y somalíes esperando que la noche de Pascua eliminara un mundo agotado e hiciera salir el sol sobre un África liberada de su vergüenza. Al tam-tam del Limpopo respondieron allen-

de la corriente, los viñedos, el campo, las minas y los rascacielos del blanco, otros tam-tam cautivos en las ciudades-prisiones, donde nadie durmió aquella noche y todos se acuclillaron disciplinadamente en la frontera obligada de los ghettos haciendo frente al Ejército blanco que, por primera vez, empezó a bajar la vista...

El Ejército australiano no necesitó enfrentarse con nadie, pues la mar desierta protegía todo el contorno del continente insular. Pero todos columbraron ya la amenaza: una flota pacífica formada en Yakarta esperando el alba para levar anclas y poner rumbo hacia el paraíso blanco.

Aquella noche, Marcel y Josiane descubrieron la verdad —y no fueron los únicos— en aquellos grandes ojos ansiosos, cargados de esperanza, acechando el rellano ante aquellas puertas que deberían abrirse finalmente y dar paso a un apartamento demasiado espacioso para dos, mientras se desmoronaban, al son de la justicia, las carcomidas murallas de Jericó.

XXXVI

Clément Dio miró su reloj por centésima vez. Marcaba las doce menos diez. Hacía cinco horas que habían concluido los cánticos de los últimos borrachos en pie, acompañados frecuentemente por los golpes sordos de cuerpos abatidos por la embriaguez alcohólica. Uno de aquellos animales parecía tener más resistencia que los demás, pues, hacia las diez de la noche, Iris Nan-Chan lanzaba todavía débiles gemidos. Al principio había gritado furiosa apenas encerraron a *Dio* en aquellos lavabos del tercer piso donde había pasado ya cuarenta horas en un estado de postración, casi se diría de alelamiento. Luego ella había aullado, pero sus aullidos no podían sobreponerse a las risotadas de quienes la rodeaban abajo en el bar del hotel. Después había suplicado, y algunos retazos de sus imploraciones llegaban a oídos de *Clément Dio* cuando se interrumpía por unos instantes el espantoso coro de voces ebrias. Y, por último, Iris había reído, pues probablemente la hicieron beber, y esa risa desnaturalizada había golpeado en pleno corazón a *Dio*, dejándolo casi inanimado sobre el suelo frío de los lavabos, con ojos secos de

tanto llorar. Durante las últimas horas de pesadilla, esas risas se habían extinguido paulatinamente para dar paso a los gemidos que *Dio* percibía con toda claridad, pues el estruendo había amainado tal como una tormenta colmada con el exceso de sus arrebatos. Aquel silencio sepulcral sólo había sido perturbado a las once por una columna motorizada lanzada carretera abajo hacia el mar, sin duda el comando de Marina estacionado en el desfiladero de la Faye que marchaba a ocupar sus posiciones. *Dio* oyó pasos en la escalera, luego en el pasillo conducente a su prisión...

Sin embargo, todo comenzó bien, pese a las sarcásticas advertencias del capitán de los comandos de Marina. Desde luego, se dio el alto a su coche ante el «Hotel Préjoly», de Saint-Vallier, sin duda porque era rojo, deslumbrante y cromado, porque era un verdadero erizo de faros y antenas, tapizado de cuero, un objeto de lujo que los desventurados presidiarios, privados durante tanto tiempo de todo contacto refinado, podían palpar a placer. *Dio* se presentó. Algunos lo conocían. Sus fulgurantes campañas para promover la humanización de las prisiones le habían dado celebridad en el universo carcelario. Se recordaba todavía el editorial que había hecho tambalearse al régimen penitenciario: «Los delincuentes comunes son, a nuestro juicio, presos políticos, víctimas de un sistema social que, después de haberlos producido, se niega a reeducarlos contentándose con envilecerlos y arrinconarlos. Ninguno de nosotros puede estar seguro de poder eludir la prisión. Hoy menos que nunca, porque la cuadrícula policial circunscribe cada vez más nuestra vida cotidiana. Se nos dice que las cárceles están superpobladas. Pero, ¿no serán los propios ciudadanos quienes se hallen prisioneros?» Allí se le aclamó, se le invitó a beber unas copas a la salud de la libertad. Él y su mujer accedieron de buen grado; la experiencia les divirtió. Algunos habían bebido ya demasiado, particularmente los árabes y los negros, el bar estaba sucísimo, cubierto de botellas y vasos rotos, pero todo ello en un ambiente placentero, algo así como si se celebrara el 14 de julio un auténtico asalto de la Bastilla.

—Por cierto —preguntó *Dio* enarbolando un vaso de ron—, ¿cómo han ocupado ustedes su Bastilla desde el interior?

Le explicaron la historia. Motivo y motor: la flota del Ganges. Los detenidos dialogaban mucho entre sí en el hogar de la prisión, no se les escapaba ni una noticia, ni una línea del periódico. Sobre un mapamundi hincaban cada día una nueva banderola. El

capellán se reunía frecuentemente con ellos dando tono al debate como se lo exigía su papel. Él veía ahí una especie de símbolo, un mesías de mil cabezas. Era una imagen simple, muy adecuada para conmover a los reclusos hipersensibles, quienes la habían adoptado al punto. El clima se había hecho casi religioso de forma tan insólita que los matones, dominados por una especie de temor supersticioso, se recluían, realizando como sombras el servicio mínimo diario de la prisión. Todo había sobrevenido con suma simplicidad. En la víspera del viernes santo, cuando los guardianes pernoctaban en sus alojamientos para respetar el sueño y la dignidad de los presos, el propio capellán abrió las puertas del presidio proclamando que Cristo había muerto por todos y, principalmente, por los ladrones...

—¡Él nos había prometido hacerlo, aunque no le dábamos mucho crédito! ¡Dios sabe dónde estará ahora! Quiero decirle una cosa: si el Ganges desembarca, que se le deje entrar: ¡Ese día no habrá ni una sola puerta de presidio cerrada...!

Luego se charló sobre todos los temas imaginables. La sociedad, que es nauseabunda, los burgueses, que están podridos de dinero, los obreros embrutecidos ante sus máquinas. Con ayuda del alcohol se excitaron los ánimo, pero tal excitación parecía perdonable en aquellos hombres devueltos a la vida.

—Yo —explicó un joven— planteé mi porvenir con una ecuación: cuarenta años penando como un condenado sobre una máquina o tres minutos de peligro para dar un gran golpe y llevarme el paquete. Me arriesgué, perdí y me metieron en chirona: ¿no es nauseabunda la sociedad?

Una hora más tarde ese mismo muchacho, borracho perdido, exclamó con aviesa expresión:

—¡Bueno, ya está bien! ¡Aquí se lía uno! ¡Se acabó el blablablá! ¿Y si nos divirtiéramos un rato? ¿Qué os parece, compinches? ¡Divirtámonos de verdad! Primero bailaremos, ¿eh, preciosa?

No hubo tiempo de emprender la retirada. Los presidiarios se disputaron a Iris Nan-Chan, arrebatándosela unos a otros de los brazos con tanta brutalidad que su vestido quedó hecho jirones. *Dio* intentó abrirse paso hasta su mujer entre los enloquecidos truhanes.

—Para comenzar —le dijo alguien—, tú eres un burgués podrido de dinero. ¡Ya habéis visto el vehículo de esta basura! ¿Suponéis que él nos defendía? ¡Ni mucho menos! Aumentaba su tirada y ganaba montañas de pasta a costa nuestra. Hoy nos compensará. Vamos a la *suite*, Madame, ¿le parece?

Algunos presidiarios se interpusieron. Siguió una breve escaramuza de la que salieron maltrechos los «recuperables». ¡Tal vez fuera la inferioridad numérica! *Clément Dio* fue conducido a patadas hasta los lavabos del tercer piso...

Los pasos se detuvieron ante la puerta. *Dio* oyó girar la llave. Aunque el hombre pareciera todavía ebrio había recobrado el juicio.

—Puede salir —dijo con tono mohíno, dubitativo—. La fiesta ha terminado. —Tras unos instantes de reflexión agregó—: Creo que merece nuestras disculpas... Nosotros, ex presidiarios, no deberíamos haberle encerrado. Pero, compréndanos: cuando la rueda empieza a girar es imposible detenerla..., ¡ejem...!, su mujer está abajo. Creo que nos hemos excedido al principio. Pero, tranquilícese, no se le han causado daños irreparables. Ahora está durmiendo. Se le hizo tomar un buen trago y entonces todo marchó mucho mejor. ¡Ejem...! Yo no la he tocado... ¡Salud!

El hotel apestaba a vino, tabaco y vomitonas frías. Casi todas las cristaleras estaban hechas añicos, probablemente habían lanzado botellas contra ellas. En los dormitorios roncaban los reclusos derrumbados sobre las colchas.

En los rellanos *Dio* pasó por encima de durmientes fulminados. Se oyó una radio transmitiendo un concierto que el último borracho válido no había podido apagar siquiera antes de desplomarse. *Dio* encontró a su mujer donde la había dejado: en el bar. Estaba durmiendo desnuda sobre una banqueta. Alguien había vomitado sobre su pecho, pero otro habíale cubierto la parte inferior del cuerpo con un mantel blanco. Dormía profundamente como si hubiera ingerido todo un tubo de barbitúricos... Y fue exactamente lo que había hecho. El tubo estaba a sus pies, vacío.

De repente se interrumpió el concierto. En los estudios no se estaba de humor para cuidadosas transiciones. Una voz dijo:

—Escuchen ahora la alocución del presidente de la República...

Así fue como *Clément Dio* escuchó, en la noche de Pascua, aquel discurso que esperaba con tanta ansiedad el mundo entero.

XXXVII

Medianoche. El Presidente iba a hablar. Sería preciso detener por unos momentos el curso de la vida, transformar el movimiento en imágenes estáticas para abarcar la panorámica mundial y captar instantáneamente a todos los actores del drama en la hora de la verdad. ¡Tarea impracticable! El orbe entero estaba a la escucha, todos los relevadores microfónicos y satélites bloqueados en las ondas francesas. Si acaso, hubiéramos podido localizar a algunos compañeros de epopeya utilizando unos cuantos proyectores que escudriñaran acá y acullá las nubes, los techos, la noche. ¡Epopeya...! Hemos buscado otro vocablo más propio sin encontrarlo. ¿Existen epopeyas en sentido contrario, a la inversa, epopeyas del «quien pierda ganará», las «antiepopeyas»?

Por ejemplo, Albert Durfort. Había detenido su coche en la cuneta, un lugar desconocido en las inmediaciones de Gex, pues, la emoción le impedía conducir y escuchar a un tiempo por aquellas curvas heladas y resbaladizas del monte La Faucille. Había elegido ese dificultoso itinerario por estimar que cuando se emprendía la ruta del oro era preferible seguir los rodeos poco frecuentados. La joven de Martinica, amodorrada con el viaje, le preguntó por enésima vez si faltaba mucho para Suiza, pues estaba deseando tomar una ducha y meterse cómodamente en la cama con su «pequeño» Albert. Durfort refunfuñó:

—Déjame en paz, ¿quieres? Esa parada sería su perdición.

Más tarde lo desvalijaría una de esas grandes bandas que se habían posesionado de la noche y no tenían campamento fijo. Su cuerpo, cosido a puñaladas, terminaría en una fosa, y la bonita mulata de melena cuidadosamente alisada sería presa del salvajismo sexual al que se entregaron unos hombres enfrentados por fin con la sociedad.

El narrador de este drama siente sin duda tanta consternación como el lector ante ese maniqueísmo sumario a que recurre el destino para distribuir la muerte. ¿Sumario? Bueno, no tanto. Quien reflexione a fondo advertirá que se ejerce ese maniqueísmo con doble efecto. Los Buenos se enfrentan con los Malos,

quienes se hacen «Buenos» a su vez para enfrentarse con los Buenos transformados en «Malos». Para sustentar tal razonamiento dirijamos el proyector hacia otros personajes: Élise, francesa arabizada, y Pierre Senconac. Éste se había recluido en los estudios de Est-Radio. Tan pronto como concluyera el Presidente, debería improvisar un comentario. Sabía que debería predicar la violencia, pero ignoraba cuáles serían las bases en las que necesitaría apoyarse porque desconocía el contenido del discurso presidencial. Esta vela de armas resultaría irrisoria si adelantáramos veinte minutos el reloj del tiempo. Pues Élise, mientras escuchaba la voz bronca de Senconac en la cocina del cadí tuerto, sabía que estaban expirando los tiempos del desprecio y que una sangre purificadora borraría los últimos vestigos. Sin pensarlo más, subió a su coche y salió disparada hacia los estudios de Est-Radio, prácticamente desiertos, metiéndose la navaja barbera del cadí entre el muslo derecho y la media. Senconac no hablaría nunca más..., voz y gaznate cercenados a mitad de una frase mientras huían los escasos técnicos de sonido que habían permanecido en sus puestos. Maniqueísmo de doble efecto. Pero, como ese singular ajuste de cuentas sólo concernió en su totalidad a un número muy reducido de individuos comparado con la magnitud del conflicto, será preciso presuponer una vez más que aparte el maniqueísmo selecto cualesquiera sean sus interpretaciones, la historia del mundo blanco fue tan sólo un asunto concerniente a millones de borregos. Ésta es, sin duda, la explicación.

Sobre el litoral, dando frente a la flota, el coronel Dragasès había cesado de enhornar cadáveres negros en el vientre de las fogatas. Había llegado el momento de oponerse a los vivos. Sentado en el parque de una villa abandonada, sobre la balaustrada que dominaba el mar a pocos metros de la orilla, contemplaba los barcos embarrancados en la noche, siluetas recortadas de un escenario poblado con sombras.

—Escuchen ahora la alocución del presidente de la República...

Desde el anochecer, Dragasès había contado, hora tras hora, sus tropas desplegadas en ese frente extraño que se extendía una veintena de kilómetros. Mediante la centralita radiotelefónica de la villa, sus oficiales intentaron comunicarse repetidas veces con tal o cual batallón cuyo receptor no respondía. Aunque aquellas unidades vivían aún hacia el crepúsculo tras una jornada de confrontación a pleno sol con aquel millón de infelices cuya única ocupación era la

de entonar su adormecedora melopea, en aquel momento habían muerto bajo las estrellas, como fantasmas condenados de antemano por un crimen no cometido, huyendo a través de jardines y pinares como si temiesen que un nuevo día los sorprendiera en el teatro de su crimen frustrado. Poco antes de medianoche, el secretario de Estado, Perret, abandonó la Prefectura y al alicaído prefecto para reunirse con el coronel. También estaba allí el capitán de fragata De Poudis. Les quedaban aproximadamente diez mil hombres. Tras las líneas merodeaba la banda de *Panama Ranger*, engrosada con elementos muy dispares recogidos en el camino. En diferentes puntos del impalpable campo de batalla y en los confines de la abandonada región se entablaron combates oscuros, silenciosos, combates de palabras ahogadas, llamamientos en voz baja cuyo resultado era casi siempre positivo: llamamientos a la deserción. En las villas saqueadas del interior, *Panama Ranger* acogía a los desertores. Se oía música y jubilosos gritos juveniles. Las sirenas tenían voz de electrófono y un aliento perfumado con el mejor whisky escocés del burgués. El coronel no podía hacer nada contra eso. Sin embargo, *Panama Ranger* deploró la pérdida de cinco hombres, fusilados sin juicio sumario apenas abrieron la boca, pues algunas unidades rechazaban torvamente todo diálogo. Sobre todo un comando de Marina, incorporado con mucho retraso, que se había abierto paso entre las mesnadas pacíficas de *Panama Ranger*. Su capitán opinaba que toda regeneración debía comenzar con una buena guerra civil y que si el asunto parecía frustrarse por anticipado, razón de más para mantenerse firme. En una guerra civil se sabe, por lo menos, a quién se mata y por qué. Ello satisfacía plenamente al capitán del comando.

Remontando la autopista del Sur, el macareo había hecho alto para tomar aliento en el centro mórbido de Francia. Desde Valence a Mâcon, todos los hoteles estaban repletos y con ellos las escuelas, los cobertizos de granjas e institutos, comedores de restaurante, cinematógrafos, Ayuntamientos y centros culturales. Abrumado por el éxodo, cada prefecto había hecho un llamamiento a la solidaridad de sus administrados. Acoger de palabra a los inmigrantes del Ganges estaba muy bien, pero acoger de hecho a quienes huían de ellos..., ¡eso no estaba previsto! La población autóctona se multiplicaba, lo cual implicaba la multiplicación de los precios. Todo cuanto se comía tenía un valor decuplicado. Un baño costaba doscientos francos, un biberón para lactantes destetados, cien francos. El litro de gasolina se

equiparaba con el litro de «Beaujolais-village», el cual era ya inasequible en las tabernas, a menos que mediaran unas súplicas de nuevo uso, comparadas con las cuales el proceder abyecto del toxicómano desabastecido era una broma ridícula. Los ciempiés del mercado negro, que dormían hasta entonces sobre sus olvidados estercoleros, empezaron a bullir y se inflaron con la celeridad de una rana voraz. En suma, era la explotación del hombre por el hombre, la auténtica, la genuina, entre iguales, todos de raza blanca, y entonces uno comprendía que cuanto se había dicho precedentemente respecto a ese dominio eran palabras vanas en este hermoso país occidental donde se había explicado con frecuencia y en muy diversos tonos lo que significaba explotación. Esta vez se había comprendido. El explotado no chistó. El prefecto requisó las panaderías. ¡Poco importaba! ¡Habían retornado los buenos tiempos! No se servía en el mostrador, ¡pero si usted quería entrar discretamente en la trastienda...! Francia se había encontado a sí misma. E incluso había encontrado su Policía. O mejor dicho, la necesidad urgente de emplear su Policía. ¡Santo cólico, en la graciosa tradición del miedo más abyecto! A lo largo de la carretera muchos se dejaban desollar. Unos habían perdido a su hija... «¡secuestrada, señor brigada, déjeme lamérle las botas!», otros a su joven esposa, cuya adquisición estaba incluso pendiente de pago todavía..., «¡secuestrada, señor brigada, déjeme lamerle el culo!», secuestrada como en un «fllme porno» de venta libre en las «sex-shops», secuestrada por bandas de machos terríficos y gallardos como los ángeles negros de la pantalla, y «¡además, robo a mano armada de la cartera con todos los documentos, señor ayudante, déjeme besarle arrepentido esas dos manos peludas!» Se invadieron los cuartelillos de guardia móvil, las gendarmerías y comisarías. «¡El país no está seguro, señor agente, yo me humillo agradecido ante la inteligencia, la fuerza y la abnegación, e imploro el derecho de asilo! ¡Si quiere un cigarro tómelo, son excelentes!» Las susodichas conejeras policiales se les antojaban a los pobres hombres expoliados como aquellos monasterios inviolables de la lejana Edad Media. ¡La antiepopeya, señoras y señores! Antaño se buscaba refugio en las iglesias mientras las mesnadas del malvado señor feudal se estrellaban contra los altos muros cual una ola al romper en la escollera. Hoy son las mesnadas quienes velan tras las almenas de los asilos mientras, en el exterior, los curas y todos los santones de la última hornada aúllan a la muerte como una jauría de lobos. Pero los hombres de armas han cam-

biado lo suyo. Su competencia está en bancarrota. Y cuando llegan momentos tan inquietantes como éstos es imposible reconstituir una Policía con un simple toque de varita mágica tomando como base las perniquebradas marionetas. Guignol había triunfado. Los pequeños aplaudían a rabiar, pero si se dejaban robar los chupetes después de la representación, ¡lo tenían bien merecido, vive Dios! No se puede aplaudir y gimotear alternativamente. No se puede implorar después de haber mostrado desdén. «Nadie puede impedirles la entrada», dicen las puertas de sus lúgubres iglesias cuya función ha experimentado también un gran cambio. «Pero no confíen demasiado en nosotros. ¡Eso deberían haberlo pensado antes!» La venganza se come fría, y los policías la degustan extasiados mientras una vil satisfacción hace temblar sus morros. Algunos escupen a los pies de los infelices perseguidos. ¡Edificante diálogo! «¡Le lamo las botas, señor brigada!» «¡Y yo le escupo en la jeta!» ¡Puf! A medianoche, la pausa. Todo el mundo escucha, «polis» y borregos, esquiladores y esquilados.

Por el contrario, en los grandes estudios de la RTZ todo era festivo. Boris Vilsberg aguardaba ante su micro, muy bien escoltado. Incluso demasiado escoltado, o, al menos, así debía pensarlo él a juzgar por su leve expresión de inquietud. Rosemond Réal le había dejado en la estacada. Había llegado con quince minutos de anticipación, pero apenas percibió la sórdida anarquía del estudio (—¿Me permiten pasar? —preguntó a tres tipos hirsutos repantigados sobre unas sillas en medio del pasillo—. ¡Salta! ¡Salta! —le replicaron los sandungueros individuos. Y añaden sin moverse—: ¡Vamos! ¿Acaso temes pescar una ladilla? —Ella no había pensado nunca que una cosa es hablar de progresismo al pueblo llano manteniendo un límite de distancia por lo menos, y otra muy distinta experimentar las consecuencias con esa apretada contigüidad...) se reunió con su chófer y le dijo algo agitada: «A la Embajada de los Estados Unidos.» El embajador es amigo suyo, y allí los centinelas no dejan entrar a cualquiera. En la casa de un mundano descarriado existe un umbral a partir del cual predomina el espíritu de casta, ¿no es así, Monsieur La Fayette? Sin embargo, otros más valerosos se habían abierto camino, una senda maloliente entre las turbas del estudio. El padre Agnellu, sobre todo todavía trémulo, después de haber bebido las palabras pontificales, y deseando ansiosamente comentarlas. Muy elegante, como de costumbre, cabello plateado con suaves ondas en las sienes, traje de alpaca negra propio para una *première* en el

«Olympia», y camisa de chorreras. ¡Él sí sabía escabullirse! Se escurrió como un anguila enjugándose discretamente la frente con un pañuelillo de encaje. Pues, en verdad, hacía un calor infernal. El gran estudio, proyectado para acoger doscientas personas, contenía quinientas por lo menos, pero como muchas esperaban tumbadas la medianoche, se vieron más cuerpos que rostros. Ya no había ni restos del bufet montado al fondo del recinto, una tradición que caracterizaba las grandes noches de la RTZ. Se habían bebido y comido hasta las últimas gotas y migas. Un gigantesco negro, muy bien vestido, sacudió al desdichado camarero como si esperara ver caer algunas botellas ocultas.

—¿Qué opina de todo esto? —preguntó el padre Agnellu, quien había conseguido acercarse a Boris Vilsberg.

—Nada bueno —contestó el otro en voz baja—. Apenas concluya el discurso presidencial se apoderarán del micro y no nos dejarán decir palabra. El director ha previsto el corte de la antena, pero yo le he suplicado que se abstenga... ¡pues, de lo contrario, no saldremos enteros de aquí! El papel de Kerensky no satisfacía ya a su hombre en el imperio de los grandes medios informativos. Unas cuantas réplicas y... ¡puf!, ¡todo terminado!

Entre los trabajadores africanos del servicio sanitario parisiense, en el fondo de inmundos sótanos donde los habían hacinado por millares los hombres de la ilustración, se entabló por décima vez el mismo diálogo, salmodiado, casi cantado. ¿Refrán popular o programa? Imposible saberlo.

—Y si ellos desembarcan sin impedimentos —inquirió el «decano»—, ¿saldréis de vuestras ratoneras?

—¿Acaso es numeroso el pueblo de las ratas? —entonó otro.

—El pueblo de las ratas —clamó el sacerdote barrendero— se contará a la luz del cielo cual un inmenso bosque surgido de golpe en la noche. ¡Zimbawé!

—¡Zimbawé! —corearon mil voces ciegas...

Con cierres metálicos echados y luces tamizadas, el cadí tuerto, aferrado al teléfono de una tasca árabe, la «Goutte-d'Or», repetía sin cesar sus órdenes:

—Contentaos con lo imprescindible. Aprended a compartirlo con quienes os lo han negado todo. Mostraos fraterna'es y recordad esto: el tiempo de las armas ha quedado atrás. ¡Por Alá que os serán innecesarias si el discurso del presidente no despierta a este país muerto! Un poco más de paciencia, hermanos míos...

El presidente de la República francesa presidía

cien Gobiernos a la vez, que habían permanecido agrupados ante los receptores de radio durante veinticuatro horas ininterrumpidamente. En Roma, el Papa se arrodilló ante un Cristo brasileño cuyo parecido con «São Che» era notable, mientras que en París el arzobispo de los menesterosos se retorcía sobre su taburete de madera. El coronel Zackarov consultó el reloj y sacudió a su general, quien se había dormido sobre el escritorio entre dos botellas de vodka.

—¡Qué ojos tan verdes tienes, querida! —murmuró Norman Haller tras las brumas del alcohol.

El ministro Jean Orelle jugueteaba con un viejo revólver, al que miraba fascinado; era un modelo «1937», artesanía soviética. ¡Dios sabe cuántas veces se habría encasquillado durante la guerra de España!

Josiane irguió la cabeza y repitió mientras contaba otra vez sus muebles:

—Eso no cabrá jamás en las dos habitaciones de los árabes del quinto...

Por los lindes marítimos del macizo de Esterel, Luc Notaras, fugitivo, marchaba sin rumbo en busca del Ejército francés. Pero, entre todos los rayos luminosos que escrutaban esta noche histórica desde el domingo de Pascua al lunes, el más extraño seguía siendo, indiscutiblemente, la pincelada de luz para alumbrar a Monsieur Hamadura, mientras cargaba su automóvil para emprender la ruta del Midi. El acero brillaba bajo la luna, pues Monsieur Hamadura estaba colocando cuatro verdaderas maravillas en el portaequipajes acolchado con mantas, cuatro carabinas telescópicas, recuerdo de lejanos tiempos, cuando él cazaba tigres y elefantes indios. A Monsieur Hamadura le importaba un bledo ese discurso tan esperado. No sería él quien lo escuchara. Sus dientes, de blancura doble en el negruzco rostro, se separaba para esbozar una sonrisa. Se diría que Monsieur Hamadura sentía gran felicidad. Se disponía a partir para su última cacería...

Mientras tanto, el viejo Monsieur Calguès contemplaba su vaso vacío y, tras breve reflexión, lo llenó otra vez sin precipitarse. Súbitamente se interrumpió el concierto de Mozart. Siguió una pausa corta, el instante de gracia, cuando la perfección lanzó destellos cual una estrella fugaz: la terraza barrida por una brisa fresca e incipiente, la admirable campiña perfilándose bajo la luna, el jardín saturado con los efluvios del pinar, el campanario distinguible desde la terraza, concertando allá muy alto con el cielo una especie de convenio eterno y, por fin, Dios, a poca distancia, posando una mano protectora, afectuosa, sobre el hombro del anciano caballero.

Mientras se extinguía la estrella fugaz, resonó una voz que decía:

—Escuchen ahora el discurso del presidente de la República.

XXXVIII

—Franceses, francesas, mis queridos compatriotas...

Voz tranquila, bien timbrada, poderosa y enérgica a un tiempo. Resultaba claro que el Presidente no estaba improvisando, que tras largas y penosas meditaciones había sopesado sus palabras antes de escribirlas, descartando la intervención de tal o cual corrector. Entre los ancianos que le escuchaban, muchos recordaron aquellos años distantes y sombríos, desde 1939 hasta 1945, cuando los jefes de Estado se dirigían a sus pueblos ofreciéndoles suficientes argumentos para cavilar. Y, aunque los de menor edad no hubieran oído jamás nada parecido, muchos descubrieron el vacío en torno suyo, que ellos habían tomado por el movimiento de la vida, encubierto con los aderezos del curso histórico. ¡Contrición perfecta pero inútil! Ahora bien, si Dios, dispensador de la resurrección y la vida eterna, hace resucitar también a los blancos donde les corresponda el día del Juicio Final, tal vez no se haya perdido todo...

—... Dentro de cinco horas, cuando amanezca este lunes de Pascua, nuestro país sabrá si ha perdido o conservado su integridad, esa integridad mantenida durante mil años largos. En semejantes circunstancias nos cabe el terrible honor de servir como prueba, ejemplo y símbolo, pues otras naciones occidentales, amenazadas simultáneamente por fenómenos de idéntica naturaleza, consideran con tanta incertidumbre como nosotros la oposición. Dentro de cinco horas, un millón de inmigrantes ajenos a nuestra raza y lengua, a nuestras tradiciones, religión y cultura, hollarán pacíficamente nuestro país. Casi todos ellos son mujeres, niños, campesinos sin trabajo ni recursos, abatidos por el hambre, la miseria y el infortunio, excedentes dramáticos y siempre crecientes de una superpoblación desmesurada, azote de este siglo nuestro que toca a su fin. Su destino es trágico evidentemente, pero el nuestro no lo es menos como consecuencia lógica. Si la naturaleza humana fuera

diferente, podríamos haberla modificado mediante ese juego de ideas innovadoras al cual nos hemos sometido verbalmente hace mucho tiempo y, entonces, quizás hubiésemos podido acoger al Tercer Mundo comenzando por una generosa recepción de sus avanzadillas para fundirnos todos en esa sociedad original concordante con el porvenir de un mundo superpoblado. Ahora bien, es preciso reconocer sinceramente que nuestro país ha reaccionado con repulsión en última instancia desencadenando ese terror cuyo origen ha sido siempre, desde fechas remotas, el enfrentamiento de las razas. Aparte algunos grupos de idealistas y elementos antisociales, fanáticos e irresponsables, el sur de nuestro país ha quedado desierto. Una de nuestras provincias más ricas ha quedado yerma por la voluntad de sus propios habitantes, quienes han preferido abandonar todo antes que compartirlo y convivir con los recién llegados. Esto no es una novedad, pues conocemos otros ejemplos del pretérito que nuestras conciencias no han querido recordar..., lo cual quizá las honre. Sin embargo, ahí reside lo esencial, y yo, como Presidente vuestro, elegido por la nación, debo tenerlo presente. Sé también que muchos entre vosotros creen en la imposibilidad humana de oponerse por la fuerza a unos seres famélicos, agotados e inofensivos. Aunque yo los comprenda perfectamente debo declarar sin ambages que el apocamiento ante los débiles es una de las manifestaciones más activas, sutiles y mortíferas del apocamiento. Siendo así, cada cual ha buscado refugio esperando que el Ejército no tenga semejantes escrúpulos, aunque sin confiar mucho, pues todo el mundo está huyendo. Efectivamente, desde los comienzos del éxodo, he ordenado al Ejército que tome posiciones sobre la costa, lo cual nos permitirá rechazar la invasión y aniquilar al invasor si así lo deseamos. Pero ello implica, evidentemente, una condición exclusiva: el matar con remordimientos o sin ellos a un millón de infelices. En las guerras precedentes se generalizaron estos crímenes, pero las conciencias de aquellas épocas no habían aprendido todavía a dudar. Entonces la supervivencia justificaba la matanza. Por lo pronto, aquellas guerras se libraban entre grupos opulentos. Hoy, si cometemos el mismo crimen cuando nos ataquen gentes pobres, cuya única arma es la pobreza, sabed que nadie nos absolverá y que, una vez preservada nuestra integridad, quedaremos marcados para la eternidad. Eso lo saben muy bien las fuerzas ocultas empeñadas en destruir nuestra sociedad occidental que se aprestan a seguir la estela del invasor escudándose con el cómodo broquel de nuestras inquietas conciencias.

¡Franceses, francesas, mis queridos compatriotas, he ordenado a nuestro Ejército nacional que rechace con las armas el desembarco de la flota inmigrante! Desde esta tribuna niego solemnemente a esa flota su última oportunidad para conservar la vuestra. Se trata de una misión...

De pronto, la voz se quebró. Durante treinta segundos largos la frase interrumpida fluctuó en las ondas, sólo se oyó a través de esa eternidad silenciosa la respiración jadeante del Presidente. Cuando éste reanudó el discurso, lo hizo con una voz mucho más débil y pausada, como si le costase gran trabajo hablar, trastornado, dubitativo, vencido por la emoción. Esta vez resultó evidente que el magistrado supremo estaba improvisando. Más tarde, los historiadores encontraron el texto mecanografiado del discurso en los archivos de la Radio y, comparándolo con las palabras pronunciadas, llegaron a una conclusión unánime: en el último momento, la voluntad del Presidente se resquebrajó tal como se hundiría un cantil socavado. Espantándose ante las palabras escritas de puño y letra, profundamente apenado al pensar en las posibles consecuencias inmediatas, el Presidente renunció a hablar con el corazón y la conciencia tras aquellos treinta segundos finales de reflexión. Durante los treinta segundos, el mundo se paralizó también, sólo se le oyó respirar. Y, transcurrido ese plazo, cada palabra fue trascendental, un puñado de tierra lanzado a la fosa, sobre un féretro..., cual un adiós definitivo.

—... se trata de una misión atroz y, por tanto, pido con toda mi alma y conciencia a cada soldado, cada policía, cada oficial que la analice concienzudamente. Una vez lo haya hecho, tendrá plena libertad para aceptarla o rechazarla. Matar es difícil. Y averiguar el porqué, lo es más todavía. Yo conozco ese porqué, pero no aprieto el gatillo ni tengo la carne de un infeliz a pocos metros de mi arma. Queridos compatriotas, sea cual fuere el desenlace, que Dios nos guarde... y nos perdone.

XXXIX

Aquel lunes de Pascua, el sol salió a las cinco horas veintisiete minutos. Entre la última palabra del presidente de la República (12,10 h.) y la aparición

de los primeros reflejos rosados sobre el mar, quedaron en suspenso por encima de la realidad occidental cinco horas y diecisiete minutos exactamente.

El discurso no fue seguido por *La Marsellesa*, contra la costumbre preservada extrañamente hasta entonces, pese al cómico anacronismo de tantos textos machacones pergeñados por los hijos enfermizos de la patria. Mientras escuchaba a Mozart, quien ocupaba con toda naturalidad el lugar debido a Rouget de Lisle, el coronel Dragasès se dijo que la temblorosa Francia demostraba al fin un poco de tacto y que, en su cobardía, se sentiría quizá menos despreciable. Cuando el hombre triunfa al fin sobre el concepto que tiene de sí mismo, aunque ello signifique tan sólo un pálido reflejo histórico de sombras casi eclipsadas rondando todavía los confines de su memoria, basta con hacerle oír los tañidos fúnebres. Aquella noche fueron dos quienes llegaron a la misma conclusión.

Primero el ministro Jean Orelle, en París, lanzando el *Requiem* a las ondas mediante un simple telefonazo. Puesto que el Presidente parecía haber perdido toda voluntad en el último acto de su discurso, era preferible proclamar convenientemente lo inevitable. Durante su larga carrera, el ministro había presenciado demasiadas abjuraciones, había sido testigo de demasiadas derrotas presentadas a los pueblos como otras tantas victorias, de renunciamientos sublimes o resurreciones, todo ello sustentado con grandiosos himnos cuyo diluvio verbal bastaba para lavar la deshonra. Es mejor morir dignamente cuando se ha vivido demasiado y se han hojeado tantas páginas con mucha inteligencia, cierto, pero sin percibir que eran las últimas de una historia demasiado larga en la que surgiría bruscamente la palabra «fin» cuando uno la imaginaba muy distante todavía y aureolada con los conceptos de justicia, amor universal y perfección. Esa palabra «fin», cuya inopinada aparición asesta un golpe mortal en pleno corazón, sólo refleja odio.

«¡Sin duda la Humanidad ha errado el camino en algún lugar céntrico del laberinto! ¿No se habrán cerrado demasiadas puertas cuando se debería haberlas mantenido abiertas a toda costa, en lugar de tender trampas por todas partes y abrir fosos disimulados bajo los pies de personas ciegas? Y yo, Jean Orelle, ¿cuántas veces no habré contribuido a obstruir pasos angostos pero vitales? El mundo entero ha leído mis obras comentándolas con pasión, me ha escuchado, me ha consultado como si fuera un oráculo, cubriéndome de honores y respeto, ha bebido materialmente mis palabras y tomado ejemplo de mis

actos, transformando mi vida en una vía real, recta como la conciencia de un apóstol, hermosa cual una visión profética, mientras la Verdad camina con pies sangrantes y se pierde, despreciada por todos, entre los abrojos de un sendero tortuoso. ¿Cuántos portales ilusorios no habré contribuido a abrir de par en par? ¡Y aquí estamos! Debería haberme precavido. Sin embargo, yo lo sabía: la Verdad marcha siempre sola. Si la multitud ajusta su paso al suyo es porque se la ha traicionado. Yo, Jean Orelle, me equivoqué... ¡Réquiem! ¡Ojalá lo escuchen todos y que lo entienda quien pueda!»

El ministro examinó meticulosamente el revólver modelo «1937». Allí encontró las gestas ya olvidadas: defensa de Madrid (España), liberación de París (Francia), conquista de Chun-King (China), ataque contra Salisbury (Rhodesia), revuelta del ghetto de Atlanta (Estados Unidos). El viejo revólver no se encasquilló esta vez. Encontraron al ministro sentado ante su escritorio, el torso sobre la mesa; su cabeza descansando en un charco de sangre, con la boca abierta como si estuviera bebiendo esa sangre después de haberla escupido. Poco antes de morir, había escrito una extraña frase en un trozo de papel: «Siempre es mejor abrevar por cuenta propia...» Como había sido aficionado a esas fórmulas esotéricas, haciéndolas aún más complicadas al fin de su vida —lo cual parecía haberle procurado una especie de placer senil—, todo el mundo buscó tres pies al gato. Sus numerosos biógrafos se han roto la cabeza intentando descifrar ese jeroglífico póstumo. Uno se ha aproximado bastante al identificar la muerte con esa verdad en la que abrevamos solos al final. Pero nadie —que sepamos nosotros— lo relacionó con el himno nacional francés de la época. Aunque, a decir verdad, de entonces acá se ha inventado otro. Fue una cuestión de tiempo...

Respecto a Dragasès..., bueno, por lo pronto le gustaba muy poco Mozart. ¡De acuerdo con la intención implícita! ¡Pero es mucho más castrense el saludar ante la nada! El coronel espoleó a su Estado Mayor:

—¡Búsquenme algunos tambores y trompetas, si queda alguno, vive Dios!

Se prodigaron los telefonazos por todo el frente. Con tal motivo se comprobó que, apenas transcurridos cinco minutos desde la alocución presidencial, otros cinco batallones cuyos teléfonos mantenían absoluto silencio, se habían fundido con el campo de las sombras o incorporado a las bandas de *Panama Ranger*. El comando de Marina resolvió el problema. Cuatro sujetos atléticos, cuyas cruces colga-

das del cuello golpeaban los peludos pechos en la escotadura formada por la indumentaria de enmascaramiento, consiguieron llegar, con clarines y tambores en bandolera, hasta el cuartel general de la villa, atravesando playas, escalando escollos y respondiendo con airado desprecio a las ofensivas verbales emprendidas por los pacifistas de *Panama Ranger*, invisibles en la noche, pero perceptibles por todo el frente como gusanos y podredumbre cebándose con carne todavía viva.

—¿Conocen el toque de oración? —gruñó el coronel.

—¡La especialidad del comando, mi coronel! ¡Siempre cargamos a sus sones! ¡Mucho mejor que la charanga! ¡Chad! ¡Guayana! ¡Djibuti! ¡Madagascar! Ritmo imperial. Objetivo: el osario. Nuestro capitán le presenta sus respetos.

—Perfecto. Tocad eso, ¡pero sin soltar gallos!

Los instrumentistas se colocaron junto a los carros del 2.º Chamborant, alineados bajo la pinada en el parque de la villa. Dos tambores y dos clarines. Una banda mezquina pero que, en la quietud nocturna, hizo tanto ruido como todo un ejército. Toque de silencio pasada la medianoche, bajo la luna y entre iniciados.

—¡Teatralidad! ¡Verdaderamente desgarrador! —exclamó el secretario de Estado, Perret. Pero cualquiera hubiera podido percibir que estaba bromeando a medias. El coronel sonrió también mostrando toda la dentadura. ¡Retiro! Los aficionados auténticos a las tradiciones son aquellos que no las toman seriamente y se ríen de ellas cuando van al combate, pues saben que pueden morir por una cosa impalpable nacida de sus fantasmagorías, a medio camino entre el humorismo y la necedad. Tal vez esta interpretación adolezca de excesiva sutileza: la fantasmagoría encubre el pudor de un hombre bien nacido que no quiere hacer el ridículo combatiendo por una idea. Así, pues, él lo disimula con trompetazos ensordecedores, palabras hueras, realces inútiles, y se permite el lujo supremo de sacrificarse por el carnaval. Eso es lo que no ha comprendido jamás la Izquierda, y de ahí su irrisión rencorosa. Cuando ella escupe a la bandera, orina sobre la llama de lo tradicional, se burla al paso de los viejos *schnoques* tocados con boina, y gritan *woman's lib!* cuando salen las recién casadas vestidas de blanco —por citar sus acciones más elementales—, lo hacen con una seriedad impresionante. La auténtica Derecha no es seria. Por eso la aborrece la Izquierda, tal como un verdugo aborrecería al ajusticiado que se riera y burlara antes de morir. La Izquierda es un incendio

que devora y consume todo tétricamente. Pese a las apariencias, sus festejos son tan siniestros como un desfile de títeres en Nuremberg o Pekín. La Derecha es una llama inestable que danza alegremente, un fuego fatuo en el tenebroso bosque calcinado.

—¡Ya está bien! —exclamó el coronel—. ¡Regresen al comando y den las gracias de mi parte a su capitán! ¡En marcha! Comprueben de paso el estado de las alambradas y envíenme un parte cuando lleguen allá.

No bien concluida esa frase, *Panama Ranger* dio su respuesta al toque de oración. Cacofonía afiligranada, algo *snob* y sensacionalista en la que había un poco de todo: música *pop* electrofónica, *Balada de los mil años* a la guitarra, clamor de consignas trilladas como *Vive la quille!* o *Nini peau de chien,* o bien *Le morpion motocycliste,* todo ello combinado con detonaciones de motos, llamamientos sincopados de bocinas, gritos de chicas a quienes se hacía cosquillas y quienes repiraban de la misma forma, e incluso cánticos neolitúrgicos y plagios espirituales... Todo ello surgía de las villas circundantes donde se producían los diversos elementos sonoros constitutivos de la algarabía.

—No es muy agradable, ¿verdad? —preguntó el coronel Dragasès—. Me recuerda aquellas noches de año nuevo en Tarbes, donde estuve algún tiempo de guarnición. Mis húsares se encolerizaban hasta el punto de comerse casi sus quepis. Siempre me han reventado esas veladas y, por otra parte, me detestaba yo mismo por detestar a esas buenas gentes tan regocijadas. Basta con apretar un botón... y ¡zas, ahí está el resultado!

Y precisamente el resultado anonadó a todo el estado mayor de la villa con la amplitud de su volumen sonoro. Había transcurrido apenas media noche y el equilibrio de fuerzas se estaba desnivelando. ¡Habría quizá veinte mil o veinticinco mil tipos en el campo de *Panama Ranger*! ¿Y en el Ejército francés...? Se pasó lista, batallón por batallón: no más de seis mil, calculándolo con generosidad. Sin contar, claro está, con el tercer campo del Tercer Mundo: un millón aproximadamente de inmigrantes velando sobre las cubiertas de los barcos embarrancados y esperando el amanecer mientras un reflector de la D.C.A. instalado sobre la terraza de la villa los iluminaba a intervalos regulares, algo así como un biólogo echando repetidas ojeadas por el microscopio a un caldo de cultivo para comprobar si los microbios bullen todavía. Y contando también por hacer algo, con cincuenta y cinco millones de franceses atónitos, sometidos a los gases deletéreos del pensa-

miento contemporáneo, como si les dirigiera un escenógrafo que congelara una parte del escenario y petrificara a varios figurantes para subrayar exclusivamente la acción. Ahí residía, a nuestro entender, el único denominador común de esas tres fuerzas. Algo emparentado con el desprecio. ¿Será ésta, quizás, una explicación...?

—¡Estamos perdiendo mil hombres por hora! —observó el capitán de fragata De Poudis—. ¡Y sin hacer ni un disparo!

—¡Demontre! —exclamó el coronel—. Yo veo las cosas de otra forma. Si no calculo mal, teniendo en cuenta el ritmo de la hemorragia, que quedarán cuatrocientos cincuenta hombres a las cinco horas veintisiete minutos de la mañana. Más de lo que me esperaba. Si usted me da autorización, señor ministro —diciendo esto se volvió hacia el secretario de Estado, Perret; ambos parecían divertirse mucho jugando todavía, en aquellos difíciles momentos, a los ministros y coroneles—, echaré a la basura todos los artilugios que me ha suministrado usted..., balas de goma, autobombas, granadas lacrimógenas, redes emplomadas y demás triquiñuelas para los jovenzuelos del barrio latino. Cargaremos con granadas y obuses. Eso lo resolverá todo.

—Y desde ese instante —dijo el secretario de Estado— usted no mandará cuatrocientos cincuenta hombres, sino cincuenta... suponiendo que éstos no le disparen por la espalda para terminar antes.

—¡Bien!, entonces moriré como un brigada de tropas africanas, lo cual no está tan mal. Una bala en la espalda y jamás vengada... Todos los muertos te envidian... ¿Comenzamos ya? Opino que han vociferado ya lo suficiente. ¿Les hacemos callar?

—¡Buena idea, mi coronel! —aprobó el capitán de fragata—. ¡Están empezando a calentarme las orejas! Le secundo de buen grado.

—Pero, coronel —dijo el secretario de Estado, Perret—, al fin y al cabo, el enemigo asignado es el de enfrente, sobre los barcos, ¡no esa pandilla vociferante a sus espaldas!

—¡Ah! ¿Lo cree usted así? ¡Cómo se ve que no ha hecho nunca la guerra, señor ministro! El enemigo, el auténtico, se encuentra siempre detrás de las líneas, sobre sus espaldas, jamás delante ni dentro. Cualquier militar lo sabe. ¡Cuántos estrategas en todos los ejércitos de todos los tiempos no habrán sentido la tentación de dar la espalda al enemigo previsto para revolverse contra el de retaguardia y ajustarle las cuentas de una vez! Algunos lo han hecho. Incluso se ha visto otrora que dos ejércitos enfrentados cesaban bruscamente de enfrentarse como idio-

tas para arreglar sus propias cuentas, cada uno por su lado. Entonces yo no había nacido todavía. ¡Lástima! El enemigo..., quiero decir el enemigo del soldado combatiente, es muy raras veces el que se supone.

—¿Y cuando no queda ni un soldado?

—Bueno..., ¡entonces no hay guerra digna de tal nombre! Y, por cierto, eso es precisamente lo que ocurrirá aquí esta misma mañana a más tardar. Cuando me abandone mi último húsar, la paz reinará sobre todo el país. ¿Qué clase de paz? Lo ignoro, y tampoco me interesa vivirla. ¡Que ellos mismos se las ventilen con su paz! ¿Acaso no la han reclamado insistentemente sin imaginar siquiera lo que podría representar? A mi juicio, se lo tienen merecido... ¿Se ofrece todavía voluntario, comandante?

—Sí —repuso el marino—. ¡Hagámosles callar!

—Eso me complacería —dijo el coronel—, pues aquí no se ve el porvenir tal como yo lo entendía. Tome mis carros, ¡y adelante! Todo un ejército blindado bajo el mando de un marino. ¿No le parece gracioso?

¡Cómo no! A ambos les pareció muy cómico. El capitán de fragata rió con ganas. Los ojos del coronel rebosaron júbilo. Los dos se comprendieron. Pues un militar adora la guerra. Quienes digan lo contrario, mienten, o bien se les ha jorobado retirándolos sin sueldo; ésos sólo son paisanos enmascarados, como funcionarios de Correos, ni más ni menos. Estimando que la flota del Ganges no era el codiciado enemigo para jugar por última vez a la guerra, ambos hombres buscaron otro a su medida con un motivo excelente, el de la defensa. ¿Qué más puede pedirse?

Y hubo acción defensiva hasta la saciedad... Desde que el sueño de todo joven imbécil es jugar a Varsovia sin exponerse demasiado, es decir, mientras los grandes intervengan sólo benévolamente, aquellos cinco carros casi ciegos, sin apoyo de infantería, representaban una verdadera ganga para los diez mil héroes beodos y drogados que se habían pasado la noche fabricando cócteles molotov con las botellas de whis'ky y vino que se habían soplado en un ambiente delirante, comparado con el cual la demencia logomáquica de la Comuna parisiense fue una niñería. Particularmente las chicas, dotadas de una vasta cultura «cultivadora», se proponían reconstituir el teatro de masas en las villas requisadas. Ellas sólo besaban porque había un buen motivo: la patria de los apátridas. Por cada cóctel molotov bien fabricado: una pipa. Por dos cócteles molotov: todo el repertorio. Por la apertura de una zanja antitanque:

apareamiento con todo el equipo de excavadores. Y como esto venía ocurriendo hacía ya tres días, de madriguera en madriguera tras los «combates» de la autopista, las mesnadas de *Panama Ranger* contaba en sus filas con un elevado contingente de esos sujetos contagiados sin los cuales no pueden existir un ejército revolucionario digno de tal nombre. Si se piensa por, otra parte, que entre los inmigrantes, condenados durante dos meses a un gigantesco ayuntamiento rotativo, ese mismo contingente se encontraba en proporciones bastante más elevadas con todo el cortejo de chancros y sífilis, cabe inferir que la alianza sexual de ambas razas —sin contar las otras— daría resultados sumamente interesantes para cualquier observador. ¿Se disiparía al fin la famosa duda básica...?: «¿Entregaría usted su hija a un...?» En cuanto al resto, ¡ya se vería lo que pasaba! Tras siglos de resistencia biológica, la herencia blanca había triunfado por fin sobre la sífilis de tiempos pretéritos y sus secuelas debilitadas progresivamente de generación en generación. Pero muy pronto se volvería al pasado: sólo era cuestión de tiempo.

Volvamos a nuestros combatientes y seamos justos: *Panama Ranger* no tenía nada de cobarde. Cuando cuatro de los cinco carros, asfixiados por aquella marea humana como Gulliver en Liliput, explotaron bajo la acción combinada de incontables cócteles molotov, él aulló en la noche roja:

—¡Que me dejen el último!

Unos instantes después se derrumbó a espaldas suyas su villa, enterrando a varios jóvenes guerreros que estaban reposando tras el encuentro. De Poudis aceptó el reto. *Panama Ranger* representó la escena a lo *western*. Iluminado por el incendio, aferrando con cada mano una botella de gasolina, avanzó solo a paso lento hacia su adversario. Se diría que domó a la fiera de acero con una simple mirada, pues el carro se detuvo. Nadie pudo explicarse por qué razón abriría el comandante De Poudis la escotilla para emerger hasta medio cuerpo. Probablemente querría averiguar quién era su contrario. O, más bien, verlo. Contemplarlo. Una necesidad física del verdadero soldado perdido en un ejército de mecanismos que recobra al fin el sentido eterno del combate. Lo que vio lo dejó estupefacto: un muchacho larguirucho, flaco, de rostro sonriente, cuyos ojos azules no parpadearon ni un instante. Erguido y sereno en medio del camino, perniabierto, simpático y poderoso a un tiempo a pesar de su soledad voluntaria.

—¿Le divierte esto? —aulló el comandante.

—¡Tremendamente! —replicó el joven.

¡Qué diablo!, pensaron ambos, nos estamos riendo juntos.

—¡Contaré hasta tres! —advirtió el capitán de fragata.

—¡Yo también! —le respondió el muchacho.

¡Extraña época!, pensó el marino. Con estos arcángeles de veinte años se forjaban antaño grandes imperios asombrando al mundo, pero hoy, con los mismos elementos, no se hace más que destruir y destruirse para asombro propio. Entonces recordó a su hijo, Marc de Poudis, muerto sin sonreír y sin combatir ante las costas mauritanas. ¿No se habría equivocado de campo el pobre chico teniendo presente los mil años que se avecinaban?

—¡Tres! —vociferó *Panama Ranger.*

De las dos botellas lanzadas con sorprendente puntería, una hizo arder al marino cual una antorcha de resina, y la otra, estallando sobre el borde de la escotilla abierta propagó instantáneamente el incendio por el interior del carro y causó su explosión. *Panama Ranger* hizo un extraño ademán; casi pareció un saludo amistoso. Si hemos hecho algo prolija la destrucción de tan peculiar combate es porque entre las masas desoladoras de documentos contemporáneos ofrecidos a la reflexión de los historiadores, éste únicamente da una impresión muy distinta. Hay muerte humana, pero esto suena como una fanfarria. Es limpia e inequívoca. Entre los innúmeros actores y testigos de la tragedia, se encuentra al fin alguno del cual poder enorgullecerse. Uno está muerto, el otro vivo, ¡a lo hecho, pecho! Ellos dos valían tanto como los demás juntos, y el superviviente, privado de su gemelo, perdió toda significación. El choque entre ambos ennobleció un poco esta sordidez universal. El historiador pasa la página y prosigue con su lectura. Sólo experimentará pesar. Un pesar indefinible, pues él no comprende muy bien tales sentimientos. Por lo demás, aquél fue el último combate de la noche y el último también de un frente que se desmoronaba sin remedio...

—¡Ya está! He perdido el ejército blindado —observó muy parsimonioso el coronel al escuchar la quinta explosión.

—¡Y ése es todo el efecto que le causa! —exclamó atónito el secretario de Estado.

—¿Cómo? ¡Han tenido una muerte muy bella! ¿Qué más quiere usted? ¡Es una verdadera bendición! ¿Se imagina que los envié allá abajo con otro propósito?

—¡Pero esos cinco carros, aun siendo pocos, podrían haber sido empleados al amanecer para contener la invasión!

—¿Cree usted todavía que mis húsares dispararán contra esos lastimosos desharrapados? Ni yo mismo sé si tendré ánimo para hacerlo.

—¡Dragasès, no le entiendo! Entonces, ¡para qué tantas cuitas! ¿Cuál ha sido el objeto de esa marcha forzada por la autopista hasta aquí? ¿Con qué fin se han arrebañado los restos del Ejército? ¿Y por qué aceptar el mando?

—Lo comprenderá muy pronto, señor ministro. Es decir, si consigo encauzar este asunto hasta el desenlace que me conviene y creo entrever.

—¿Que *le* conviene?

—Exacto, a mí. Y también a usted, sin duda. Y a otros más. ¿Acaso no es eso lo principal? El resto... —hizo un ademán despectivo por encima del hombro—. Lo importante es no marrar la escapatoria..., sobre todo porque será la definitiva. Yo tengo mucha confianza.

En aquel instante le llegó por la centralita radiotelefónica un parte del comando de Marina: «Alambradas cortadas en todo el frente. Es posible franquearlas por numerosos puntos.»

—Bien. Reparen los desperfectos y ciérrenlas. ¿A qué están esperando?

Se le respondió que los efectivos existentes todavía en sus puestos bastaban apenas para mantener enlace y patrullar, pero no eran suficientes ni mucho menos para reconstruir toda una red de alambradas.

—¡Perfecto! ¡Perfecto de verdad! —exclamó el coronel, dando la impresión de saber lo que estaba diciendo.

Serían, más o menos, las tres de la madrugada...

XL

A esa misma hora, el mito del Ganges libertario se abatió sobre varias fábricas en diversas zonas industriales del país con cuarenta y siete minutos de anticipación respecto al desembarco efectivo de los inmigrantes. Es preciso hacer constar, una vez más, que no se puede explicar absolutamente este fenómeno mediante un plan general cualquiera concebido por los interesados o una acción concertada de los Estados Mayores extranjeros preparada en forma jerárquica. Si el Tercer Mundo de las fábricas france-

sas se revolucionó espontáneamente aquella noche en puntos tan distantes entre sí como París y Lille, Lyon y Mulhouse, fue porque la tensión nerviosa de los tres últimos días había sido tan intensa y, al propio tiempo, se la había reprimido tanto, que la tapadera saltó dejando escapar un hervidero de disparatadas esperanzas. En tiempos ordinarios, nadie hubiera osado correr semejantes riesgos. Cada cual se atenía a su oficio, a su paga laboriosamente ganada. Los sindicatos encuadraban con firmeza esa tropa cetrina y la lanzaban en ocasiones a la lucha según las reglas del *kriegspiel* social para mayor beneficio de los obreros franceses, quienes ocupaban el peldaño más alto de la escalera salarial. La mejor prueba fue que en la «Radiochimie», por ejemplo, y en otras varias fábricas muy politizadas en las que se había domiciliado la fiesta libertaria desde el sábado de Pascua, los trabajadores originarios del Tercer Mundo rechazaron toda tentación aferrándose con gesto torvo a sus máquinas tal como un perro extraviado a un hueso mondo. Pero eso no les impedía pensar. ¿Acaso no podían compartir ese mito de la libertad, esa liberación simbolizada por la llegada masiva de inmigrantes a Francia? Ellos habían vivido solos en el exilio, a pesar de las escasas manos tendidas con sinceridad por encima de las falsas e innumerables promesas, y solos resucitarían. Así, pues, los sindicatos perdieron todo su dominio tan pronto como los altavoces en talleres y fábricas terminaron de transmitir el discurso del Presidente. Las células políticas reventaron. Y el propio cadí tuerto, en París, comprendió que no podría retener a los suyos, como tampoco podría retener a su mujer Élise, quien corría hacia los estudios de Est-Radio con una navaja barbera escondida en la media. Por último es necesario reconocer sinceramente que casi todos los crímenes cometidos aquella noche fueron perptrados sin malevolencia, sin refinamiento ni crueldad inútil, sino cual otros tantos actos sencillos y naturales. Hubo buenas razones para temer la primera oleada de una formidable tempestad en formación. Sin embargo, aquélla fue la última oleada perceptible de un seísmo subterráneo, y murió muy aprisa en el país ya inundado. Por lo demás, si hubiesen funcionado todavía los tribunales al estilo occidental, administrando rigurosamente esa justicia que todos hemos conocido, se habría podido esperar con certeza que cada uno de esos crímenes, socialmente explicables, habrían sido sancionados, para guardar las formas, con el sobreseimiento o alguna pena leve.

El primero —muy ejemplar— tuvo como escenario el matadero de la fábrica de embutidos «Olo», en

Bicêtre. Tres africanos, uno anestesista, otro cargador y el tercero matarife, abatieron ciento ochenta puercos por hora, más o menos, con dos o tres golpes certeros repetidos ciento ochenta veces. Fue una carnicería horrible, los pies se hundieron en sangre, y el personal habitual huyó despavorido. De esos tres hombres dependían incontables obreros, empujadores, encordeladores y arrebañadores de la cadena del salchichón, proveedores y engastadores de la cadena del *paté*, sin contar el personal administrativo, mayoristas, detallistas y accionistas. Bastaba que uno de esos tres matarifes insustituibles tuviera gana de orinar, para que se alterara toda la producción. Por eso mismo se les prohibió terminantemente ese tipo de pausa, compensándoles con una indemnización de algunos francos diarios, lo cual se denominaba burlonamente, en la oficina, indemnización de vejiga. Precisamente aquella noche la dirección, previendo un largo período de perturbaciones causantes de una penuria en la cual la industria alimentaria podría representar un papel regio y ganar dinero a paletadas si tuviera grandes existencias, dio orden de intensificar la cadencia. Apenas concluido el discurso presidencial, el subdirector de la fabricación en persona comunicó dicha orden al matarife, prometiendo duplicar la prima de vejiga.

—¡Seguro, «señó directó»! —exclamó uno de los negros rojos—. ¡Podemos cargarnos por lo menos uno más!

El hombre blanco no sufrió más que los otros puercos de la cadena. Anestesiado y abierto en canal, se le colgó entre dos cerdos sangrantes y su paso por las diferentes fases de fabricación despertó interés, pero no causó repulsión, pues el hombre perdió poco a poco su personalidad hasta identificarse con la carne porcina. Ya se había visto algo similar en los mercados del Congo. Algunos obreros blancos se desvanecieron, otros escaparon horrorizados. Los capataces tomaron el portante tan pronto como acertaron a interpretar las miradas inexpresivas de sus esclavos. Y el Tercer Mundo trabajador remató la tarea concienzudamente hasta el etiquetaje de las latas donde había terminado el hombre blanco como pastel de cerdo. Quizás alguno de nosotros lo probara sin saberlo, pues por entonces no se era muy exigente respecto a la calidad: los tiempos habían cambiado lo suyo... Señalemos, por último, la presencia de un sacerdote-obrero, encordelador en la cadena de salchichones, quien rezó una breve plegaria mientras hacía su último nudo y murmuró:

—¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!

Poco después se detuvo la cadena. Como todas las gendarmerías recibieron aquella noche centenares de llamadas similares, hasta el punto de no darles crédito, y el prefecto de Policía, ayuno de órdenes y mandando unas fuerzas desmoralizadas, decidió esperar al día siguiente para ver con más claridad, la dirección de «Olo» aceptó sin rechistar la tesis del accidente. Casi hay motivos para suponer que la propuso ella misma.

—Y ahora... —manifestó el director tras un minuto de silencio—, ahora es preciso reanudar el trabajo.

—¡De acuerdo! —exclamaron los tres matarifes y olímpicos líderes sindicales—. ¡Noventa puercos por hora! ¿Te va bien? ¡Así Francia tendrá algo para engullir! —y añadieron sonrientes, con gran calma y amabilidad—: Lo hemos entendido bien, la mitad del beneficio será nuestro...

Cinco minutos después de rebuscar en la caja fuerte y distribuir algunos sobres entre sus fieles matarifes, el director recogió a su familia de paso y se encaminó hacia Suiza por la autopista del Sur, donde le engulleron a su vez los embotellamientos y la escasez de gasolina. Si nos esforzamos por prolongar un poco esta pequeña historia, reseñemos que ese mismo director fue visto por última vez, a pie, precisamente por las inmediaciones de Saint-Favier, donde los norteafricanos, no contentos con ocupar la piscina municipal, asaltaron el Ayuntamiento para conferenciar después de haberse titulado concejales en nombre de la minoría dominante. Allí se perdió el rastro de nuestro hombre... Y así fue como las charcuterías «Olo» de Bicêtre accedieron finalmente a la autosugestión.

En los infiernos tronantes del muelle de Javel, París, donde el Tercer Mundo al servicio de las cadenas representaba el 80 % largo del personal, la revuelta adoptó una forma litúrgica, algo así como una misa o un sacrificio ritual. Puesto que la rentabilidad de la industria automovilística reside en el cronometraje de las cadencias, ¿a quién puede extrañar que unas gentes simples, analfabetas, desarraigadas y sometidas a todos los fantasmas «concentrativos» de algo así como una nueva «tribalización» heteróclita atribuyeran al cronometraje y sus sumos sacerdotes —los cronometradores— el carácter coercitivo y sagrado al mismo tiempo de una religión tiránica impuesta por la fuerza? Su resistencia ante esa religión evidenciaba una complicidad secreta similar a los ritos de las catacumbas. Cuando querían respirar un poco sobre la cadena, tranquilizar los nervios o simplemente, evocar durante unos instan-

tes el palmeral perdido o el gran río pardusco corriendo entre arenales y sabanas, efectuaban los movimientos ordenados en menos tiempo del previsto y luego, simulando prolongar la operación aunque ya estuviese terminada, cavilaban sin dar la impresión de hacerlo, con una mano sobre la herramienta fingiendo esforzarse, para engañar a los supervisores. Durante esos instantes preciosos cambiaban miradas fugaces de expresión fraterna, solidarizándose en esa recusación de las cadencias que implicaba un rechazo de la nueva fe, así como una necesidad de reposo. Pero los cronometradores los vigilaban estrechamente, porque allí no había espacio para dos ritos simultáneos. Entonces se aumentaban las cadencias o bien se dividían las tareas para hacerlas más sencillas y rápidas. Cuando se montan autos no es permisible soñar en lejanos palmerales o prosternaciones vespertinas dando cara a La Meca. Tanto fue así que, cuando surgió el mito libertario del Ganges, todas las esperanzas se tornaron secretamente hacia ese millón de mesías. Ello se hizo evidente, más o menos, en los días del campo de São Tomé, cuando la flota alcanzaba el cenit de la moda y el famoso lema «Todos somos hombres del Ganges» condimentaba todas las salsas políticas y humanitarias. Manifestación de gran amplitud y corta duración. Ochenta mil obreros apiñados alrededor de las inmóviles cadenas y aullando dos consignas al parecer ajenas entre sí: «¡Expulsemos a los cronometradores, todos somos hombres del Ganges!» No pudiendo realizar su propósito, se contentaron con agregar una extraña frase del orden maniqueísta, en la que cronometradores y hombres del Ganges representaban el eterno enfrentamiento entre el bien y el mal; se la proclamó por doquier en las fábricas para demostrar que se seguía presente allí, pese a la paz social exigida por la bestia para adormecer la opinión. Dada la situación, se incrementaron los sueldos de los cronometradores con una especie de prima por riesgo, y el tiempo siguió marchando. Hasta aquella noche en que se atrapó a un contador de segundos, elegido entre los más malignos, se le arrolló como un salchichón, para depositarlo sobre una plancha plana en marcha hacia la cadena de carrocerías, llevando un letrero en árabe alrededor del cuello: «Pues se acaba el tiempo de los mil años.» Cuando el inmenso martillo pilón se descargó sobre la plancha para moldear portezuelas, guardabarros y ventanillas, no restó nada del cronometrador, salvo un charco de sangre que se secó muy pronto. Entonces se elevó un gran clamor, y la cadena hizo alto mientras millares de árabes prosternados hacia La Meca

ante sus máquinas daban gracias a Alá. Así sacrificaron los «malqueridos» al chivo expiatorio, pues aquella noche no se cometieron más crímenes en la Javel. Bastó con uno que representara a todos. Si se desea otra vez prolongar un poco la investigación histórica, digamos que la Javel sigue fabricando automóviles. Estos vehículos cuestan muy caros y se han hecho excepcionalmente raros; por lo general, están reservados para los altos funcionarios del nuevo régimen. Un obrero autogobernado administrativamente necesitaría pagar el equivalente de diez años de salario para adquirir uno. Este placer le está vedado, pero nuestros transportes colectivos, vetustos y anárquicos, y los apiñamientos de peatones mal calzados le sirven de consuelo. Cuando el autor de estas líneas regresó a París tras una larga estancia en Suiza, los niños se aglomeraron jadeando alrededor de su automóvil como si vieran un juguete nuevo. Pero, al descubrir la matrícula suiza, sonrieron despreciativos. ¡Incorregibles! Rogamos se nos disculpe esta digresión...

En Billancourt, Vénissieux, Le Mans, etcétera, zozobró del mismo modo el ritmo occidental. El hecho de que se hubiera sustentado con el sudor del Tercer Mundo no hace al caso. Cabe afirmar incluso —exponiéndonos al encarcelamiento o la muerte social— que cuando reinaba Occidente, al menos el Tercer Mundo trabajaba con eficacia. Lo mejor hubiera sido ganar fama estableciendo relaciones justas entre dueños y subordinados, en lugar de rasgarnos las vestiduras al alcanzar el pináculo de nuestra prosperidad. Pero, ¿por qué lamentarlo? Sólo habríamos aguantado un poco más..., millones frente a miles de millones. Ahora, cuando el Tercer Mundo se ha desplomado sobre nosotros, podemos verificar que su dinámico inconsciente ha hecho valer su fuerza en todo. Lenguaje, relaciones humanas, ritmos, emotividad, rendimiento, conceptos..., lo ha cambiado todo, incluso la forma de ponerse el mundo por montera. Y como los incentivos sexuales liberados han dado todo su juego, cabe afirmar que el blanco se ha convertido en Tercer Mundo, mientras que éste no se ha emblanquecido: pero ha ganado. Por un viejo Ahmed que gime a escondidas diciéndose que «el tiempo de los franceses era mejor» aunque ignorando si habla de su Argelia natal o de la Francia donde habita, ¿cuántos no serán los millones que obtienen un sueldo mezquino de nuestros monstruosos presupuestos sociales y, sin embargo, afirman que la rueda ha girado y la igualdad no es ya una palabra vana? Eso fue lo que profetizara sin saberlo durante aquella noche una joven obrera antillana

de la Radiotécnica en Croissy. Asestando su destornillador sobre el seno de la supervisora, exclamó:

—¡Eso de las plantaciones ha terminado!

Una frase que se remontaba a lejanas fechas...

Aquella noche se ocupó por enésima vez —pero ya definitivamente— el sacrosanto asfalto del bulevar Saint-Germain. Para captar el alcance de semejante acontecimiento es preciso dar marcha atrás unos cuantos años hasta esa Fachoda del racismo que fuera el café «Odéon-Music». Aleccionados por este precedente en el que se degradó progresivamente la América urbana, algunos vieron ahí el inicio de un proceso irreversible, pero se guardaron mucho de escribirlo. Por aquellas fechas no se escribía nada de ese género, y ya no se escribirá jamás. Por el contrario, el coro de conciencias acomodaticias dejó oír su voz en todos los tonos realzando hasta la saciedad la célebre antifrase: «Prohibida la entrada a los perros y a los negros.» Ésa no era la verdad, ni muchos menos. He aquí lo que manifestó en aquella época el propietario y gerente del «Odéon-Music»:

—Hace ya diecisiete meses que exploto el «Odéon-Music», cervecería y heladería a un tiempo. La mayoría de mi clientela está constituida por africanos y antillanos. El 27 de diciembre, cuando yo me había ausentado de París, dos clientes aplastaron unas colillas sobre las mesas que ocupaban otros consumidores. El personal expulsó a ambos pendencieros. Al siguiente día, una parroquiana protestó ante la dirección diciendo haber sido objeto de galanterías demasiado brutales. Un camarero quiso hacer entrar en razón al culpable. Entonces se lo llevaron aparte y lo vapulearon tan bárbaramente que necesitó atención médica en el Hôtel-Dieu. Cuando regresé el 3 de enero, decidí hacer una selección entre los habituales del «Odéon-Music». No se sirvió más a los clientes conocidos por sus malos modos. Entonces comenzaron las provocaciones. Y antes que seguir aguantando aquella guerra de desgaste, preferí cerrar.

Y añadió sin reflexionar, dando así pie a todos los anatemas trillados:

—¡Acusarme de racismo a mí, que soy israelita y he luchado cuanto he podido contra el nazismo!

Sin embargo, el caso era obvio. Habiendo resuelto estar a sus anchas en el «Odéon-Music», los negros, deliberadamente, hicieron la vida imposible a los consumidores blancos. Según se sabe, existen dos formas de racismo, el de los blancos, inexcusable y aborrecible cualesquiera sean los motivos, y el de los negros, totalmente justificado cualesquiera sean los excesos porque expresa un desquite justo y, des-

pués de todo, son los blancos quienes deben comprenderlo. Se había comentado incluso que durante una conferencia celebrada en la ciudad universitaria de París por un líder del *Black Power* americano, el orador comenzó su discurso con una vociferante invectiva:

—¡Veo hermanas y hermanos negros de pie mientras que los blancos están sentados! ¡Levántense los blancos y cédanles sus asientos!

Lo más extraordinario fue que las personas aludidas se levantaron sumisamente mientras que otras aplaudían. En el «Odéon-Music» no se había llegado a tales extremos. Los blancos se comportaban bien, no provocaban a nadie y bebían tranquilamente su café. Pero su mera presencia molestaba hasta pasar por un insulto premeditado. Por eso en aquel París era de buen gusto soportar toda clase de vejaciones, pues si no lo hacías te llevaban a la picota. Entonces esos clientes dejaron de frecuentar el «Odéon-Music», y el propietario, viendo agonizar su negocio por causas de la clientela no diversificada intentó reaccionar inmediatamente negándole el servicio a «ciertos» negros y no a «todos» los negros, como imprimieron con el mayor cinismo los periódicos de la época. ¡Pobre infeliz! Todos los estudiantes negros de París invadieron su café, escupiendo en el suelo, rompiendo vasos, zarandeando al personal, aplastando sus colillas contra las paredes, etcétera. El hombre cerró dos días después y, entonces, se celebró su fuga cual una gran victoria de la conciencia universal. Esa pequeña guerra se extendió a los establecimientos vecinos cuyos propietarios, más avisados, intentaron otras formas de resistencia —adulación y palabrería— para salvar su peculio, pues el «Odéon-Music», mal revendido, vio disminuir su valor a la mitad mientras que la cotización del inmueble cuya planta baja ocupaba él, sufrió una notable disminución. Así se aguantó a duras penas hasta aquella noche entre el domingo y el lunes de Pascua. Apenas hubo concluido el Presidente su discurso, aquel barrio, desierto durante toda la tarde en espera de la alocución, se animó súbitamente. Veinte mil estudiantes negros con los cuales se mezclaban algunos diplomáticos, inundaron el sacrosanto asfalto. ¡Se había reconquistado Alsacia-Lorena y no se la abandonaría nunca más! Conciliábulos en los bares antillanos, los *dancings* africanos, los dormitorios de la ciudad universitaria donde se había esperado lo imposible y deseado lo inevitable..., todos ellos subieron simultáneamente a la superficie. En el «Odéon-Music» uno saltó detrás del mostrador y dispuso:

—¡Cambio de patrón!

Se imitó ese ejemplo en todos los cafés vecinos. Sólo hubo un incidente en uno de ellos; su patrón, un tipo realmente duro, empuñó la pistola que guardaba siempre en el compartimiento de la caja registradora. Cuando amenazaba a la muchedumbre que inundaba su café cual marea equinoccial, un gigantesco diablo guadalupano, al parecer secretario de la federación estudiantil, avanzó con desenfado bajando ambas manos hasta tocar casi con el pecho la pistola que lo encañonaba. Debía de ser un hombre con gran memoria y el don de la imitación. Pues, mirando de hito en hito al patrón, se dio por satisfecho recitando un pasaje del discurso presidencial y parodiándolo tan bien que muchos creyeron estar oyendo nuevamente al presidente de la República:

—Se trata de una misión atroz y, por tanto, pido con toda mi alma y conciencia a cada soldado, cada policía, cada oficial, que la analice concienzudamente. Una vez lo haya hecho, tendrá plena libertad para aceptarla o rechazarla. Matar es difícil. Y averiguar el porqué, lo es más todavía. Yo conozco ese porqué, pero no aprieto el gatillo ni tengo la carne de un infeliz a pocos metros de mi arma. Queridos compatriotas, sea cual fuere el desenlace, que Dios nos guarde y nos perdone.

Una vez dicho esto soltó una inmensa risotada entre los aplausos de sus compinches. Fue una escena extraña, pues el odio dio paso a un sentimiento más sutil, algo así como la pesadumbre causada por un antagonismo saludable en un nivel social más elevado. Dominando el tumulto, gritó una voz:

—¡Vamos, patrón! ¡Acepta nuestra invitación! ¡Si te portas bien, mañana se te pagará todo cuanto bebamos! Cada cual tiene derecho a vivir, ¿no?

—No a este precio —dijo simplemente el patrón encogiéndose de hombros.

Arrojando su arma, se embolsó el contenido de la caja registradora y caminó hacia la noche sin volverse, mirando al vacío. Todos le abrieron paso. Algo más allá, en el bulevar, hubo de refugiarse en una puerta cochera para no ser arrollado por una tropa compacta que no cedía ni un milímetro de acera: los trabajadores de las sombras invadían París.

Ahí se intercala un episodio que los historiadores prefieren callar prudentemente, pues en las esferas gubernamentales hay personas bien situadas a quienes podría irritar semejante evocación. Nos referimos a la presurosa huida de los negros con corbata ante el ejército de barrenderos, peones de albañil y trogloditas africanos capitaneados por sus hechiceros, especialmente el «decano» de los lóbregos sótanos, y el padre blanco, el Lavigerie del suburbio

Desde los tiempos en que algunos de ellos barrían los bordillos del bulevar hacia la madrugada, mientras esos caballeros se deslizaban sigilosamente en sus automóviles aparcados desde la víspera sobre el sacrosanto asfalto, se había divulgado en los sótanos y bajo los tejados de uralita la leyenda de un paraíso negro. Los hijos de papá daban el espectáculo. ¿Qué había de común entre ellos y el pobre negro armado con escoba de paja? ¿El color de la piel? ¡Vamos, anda! Aquellos negros de lujo detestaban tropezar con ellos a cada instante en el corazón de esta capital testigo de sus éxitos —sobre las aceras, en las salidas del alcantarillado o ante los cuévanos de basura— chocar con sus dobles andrajosos, famélicos y transidos cuya piel negra, tasada a bajo precio, era una ofensa contra esa negrura que les enorgullecía tanto... Compadezcámosles. Esta noche constituían el centro de una red de odio claramente irresistible: la aversión que les inspiraban los blancos, la repulsión que sentían contra sus hermanos de las sombras y, sobre todo, ese odio del proletariado negro persiguiéndolos hasta Francia, ¡a ellos, que habían logrado soslayar el destino de su raza siguiendo la estela blanca! Pues bien, el mito libertario del Ganges dejó al descubierto fisuras muy sutiles. Nada se mostró claro para nadie en aquellas aguas turbias del fin de la tierra, unas aguas que la bestia oscurecía a propósito, tal como lo hace un pulpo cuando escupe tinta. ¿No será esto otra explicación? El caso es que cuando las sombras armadas y harapientas, así como otros polos del paraíso negro, se presentaron a la altura del «Odéon-Music», los batallones de maniquíes se escurrían como conejos. Pero, ¡admiremos su presencia de ánimo y el extraordinario restablecimiento del equilibrio que consiguieron antes del alba! Llamando a todos los apartamentos del barrio —muy poblado, como se sabe— se dirigieron, más o menos, en los siguientes términos a los inquietos ciudadanos:

—Señor, señora, venimos a brindarles protección. Los privilegios han periclitado, como habrán sabido ustedes a medianoche, o por lo menos será preciso compartirlos... con los trabajadores del Tercer Mundo, y más adelante con quienes deseen unirse a ellos. Las calles están ya ocupadas. Quizá lleguen a sus casas dentro de breves minutos familias enteras a las cuales deberán hacer sitio de buen o mal grado. Su salón se convertirá en campamento. Será un acto de justicia para nuestros infortunados hermanos que se desrriñonen para prestarles servicios sin los cuales ustedes no podrían vivir. Ahora bien, nosotros, estudiantes, príncipes, hijos de papá, profe-

sores, diplomáticos, intelectuales, artistas, becarios, etcétera, somos hombres de buen gusto, hemos asimilado su cultura. Apreciamos su forma de vivir y nos proponemos conservar ese ambiente refinado al cual debemos tanto —muy bien ideado, ese argumento convencía casi siempre—. Lo mejor será que nosotros nos instalemos en su casa. Dos o tres, no más. Es preferible compartirla con nosotros dentro de una relativa comunión intelectiva que cedérsela a unos pobres patanes ignorantes, no malévolos, ¡eso no!, pero sí muy irrespetuosos. Señora, señor, el tiempo corre. Cuando otros llamen a su puerta será conveniente, créanme, que vean rostros negros. Déjennos hacer y ocúltense...

Su buena apariencia fue el factor decisivo..., pronunciación correcta, camisa inmaculada, corbata sobria, gafas con montura de concha. Entre dos males, se dijo el ciudadano acorralado, más valía elegir el de mejor presencia. Al menos, éstos parecían limpios e iban perfumados. La canalla snob era preferible al negro honrado pero tosco. Un caballero..., respetará a mi hija. Entonces vinieron los melindres.

—Pasen, por favor, y echen un vistazo a la casa. Miren, ustedes podrían instalarse ahí... El diván... y tal vez una cama, ¿no? ¡Claro, claro, eso no es problema! Tenemos dos cuartos de baño, ¡resultará muy fácil! Y además no será para mucho tiempo, ¿verdad?

Ahí cayó la guillotina:

—Sí, señora: para siempre.

¡Cierto!, para siempre. Las ratas no soltarán el queso «Occidente» hasta devorarlo por entero, y como es una pieza grasa de respetable tamaño, eso tardará lo suyo. Ellos están todavía en plena faena. Pero las ratas más hábiles se han reservado los mejores bocados, consecuencia inevitable de toda revolución. Se cierra los ojos ante ciertos privilegios adquiridos durante aquella noche histórica y celebrados como victorias de vanguardia, pero el nuevo régimen no cederá jamás en cuestiones de principio. Hace poco, algunos han creído poder dividir el apartamento en dos mitades, una ocupada por los negros y otra por los blancos, pero ello no modifica la utilización igualitaria del lugar, sino que establece la diferenciación racial. Ciertos blancos han logrado salvar algún dinero y traspasan bajo mano grandes sumas a sus negruzcos coinquilinos. Al parecer, no hace mucho se han hecho numerosos intercambios de este género con plena satisfacción por ambas partes. Pero se ha puesto término a esas prácticas de una época ya muerta mediante una ley extremadamente rigurosa imponiendo la diversificación racial. ¡Lógico! Sería

inútil abolir las razas a una escala social si después se las reconstituye en el secreto de la vida privada. Eso no se asemejaría a nada de lo proyectado. Mientras escribimos estas líneas nos viene a la memoria una antigua ley americana de 1970, madre de todas las leyes antirracistas, denominada «ley sobre intercambio escolar». Como blancos y negros habitaban por aquella época, en Estados Unidos, barrios «unirraciales» bastante distanciados entre sí, se ideó en nombre de la integración transportar cada día niños blancos a las escuelas negras y una partida equivalente de niños negros a las escuelas blancas. Eso se llamaba *busing,* de *bus* o autobús. Eran muy numerosos los escolares que recorrían cada día cien kilómetros mientras otros tantos hacían exactamente el mismo camino en dirección contraria. Hubo protestas. Se alegó el cansancio inútil, lo costoso que resultaba, la libertad de elección, todo cuanto se pueda imaginar, pero jamás se mencionó el racismo. Era ya demasiado tarde y el vocablo causaba repugnancia. Así, pues, el *busing* triunfó y hoy día se celebra el *busing-day* en el mundo entero...

Por último proclamamos la inevitable aparición durante aquella noche de los imbéciles y locos, los simplones y obsesos. Cuando nada funciona ya normalmente se desatan de golpe todas las anomalías y utopías, rencores, complejos y desenfrenos. Los dingos quedan sueltos. Les llega el turno a los cerebros endebles, liberados de las trabas sociales. Ante la masa de documentos informados sobre los hechos de aquella noche —en los que se revelan detalles increíbles—, los historiadores opinaron que la «sociedad periclitada debe de haber ejercido una presión singularmente opresiva para que su desmoronamiento haya ocasionado tantas enfermedades psicopáticas», y entonces triunfaron los alienistas que acusaban a esa misma sociedad como causante de todas las gangrenas mentales, pues incluso había optado por la liberación de los locos para no agregar una nueva opresión. Ahí parece olvidarse demasiado aprisa el efecto determinativo del mito libertario, anhelado y sublimado como la droga de otros tiempos, pero dejémoslo estar... El tiempo de las querellas escolares quedó ya atrás. Contentémonos con mencionar algunos hechos entre muchos millares de ellos:

Los atentados contra el pudor fueron tan numerosos que jamás se vieron tantos órganos sexuales al aire como en aquella noche. Mientras las personas normales se escondían o huían, se observó una afluenciacia sin precedentes desde la liberación de 1944 en los urinarios de París principalmente, y de todas las

grandes ciudades; a decir verdad, no es una casualidad que dos mitos de naturalezas similares produzcan los mismos efectos. Se dio suelta rápidamente a los sátiros y los sádicos. Tal o cual chica que se sentía perseguida y acechada cada día —pequeña enfermedad urbana muy corriente—, encontró esta vez la muerte bajo el espantoso rostro de la demencia sexual. Hoy, al cabo de tantos años, se descubren todavía en el fondo de canteras abandonadas los cadáveres de mujeres y niños, tal como se desentierran en nuestras ciudades las bombas de guerras pretéritas. Bajo esa atmósfera desoladora florecieron denuncias de todo género que los servicios especiales no han podido cribar todavía por completo. Cuando el correo reanudó sus servicios de forma más o menos vaga, causó gran estupefacción la abundancia de cartas anónimas depositadas en los buzones durante aquella noche. Los períodos excepcionales nos dan la medida de la podredumbre humana. Único fenómeno inédito: numerosas cartas de niños denunciando alegremente a papá y mamá. Pero aquí sobran también las lamentaciones. Por ejemplo, en tiempos de la Revolución Cultural, los jóvenes chinos se entregaron a esa práctica, ¡y bien sabe Dios que no les faltaron los elogios en Occidente! Respecto al capítulo de las costumbres recobradas reseñemos simplemente el de las mujeres peladas al rape. Cuando tal o cual secretaria se acostaba con su director, y tal o cual obrera con su capataz, se encontraban en menos que canta un gallo con las cabezas mondas como bonzos femeninos. Y mejor sería no hablar sobre el ajuste de cuentas entre franceses. ¡Despreciable! Neumáticos acuchillados, fachadas embadurnadas, cristaleras rotas, perros envenenados, árboles abatidos, pastizales pateados..., nada de eso nos dice nada nuevo sobre la mezquindad mostrada a cada paso por la gentuza de aquellos tiempos. Por lo menos el Tercer Mundo interno evidenció más grandeza para ajustar cuentas...

Y, finalmente, este chusco episodio protagonizado por trescientos aldeanos, vecinos del aeropuerto-escuela Deauville-Saint-Gatien, donde practicaban el despegue y el aterrizaje los jóvenes pilotos de «Air-France», los campesinos invadieron el terreno y las instalaciones a las tres de la madrugada. ¿Tal vez inducidos por su tenso sistema nervioso? ¡Ni mucho menos! Capitaneados por su alcalde, en cuya cabeza lucía la escarapela tricolor, los patanes blandieron sus horcas y, flanqueados por campesinas desmelenadas, dispuestas a utilizar sus negras garras, asaltaron la torre de control... ¡para preservar la tranquilidad del ganado! Desde luego, se han hecho re

voluciones por motivos más insignificantes, y ¿quién sabe dónde puede anidar el ideal del hombre? Las vacas languidecían al ver pasar tantos aviones con el estruendo de los reactores. Y, en Normandía, ¡la vaca es sagrada! Después de repetidas manifestaciones sin resultado alguno, la sangre de aquellas gentes se agrió como la leche de sus vacas. Así, pues, tan pronto como el presidente de la República bajó la guardia en la pantalla televisiva, el señor alcalde, ese honrado ciudadano, se levantó y, echándose al coleto un vaso de Calvados, vociferó:

—¡Nos llegó la hora, mozos! ¡Creo que esta vez los tenemos!

Por ser tradicionalista, ordenó tocar las campanas, y en la aldea nadie se hizo el desentendido. La flota del Ganges..., ¡bah, eso está lejos! Aquí no nos ocupamos de política ni nos entremetemos en asuntos ajenos. Por lo pronto, ¡que cada cual barra su propio portal! ¡Pero el aeropuerto lo tendremos! ¡Y cuánto nos satisface! ¡Ah, esa campana única tocando a rebato en la noche histórica para salvar a unos cuantos bóvidos...!

XLI

Bajo un cielo tachonado de estrellas, a la luz de la luna, sentado bajo un gran pino, el coronel Dragasès se calentaba las manos aferrando un cuartillo de café humeante. El reflector de la villa escrutaba con menos eficacia la noche, pero no porque ésta se hubiese ennegrecido; más bien se diría que sus contornos, al palidecer, se confundían con los del pincel blanco que parecía hacer guardia en la playa cual un centinela algo borroso entre las brumas matinales. Eran ya las cinco. Nadie se agitaba todavía a bordo de la flota inmigrante, exceptuando algunos movimientos casi imperceptibles a ras del cuerpo, probablemente cabezas elevándose un poco para otear el alba o volviéndose hacia la costa como si esperaran averiguar allí cuáles serían los próximos minutos del destino.

En el campo de *Panama Ranger* había amainado la algarabía o, más bien, cambiado de naturaleza, ganando dignidad y perdiendo intensidad. Sólo se oían algunas guitarras acompañadas de voces lúgubres que cantaban las melancólicas baladas de moda. Por

aquellas fechas la canción propendía a los lamentos, el cantante, utilizando cuatro notas, se compadecía de sí mismo, de los demás del mundo y todo el resto. Cuando uno se cansaba de dar alaridos no tenía más recursos que sumergirse en el almíbar de la miseria humana, expresada musicalmente con bastante inspiración por lo general; y así se refugiaban las almas insatisfechas, pues no se les había enseñado otra cosa. A nadie se le ocurría ya medir la noción de miseria tomándose como referencia o remitiéndose al pasado. Aquel mundo sólo era soportable cuando uno se inyectaba grandes dosis de miseria excéntrica, tal como un toxicómano se mantiene con la heroína. Importaba poco el hecho de que algunas veces resultara difícil encontrar la miseria básica en casa —pues el toxicómano no reconoce límites cuando escasea su alimento—, y la importancia de tales venenos era muy sencilla porque no faltaban los traficantes. Por añadidura, en algún recoveco del espíritu siempre ha alentado una extraña esperanza, un deseo de destrucción total, único remedio contra el aburrimiento que consume al hombre contemporáneo. Ésa era precisamente la esperanza que había divulgado la bestia, magnificándola mediante el canto.

Elevándose sobre los restantes canturreos, se dejó oír una voz muy clara, bien timbrada, la voz de un hombre joven. Todos los demás callaron; tan sólo repitieron a coro la antífona como en tiempos pasados cuando se cantaban las vísperas y las completas. Señalemos a este respecto que el asesinato de lo sagrado y el degüello de la antigua liturgia no fueron perpetrados por capricho. Sería erróneo suponer que los sacerdotes los estrangularan con sus propias manos ignorando que renacerían en otra parte. Ellos lo sabían sobradamente, y muchos se alegraron de entregar sus mejores armas. Lo sagrado no necesitaba ya de Dios, la liturgia ensalzaba solamente al ser humano sobre la Tierra, y los sacerdotes, desembarazados al fin de la carga divina, podían reasumir su condición de hombres ordinarios como todo el mundo.

Lo que cantaba aquella voz tuvo un comienzo vulgar, pero sólo fue cuestión de vocabulario; el inspirado tono palió la crudeza de los vocablos. Además, el joven improvisó la letra:

—Por esa patada en los testículos del árabe abatido, sangrante sobre la acera, destruiremos este mundo podrido...

—Destruiremos este mundo podrido... —repitió el coro.

—Por el feto absurdo en el vientre de la obrera

embarazada el sábado por la noche, destruiremos este mundo podrido...

—Destruiremos este mundo podrido...

—Por el mocoso llorón que abruma a un padre ya abrumado con el estruendo de las máquinas, destruiremos este mundo podrido...

—Destruiremos este mundo podrido...

—Por el negro hambriento que barre las heces depositadas por el perro del rico, destruiremos este mundo podrido...

—Destruiremos este mundo podrido... —repitió obedientemente el coro. Pero como el ambiente se fuera caldeando, algunos agregaron por su cuenta—: mundo repulsivo, maloliente, merdoso...

Subrayados por los acordes bruscos de la guitarra, diversos vocablos prolongaron el estribillo, con lo cual todos los cantantes tuvieron ocasión de expresar su odio.

—¡Mundo humano! —vociferó incluso uno que, sin duda, no había encontrado a mano un buen calificativo. Probablemente éste no sabría jamás cuántos esfuerzos habría hecho Dios para perdonarle...

—Por el viejo eructando el pan de avena distribuido entre los ancianos pobres de la parroquia en Navidad, destruiremos este mundo podrido...

—Por el cheque del patrón a los ancianos pobres en Navidad destruiremos este mundo podrido...

—Por la negra desnuda que se vende al safari del millonario...

—Por los veinticinco jabalíes que abatió el señor presidente...

—Por los millones de pechos ametrallados con los cañones de los traficantes...

—Por el caviar engullido durante una noche de hambre en India...

—Por el indio muerto de hambre en la madrugada del 1.° de enero...

—Por los matarifes de Occidente que han matado siempre a quienes no se prosternan ante sus cochinas ideas...

El coronel acabó su café, encendió un cigarrillo y dijo:

—¡Bien medido el verso esta vez! Parece que empieza incluso a rimar. ¡Sobre los matarifes de Occidente tienen casi razón, vive Dios! ¡Este magnífico Occidente tan seguro de sí mismo, tan seguro de su cultura ciega y autoritaria, tan seguro de la ley impuesta por el más fuerte! ¡Cuántas cosas grandes no habremos hecho desde lejanos tiempos en nombre de esa ley! ¡Qué hermoso era vivir imponiéndose al prójimo!

Y volviéndose hacia un oficial dijo:

—¡Capitán! ¿Cuáles son los efectivos de matarifes? ¡Deme el último estadillo, por favor!

—A las cinco horas y quince minutos, mi coronel, doscientos veinte oficiales, suboficiales y soldados, sin contar al señor secretario de Estado y su chófer. ¡No...! —lanzó una ojeada hacia la silueta de un hombre que escapaba entre las sombras—. El chófer acaba de tomar soleta. Eso hace doscientos veintiuno. Ni uno más. Durante los últimos diez minutos se han largado doscientos. A este paso estamos listos. —Diciendo esto, se cuadró, con barbilla erguida y mirada reglamentaria al frente.

—¿Qué le ocurre ahora? —inquirió el coronel.

—Estoy encarnando un papel —repuso el oficial—. ¡Lo reasumo!

Luego, con un tono muy «castrense», declamó sin tomar aliento:

—¡Espléndida estampa de oficial francés! Su gran empuje y abnegación le han permitido adiestrar a sus hombres hasta hacerles superar los límites del valor y, al término de una retirada ejemplar, ¡ha logrado alcanzar las costas mediterráneas sin abandonar su metralleta! Se le citará en el Diario Oficial del Ejército.

—Dígame, capitán, ¿no me estará tomando el pelo por casualidad?

—Exactamente, mi coronel.

Ambos rieron de buena gana. Entonces el oficial prosiguió diciendo:

—Jamás me he divertido tanto en mi vida. Los desertores han obrado así porque carecen de buen humor. A fin de cuentas, eso le ocurre a muchas personas, evidentemente, pues el buen humor se ha hecho muy difícil en los tiempos que corren. Aquí le queda la crema, mi coronel, los que se ríen de todo y con mayor razón de esta mísera pedantería.

—Debemos reconocer que estamos anticuados —dijo el ministro—. La jovialidad está anticuada. La felicidad es culpable. La ambición ha degenerado. ¡Todo cuanto representaba la alegría de vivir! Cuando yo era joven...

—¡Se prohíben las comparaciones, señor ministro! —exclamó el coronel—. Eso tampoco se usa ahora. Además, no tiene objeto. Escuche a esos viejos de veinte años con sus atroces plegarias. ¿Cree usted que eso es verdadera inspiración para gente tan joven? ¡Todos se concentran sobre el más pobre y zarrapastroso, el más estúpido e inútil, el más desdichado y, sobre todo, sin alzar jamás la vista hacia algo un poco elevado, un poco íntimo! ¡Claro, esa actitud es menos fatigosa! ¡No es así como se llegará a construir el mundo que se desea, cualesquie-

ra sean sus peculiaridades! Y, ante todo, ¡no encaramarse a las espaldas del vecino para sobresalir de la multitud! Prefieren arrastrarse con todo el mundo...

—Se está poniendo enormemente serio, mi coronel —observó el oficial.

—Es lo natural —gruñó el coronel—. Esto no se volverá a ver nunca más.

Entretanto, la noche portadora de sonidos y voces empezaba a replegarse, y cada vez llegaban más tenues los salmos de *Panama Ranger.* El coronel Dragasès se llevó un megáfono a la boca, y afirmándose sobre sus dos piernas de coloso, volvióse hacia el Norte, hacia las bandas que lo asediaban y gritó:

—¡Me cago en vosotros!

Luego comentó con sus acompañantes:

—Es un poco rastrero, nada original pero... exactamente lo que pienso. Por lo demás, no me he dirigido a ellos de forma expresa.

—¿A quién, entonces? —preguntó Jean Perret.

—Al porvenir, tal vez.

De las villas circundantes llegó una respuesta inmediata:

—¡Carroña! ¡Basura! ¡Cabrón! ¡Puerco! ¡Tiñoso!

—No saben decir siquiera «mierda» elegantemente —comentó el coronel.

—¡Putañero! ¡Asesino! ¡Fascista!

—Fascista —dijo el coronel—. Imperialista. Capitalista. Racista. Paracaidista. Yo mismo puedo insultarme con el sufijo «ista». ¡Eh! ¡Los de arriba! ¡Dadles las gracias de mi parte!

La ametralladora emplazada sobre el tejado de la villa dejó escapar unas cuantas ráfagas. Se disparó con bastante visibilidad, pues el día estaba amaneciendo. Se oyeron gritos coléricos seguidos por otros amortiguados de hombres heridos. El jefe de la pieza dejó caer sus prismáticos súbitamente:

—¡Dios mío! ¡Alto el fuego! —ordenó.

—¿Oué sucede? —le gritó el coronel—. ¿Acaso le está fallando también el buen humor?

—No es eso, mi coronel. ¡Por poco no me cargo a unos curas!

—¿Y eso le impresiona tanto? Dígame, ¿cómo los ha reconocido?

—¡Mírelos, mi coronel, son ésos! ¡Hace mucho tiempo que no veo unos individuos con una pinta tan evidente de curas! Están bajando por la carretera estrecha, acimut treinta y dos, distancia ochocientos metros... ¡Y marchan cantando, mi coronel! El primero lleva una especie de sombrero blanco y puntiagudo, camina bajo una sombrilla y sostiene con las dos manos un cachivache dorado!

—¡Una mitra, imbécil! Un palio. Una custodia.

XLII

Eran doce. Doce monjes benedictinos de la abadía de Fontgembar, once ancianos entecos como sarmientos pero con rostros tan seráficos como el del ángel de Reims, y un cincuentón robusto de ojos vivaces como carbunclos. Todos ellos vestidos de estameña negra. Horas antes, se habían reunido en la sala capitular para escuchar el discurso del presidente de la República y, a las 12,10 horas, el padre abad Dom Melchior de Groix, se había levantado de su solio abacial, manteniéndose muy erguido pese a la carga de sus ochenta y siete años, para decir en resumen lo siguiente:

—Hermanos míos, cuando reedificamos hace tres años los muros milenarios y sagrados de este monasterio desierto pese a las oleadas de odio que desató nuestra obra, nosotros ignorábamos todavía cuáles eran los designios de Dios al inspirarnos tal iniciativa. Hoy, en estos minutos angustiosos, cuando el Occidente cristiano afronta grandes peligros, los entrevemos claramente si tal cosa es posible. Somos los últimos monjes contemplativos de una Orden que se ha disgregado en lo cotidiano y la acción, el compromiso y los extravíos de este mundo que ha negado y olvidado una verdad esencial: el hombre pasa sólo por esta Tierra para ganar la gloria eterna. ¡Que Dios nos perdone si hay algún orgullo en esa verificación...!

Entonces se vio que una silueta abandonaba su solio entre las penumbras iluminadas apenas por unas trémulas llamas de candelabro (no había corriente eléctrica desde la víspera) y avanzaba con paso firme para terminar arrodillándose a los pies del padre abad. Era el más joven de los caducos monjes, Dom Paul Pinet, prior de Fontgembar. Disciplinando la mirada, dejando caer los párpados, dijo:

—Hay orgullo, padre. En nombre del Cristo muerto por todos los hombres os suplico en última instancia que renunciéis a ello.

—Contradiciendo todas mis esperanzas, Dios ha conservado mi vida hasta este día excepcional —respondió el abad—. Sus razones habrá tenido. Hermano Paul, sé que desaprobaréis mis decisiones y ca-

lificaréis de pueril o vano lo que voy a ordenar. ¿Queréis que os exima provisionalmente de vuestro voto de obediencia?

El origen de esta historia no se remontaba a fechas demasiado lejanas. Dom Belchior de Groix pertenecía a una familia en la que las altas finanzas y la aristocracia se entendían muy bien desde un siglo atrás. Así, pues, cuando decidió restaurar Fontgembar, en el Esterel, auxiliado por algunos viejos monjes disidentes y calificados de integristas, no le faltó asistencia. Diversos reyes del azúcar, del ramo textil y la Banca abrieron generosamente sus cajas fuertes. Se mencionaron mil millones de francos antiguos —cifra probable— y hasta tres mil millones, pues los obispos de Francia no tuvieron reparos en exagerar la suma y acreditar tal exageración al unísono. «¿De dónde proviene ese dinero?», escribieron en una carta pastoral que causó cierto revuelo. «¿Cuáles son los poderes financieros que respaldan a Dom Melchior de Groix? Convendría averiguar el cómo y el porqué de tales gastos cuando otras voces proclaman doloridas desde hace meses la miseria del Ganges, de Brasil, del Tercer Mundo...» La Prensa se entremetió al punto, luego la opinión pública. Ante los micrófonos de Est-Radio, Albert Durfort manifestó: «¡El voto de pobreza a ese precio me hace reír!» Apenas se abrió Fontgembar a la vida monástica, los periodistas lo sitiaron, las máquinas fotográficas y cámaras de Televisión lo señalaron como índices acusadores. Seguidamente acamparon bajo los altos muros millares de jóvenes acaudillados por numerosos sacerdotes, y, empuñando aspersorios de pintura, macularon con sus maldiciones los edificios recién restaurados. «¡Pueblo —se leía, incluso a gran distancia, pues las letras rojas tenían un tamaño inmenso—, el oro que fluye de esos muros es producto de tu sudor!» Dando muestras de gran coraje, Dom Melchior afrontó esos ataques aunque una sola vez. Hizo abrir las puertas de la sala capitular para dar paso a una caterva encrespada en la que predominaban los hombres de pluma, los del celuloide y los de la cruz en el reverso de las solapas. Ante ellos dijo simplemente:

—Estimo que entre las diversas obras en las que me ha permitido participar el Señor, esta fundación es una de las más útiles...

—¡El Señor! ¡El Señor! ¡Menudo rostro! —clamaron algunas voces—. ¡Nombres! ¡Nombres!

El abad prosiguió como si no hubiera oído nada:

—Ojalá que este monasterio reconstruido y restaurado con mucho amor...

Voces altisonantes:

—¡Amor al prójimo, sin duda!

—¡Amor venal! ¡Prostitución al capital!

—...contribuya a desarrollar el concepto de Dios entre los hombres...

—¡Más valdría desarrollar el concepto del hombre en Dios! —clamó el padre Agnellu, quien a todas luces había querido estar presente para no perder la ocasión de meter baza.

—Hermano —contestó esta vez Dom Melchior—, en este mundo sólo puede impresionarnos lo bello, usted debería saberlo. Nuestro afán es vivir en la pobreza auténtica y proporcionar a una importante comunidad benedictina los medios para la contemplación. Al parecer, esta obra suscita controversias. ¿Acaso no las ha suscitado siempre la obra de Dios?

Tales palabras desencadenaron un fenomenal abucheo que el anciano Melchior acogió con actitud despectiva. Cuando cayó de rodillas durante unos segundos ante el gentío, nadie comprendió al verle levantarse que él mismo se había infligido una penitencia por falta de caridad cristiana, pero el gesto causó impresión. Fue entonces cuando se asestó el golpe más duro aprovechando aquel silencio propicio. Una voz calmosa y grave, claramente reprimida para aumentar la eficacia:

—Padre, ustedes son once monjes de Fontgembar y nunca superarán esa cifra; luego la muerte segará vidas que no serán remplazadas jamás, pues ya atenderá a ello personalmente el Superior general de la Orden. Nosotros distamos mucho de la importante comunidad benedictina que parece serviros de pretexto y coartada. Hagamos cálculos, entonces. Tomemos la suma mínima entre todas las que se han mencionado: mil millones de francos. Para once monjes. Eso representa más de noventa millones por monje. ¡Noventa millones para vivir en la pobreza se nos antojan demasiados millones! Eso no es un pecado venial, créame, padre...

Estas últimas frases sirvieron como titular para *La Pensée Nouvelle* sobre un fondo singular, el campanario gótico de Fontgembar, porque *Clément Dio* era aficionado a esos golpes bajos. El interpelante fue Dom Paul Pinet, también benedictino, algo así como un *missi dominici* del Superior general de la Orden, recién llegado de Roma. Pues Su Santidad Benedicto XVI, profundamente consternado, había exigido medidas muy severas: devolución de Fontgembar y su inmenso dominio al pueblo en la forma, por ejemplo, de comunidad agrícola abierta a los jóvenes de cualquier confesión u origen. Esta idea era de Dom Pinet, quien había politizado ya todo el Estado de Bahía, Brasil, secularizando los

monasterios de la Orden; dispersión de monjes y dimisión del padre abad. En la víspera, Dom Groix había respuesto con un no rotundo a esas demandas... Y ahora, apenas hubo formulado Dom Pinet su acusación de pecado, el viejo Melchior ordenó con una voz que sorprendió por su potencia:

—¡Salgan todos!

Y todos salieron. Ante las puertas de la abadía, cerradas ya a cal y canto, muchos se preguntaron sorprendidos cómo habrían salido dócilmente los primeros cuando habían ido allí con una sola finalidad: ocupar Fontgembar. Luego el asunto sufrió un súbito cambio, aunque cierto sacerdote campesino profetizara:

—¡Terminarán reventando!

Más tarde, los monjes de Fontgembar resultaron ser doce. Pocos meses después de aquella famosa imprecación «¡Eso no es un pecado venial!». Dom Paul Pinet se presentó en el monasterio. Se ignora todo cuanto pudieran decirse esos dos hombres tan diferentes y cómo llegaron a una especie de convenio durante la larga entrevista que sostuvo el recién llegado con el padre abad: uno, monje medieval, intransigente, tan seguro de su Dios como de sí mismo; el otro, militante, anhelando la demolición para reconstruir, ajeno a lo sobrenatural, vistiendo ocasionalmente el hábito, como si fuera un pijama rayado de presidiario, en las ceremonias rememorativas (¡una vez y nunca más!), herético a juicio de Dom Melchior, para quien el propio Papa encarnaba al Anticristo. Sea como fuere, durante el capítulo vespertino, el abad pidió a sus diez estupefactos ancianos que ratificaran una extraña elección: el nombramiento de Dom Pinet como prior de Fontgembar con derechos sucesorios en la sede abacial. Es decir, el abad de Fontgembar fue, desde ese instante, un abad vitalicio. Sin duda había cedido a la inmensa presión moral ejercida por un hombre solo, esperando en secreto un juicio de Dios al término de la prueba. Y, evidentemente, Dios lo ayudó, puesto que lo mantuvo vivo, aunque enfermo y condenado, hasta el minuto de la verdad...

—No quiero que se me exonere de voto alguno —manifestó el prior—. Las circunstancias se encargarán de ello, o bien la voluntad de Dios si éste es vuestro lenguaje.

—Está bien. Regrese a su lugar, hermano —dijo el abad.

Luego abrió el gran libro del Nuevo Testamento por una página marcada con cinta de seda y habló:

—Hermanos, en la aurora de este día yo quisiera haceros rememorar el capítulo XX del Apocalipsis:

«Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; sobre ellos no tendrá poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él por mil años.» Así hablaba san Juan de la gracia que acompañaba al pueblo de Dios por el duro camino de la vida para conducirlo hasta la vida eterna y la felicidad del conocimiento total. Pero el tiempo de los mil años se acaba, hermanos —inclinado sobre el enorme libro, leyó pausadamente—: «Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la Tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá luego del cielo y los devorará. El diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego y azufre, donde están la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas. El que venciere heredará estas cosas, y seré su Dios y él será mi hijo. Los cobardes, los infieles, los abominables, los homicidas, los fornicadores, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.» Ha llegado el tiempo de Magog, hermanos míos —comentó el abad—. Las naciones han inundado la ciudad como arenas del mar. Los justos se pondrán en marcha y llevarán el cuerpo de Cristo hasta las fortificaciones desmanteladas. ¿Creéis poder llegar hasta la costa, hermanos míos?

Hubo muchos murmullos de aprobación. Diez ancianos decrépitos, agotados por las excesivas genuflexiones, y las vigilias, por ayunos y salmodias, autómatas místicos..., entrevieron repentinamente la posibilidad de alcanzar un fin que fuera, a la vez, liberación y explicación de una larga vida enclaustrada.

—¡Marchemos! ¡Marchemos! —balbucearon.

Los más acabados habían olvidado ya en qué siglo vivían. Los otros soñaban, mientras la noche congelaba el flanco de su celda batido por el temporal, en un Dios piadoso que les abría los brazos. ¡Por fin se brindaba la oportunidad de marchar..., marchar hacia el desenlace! Profundamente consternado, Dom Pinet alzó la cabeza e intentó razonar con ellos:

—Demencia, orgullo, senilidad —dijo—. No se debe provocar a Dios. No ha habido jamás signo alguno. Dios no responderá. Nunca ha respondido de

esa forma. La locura os induce a imaginar esas quimeras. En el peor de los casos, traicionaréis la imagen que os habéis formado de Dios. Pero, ¿qué esperáis en definitiva? ¿Detener a la multitud alzando la Hostia? ¿Como en aquellos tiempos ilusorios cuando la peste negra aniquilaba al obispo dentro de la propia catedral mientras solicitaba solemnemente la protección de Dios?

Diciendo esto tartamudeó un poco. Se enredó también lo suyo con sus argumentos, pues le pareció inconcebible rebajarse hasta un debate semejante intentando hacer razonar a unos viejos obtusos que se comportaban como niños de tres años. Le faltó muy poco para enrojecer de vergüenza.

—¿Ha concluido ya, hermano? —preguntó el abad.

Dom Pinet quedó cabizbajo, anonadado. ¡Evidentemente había concluido! ¿Acaso se podía añadir algo ante aquel muro de obstinación?

—En tal caso —prosiguió el abad—, como usted es el más joven y vigoroso de todos nosotros llevará la custodia hasta el litoral. Temo no tener suficientes fuerzas, y nuestros hermanos deberán concentrar todas sus energías para descender por ese largo camino. Tenemos suerte, la luna brilla y nos iluminará... *Exaudi nos, Domine*, Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno, dignaos enviar desde el cielo vuestro Ángel santo: que él sea guardián, apoyo, protector y defensor de todos cuantos se reúnen en este paraje. *Per Christum Dominum nostrum. Amen.*

Apenas salieron, los envolvió una calma mortal. Todo eran sombras, incluso la pequeña aldea vecina situada en el fondo del valle, cuyas luces brillaban usualmente durante la noche. Ni un solo pincel luminoso serpenteaba por los abundantes recodos de la cercana carretera nacional, cuando, de ordinario, el tránsito automovilístico era incesante. No se oía ni uno de esos ruidos familiares que incluso a la hora de dormir denotan que la vida está haciendo sólo una pausa. Allí no había ya vida.

La comitiva atravesó poblados desiertos, poblados de viticultores aferrados a los flancos de la montaña, sólidos y herméticos como fortalezas, poblados que, en los peores momentos de las incursiones berberiscas, se habían erizado de picas y ballestas mientras las campanas tocaban a rebato y las mujeres oraban con el cura; entretanto los hombres combatían hasta la victoria o la muerte. Pero ahora los nietos de sus nietos habían huido sin dejar rastro de su paso por la tierra salvo los viñedos heredados e imperecederos, un bosque de antenas de televisión sobre los tejados, tres *babv-foot* y la exposición itinerante de caricaturas satíricas del periódico *La Gre-*

nouille en el Hogar cultural de la Juventud, único edificio con puertas y cerrojos abiertos, un olvido de la población; ello evidenciaba que ésta no le tenía gran afecto y lo abandonaba sin conmoverse o, por lo menos, conceptuándolo como parte del fuego. «Todos nosotros somos Hombres del Ganges», se leía en un trozo de tela de algodón colocado en la entrada. ¡Así jugaban los niños del siglo en lugar de golpear la pelota, vestir la muñeca o coger setas! Y más arriba, en otro pedazo de tela: «¡Libertad Fontgembar! ¡Basta de monjes capitalistas!» Encantadores pequeñuelos... Los cabezas de familia habían permitido que los rapaces y sus manipuladores jugaran con el odio; sólo habían ejercido su autoridad para embarcar a la progenie en el auto y salir disparados.

Mientras caminaban a lo largo de la carretera nacional, los viejos monjes cantaron o más bien farfullaron en gregoriano, pero ello les ayudó a marchar colocando cautelosamente un pie delante del otro, pues no podían con su alma. Entonaron una cosa casi tan irracional como la canción titulada *En la tropa no hay patas de palo,* pero más adaptable a su condición y, además, conocida de memoria: la letanía de los santos. ¡Interminable! *Sancte Petre, ora pro nobis, Sancte Paule, ora pro nobis...* Y grandes cantidades de santos desterrados desde hacía mucho tiempo del panteón oficial romano: san Nicolás de los niños pequeños, san Jorge del Dragón, san Antonio de los objetos perdidos, santa Pulqueria de la fecundidad recobrada, san Méloir de las tempestades aplacadas... A la cabeza del cortejo Dom Pinet, aferrando con manos crispadas la custodia y apretando los dientes, sospechó que el padre abad añadía e inventaba santos como si hubiese ideado un Dios a su medida.

—¡San Batitiano! —clamó el abad.

—*Ora pro nobis!* —respondieron los viejos chochos.

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo Dom Melchior. Inventaba al ritmo de sus pasos mientras sonreía para sí como si estuviera haciendo una buena jugarreta a todos los ayos del Sínodo. Cuando, por ejemplo, pasaba ante una fuente que en su opinión necesitaba un santo protector de todas las fuentes, lo imaginaba al instante: san Batitiano. Los pies le dolían. ¿Quién curaba las uñas encarnadas? ¡San Pedratón! Aquello le divertía mucho. ¡Cuántos santos insospechados había! Ello concordaba con su estilo. ¿Acaso no estaba coleccionando, en un aposento del monasterio, todos los horrores sulpicianos descubiertos en las iglesias regionales, incluyendo los

correspondientes exvotos? Los cuidaba amorosamente y les hacía una visita cada tarde. Algunas veces se arrodillaba ante tal o cual estatuilla y oraba sonriente mientras que Dom Pinet, testigo mudo de aquellas escenas, meditaba sobre los estragos de la senilidad. Sin embargo, cierto día el prior preguntó:

—¿Piensa verdaderamente conservarlos durante mucho tiempo?

A lo cual respondió Dom Melchior:

—Mientras no se los remplace. Son espantosos, en efecto. Pero los curas actuales, con su alma excesivamente proletaria, no pueden tener buen gusto. Dicen que no se han dado cuenta, pero eso es falso. Ellos han querido matar al santo, no a la estatua...

Siguieron en la letanía de los santos todas las Vírgenes desterradas de los cuadros por desviacionismo mariano y todos los arcángeles míticos, portadores de espadas y teas flamígeras y con alas mal recortadas sobre la mesa de operaciones del ecumenismo. Pero se los movilizó a todos, poco importó que fueran auténticos o falsos. Cuando se aproximaban a los arrabales de una pequeña ciudad costera, el abad sintió la necesidad de tomar un respiro. Dio la señal de alto, pero ninguno de los vacilantes ancianos quiso sentarse en tierra ante el Santo Sacramento. Además, si lo hubieran hecho, no habrían podido levantarse otra vez. Así, pues, se quedaron plantados allí como bobos, tosiendo, escupiendo, babeando, con mirada perdida y constantes tambaleos. Parecían una mezquina arboleda, fuliginosa y monda, batida por todos los vientos.

Abandonada por sus habitantes, la pequeña ciudad conservaba sólo su odio. Era legible en todas partes. «Dinero = Pecado mortal», se leía sobre la fachada del paraninfo anexo a la parroquia. Y en los altos muros que circundaban las viviendas de los adinerados: «Muera la burguesía capitalista.» A diferencia de otras casas más modestas, cuyas puertas y contraventanas estaban cuidadosamente cerradas, aquellas residencias semejaban un campo de batalla: ventanas arrancadas, vidrios rotos, mobiliario destrozado sobre el césped, colchones destripados colgando lastimosamente de las barandillas, flores aplastadas en los jardines. Las tropas de *Panama Ranger* no habían pasado por allí. Fue simplemente la población. Observando que los ricos huían los primeros, cargando muchas más maletas en automóviles mucho más grandes, aquéllos mucho más numerosos pero con menos equipaje y vehículos menos aparatosos, se enfurecieron. Antes de marcharse dedicaron una hora a la venganza. Un festival muy sombrío, pues todos ellos tenían prisa. No les quedó siquiera tiempo para

reír, cantar o bailar la Carmañola en torno a las fogatas en las que ardían los bienes del opulento, como ocurriera cuando imperaba la madre de todas las revoluciones. Con el canguelo en las tripas y el odio en el corazón sólo pudieron hacer chapuzas. No tuvieron siquiera energías para apropiarse el mito libertario del Ganjes y forjar con él un ariete, una espada, una fe. La coz aviesa antes de partir, sin riesgo alguno y, luego, la huida hacia el Norte, cada cual para sí y que revienten los ricos; pero, ¿quién les daría ahora una ocupación, una faena...? Bien sabía Dios que durante aquellas últimas horas ellos habían celebrado conferencias con jefes negros en las pequeñas fábricas que les permitían vivir mejor o peor... ¡más bien peor! Las paredes rebosaban de consignas todavía frescas: «¡Proletarios, pueblo del Ganges, todos unidos en la libertad! ¡No más patronos! ¡Las fábricas para los trabajadores...!» Y, a fin de cuentas, desbandada, pánico, desolación.

—Me pregunto —dijo el padre abad examinando bajo la luna aquella logomaquia mural— por qué no se han aprovechado de una vez. Cuando se adoptan ciertas actitudes no se debería perder la ocasión para sustentarlas. Quien no lo haga así, no es hombre.

Los padres reanudaron su marcha, dando trompicones a lo largo de las aceras. Más de un monje cayó, ensangrentándose las manos con el roce brutal del asfalto, pero todos los caídos se levantaron auxiliados por el abad, quien parecía conservar todas sus fuerzas. Aparecieron también chichones sangrantes en la frente de uno u otro.

—¡Bonito calvario! —comentó Dom Melchior sonriendo, como si estuviera recibiendo un don del cielo.

Cuando cesaron de ensalzar con sus cánticos a los santos del paraíso, los decrépitos ancianos parecieron no comprender nada todavía, y preguntaron con tono quejoso, como niños cansados:

—Padre, ¿queda todavía mucho? ¿Llegaremos pronto?

Una vez pasada la última fábrica al salir del pueblo, en un sendero entre pinares, Dom Paul Pinet, que marchaba en cabeza, se detuvo bruscamente y, dando media vuelta, enfrentóse con el cortejo. Entonces se entabló el diálogo más extraño que hayan sostenido jamás un monje portador del Santo Sacramento, la Hostia blanca en el corazón de un sol rutilante, y un abad mitrado.

—Padre —dijo el prior—, debemos suspender esta carnavalada. Es tan indigna de vos como de mí. Deshonra a los desdichados que arrastráis con vos cual un rebaño caduco. Sólo les anima una faceta del es-

píritu por vuestra propia voluntad. Con el tiempo he llegado a conoceros. ¿Cuándo perdisteis la fe?

El abad sonrió y repuso con tono afectuoso:

—Hermano Paul, no deberíais pronunciar semejantes palabras. Estáis llevando el cuerpo de Cristo.

—¡Está bien! ¡Entonces cogedlo vos! Es vuestro turno. La costa no se hallaba lejos. ¡Y qué importa esto! —Así diciendo, tendió la custodia a su interlocutor—. Ahí no hay nada, salvo una ilusión.

Sin hacer el menor gesto, Dom Melchior fijó los ojos en la Hostia y repuso:

—¡Como si yo no lo hubiera sabido durante toda mi vida! No puedo haber perdido la fe, pues jamás la he tenido, a semejanza de nuestros mejores clérigos y nuestros más célebres pontífices. La fe tortura a Benedicto XVI; no hay duda alguna, a juzgar por los estragos causados. Pues la verdadera fe, la que mueve montañas, es inexistente. O, más bien, es una actitud, y nada hay tan poderoso como una actitud. Yo quisiera haber...

No acabó la frase. En ese instante, un hombre surgió del pinar donde parecía haber descansado tras una larga marcha. Un individuo joven, ataviado con pantalón de pana y cazadora de gamuza. Largos cabellos rizados, rostro atractivo a pesar de la fatiga que desfiguraba sus correctas facciones.

—Si me lo permite, padre, yo llevaré el Cristo hasta la costa o hasta donde quiera llevarlo.

—¿Es usted sacerdote?

—Lo soy.

—¿Cómo se llama?

—Pierre Chassal.

—¡El abate Chassal! —exclamó Dom Pinet, quien había estado observando sin pestañear al joven—. ¡No hará usted tal cosa! ¡No pretenderá renegar hoy precisamente!

Pocos años antes, el abate Chassal había ganado celebridad. Siendo un joven sacerdote con magnífico porvenir, se había casado en el Arzobispado de París con una chica elegante y bonita perteneciente a una familia parisiense muy moderna, y la moda se había apoderado de ambos para presentarlos como la pareja ideal de la Iglesia progresista. Actuando cual esposa de cura, Lidia había inventado un estilo exclusivo. Se la fotografiaba mucho, especialmente en actitudes eróticas, con largas melenas sobre la espalda, largas faldas y botas negras para dar la impresión de que su abate le inspiraba un gran amor carnal. Él pregonaba su felicidad de sacerdote casado.

—Para mí —solía decir—, el camino hacia Cristo pasa por Lidia.

Y lo creía así, hasta el punto de escribirlo. Su firma se veía en numerosos periódicos. Publicaba libros, concedía entrevistas a la Radio y a la Televisión. Portaestandarte de la nueva Iglesia, animado por el arzobispo, recalcaba el sacerdocio referido a Lidia, luego la Iglesia y la fe... Muchos lo imitaron con más o menos talento, casándose con muchachas vulgares, insípidas, mal vestidas, hijas de párrocos entre las cuales Lidia era una reina. De pronto, un buen día se hizo el silencio. Nadie vio más a la famosa pareja. No se oyó hablar más del abate Chassal. Un cura engañado, ocultándose del mundo, vegetando en una sórdida comunidad parroquial de los suburbios...

—Precisamente hoy día —respondió el joven sacerdote— todos somos renegados más o menos. Nos ha llegado el momento de buscar nuestro verdadero lugar.

—¡Pero... esta mascarada...! —exclamó el prior.

—He representado otras muchas durante varios años. Ésta me resarcirá de las demás. Más vale expirar con gallardía.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Dom Melchior.

—Como muchos otros sacerdotes he venido a la costa para celebrar el signo libertario: un millón de cristos a bordo de esos barcos que resucitarán esta mañana con el alba de un mundo nuevo y justo... Éramos cinco en mi coche. A pocos kilómetros de aquí se acabó la gasolina. Proseguimos andando. Les hemos visto pasar por ese pueblo donde buscábamos algo comestible. Entonces he dicho a los otros: «Continuad sin mí, más tarde me reuniré con vosotros. Yo quiero seguirles. Quiero ver cómo muere el pasado.» Así, pues, los he seguido y ahora me siento muy emocionado.

Lo que no dijo fue que, durante todo ese camino, su propia situación le emocionó tanto como aquel lastimoso grupo de benedictinos decrépitos marchando titubeantes por el itinerario de la cruzada postrera.

—¡Lidia! ¡Lidia! —gemía—. ¿Por qué me has abandonado?

Pero cada vez que se desplomaba un viejo monje y la sangre brotaba de su frente, humedeciendo una mejilla sumida y grisácea, Lidia se esfumaba. Por fin la había olvidado totalmente y en su ser renacía la paz.

—¿Ha oído usted lo que decíamos hace unos momentos Dom Paul y yo? —inquirió el abad.

—Lo he oído.

—¿Y eso no le induce a distanciarse de nosotros?

—No. Más bien ha servido para explicarme cómo siento yo.

—¿Acaso ha perdido también la fe?

—Probablemente..., si es que la he tenido alguna vez. Pero jamás he experimentado tanta dicha y apacibilidad como esta mañana. Sin duda mi proceder fue erróneo.

—Arrodíllese, hermano. Quiero darle mi bendición. Luego sustituiréis al hermano Paul, pues ha llegado el momento de separarnos. Él conserva la fe, pero no cree ya en Cristo Todopoderoso representado por la Hostia. Que vaya, pues, a adorar otros cristos. Nosotros conservaremos el nuestro, porque es el único que nos conviene. Y si no nos auxiliara ningún signo divino en el último momento..., ¡qué importa! Al menos habremos sido leales con nosotros mismos. *Benedicat vos omnipotens Deus...*

Cuando el joven se levantó, Dom Pinet le puso la custodia en las manos con gesto airado, giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas sin decir palabra.

—¡Hermano Paul! —le llamó el abad—. ¿No queréis darme un abrazo antes de abandonarnos?

El otro se detuvo petrificado. Les dio la espalda como si le acometiera un vendaval.

—No necesitamos encastillarnos —prosiguió el abad—. Sólo hace falta desempeñar el papel hasta su fin, tal como ha sido escrito. Nosotros somos la Iglesia de los últimos días. No más nutrida que en sus comienzos. Y si habéis decidido desembarazaros de nosotros, según os propusisteis desde vuestra llegada, mejor será que mantengáis vuestro papel y me deis el abrazo de la despedida pacífica.

Durante aquellos días finales, la Iglesia se lamentó sin comprender nada. Uno se lavó los pies ensangrentados por la marcha, ensimismado. Otro murmuró trozos de oraciones, lo poco salvado tras el naufragio de su memoria. Un tercero sonrió a los ángeles mientras su vecino lloraba sin saber dónde se encontraba, cual un niño perdido. Y todos se lamentaron por turno:

—¡Padre! ¿Queda mucho todavía? ¿Llegaremos pronto allí?

Al escuchar aquellas voces, Dom Pinet se encogió de hombros y alejóse corriendo por la carretera. La típica huida hacia delante. Ruptura de contactos con el pretérito. Todo tiene su principio y su fin. Corrió como un demente, como si le hubiera perseguido la jauría de los veinte siglos periclitados y temiera que le dieran alcance todavía. La carretera descendía hacia el mar. Llegado a las primeras villas costeras se detuvo sin aliento y pronto le rodeó una turba de

jóvenes harapientos que lo contemplaron con expresión burlona. Algunos husmearon como el perro que descubre un nuevo olor. Éstos pertenecían a una compañía teatral que se había desentendido del verbo para expresarse exclusivamente al estilo animal: así traducían su perplejidad. Una chica muy cetrina con largas melenas sobre la espalda y grandes ojeras que le comían el rostro, exclamó:

—¡Tal como vas vestido, bonito monje, llevarás sin duda un antiguos rosario con enormes cuentas de madera!

Lo llevaba, efectivamente. Y lo exhibió con un gesto maquinal.

—¡Pistonudo! —gritó la muchacha, convirtiéndolo al instante en collar.

Un joven gigantesco y sonriente se abrió paso entre los densos grupos.

—¡Fíjese, *Panama*! —exclamó un rapaz—. ¡Mira lo que nos ha llegado! ¡Un cura!

—¡Vaya por Dios! —exclamó irónicamente *Panama Ranger*—. No es de lo que más escasea por estos andurriales. Pero no va uniformado. ¿Es usted un cura auténtico? ¿No se dedica al besuqueo entre misa y misa? ¿Qué viene a hacer aquí?

—Lo mismo que usted —respondió Dom Pinet—. Recibir a los que desembarcan. No lejos de aquí hay una gran abadía vacía con inmensos campos alrededor. De allí provengo y allí conduciré a los famélicos.

Se le dedicó una ovación, pero, al parecer, aquel jolgorio le entristeció.

—Escucha, monje de mi vida —dijo la muchacha cetrina cogiéndole la mano—. Yo sé bien lo que te falta. No eres demasiado viejo y, además, me pareces guapo con esos ojazos tan negros. Y mírame, todos mis collares están hechos con rosarios. Cuando yo hago el amor, somos tres, es decir, el chico puede besar la cruz entre mis pechos. Me llamo Lidia, y adoro a todos los curas. No nos queda mucho tiempo. ¡Vamos, ven a hacer el amor conmigo! ¡Te lo has merecido!

La turba se abrió para darles paso. Todos sonrientes, amigables, fraternales. Quizá sea necesario, se dijo pensativamente Dom Pinet, todo tiene su principio y su fin. La mano de Lidia cogió dulcemente la suya. Se dijo que aquello no era indecoroso en modo alguno. Sin embargo, no consiguió responder a todas aquellas sonrisas, sus labios se tensaron con el esfuerzo, la corriente de júbilo no circuló en su interior, la savia no pudo hacerle renacer.

—¿Qué te pasa, cura? —inquirió *Panama Ranger*—. Pareces inquieto. Somos compinches tuyos

Nadie se burla de ti. Y si eres virgen, no te preocupes. Lidia te dará lecciones. ¿No será esa indumentaria lo que te molesta? ¡Cuelga los hábitos, fraile, cuelga los hábitos! Apenas apunte el día, esas vestiduras perderán su significado.

Dom Pinet enrojeció.

—No es eso precisamente —contestó haciendo un esfuerzo—. Pero... dentro de breves minutos llegarán doce monjes, muy viejos, en procesión tras el Santo Sacramento. El de cabeza se toca con una mitra episcopal.

—¿Y qué diablos vienen a hacer aquí?

—Dicen que la Hostia impedirá el desembarco.

Chicos y chicas estallaron en risotadas. Evidentemente, la sugerencia les divirtió mucho.

—Dejar de reír como cretinos —les imprecó *Panama Ranger*—. Esa historia es interesante. ¿Por qué burlarse? Y tú, cura, ¿crees en ella?

—No.

—¿Y ellos? ¿Creen lo que dicen?

—Tampoco.

—Entonces no lo entiendo —dijo *Panama Ranger*—. Pero si nadie cree en ello, dejémoslo estar. Y tú, ocúpate de Lidia. No hay por qué agitarse. ¿Cuál es la pega ahora?

—Es preciso detenerlos. No se les debe dejar llegar hasta la playa.

—Ahora creo comprenderte —dijo *Panama Ranger*—. No estás vacunado todavía. Has hecho lo que pudiste... pero parece algo tarde para ti. Te ayudaremos. Quieres que corte el hilo de tus remordimientos. ¡Bien! ¡Lo cortaremos! Tus viejos camaradas no pasarán. ¡Ahora lárgate! ¡Al catre, cura! Si sabes arreglártelas, los indios y tu esperma saldrán disparados al mismo tiempo, ya lo verás. Hoy naces otra vez. Me parece verte ya en la abadía con Lidia y todos esos tipos del Ganges. Enviaremos algunos chavales para ayudarte.

En aquel instante les llegó de la costa cercana una voz metálica y potente, amplificada por un megáfono:

—¡Me cago en vosotros!

—¡Es Dragasès! —exclamó *Panama Ranger*—. ¡Que aproveche su tiempo ese puerco! Pronto se encontrará solo y entonces cerrará la boca.

De todas las villas circundantes surgió la respuesta sin tardanza. Como lactantes ensanchando sus pulmones, chicos y chicas aullaron:

—¡Carroña! ¡Basura! ¡Cabrón! ¡Puerco! ¡Tiñoso! ¡Putañero! ¡Asesino! ¡Fascista!

Una ametralladora sobre el tejado de la villa de Dragasès abrió fuego. Algunas ráfagas cortas.

—¡Cabestro! —gruñó *Panama Ranger*—. ¡No se le han caído todavía los dientes!

Poniéndose a cubierto tras el muro de un jardín, observó la carretera desierta donde habían estado todos pocos momentos antes. Apenas restallaron los primeros disparos, la banda se dispersó dejando sobre el asfalto una docena de heridos que gemían llamando a sus madres. Algunos reptaron como caracoles buscando la sombra y dejaron un largo rastro de sangre. Erguido entre los yacientes, Dom Pinet pareció tan estático como una estatua, pero apretaba la mano de Lidia con tanta fuerza que nada habría podido separarlas. La muchacha se estremeció y, por fin, empezó a gritar.

—¡Por Dios! —vociferó *Panaman Ranger*—. ¿Qué esperáis ahí vosotros dos? ¿Lo estás haciendo adrede, cura? ¡Estáis pidiendo a gritos que os tumben patas arriba!

Cuando la ametralladora soltó una última ráfaga, todos comprendieron que aquel cura se había librado al fin de su conciencia. El cuerpo se arqueó un instante con el impacto de las balas, luego se desmadejó, desplomándose mientras su mano se abría dejando libre la de Lidia.

—¡Lidia! —gritó una vez más *Panama Ranger*—. ¡Tírate al suelo!

No fue necesario. La ametralladora enmudeció. Mientras tanto, algo más arriba, en la carretera, avanzaba el cortejo de viejos monjes. Habían desplegado un palio de seda con franja dorada bajo el cual marchaba el padre abad sujetando con firmeza la custodia. Iban cantando. *Sancte Paule, Sancte Petre...* Pero, esta vez, santos auténticos exclusivamente. Para el camino que les quedaba, era suficiente la exigua falange de santos todavía incólumes. Estaban casi al alcance de su meta, pero ni Pedratón ni Batiniano pudieron auxiliarlos a la hora de la verdad. Desfilaron entre dos hileras de jóvenes silenciosos, cuyos rostros —por lo menos algunos— expresaron un respeto verdaderamente inédito. Los más generosos dudaron de sí mismos, pues el espectáculo de una causa perdida agita siempre los mejores sentimientos de la juventud. Aunque esa causa perdida era también la suya, fueron muy pocos quienes percibieron la revelación. En cualquier caso, era demasiado tarde para hacerlo, y quizá fuera mejor así, puesto que Dom Melchior no creía ya en nada y semejaba sencillamente un trompo inerte lanzado dos mil años atrás que pronto cesaría de girar.

Por fin se rompió el silencio, y con una especie de fervor participante que muchos empezaron a creer malsano. El abad se detuvo un instante ante el ca-

dáver de Paul Pinet. Los más próximos le oyeron murmurar:

—Más le valiera a este hombre no haber nacido...

—¡Ah, eso no! —exclamó alguien—. ¡Aquí no se toleran tales palabras!

Las palabras de Cristo antes de la Cena, cuando hubo anunciado ya a los apóstoles que uno de los doce lo traicionaría. Para comprender el Evangelio, nada mejor que un religioso ex claustrado, porque Dios sabe que ellos buscan sin cesar una justificación. Y otro agregó:

—¡Eh, monjes de Fontgembar! ¡Falsos cristianos! ¡Sepulcros blanqueados! ¡Lacayos del capital! ¡Viejos gorrinos!

No es difícil calcular el gradiente de las injurias. Los nuevos sacerdotes estaban adentrándose en su siglo, en el que se sentían mucho más seguros. Se lanzaban gritos desde todas partes. El odio había tolerado tan sólo una breve pausa, pues cuando se adhiere a la piel y agarrota el corazón no se deja dominar fácilmente.

—¡Cerrad esos picos! —vociferó *Panama Ranger*—. ¡Dejadlos pasar!

Volviéndose hacia la villa de los militares, utilizó las manos como altavoz y gritó:

—¡Dragasès! ¡Cabrón de mi alma! ¡Te enviamos refuerzos!

Aquellos refuerzos desataron la hilaridad de la banda. Los doce se alejaron perseguidos por las carcajadas, dando tropezones como autómatas desajustados. Varias guitarras irónicas le dieron acompañamiento interpretando melodías negras sincopadas; era realmente cómico contemplar a aquella procesión titubeante, viejo tras viejo, dando traspiés, resbalando, yéndose de cabeza pero recuperándose a tiempo, siguiendo a todo trance el ritmo, como esos muñecos grotescos de movimientos epilépticos en algunas cajas de música antiguas. El abate Chassal marchaba a la cabeza, pero él no tropezaba. Oraba con manos unidas. A ratos echaba una ojeada por encima del hombro para comprobar si el padre abad necesitaba relevo, pero éste tampoco cejaba y mantenía bien alta la custodia. Fue al volverse por última vez —los centinelas de Dragasès se dejaban ver ya en el punto final de la carretera— cuando su mirada se cruzó con la de Lidia. Entretando, las guitarras se habían retirado, una escolta irrisoria que daba media vuelta en la frontera e interpretaba una musiquilla burlona, pero Lidia no las siguió. Quedó allí en el camino, sola, perpleja e inmóvil, como si no hubiera captado el sentido de algún detalle. Entonces él la reconoció para olvidarla al instante. Las largas

noches pasadas en brazos de aquella mujer, la misa tras aquel rato de amor, el rostro de Lidia superpuesto a la Hostia cuando él se inclinaba sobre el altar en el momento de la consagración..., pues bien, nada de eso había existido jamás. Pierre Chassal oró. No supo por quién ni por qué, pero sí descubrió, al fin, que se le había llamado con alguna finalidad y que, si Dios existía, Lidia había sido creada exclusivamente para tentarlo. Lidia, el Ganges, sus extravíos pretéritos, la liberación ilusoria del hombre..., todo se mezcló ahora en una inmensa tentación que él rechazó sin alterarse. Ocurre no raras veces que las causas perdidas, quizá perniciosas o conceptuadas como tal, encuentran en el último instante unos campeones inesperados y resueltos aunque sin motivos aparentes, cuyo sacrificio redime todo cuanto se creía nocivo y justifica todo cuanto se pretendía eliminar, y entonces uno se dice «tal vez tuvieran razón», pero este reconocimiento llega demasiado tarde, pues la rueda ha girado ya. La Historia está sembrada de cadáveres cuyo recuerdo no ha sido perpetuado por monumento alguno, cadáveres que, sin duda, han construido un mundo muy distinto en el reino de los muertos, donde nosotros nos encontraríamos a nuestras anchas si no nos faltara el coraje moral...

—¡Sed bien venidos! —exclamó una voz encumbrada, como si cayera del techo—. Pero, ¿adónde os proponéis ir?

Erguido y esparrancado sobre la terraza de su villa, los puños en las caderas como si el mundo le perteneciera, el coronel Dragasès contempló a la reducida y exhausta tropa. Como los monjes no se detuvieran, ni levantaran la cabeza, ni parecieran descubrir siquiera la presencia de los soldados, él los llamó:

—¡Eh, padre! La playa está a cincuenta metros. Si ellos desembarcaran de improviso, los arrollarían, y nosotros no podríamos hacer nada para evitarlo. ¡No sigan adelante!, ¡es un suicidio!

Pero ellos prosiguieron su marcha como fantasmas. Dejaron de cantar. Tampoco se lamentaron. Sólo se deslizaron. No se oyó siquiera el roce de sus pies desnudos con la grava del camino. Mientras tanto, el sol se había levantado y sus rayos horizontales hacían llamear el oro de la custodia; tanto fue así que el Santísimo Sacramento pareció fluctuar cual una bola ígnea. Sobre el mar y la playa, las villas y la campiña gravitó un silencio absoluto. Se vio pasar escuadrillas de gaviotas sin lanzar un solo chillido, mientras que, a ras del suelo, musgaños, ratones, topos y ratas abandonaban sus escondrijos

y huían a escape. Todo cuanto restaba de fauna en aquel sector costero escampó hacia el Norte..., una migración espontánea precediendo al incendio.

—Mi querido coronel —dijo el secretario de Estado, Perret—, ¿qué prevé el reglamento militar cuando una tropa empuña el Santísimo Sacramento?

—Se rinde armas y se dan unos toques de cornetín... «¡Pasa el general!» Hoy día, nadie sabe apreciar el teatro pomposo. Cada cual tiene libertad para actuar con arreglo a su conciencia, y el soldado más todavía. Uno puede hurgarse la nariz, volver la espalda o arrodillarse. Servicio a la carta.

—Pues bien, creo que yo voy a arrodillarme.

—Usted es el Gobierno, señor ministro —dijo el coronel sonriendo con los ojos... pues ambos vivían seriamente, es decir, se divertían lo suyo—. Yo sólo reconozco su autoridad. El Ejército le obedecerá.

Y aulló:

—¡Eh, los de ahí dentro, arrodíllense todos! ¡Y quienes sepan persignarse, no olviden hacerlo! La frente, el pecho, el hombro izquierdo y el hombro derecho. ¡Adelante!

Alrededor de la villa y bajo los árboles vecinos, veinte húsares y un capitán echaron rodilla a tierra. En el ala izquierda, otro capitán y seis hombres pertenecientes al comando de Marina recitaron la oración de los «paras»:

—...y danos, Señor, todo cuanto no quiera nadie.

En el ala derecha, nada. Ya no había ala derecha. Los fusiles abandonados jalonaban esa deserción final. Oculto tras la espesura, un teniente vaciló, luego se persignó y emprendió la huida siguiendo el rastro a una banda de enormes ratas. ¡El fantasma del Ejército había saludado al fantasma de la fe!

Sobre la propia costa, con agua hasta el tobillo, los monjes se detuvieron. Entre ellos y la roda encallada del *India Star* había veinte metros, y estos veinte metros de agua clara y azul, poco profunda en aquel lugar, translúcida bajo el resplandor matinal, representaba todo cuanto separaba el pasado del porvenir. El abismo entre los dos mundos se había cerrado. Para la defensa de Occidente sólo restaba ese Rubicón salino que hubiera podido atravesar a pie un niño de cinco años procurando levantar la barbilla sobre la superficie del agua. El valor de un Rubicón es solamente moral. Sus márgenes se separan o aproximan según la resolución o cobardía de los ribereños. Y éste no era una salvedad. Aquí es innecesario buscar otra explicación.

Descendiendo de su terraza, el coronel se acodó sobre la balaustrada del jardín, bordeando la playa, y aguardó. A su lado, el secretario de Estado, el

Ejército y, sobre el tejado, la última ametralladora apuntando hacia alta mar.

—Son casi las seis —dijo—. Los canacos se retrasan. En el curso de los años por venir, usted comprobará que ese retraso se irá acumulando.

Dando media vuelta, extendió la mano para señalar un punto en el flanco de la montaña vecina:

—¿Ve esa aldea? Cuando yo dé la orden para rechazar el asalto, lo cual, según calculo, no tardará mucho, reunión allá arriba. ¿Será usted de los nuestros, señor ministro?

—Claro está. Pero, ¿por qué preferir esa aldea a otra cualquiera?

—Probablemente porque me gusta. Esa aldea me ha trastornado el juicio desde lejos. ¡Fíjese cuánta armonía, cómo se adapta al paisaje! Dan ganas de vivir en ella. Y siendo imprescindible dar alguna solución a esto, tanto da elegir un decorado que nos haga felices...

Allá arriba, con el ojo pegado a su catalejo, el anciano señor Calguès sonrió. El gesto del coronel le pareció muy explícito. Y si ambos compartían los mismos pensamientos, ¿por qué asombrarse de ese entendimiento a distancia? Occidente representaba también cierta forma de pensamiento inapreciable, una connivencia entre estetas, una conspiración de castas, una indiferencia amable respecto a lo vulgar. Eran poco numerosos todavía quienes compartían tales peculiaridades, mayor razón para que la corriente circulara mejor entre ellos.

Sobre el puente del *India Star*, el niño-monstruo empezó a babear inopinadamente bajo su gorra. Y, al instante, se animó la cubierta del paquebote, una agitación formando ondas concéntricas. La masa humana cobró más densidad de improviso, pues todos se levantaron y el movimiento se comunicó a los demás navíos de la flota.

El coronel dijo:

—Ya está la cosa a punto.

¡Era demasiado instruido para pronunciar frases históricas! Y, sin embargo, recapituló todo mediante esa expresión, subrayada con un ligero saludo malicioso.

XLIII

Antaño hubo el día más largo... Éste fue el más corto. Todo se solventó en cinco minutos. Aunque el choque dejara sobre la playa una veintena de muertos, repartidos equitativamente, no se pudo hablar de batalla, combate o siquiera escaramuza. Fue, sin duda, la guerra total menos mortífera de toda la Historia universal. Lo que recordaron sobre todo los escasos testigos occidentales que accedieron más tarde a soportar el interrogatorio de los historiadores fue el olor. Sólo hubo una palabra para describirlo: «¡Apestoso! ¡Apestaba tanto que no había quien lo soportara!» Cuando aquel millón de hombres, mujeres y niños, escabechados en mugre y heces desde Calcuta, se levantaron de golpe sobre las cubiertas; cuando todos habían rezumado sudor en las lóbregas bodegas macerándose con la orina y el mal aliento de los desnutridos, emergieron de forma multitudinaria por las escotillas bajo el sol, la hediondez se hizo tan densa que pareció casi visible. Se elevó cual un vendaval procedente del Sur, un viento cálido anunciando tempestad; se tuvo la impresión de que un monstruo casi putrefacto alentaba abriendo las fauces con todo el poder de sus pútridos pulmones. Ésta no fue la razón menos importantes entre las que se expusieron para explicar la rápida desbandada de *Panama Ranger* y sus mesnadas. Cuando se rehízo más tarde la crónica oficial sobre el día «D» de la fraternidad, sólo se mencionó el movimiento de vanguardia para preparar las «estructuras del recibimiento». ¡Menuda broma! Los más delicados se taparon la nariz vacilando entre el espanto y la sorpresa, luego se largaron a toda marcha. Una buena causa tan maloliente... ¡ellos no habían previsto nada de ese género! Falta de madurez. Precisamente las malas causas son aquellas que halagan el olfato, todo el mundo lo sabe..., el progreso y la comodidad, el dinero y el lujo, lo superfluo, la alta moralidad y todo el tralalá..., ellos deberían haber reflexionado sobre eso. ¿No sería que columbraban súbitamente cuán errónea había sido su elección? Aunque se sintieran heridos moralmente no gritaron «¡mamá!» Pero la mamá muy pulcra en su pequeña cocina blanca del 5.º piso, escalera K, edificio C del

HLM —zona residencial— fue una imagen burguesa que surgió en la mente de muchos como símbolo de una felicidad perdida.

—¡Vaya cuadra! —exclamó Dragasès—. ¡Nos roban el aire! ¡Es hediondo! ¡Increíble!

Utilizó un pañuelo a modo de máscara. Bajo el casco sólo se dejaron ver sus ojos irónicos. Observando al ministro y los veinte húsares que acababan de anudar sus pañuelos sobre la nuca, agregó:

—Si el hábito hace al monje, ¡henos aquí como bandoleros!

—Esta vez —apuntó el ministro— la cosa está clara. Al menos tenemos resultados. ¿Por qué indignarse ahora? A propósito, mi querido coronel, me gustaría saber cómo piensa salir de este aprieto. Siento gran curiosidad. ¡Mire! ¡Son tan numerosos que no se distingue siquiera el agua entre los barcos y la playa!

Tampoco se veían los propios barcos. Sus bandas eran un bullir incesante, como si se hubiera escarbado allí un hormiguero. La multitud se deslizaba hasta el agua por todas las betas que se había logrado encontrar a bordo, por las escalas, los saltillos carcomidos y las jábegas tendidas a lo largo de los cascos. Una verdadera cascada de cuerpos humanos cuyo movimiento ininterrumpido parecía líquido. Los barcos se vaciaban por todas partes cual bañeras desbordándose. El Tercer Mundo goteaba y el Occidente le servía de escurridero. A horcajadas sobre las espaldas de fornidos adolescentes, los mendigos de Calcuta, todos los pequeños monstruos del *India Star* tocaron tierra los primeros. Arrastrándose por la arena húmeda como perros basset o focas desgarbadas explorando un litoral incógnito, lanzando pequeños gruñidos de placer, semejaron homúnculos procedentes de otro planeta. Tras ellos la muchedumbre marcó el paso, pues allá arriba, sobre el puente, el renacuajo con gorra estaba examinando la playa con mirada estática, como si esperase un informe de sus espantosos compañeros, algo similar a un mensaje telepático.

Los pequeños monstruos resoplaron, comieron arena, golpearon el suelo con ambas manos para cerciorarse de la realidad y, luego, satisfechos, hicieron unas cuantas cabriolas con sus retorcidas piernecillas. El país les agradó. Entonces todos se enderezaron a un tiempo, y ese movimiento se interpretó como una señal. Se oyó un inmenso clamor en toda la flota. La cascada de cuerpos derramándose por las bandas del navío aceleró su caída, unos empujando a los otros, y esa acción llegó hasta los pequeños monstruos que, impelidos por la multitud,

dieron varios pasos adelante.

—Son demasiado horribles —dijo calmosamente el coronel—. Demasiado desdichados. Demasiado lastimosos. Y su miseria, demasiado espantosa. Es preciso matar la miseria. No es soportable con semejantes apariencias. Ni admisible. ¡Capitán!

Se dirigió al oficial encaramado en el techo, acuclillado junto a su ametralladora cargada y dispuesta para abrir fuego.

—¿No se propondrá disparar contra *eso*? —exclamó el secretario de Estado.

—¡Sí! ¡Justo! ¡Contra eso! Aborrezco a esos engendros que marchan en cabeza como banderas. ¡Por lo menos abatiré las banderas!

—¡Pero no servirá de nada!

—Cierto. Sin embargo, ante lo ineludible, es preciso poner un poco de orden. Nosotros hemos quedado reducidos a símbolos, y me propongo barrer con una ráfaga simbólica a esos monstruos simbólicos. ¡Si se muere en la empresa, tanto mejor! ¡Al menos yo, Constantin Dragasès, sabré el porqué! ¡Vamos! ¡Capitán! Si le queda todavía un resto de conciencia, éste es el momento de aprovecharlo e irse a paseo. ¡Dispare! ¡Voto a Dios!

La ametralladora dejó escapar una larga ráfaga como en un ejercicio táctico y luego calló. Nada hay tan horrible como la agonía de seres deformes o tarados mentales. Son caricaturas de cuerpos humanos que sufren. Miradas estúpidas, intentando comprender. La sangre mana de heridas en una carne anormal. Las quejas de los moribundos no son humanas.

Eran diez los que se retorcían sobre la arena.

—Preciosos mártires —observó el coronel—. Se los regalo al mundo nuevo. Con ellos podrá quitarse mierda de encima.

El capitán, sobre el tejado de la villa, hizo el último disparo de aquella batalla. Abrió la boca y hundió el cañón de su revólver hasta la campanilla. Diez renacuajos indefensos asesinados en la playa y, ¡puf!, ¡adiós al apuesto oficial!

—No tenía otra alternativa —dijo el coronel sin evidenciar la menor emoción—. Y yo lo sabía. Apenas amaneció, empezó a cavilar inopinadamente. Eso se veía tan claro como una nariz en medio de un rostro. Se hacía preguntas. Aunque no sobre él. Sobre los demás, y también sobre él en relación con los demás. ¡Si hubiera pensado al menos como un jefe! ¡Pero no...! Al apretar el gatillo se habrá sentido cual un hermano de todos esos engendros, le apuesto cualquier cosa. Anonadado por el terrorismo verbal. Aunque después de una larga resistencia, justo es

reconocerlo. En suma, la viruela galopante contemporánea. Bueno, ahora larguémonos de aquí, ya va siendo hora. No es momento de charlas...

—Usted es quien lo ha matado —dijo el secretario de Estado—. ¿Por qué, si ya lo sabía?

—Antes de llegar a la Aldea —repuso el coronel (el tono algo solemne empleado para pronunciar esa palabra merece una mayúscula que nosotros emplearemos en adelante)—, y puesto que una vez allí nos obstinaremos en negar toda evidencia, más vale desembarazarse de traidores que ignoran serlo y hubieran terminado corrompiéndonos, incluso sin saberlo y de buena fe. Éstos de última hora son siempre los más peligrosos. ¡Bien!, ya está hecho. ¡Mire...!

Volviendo las espaldas al mar, Jean Perret sólo vio talones de botas y espaldas moteadas, huyendo bajo los árboles. Los últimos húsares tomaron soleta. Al franquear el portal de la villa cual una larga piara, una piara de profesionales, uno gritó:

—¡Buena suerte de todas formas, mi coronel!

En su tono de voz se percibió que no estaba bromeando. Fue un triste adiós. Una concesión lacónica que expresaba todo..., «no podemos seguirlo, mi coronel, es imposible obrar de otro modo, conservamos nuestra conciencia, pero nuestro corazón permanece con usted...»

—No hay por qué lamentarse —dijo el coronel—, pero yo debo hacerme un reproche. Debería haberles hecho morir antes con su oficial, como De Poudis aquella noche. Pues, ¿en qué mundo pasearán ahora su inutilidad? Señor ministro, ¡en marcha! —había recobrado su buen humor.

¡La legalidad se replegaba!

Bastó con un solo camión. Lo que restó de legalidad tuvo muy poco peso. Se hizo un recuento. Un sargento y tres húsares, el capitán del comando de Marina y cinco hombres, el coronel y Jean Perret. Total, doce.

—¡Bonito número! —dijo satisfecho el coronel.

Instalándose al lado del chófer, le dijo:

—¡Espabílate! Al salir tuerce por la derecha, luego la segunda a la izquierda hasta la carretera regional. Si se cruza en el camino cualquier tipo o tipos, arremete contra ellos sin contemplaciones...

—¿Y los monjes? —preguntó de repente el secretario de Estado.

El coronel se limitó a encogerse de hombros. Entretanto, el camión rodaba ya y ganaba velocidad sobre la avenida enarenada del parque..., primera, segunda, tercera, viraje seco en el portal, motor aullante. Con una metralleta sobre las rodillas, Draga-

sès inspeccionó la carretera apretando la nariz contra el cristal, presto a disparar. La calzada estaba desierta.

—¿Los monjes? —dijo por fin—. Mi querido ministro, para hacer justa nuestra causa es preciso como mínimo resolverse a equilibrar los mártires. Sus renacuajos por un lado, nuestros monjes por el otro. Si no tuviésemos algunos mártires, esto no sería sano. ¿Quiere que les montemos un bonito monumento en la Aldea..., por ejemplo, la plaza de la iglesia? Con una conmovedora inscripción: A los doce monjes de Fontgembar, asesinados salvajemente el lunes de Pascua, víctimas de la barbarie... ¿Cómo? ¿Víctimas de la barbarie en realidad?

Al igual que la legalidad, ellos no fueron pesos pesados, eso es cierto. Atrapados por su oficio, cabe expresarlo así. Cuando los renacuajos se desplomaron bañados en sangre a pocos metros de ellos, los buenos monjes corrieron a auxiliarlos. Cuestión de reflejos. Irrebatible profesionalmente, por lo menos con arreglo a su edad avanzada que imponía otras concepciones. Arrodillados junto a los pequeños cuerpos tendidos, cada anciano con su renacuajo agonizante, movieron los labios mientras bendecían con la mano. No es nada fácil imaginar el significado de aquella extraña conducta, pues parece algo casi inconcebible. ¡Estaban bautizando! Ceremonia obligada y expeditiva para niños moribundos o ya muertos: la misericordia de Dios lo había admitido antes de que se entremetieran los nuevos curas.

—Yo te bautizo Pedro, Pablo, etc., en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Nada más sencillo: bastan diez segundos. Eso fue precisamente lo que hicieron aquellos pobres viejos seniles visitados súbitamente por la Gracia, pues, ¿cómo explicar si no ese retorno a lo esencial, el comienzo de todo cuando todo estaba terminando precisamente? Diez renacuajos del Ganges, embrutecidos, ignaros, receptáculos de miseria, jamás salidos de la nada subieron al cielo aquella mañana y, sin duda, allá arriba estallaría un alboroto triunfal de trompetas mientras que millones de elegidos darían la bienvenida con voz alta pero afable a aquellos rezagados imprevistos. Y si existe un portero del paraíso, éste sonreiría probablemente para su barba mientras exclamara con mirada de ferocidad fingida:

—Pero, ¿quién me ha largado semejantes nombres? Jamás los oí. ¡Batitiano! ¡Pedratón! ¡Huum! Bueno, pasen de todas formas...

Con sus fatigadas memorias y el momentáneo desconcierto, los viejos monjes pescaron lo que encontraron a primera mano. Si hoy quedan todavía

católicos romanos y sacerdotes en este mundo dispuestos a creer todavía en el triunfalismo del bautismo, ¡que no lo duden! ¡Pedratón y Batitiano! ¡Muy atinado! ¡Protección garantizada! Los dos abortos, embellecidos como dioses, inteligentes como el Espíritu Santo, se sientan a la izquierda del Padre Eterno, quien les tolera todos sus santos caprichos y extravagancias. *Ora pro nobis*... Concluidos los diez segundos, la muerte pasó llevándose consigo a monjes y renacuajos. Tras el paso del rebaño no restó nada de sus cuerpos revueltos, confundidos; si acaso una mano emergiendo de la playa enrojecida, un pie desnudo, el extremo de un mentón o una nariz, pero casi ningún rostro, porque la mayor parte estaban enterrados en la arena cual momias bajo sus molduras. La primera oleada de inmigrantes sorprendió a los monjes arrodillados junto a los infelices monstruos, y ello les hizo caer de bruces sobre sus catecúmenos moribundos, boca contra boca, como si uniesen su último suspiro. Luego la multitud ciega los pateó. Pues es seguro que aquel gentío no se dio cuenta de nada. Sólo vio las casas, bebió materialmente el verde arbolado y las flores agitadas por el viento, manos incontables palparon las primeras balaustradas sobre la playa, muchos las saltaron, atravesaron salones, volvieron a salir por otras puertas y se diseminaron en las calles... una muchedumbre cada vez más densa, mientras nuevas oleadas *empezaban* a pasar sobre los veinte cuerpos mártires, pues atrás, al pie de las naves, los anillos de la hambrienta boa humana seguían retorciéndose a la espera de su turno para arrollar y golpear.

La conclusión más sorprendente que se pueda extraer de aquellos cinco minutos, del día más corto —aunque realmente fuera obvia como lo hubiera adivinado cualquiera si hubiese sabido interpretar los signos anunciadores—, fue que la multitud jamás pareció pensar conscientemente que aquel país donde estaba desembarcando pudiera pertenecer a otros. En verdad estaba vacío de sustancia humana, no ofrecía resistencia alguna. Sin embargo, sobre la playa se habían mantenido por motivos diferentes los monjes, los soldados de Dragasès y los idealistas, relativamente numerosos, que no se habían dejado arrastrar por la desbandada de *Panama Ranger* y sus huestes. Exceptuando un solo caso, una muerte deliberada e inútil, que referiremos un poco más adelante, la muchedumbre, como ya hemos dicho, se limitó a pasar. Y si en su marcha pateó algunos cuerpos lo hizo, ciertamente, sin identificarlos. Los barrió porque se interpusieron en su camino. No distinguió entre renacuajos del Ganges y monjes occi-

dentales, no estableció diferencias. Ella era la *raza* y no concebía ninguna otra diferente. Los monjes de Fontgembar no perecieron por ser blancos, sino simplemente porque interceptaron el paso. Tampoco tuvieron nada en común con los muertos de Gata, extranjeros de raza blanca repudiados por el pueblo errante. Desde ese momento, la xenofobia de la famélica flota se sublimó en cierto modo hasta el extremo de ser inútil, tal como ocurriera con la xenofobia de los africanos ápiñados ante Limpopo, los chinos ante el río Amur, las turbas cetrinas invadiendo las calles de Londres y Nueva York, o las masas árabes y negras emergiendo de sus sótanos parisienses. Los muertos de Gata significaron para ellos la destrucción de la raza blanca. Ésta no contó en ningún sentido. Habría sido necesario que renaciera milagrosamente de sus cenizas para atraer de nuevo su atención, pero tal cosa no parecía ser el caso en aquella playa francesa.

Ello se hizo aún más evidente cuando la multitud, en su segundo salto, pasando sobre el amasijo de arena y sangre que cubría a monjes y renacuajos, se encontró en su camino dos hombres vestidos con ropas negras, quienes parecían esperarla serenamente. Si añadimos que uno de ellos elevaba ambos brazos para mostrar una custodia de oro a la multitud, y el otro, uniendo las manos, oraba con profunda devoción, es sólo para recordar que se trataba, efectivamente, de Dom Melchor de Groix y del abate Pierre Chassal. Pero como la muchedumbre no manifestara curiosidad alguna, no hubo siquiera un segundo de parada que denotara cierta sorpresa por su parte. Ella no vio nada. Ni la custodia brillando al sol, ni los diferentes atavíos de aquellos hombres, ni la blancura de su piel. Si ambos se hubiesen arrodillado, los habrían barrido como a los monjes. Pero como estaban de pie y no se tambalearon al chocar con las primeras filas de harapientos, se los rodeó y envolvió con toda naturalidad; la masa de cuerpos los levantó en vilo arrastrándolos consigo, confundidos con ella, digiriéndolos por así decirlo. Se los llevó de pie haciéndoles sentir el mismo ahogo que a cada elemento de la multitud; casi se hicieron inmigrantes del Ganges a su vez, sin que sus vecinos más próximos en el seno de aquella prensa los reconocieran como seres distintos. Ni uno ni otro tuvieron tiempo de pensar. La primacía de la actitud sobre la fe o de és a sobre la actitud no les indujo a formular conclusiones, pues tanto la actitud como la fe fueron barridas de golpe revelando la nada. Si pudieron formar algún concepto en el desorden de su espíritu mientras los arrastraba aquel torrente humano, sería

si acaso la vanidad de sus ilusiones. Ellos se habían visto muy erguidos, alzando la Hostia ante el gentío que se detendría súbitamente aunque sólo fuera un segundo, un breve segundo antes del martirio... pero que les habría resarcido de todo. Ese segundo tan codiciado no duró siquiera una millonésima de segundo, y esto fue lo único que pensaron conscientemente. Oprimido por todas partes, privado del dominio sobre sus movimientos, Dom Melchior dejó escapar la custodia, que cayó entre los pies de la muchedumbre cual un balón en una *melée* de rugby; y a él le hubiera pasado inadvertido si no hubiera sido por el vacío entre sus manos crispadas. Luego, cuando el movimiento del torrente se dividió en una encrucijada, ambos hombres se separaron. No volvieron a verse jamás y nadie supo qué fue de ellos. Cabe suponer que el viejo abad mitrado muriera aprisa, no lejos de la playa, vencido por la fatiga o la emoción, y que Pierre Chassal errara largo tiempo sin objetivo alguno, cual un alma vacía y desarraigada. Hoy, con esa nivelación sombría y estúpida, incapaz y paupérrima, yerran todavía en pequeño número esos pecios del pasado que soslayan el orden nuevo. Tal como ocurre con las prisiones políticas de toda revolución: en sus filas se encuentra una gran mayoría de notables, industriales, generales, escritores... pero también una minoría de gente sencilla, esas personas humildes que la aristocracia primero, y luego la burguesía, han arrastrado consigo hasta la catástrofe porque necesitaban un cortejo y, además, en esos raros míseros alentaba el deseo de ser diferentes. Sin embargo, el orden nuevo no tiene ya necesidad de prisiones políticas. Ahora se lavan los cerebros para cien años, o si a mal no viene, mil años. El poder tolera a esos seres huraños como una especie de *clochards*. No son peligrosos. No hacen ninguna clase de demostraciones. A lo sumo suelen evocar en algunas mentes la idea confusa del rechazamiento. No se reproducen, no viven en bandas. Cuando se reúnen cuatro o cinco sobre el atrio de una iglesia o bajo los plátanos de alguna plaza, se separan sin decir palabra de común acuerdo, sigilosos, rehuyendo toda tentación de vida comunitaria. Como van mugrientos y parecen aún más míseros que el resto de la población, y por añadidura, sólo hay blancos entre ellos, sirven para realzar el mestizaje universal y la santa solidaridad que ellos rehúsan. Al examinarlos, cada cual puede apreciar el resultado...

Es necesario formular un juicio diferente sobre la fusión de los puros de *Panama Ranger* con la masa inmigrante. Retrocedamos, pues, unos cuantos

segundos. La muchedumbre acababa de saltar las primeras balaustradas sobre la villa. El camión de Dragasès rodaba ya por la sinuosa carretera regional que escalaba la montaña hacia la Aldea. Entonces, recobrados de la primera impresión causada por un acontecimiento anhelado con excesiva vehemencia y cuyo desarrollo no había sido el previsto, salieron de sus casas y jardines quienes habían decidido llegar al término del viaje. Si tenían el propósito de bajar a la costa y enfrentarse con la flota del Ganges, era para recibir a los inmigrantes y guiarlos en sus primeros pasos. Necesitaban hacer ese gesto, y debían realizarlo. Obrando así se convertirían, por fin, en seres humanos íntegros. La vida era bella y fraternal. No se hablaba el mismo lenguaje, pero las miradas se comprenderían por sí solas. Las manos se unirían, los brazos se extenderían alrededor de las nucas, los cuerpos se relajarían. ¡Tal vez hubiera incluso palmoteo de espaldas! *Panama Ranger* tiró sus armas. Gesticulaba, hacía ademanes de bienvenida. Tras descubrir a varios centenares de metros un supermercado abandonado, aunque en perfecto estado, con todas sus estanterías repletas, hizo balizar el itinerario. Sobre la acera, en cada esquina de la calle, lo esperaban los compañeros. Ellos hacían también alegres señales con ambos brazos, como agentes de circulación obsesionados de pronto con su oficio. En las casas, las chicas daban remate a los preparativos. ¡Por fin podría recibir el anhelado huésped! Algunas calentaban café en inmensos calderos. Lidia había colgado sábanas blancas de las ventanas..., blanco, color de paz. El aire apestaba cada vez más, pero quienes habían decidido permanecer allí procuraron olvidarlo. Esta vez se habían superado a sí mismos. Se cogieron las guitarras. Muchos cantaron: «Yo os daré mi reino, pues el tiempo de mil años se acaba, expira el milenio...»

Y, efectivamente, se había acabado. En la muchedumbre, cuya masa compacta avanzaba para establecer contacto, *Panama Ranger* buscó un rostro con objeto de brindarle una sonrisa, una mirada para captar el talante amistoso que expresaba la suya. Pero no se cambió mirada alguna, nadie parecía haberlo visto. Totalmente decepcionado, tendió la mano a aquel amasijo de carne, como si hubiera esperado ver salir otra mano que estrechara la suya, algún ademán equivalente a la palabra «gracias». Eso le habría bastado, cualesquiera fueran las consecuencias. Pero no ocurrió tal cosa. Pocos segundos después se vio arrastrado a su vez por la multitud. Se debatió para poder respirar. A su alrededor, en el trasudor de cuerpos hacinados, actuaban los codos,

se bregaba furiosamente para avanzar más aprisa, cada cual para sí, era un alud que se dirigía hacia la leche y la miel prometidas, los ríos abundantes de pescado, los campos. Apresado por todas partes, se sintió deslizar hacia el suelo, hasta el nivel de un torbellino pululante de piernas negras. Y no estaba solo. Otro ahogado pugnaba todavía por emerger, una anciana que daba patadas y codazos cada vez más esporádicos. Una furia ingobernable se apoderó de *Panama Ranger*. Sus puños trabajaron aprisa, con tanta eficacia que pronto se abrió un hueco en la masa de cuerpos, una chimenea por la cual ascendió jadeante a la superficie, arrastrando consigo a la anciana como si la hubiera sacado del agua. La había salvado maquinalmente, tras lo cual comprendió que ésa había sido su última oportunidad de encontrar un amigo en aquella multitud demencial. Sujetó firmemente por el brazo a la vieja. Aquel paquete enteco de huesos descarnados era todo cuanto le unía aún a la vida, a la idea generosa que había concebido. Pues entonces ya había captado lo esencial. Se dijo: «Yo no he dado nada, ni puedo dar nada. Ellos no tienen necesidad de mí. Si desean algo lo toman y basta.»

El torrente humano se dividió. Enfiló varias calles a la vez y se subdividió nuevamente ante cada bocacalle, de modo que la presión remitió en torno a *Panama Ranger*. Ya podía utilizar las piernas, y aunque siguió dirigiendo sus pasos en el mismo sentido que la multitud, lo hizo ya casi con entera libertad de movimientos. Entonces colocó a su vieja amiga sobre los pies, con amabilidad, y le preguntó conmovido:

—¿Estás bien así? Mira, hemos llegado.

Le respondió con una especie de sonrisa y, desde ese instante, no se separaría de ella. Más tarde, cuando la multitud invadió las casas, se disputó las tiendas expoliadas, destruyó el supermercado desentendiéndose de todas las riquezas almacenadas, él hizo como los demás. No se pudo organizar nada y él saqueó por su cuenta. Amasó tesoros desconocidos y, por la noche, eligiendo al azar una guarida, ya fuera granero o salón, abrió su macuto ante la vieja amiga y, tan maravillado como ella, inspeccionó su fortuna: paquetes de galletas, latas de jamón, cuchillos niquelados de seis hojas, zapatos, cigarrillos, tabletas de chocolate, relojes, equipos de caza, lámparas eléctricas y quién sabe cuántas cosas más. La anciana palpó con los dedos todos los objetos, y cuando comprendió su uso, rió. Él rió también. Juntos descubrieron el paraíso.

—La revolución —decía *Panama* pocos días antes

cuando era dueño y señor del puesto de peaje en la autopista A-7—, una vez que se hace, significa ante todo pasar un buen rato.

Pero él no midió el camino recorrido, ni los vertiginosos tumbos. ¿Qué representaban aquellos pequeños tesoros alineados? ¡Migajas de la prosperidad! Se había roto la hermosa máquina y he aquí todo cuanto restaba. Jamás se conseguiría repararla. Quizás él se diera cuenta, vagamente, pero, ¡qué importaba!: la anciana, acurrucada, reía de buena gana, y ella por lo menos estaba pasando un buen rato...

Sus compañeros desaparecieron dirigidos de la misma forma, pero con más o menos fortuna. Pocos fueron adoptados verdaderamente y, sin embargo, muchos se esforzaron por prestar algún servicio reparando las tiendas útiles en los pueblos ocupados, descerrajando puertas cuando era necesario, pero protegiendo lo que les pareció esencial como, por ejemplo, farmacias, garajes, o silos. No obstante, ésos se desanimaron muy pronto, pues aunque se les escuchara con frecuencia creciente a medida que se iba estableciendo cierto orden, luego, una vez escuchados sus buenos consejos, se les rechazaba. Los más inteligentes comprendieron que haciéndose útiles, sino indispensables, sólo se les recompensaba con odio. Así, pues, se fundieron en la masa, en medio de la cual la blancura de su piel pasó cada vez más inadvertida. Fue todo cuanto podían desear. Habiéndose mostrado lógicos consigo mismos hasta el final, se resignaron. Hoy, en esta provincia francesa poblada por una gran mayoría india, ellos constituyen una nueva casta de parias totalmente asimilados y aislados a un tiempo. No ejercen influencia alguna. Su peso político es nulo. En los dos grupos étnicos han surgido líderes nuevos que hablan con notable desenvoltura de integración racial y fraternidad asegurando así su porvenir. Pero nadie quiere recordar a quienes dieron lecciones en el opulento pasado. Son molestos. Sin embargo, cuando mueren se los entierra con cierto ceremonial. Corren la misma suerte que todos los precursores. Por ejemplo, cuando murió Lidia, uno de los primeros desaparecidos, se rememoró inmediatamente aquellas sábanas blancas tendidas como signo de bienvenida. Alentados por sus maestros, los colegiales lloraron sin nobleza. Ahora bien, Lidia murió en un estado miserable. Prostituta al servicio de los hindúes en Niza, hastiada de todo, incluso de sí misma. Por entonces cada barrio de inmigrantes poseía en arriendo mujeres blancas, y cada cual podía utilizarlas gratuitamente bajo el amparo de la ley. Ésta fue incluso una de

las primeras leyes que promulgó el nuevo poder: «Era preciso desterrar el mito de la mujer blanca.» Lidia, violada varias veces desde el lunes de Pascua entre sus sábanas blancas, marchó un poco a regañadientes en el errático período inicial, tras una banda de vigorosos hindúes que se la adjudicaron en copropiedad, pues era muy bella, y su piel, muy blanca. Más tarde, una vez restablecido el orden, cuando se afincaron las bandas, se la encerró en un estudio de Niza con otras muchachas que habían corrido la misma suerte. Un celador las alimentaba y abría la puerta a quien deseara entrar. Aquel establecimiento tenía incluso un título: «Centro para la iniciación en materia de mujeres blancas.» Luego se abolió con idéntica legalidad la prostitución. Según afirman los historiadores, la prostituta era ya innecesaria, pues las mujeres blancas habían perdido aprisa el orgullo que les inspiraba su piel. Tal vez...

Clément Dio murió también durante la mañana del desembarco, pero solo. Tras el discurso del presidente de la República, escuchado en el «Hotel Préjoly» de Saint-Vallier, salió a caminar como un sonámbulo bajo la luz de la luna. Sus pasos le encaminaron maquinalmente hacia la costa, pero las retinas conservaron durante todo el tiempo la imagen de su mujer Iris Nan-Chan, a quien él había intentado despertar en vano, y quien, por fin, se había desmadejado entre sus brazos, muerta. Sentado a cierta distancia del litoral no lejos de la villa ocupada por Dragasès, presenció, casi inconsciente, unas secuencias que le habrían refocilado el día anterior, pues él era un hombre a quien le gustaba tener siempre razón y, por añadidura, se había pasado la vida intentando vengar al pequeño Ben Souad, llamado *Clément Dio*. Sin embargo, el día en que triunfaba su venganza, no sintió el menor júbilo. Incluso la desbandada de aquel Ejército francés, al que tanto había aborrecido, combatido e injuriado, lo dejó totalmente indiferente. Con mirada melancólica observó la retirada de los doce y la huida en el camión sin recordar siquiera que ello se debía, en gran parte, a su obra. Ante el alud de inmigrantes, vaciló, como preguntándose lo que hacía allí v el porqué. Después se levantó. Algo le rondó por la memoria, algo muy importante, jirones de frases que él había pronunciado:

«Señor ministro... Si se le diera una oportunidad... Es la armada de la última oportunidad...»

Incluso sonrió un poco. Después de todo fue una frase sagrada, se dijo, y ¡helos aquí ahora, gracias al poder de sus palabras! Esta comprobación lo espoleó.

—¡Fui yo, *Dio*! —vociferó—. ¡Venid! ¡Venid! ¡Quitadme de en medio todo eso!

Hizo violentos ademanes llamando a la muchedumbre que desembarcaba. Pero como era hombre de corta talla, piel cetrina, ojeroso, con el cabello elegantemente ensortijado y mirada maliciosa en grado sumo, y como su chaqueta de viaje era de unos colores demasiado llamativos, pareció exactamente un portero servil, reclutado por una sórdida sala de fiestas. La muerte se presentó bajo la forma de un gigantesco negro que llevaba sobre la espalda un niño monstruoso y era seguido de un gran gentío que cantaba. El gigante se detuvo ante *Dio*, lo levantó del suelo para que el renacuajo con gorra lo viera bien. Entonces éste lanzó su tercer grito. *Dio*, llamado Ben Souad, adivinó que se le había encadenado, pero le faltó tiempo para comprender los motivos del veredicto. Los dedos del coprófago le apretaron el cuello, y su cuerpo, desmoronado como un polichinela sobre la playa, adquirió muy pronto, bajo los pies de la multitud, el aspecto sanguinolento de una cabra sacrificada... Si hubo veredicto, se puede averiguar cuáles fueron los considerandos. He aquí dos hombres que, cada uno en su terreno, han sido instrumentos del destino. Uno atraviesa los océanos y cuando se encuentra con el otro, lo mata impulsado por una inspiración súbita, como si lo hubiera reconocido... Y, a decir verdad, ésta fue la única muerte deliberada, preconcebida de la que se hizo culpable aquella multitud. Ello no tiene sentido. Pero si se quiere permanecer en el terreno de los símbolos, aquí se delinea algo ejemplar: el Tercer Mundo se había propuesto no deber nada a nadie, ni atenuar la significación radical de su victoria compartiéndola con los tránsfugas. Agradecerles sus esfuerzos o siquiera reconocerlos era otra forma de perpetuar la sujeción. En este aspecto, el coprófago solucionó la cuestión. Esto tiene el valor que se le quiera adjudicar. Por nuestra parte, preferimos exponer una explicación bastante más natural y cuyo mérito es la simplicidad: la cabeza de *Clément Dio* no complació al renacuajo. ¡Eso fue todo!

XLIV

Entonces estalló la tempestad, como la había anunciado ya el viento que arreciaba desde buena

mañana. Aunque no superara los caprichos de la meteorología mediterránea, su violencia fue extrema y limitada a la vez en el tiempo y en el espacio. Duró una hora corta y sólo agitó el mar en un perímetro reducido, tal como ocurre con los ciclones. Cuando el postrer inmigrante, hundido en el agua hasta la cintura, abandonaba el último barco y se encaminaba hacia la playa, una lluvia torrencial se abatió sobre la flota y el litoral próximo hasta alcanzar un kilómetro de profundidad. El gentío en las calles no tuvo tiempo de marchar tierra adentro. Aquellas trombas de agua desempeñaron su papel. Hasta su llegada, la muchedumbre del Ganges había significado un mero impulso, una masa informe sin objetivos precisos. La curiosidad era todavía su única fuerza motriz. Se habría un abismo tan inmenso entre los paisajes fabulosos que se extendían ante ella con sus calles umbrosas y limpias, flanqueadas por villas e inmuebles inconcebibles, y su propia miseria, que se sentía intimidada o quizá dominada por el respeto. Durante la larga travesía, los famélicos no habían cesado de soñar imaginando un país concordante con el mito que los impulsaba. Y ahora, cuando podían tocarlo, muchos no daban crédito a sus ojos. Palpaban los árboles, las aceras asfaltadas, las puertas de los inmuebles, las verjas de los jardines, pero cautelosamente, como si temieran que se desvaneciera de improviso el espejismo. La lluvia puso fin a tales dudas y materializó el espejismo. Entonces se desencadenó el alud sobre casas e iglesias, inmuebles residenciales y almacenes, todo cuanto pudiera ofrecer abrigo. Ni una sola puerta se resistió al ímpetu del gentío. Sin embargo, en esas acciones incoherentes se observa un principio de organización y también de jerarquización. Quienes tuvieron la idea de emplear unas vigas metálicas descubiertas en un taller o unos maderos a modo de ariete, fueron nombrados sin tardanza jefes de banda. Se les ovacionó ante las puertas desquiciadas. En menos de una hora todo el mundo estuvo resguardado. Como sardinas en lata, pero bajo techado. Aquello fue un acto decisivo, una toma de posesión inmediata. Sin la lluvia, el proceso se habría prolongado lo suyo. Cuando cesó y el viento amainó llevándose consigo los últimos nubarrones negros, todos surgieron en puertas y balcones, ventanas, atrios y terrazas. Hasta los pisos más altos, las fachadas de inmuebles con grandes galerías acristaladas, se llenaron de negros enjambres. Se cambiaron impresiones por encima de calles y árboles, desde una *loggia-barbecue* a la inmediata. Se organizó un gran espectáculo sobre el único tema regocijante: «¡Esta vez lo conse

guimos! ¡Hemos llegado adonde queríamos!»

No nos hemos propuesto describir la instalación del pueblo del Ganges en Francia ni de los que le siguieron. Esta historia, redactada con intención edificante cual un modelo de iniciativa y organización colectivas, aparece en todos los manuales como primer capítulo del mundo nuevo. Sin embargo, no dice ni palabra sobre la tempestad y la lluvia, sobre su papel decisivo. Pero es preciso agregar otro comentario. Cuando el alborozo disminuyó, se hizo evidente para todos que incluso unos seres miserables habituados al hacinamiento, no tendrían suficiente, ni mucho menos, con el litoral ocupado. Pero quienes habían trepado hasta la cumbre de los inmuebles más altos, descubrieron en torno suyo la enorme magnitud de su conquista. Ante sus ojos se extendió un país que les pareció el más hermoso, rico y acogedor del mundo. Las viviendas, aunque muy densas, no perturbaban la Naturaleza, más bien ésta se envolvía con ellas, y los múltiples tejados daban sensación de seguridad y confianza: ¡cuán diferente era aquello de un desierto! Allá en lontananza, al pie de las arboladas colinas, los vigías divisaron maravillados inmensos campos de árboles floridos, y otros donde verdeaban espesas cosechas. Proclamaron la buena nueva con grandes voces, como los almuédanos o los pregoneros públicos. Aquella noticia corrió de boca en boca por la muchedumbre. En calles, jardines y plazas públicas se organizaron conciliábulos, asambleas populares. Insistamos por última vez sobre ese concepto de apropiación triunfal, originado por la lluvia y el subsiguiente alud. Aquella multitud exhausta recobró totalmente la moral. Una moral férrea. De conquistador. Tanto fue así que los más aptos y emprendedores decidieron reanudar su ruta. Más tarde los historiadores transformaron esa migración espontánea en una epopeya que bautizaron así: «Conquista del Norte.» Y ahí les damos la razón, pero sólo en términos comparativos. No se ha olvidado todavía el primer tablero del díptico; huida hacia el Norte, éxodo lamentable de los auténticos propietarios del país, confesión de su decadencia, su repelente renuncia, ¡la antiepopeya! Comparando esas dos multitudes, todo resulta claro...

XLV

La tempestad originó en la playa muy pocas olas, pero de una potencia excepcional. El primer choque fue contundente. Los otros sólo sirvieron para rematar la destrucción de la flota. Atacado por la popa y desencallado bruscamente entre grandes crujidos en todo su casco, el inmenso *Calcutta Star* se puso a flote. Ese brutal zarandeo despertó a un hombre solitario, cubierto de harapos blancos que dormitaba al pie de una chimenea con el torpor de su demencia inofensiva. Monseñor, el obispo católico y prefecto apostólico del Ganges, abrió los ojos. Sobre el puente batido por la lluvia vio unas planchas herrumbrosas que jamás viera antes porque la densa caterva había estado tendida sobre ellas durante todo el viaje. El buque resonó cual una sepultura vacía. El huracán se introdujo por las chimeneas truncadas y compuso con esos tubos de órgano una cacofonía infernal acompañada de formidables crujidos. Todas las puertas del trasatlántico batieron furiosamente. Los cuarteles de las escotillas se elevaron hasta la posición vertical y cayeron con estruendo, como si el viento manejase también las llaves de un monstruoso fagot. La variedad de ruidos y choques fue infinita. Todas las escalas, cuerdas, redes y demás artilugios por donde se había deslizado la muchedumbre martillearon con irritante cadencia los flancos del navío, como si ejecutaran una danza demencial. Aquel estrépito recordó levemente una partida de jinetes galopando sobre una superficie metálica, o el granizo bombardeando un techo de uralita, pero amplificado cien veces. El obispo llevóse ambas manos a las sienes y apretando hasta sentir dolor, se tapó los oídos mientras gritaba:

—¡Pequeños! ¡Pequeños míos!

Sin duda recordó a los niños que le llevaban comida y bebida hasta la sombra de su chimenea y a los cuales recompensaba con una palmada en la mejilla o bien fingiendo dibujarles con el pulgar una cruz sobre la frente, según su estado de ánimo y lucidez. Pero ahora el buque estaba desierto, e igualmente desiertos todos los demás navíos de la flota. El agua chorreó por su rostro atónito y las ráfagas fustigaron sus mejillas con tanta violencia que casi

lo asfixiaron. Entre jadeos gritó:

—¡Pequeñas! ¡Mis pequeñas!

Esta vez evocaba a las ancianas que se arrastraban de noche hasta él y cuyas manos le llevaban el paraíso sobre la Tierra. Por fin el obispo comprendió que estaba solo, que se habían olvidado de él. Llorando como un niño, dejó caer los brazos sobre el cuerpo, e, inmediatamente, el estruendo le golpeó las orejas como el doble crochet de un pugilista.

Su desvanecimiento duró poco rato, unos segundos a lo sumo. Cuando salió de él se encontró a cuatro patas sobre el puente, que se había inclinado bruscamente; tal vez el choque le hubiera devuelto una parte de su juicio. Sin embargo, ello no le sirvió de gran cosa. Dislocado por la tempestad, el *Calcutta Star* cayó sobre una banda, los troncos de chimenea se quebraron y rodaron hasta el agua. El gigantesco órgano enmudeció. También cesó repentinamente el galope de los cabos sobre el casco; sólo se oyó el rugido del mar que invadía la nave y barría el puente cual una catarata. Él mismo se oyó murmurar:

—Nosotros dos, señor cónsul, seremos dos moribundos antagónicos, eso es todo.

Entonces el cónsul le respondió:

—¡En nombre de Dios, Monseñor, me cago en usted!

Al menos le pareció oírlo, pues, arrastrado por el oleaje que estaba devastando el puente y arrancando los restos de la superestructura, sólo vio, en una niebla líquida, sombras de perros que lamían un charco de sangre sobre el muelle, en Calcuta. Mientras se debatía contra el torrente, golpeándose de paso con un guindaste metálico que aguantaba todavía, vio pasar ante sus ojos una mano roja, ensangrentada. Entonces comprendió que se estaba muriendo y que tal sangre era esta vez la suya. No hubo ya frases latinas para comentar el hecho, pues el obispo del Ganges había recobrado la razón. Sólo dijo:

—Señor, hágase tu voluntad.

Luego su cráneo se estrelló contra el empalletado del buque, y su cuerpo, tras unas cuantas oscilaciones, cayó por la borda al mar, cuyas aguas se estaban apaciguando.

—¿Quién sois? —gruñó una voz bronca, pero campechana.

—El obispo del Ganges.

—¡Hum! ¡Hum! —contestó la voz—. ¡No demasiado famoso! ¿Traéis, por lo menos, una contrición absoluta en el momento de la muerte?

—Así lo creo.

—¡Bien! ¡Entonces entrad, amigo mío, entrad! Olvidaremos todo. ¡Por ahí! ¡Por ahí! ¡Seguid a Matitiano y Pedratón! Ellos os mostraron el camino...

No quedó nada de la flota, salvo unas osamentas informes diseminadas por toda la playa. Entre ellas sólo un pequeño torpedero conservó vagamente su silueta original. Pues bien, ahora el Poder lo hace adornar cada lunes de Pascua con oriflamas blancas para ofrecerlo a la veneración popular. Los peregrinos se apiñan allí y durante toda la jornada desfilan silenciosamente ante el maltrecho monumento. Ahí se ha falsificado también la Historia. Se ha evocado incluso a Hernán Cortés, pero un Cortés que, según parece, hizo embarrancar sus naves en lugar de quemarlas. Materializado con tales recursos, el mito adquiere el aspecto de una voluntad política, un plan preconcebido y concienzudo en el que cada actor se compromete con absoluto conocimiento de causa. ¡No fue una multitud lastimera la que desembarcó allí, sino un ejército conquistador! Los colegiales admiran el torpedero, se les cae la baba de enorgullecimiento. Pero yo sé bien que, por unos breves y miserables minutos, la tempestad no destruyó a la flota con todos sus negros pasajeros. Sé también que Dios no quiso darnos esos minutos de gracia.

Esa leve detracción acarreó una última consecuencia. Cuando la tempestad estaba amainando, dos aviones se presentaron para aterrizar a ojo en el aeropuerto de la Costa Azul. A ojo, porque sus pilotos verificaron inmediatamente el abandono total de las pistas. Torre de control muda, aparcamiento desierto, balizaje apagado, radiofaro extinto. Se obstinaron en hacer la maniobra a pesar del mal tiempo. Cargados con víveres y medicamentos, atiborrados de eclesiásticos —fuerzas religiosas de choque— mal acomodados entre montañas de bultos, ambos aviones trazaron valerosamente en el negruzco cielo su viraje de aproximación. La primera de esas aeronaves era blanca. La otra, gris. Todo el mundo habrá reconocido ya a los mosqueteros de la caridad combatiendo en cada acimut del mundo, los héroes de São Tomé. ¡El avión blanco del Vaticano, primero! ¡El avión gris del Consejo Ecuménico de las Iglesias protestantes, segundo! Ninguno de esos curas voladores había podido resistir a la llamada tortuosa de la justicia. Los cargamentos a bordo eran solamente, como siempre, un mero pretexto. Lo esencial era estar presentes, los primeros, y mediante su presencia simbólica, ofrecer las llaves de Occidente, sacrificándolo alegremente para que naciera un mundo nuevo. Pero las colas del ciclón suelen ser temi-

bles. La tempestad, en su agonía, asestó un golpe final. Una espesa nube parda erizada de relámpagos envolvió a la pequeña escuadrilla. Se apagaron las luces de la carlinga y casi simultáneamente descendieron a cero todas las agujas de los instrumentos de a bordo. En casos similares, lo usual es dar todo el gas para huir hacia el cielo. Eso fue precisamente lo que hicieron los pilotos al verse aislados dentro de aquella noche tenebrosa y súbita. Pero el ojo del ciclón los vigilaba, un gigantesco boquete de aire turbulento formando como una chimenea. A poca altitud nadie se salva, aunque, en verdad, este fenómeno sea muy raro. Casi obedientemente, una detrás de otra, respetando su clasificación habitual en la meta, las dos aeronaves se estrellaron contra la pista. ¡Avión blanco, primero! ¡Avión gris, segundo! Explosión. Incendio. No hubo testigo alguno —salvo el sonriente Monsieur Calguès gracias a su potente catalejo—, y tampoco supervivientes. Así, pues, Dios se resarció, pese a todo, de aquellos breves y miserables minutos negados a su pueblo.

Ciertos historiadores —poco numerosos, a decir verdad— han formulado una extraña hipótesis según la cual el Papa Benedicto XVI viajaba en su blanco avión y había sucumbido a la catástrofe. Como sólo se encontraron huesos calcinados entre los restos del aparato, sin objetos ni ropas que hubiesen permitido identificar a tal o cual pasajero, nadie pudo sustentar tal afirmación. Ahora bien, desde entonces no se oyó hablar nunca más de Benedicto XVI; fue como si se hubiera volatilizado en los laberínticos recodos del Vaticano. Desde su mensaje del viernes santo, saturado de caridad universal, no había vuelto a dar señales de vida. En las rogativas se le suponía recluido voluntariamente dentro de su morada vaticana, pero lo cierto es que jamás reapareció. Sin embargo, eso era también propio de su proceder habitual con tantos viajes imprevistos e impulsivos. Él mismo había pilotado ya tres veces su blanco avión —para recuperar el crédito perdido por su timorato predecesor— e incluso aterrizando cierta vez sobre un campo de batalla. En Rhodesia, particularmente, su espectacular llegada había precipitado la caída de Salisbury, donde se ennobleciera igualmente Jean Orelle. Adentrándose solo en la tierra de nadie fuera de la población, había vuelto la espalda ostensiblemente a los sitiados —blancos y minoritarios— para distribuir su bendición entre las infinitas bandas de sitiadores negros mayoritarios. Justo es reconocer que su presencia había evitado también el descuartizamiento de los vencidos. Y, para terminar, digamos algo sobre su último viaje a África del Sur

cuando culminaba la huelga general y sediciosa de los bantúes. Allí estuvo a punto de solucionar igualmente el asunto. Agitadores bantúes y estudiantes progresistas bóers le dispensaron una acogida entusiástica, pues todos ellos lo adoraban. Un cabo de Policía, probablemente tan mostrenco como una academia, puso fin al alboroto cuando faltaba muy poco para el estallido. Cogiendo al Papa por las espaldas y colocándolo a modo de escudo lo condujo bárbaramente hasta su vehículo y con el vehículo hasta el aeropuerto mientras gritaba a la turba de manifestantes:

—¡Como interceptéis el paso, me lo cargo!

El mundo entero se estremeció de indignación. Pues bien, si dicen que ese mismo Papa voló hacia la flota del Ganges y se hizo migas con su avión... vaya, confieso que una hipótesis semejante no me sorprende demasiado. Para ser sincero, la encuentro en extremo regocijante por muchas razones.

XLVI

—¿Y si cantáramos un poco? —propuso el coronel.

Se había quitado ya la máscara y aspiraba el aire puro por la ventanilla, imitando con gestos mímicos de satisfacción a un gastrónomo saciado. El camión trepaba alegremente entre viñedos por la estrecha y sinuosa carretera regional. En cada revuelta se acercaba cada vez más la aldea pardusca situada en lo alto.

—¡Dios, qué bien huele aquí! —siguió diciendo—. Esto es nuevo para nosotros. Aquí no ha pasado nada. ¡Bien! ¿Qué cantamos?

—Tal vez *La Marsellesa*... —sugirió con tono bromista el secretario de Estado.

Mientras tanto, en la caja del camión, el Ejército parecía sufrir un ataque de toses violentas, cloqueos e hipidos variados. Se había organizado un concurso entre húsares e infantes de Marina para ver quién reía más fuerte. No era cuestión de esforzarse fingiendo una risotada, nada de eso. Prohibida la afectación amarga. Era obligatorio lanzar una carcajada natural, ni más ni menos. Los hombres, libres al fin de preocupaciones, se divertían.

—Lo he dicho —explicó el ministro—, para explo-

rar la moral del pueblo...

Ambos cambiaron una mirada y se rieron otra vez de buena gana.

—¡Bien! ¡*La Marsellesa* al almacén! —decidió Dragasès—. Capitán, ¿se le ocurre alguna propuesta aceptable?

—El *boudin* (1) —dijo el oficial del comedor—. Es una tontería como todo, pero causa efecto. Y, por lo menos, todo el mundo conoce la letra.

—Sí, el *boudin* —murmuró el coronel con tono apreciativo—, el *boudin*... Nosotros somos la más extranjera de todas las legiones extranjeras, todo nos resulta extranjero. En efecto, el *boudin* no está mal... Pero me pregunto si concuerda con las circunstancias. El *boudin* requiere méritos..., y en cuanto a librar un nuevo Camerone... ¡nadie puede afirmar que hayamos tenido hoy mucho éxito! Dejémoslo para mañana, allá arriba... Creo que tengo una idea mejor.

Y lanzando una mirada maliciosa en torno suyo para averiguar si todo el mundo le escuchaba, se aclaró la garganta como un sochantre, tomó aliento y entonó:

Non, rien de rien
Non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on m'a fait
Ni le mal, tout ça m'est bien égal
Non, rien de rien
Non, je ne regrette rien
Tralalá, tralalá
Aujourd'hui, je me fous du passé! (2)

—¿Qué le parece? —preguntó al terminar—. No está mal, ¿eh? Una antigua tonada. No recuerdo muy bien la letra, pero he dicho lo principal. ¿La conocían ustedes?

—No —dijo el capitán—. ¿Qué es?

—Zéralda —contestó Dragasès—. ¡El campamento de Zéralda en Argelia! El alzamiento frustrado de los generales. ¿No recuerdan al general Challe? Este general opinaba que no se podía combatir con un edredón. Hablaba del Ejército francés. Entonces ya era blando, todo blando. Yo tenía diecinueve años. Servía como voluntario en el 1.er REP. Cantábamos eso en los camiones al abandonar el campamento,

(1) Canción militar de la legión extranjera francesa. (*Nota del Traductor.*)

(2) Popular canción de Edith Piaf. (*N. del T.*)

cuando se disolvió el Regimiento. Una algarabía tremenda. ¡Una bravata póstuma! Si se me hubiese pronosticado entonces, con la desmoralización propia de aquella época, que yo la haría revivir treinta años después, y definitivamente, no lo habría creído. Será preciso suponer que ciertas obstinaciones se consuman siempre en un momento u otro. Basta esperar a que eso se decante.

—¡Pues esto se ha decantado lo suyo! —comentó el secretario de Estado—. ¡Un coro de doce voces!

—¿Apuesta algo a que con esos doce organizaremos un escándalo infernal?

—¡Ah! Yo estoy dispuesto. Puede contar con la voz del Gobierno, coronel. Desafina bastante como es su costumbre, pero esta vez lo hace de buena gana.

Y, efectivamente, vociferando como vesánicos, con las venas de la frente a punto de estallar, el cuello hinchado y el rostro escarlata, todos juntos hicieron más ruido que un ejército católico victorioso entonando el *Te Deum* en la nave de la catedral. El camión osciló al tomar las curvas, luego siguió tambaleándose en las rectas, sus ruedas dobles mordieron juguetonamente el talud. Asociando el ademán a la palabra, el húsar-chófer soltó el volante para acompañar la cadencia con manos y brazos, cual un cabo primero que se desgañita hasta reventar dirigiendo una pésima ronda. El oficial del comando martilleó con ambos puños las planchas del costado. A los acordes de *Rien de rien* toda la carrocería del camión vibró bajo las culatas. Si fuera posible analizar los sentimientos más hondos de aquellos vociferadores, encontraríamos primeramente la embriaguez del clan. Se ha reunido la tribu completa para celebrar su unidad. Aunque sea poco numerosa, se ríe del resto del mundo. Pero también se percibe algo así como angustia. El niño que berrea a grito pelado cuando va de noche por el camino, para olvidar que está solo. O, mejor aún, el náufrago solitario en su lancha que canta cualquier cosa para conservar la vida. En este caso había un poco de eso. Los jóvenes húsares espiaban los árboles, los campos y no veían ni un solo pájaro. Habían huido incluso las urracas y los cuervos ladronescos. Las casas de los viñedos, cuyas puertas y ventanas habían sido atrancadas con tablones transversales, parecían rezumar el enorme pavor de los cataclismos. Sólo faltaban las cruces negras utilizadas antaño para marcar las viviendas de los apestados. El sol brillaba ferozmente en aquel paisaje desierto como habría brillado, sin duda, sobre la luna cuando lo contemplaron pocos años atrás Johnson y White, esperando la muerte acuchillados

junto a su nave espacial destruida.

—¡Diablo! —exclamó el conductor—. ¡No puede ser cierto! ¡Un tío! ¡Y por poco se me escapa!

Todos callaron a un tiempo. ¡Robinson descubriendo las huellas de Viernes! ¡La Luna está habitada! Frenazo con las seis ruedas, patinazo controlado, aullidos de la caja de velocidades, marcha atrás propia de una competición. ¡Un tío! Todos se abalanzaron por el mismo costado asomando la cabeza. ¿Amigo? ¿Enemigo? Dragasès cargó su metralleta.

En efecto, allí había un individuo plantado tranquilamente en la cuneta, extendiendo el pulgar con un ademán absolutamente incomprensible en semejantes circunstancias. Nadie dudó de que le divertía aquella situación, pues su sonrisa no pudo ser más amplia. Era de raza blanca y poseía facciones nobles, pero iba vestido como un vagabundo. Su fisonomía pareció querer decir algo al mundo entero.

—¿Me lleva, mi coronel? —preguntó con gran aplomo como si supiera cuál sería la respuesta.

—¿Adónde va usted, valiente, a estas horas tan tempranas? —inquirió el coronel haciéndole el juego.

—¿Quién? ¿Yo? No tengo manías. Los he buscado durante mucho tiempo y ahora los he encontrado. Iré adonde vayan ustedes. Es el coronel Constantin Dragasès, ¿verdad? Perteneciente al Estado Mayor del Ejército y comandante general de las fuerzas del orden para la región del Midi.

Al recitar con tono solemne esa retahíla, adoptó una actitud desenvuelta, como si el mundo entero le importara un bledo, actitud que agradó inmediatamente. Se le conceptuó cual un malicioso cómplice. Por lo demás, todo el mundo lo reconoció pese a que se había afeitado la barba. Una foto ocupando la primera plana de los periódicos no se olvida fácilmente, sobre todo si se recuerda la serie de epítetos vengativos que la acompañaban.

Dragasès tomó otra vez la palabra empleando el mismo tono propio de una visita oficial:

—Señor ministro, le presento al capitán Luc Notaras, de nacionalidad griega, capitán del mercante *Ile de Naxos*. ¿Lo recuerda?

—El hombre de las manos rojas —precisó Notaras—. El mercante sanguinario. El genocidio de las islas Laquedivas.

—¡Claro está! —exclamó el ministro—. Grandioso palmarés. Lo felicito. Yo conozco mis clásicos: ¡Nosotros no seremos jamás Notaras...!, etc. Cualquiera diría que han transcurrido cien años. ¿No estuvo usted en prisión?

—En la central de *I* ix, señor ministro. Y, de pronto, el sábado, ¡adiós guardianes! Desaparecidos, to-

das las puertas abiertas. He ido al cañón. Pero nada de cañón. Ya me lo temía. Desde allá arriba los he visto pasar por aquí, y me he dicho, ¡menuda suerte tienes, amigo! Haré autostop y ellos me recogerán.

—¡Bueno! ¡Suba! —dijo el secretario de Estado, que estaba pasando un buen rato—. No sé si mi condición de *gauleiter* del Midi comporta la aplicación del derecho de gracia, pero dadas las circunstancias, le concedo esa gracia. Además, lo nombro ministro de Marina. Eso le gustará, ¿verdad?

—¿Tiene usted una Marina, señor ministro?

El otro miró a su alrededor como quien busca algún objeto perdido.

—No, evidentemente. Pero, ¿qué importa? El coronel tampoco tiene Ejército, o, si acaso, muy pequeño. Yo no tengo territorio alguno. Al fin se puede hablar con seriedad y sinceridad. Ahora es cuando todo comienza a significar algo.

—Creo haberle comprendido —dijo Notaras—. ¿Me permite jugar con usted?

Adoptado entre grandes palmadas sobre la espalda, tendiendo sus manazas a cuantos querían estrecharlas, nombrado sobre la marcha húsar honorario de Chamborant y comando de Marina *honoris causa*, Notaras se unió al coro de doce en el camión. ¡Una banda de compinches sobre un volcán humeante! Aparentemente, ésa era toda la complicación...

En la entrada de la Aldea echaron pie a tierra. Dragasès dividió su pequeña fuerza en dos. Una mitad desplegada alrededor del camión, a la cual denominó con tal motivo «base estratégica» —lo que contribuyó a mantener la moral en el nivel de la franca hilaridad—, bajo el mando del capitán del comando, con la ametralladora emplazada sobre un pequeño túmulo, pues el azar, sufriendo una crisis de lógica, quiso que los mejores ángulos de tiro agruparan sus vértices en un haz precisamente al pie de un calvario del siglo XVI. La otra mitad, titulada pomposamente «columna móvil», con Notaras, Jean Perret, el coronel y dos líneas de tres hombres llamadas «tenazas». Desplegó sus fusileros para explorar la Aldea, según los preceptos de la guerrilla urbana. Avanzando a saltos, como en el cine —yo te cubro y tú pasas, tú me cubres y yo paso—, se detuvieron ante una pequeña escalera de cinco peldaños en el flanco de una terraza, y cuando habían llegado a la conclusión de que la Aldea no daba abrigo a ningún habitante como habían previsto, oyeron una voz burlona sobre sus cabezas que dejaba caer estas alegres palabras:

—¿Están de maniobras o qué diablos? Resulta muy instructivo contemplándolo desde aquí, pero es

absolutamente inútil. No encontrarán a nadie, excepto a un servidor.

Levantando la nariz, Dragasès vio un viejo caballero de cabello blanco que vestía chaqueta de hilo y corbata con lunares rojos; estaba acodado tranquilamente sobre la barandilla de un balcón, como si estuviera respirando el fresco aire matinal de una apacible mañana primaveral.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Calguès, catedrático de literatura francesa, jubilado.

—Pero, ¿qué hace usted aquí, vive Dios?

El profesor pareció asombrarse sinceramente. ¡Casi pareció apenado de que le hubieran hecho semejante pregunta!

—¡Estoy en mi casa, coronel! Nada más.

—¿Nada más? ¿Nada más? ¿No pretenderá hacerme creer que ignora todo cuanto está ocurriendo?

—¡Ah, eso lo sé bien! —respondió el anciano—. He visto todo con detalle.

Diciendo esto, señaló hacia un catalejo montado sobre un trípode no lejos de él.

—¿Y esto es todo el efecto que le ha causado?

—Me encuentro a gusto en mi casa. ¿Por qué habría de irme? A mi edad, los cambios no agradan mucho.

Dijo todo aquello con un aire socarrón, tal como hiciera Notaras pocos momentos antes, pero con más sutileza. ¡El coronel no salía de su asombro! Aquel buen hombre era como una ráfaga de aire puro.

—Este catalejo es excelente —siguió diciendo el anciano caballero—. Es de más de siete aumentos. A las seis de esta madrugada usted ha hecho un gesto en el jardín de su villa. Ha señalado hacia la Aldea y a mi humilde persona. Y yo lo he interpretado al instante. Más tarde, los he contado cuando trepaban con su camión. Doce.

—Trece —rectificó el coronel—. Tras la penúltima curva. Y ahora catorce —agregó sonriente.

—Doce o catorce, poco importa. Habrá suficiente para todo el mundo. ¿No tienen hambre? ¿O sed?

—¿Hambre? ¿Sed? ¿Habla en serio?

El viejo hizo una cómica reverencia, un amplio saludo cortesano barriendo con un chambergo imaginario el suelo de su terraza:

—Señor ministro, mi coronel, ¡el desayuno está ya servido!

Empujones y testarazos en la escalera. ¡Como muchachos! La clase había terminado. ¡Recreo para toda la vida! Ante el portillón abierto a la terraza se

detuvieron paralizados, llenos de estupor. ¡Un desayuno! Al anciano caballero le gustaban sin duda los eufemismos. Sobre una enorme mesa cubierta con mantel a cuadros había elegantes pirámides de bocadillos soberbiamente guarnecidos, lonchas de jamón formando corolas escarlata en inmensas fuentes, tarros con aceitunas negras, entremeses de todo género, pepinillos, cebollas en vinagre, tomates y huevos duros cortados en rodajas y dispuestos alternativamente, rosetones de anchoas, quesos de cabra cuidadosamente raspados —lo justo, no demasiado—, ramilletes de salchichas, pastas en terrinas de gres, botellas descorchadas por todas partes, vasos sobre una bandeja, cigarrillos, cigarros puros, cerillas, y, en un rincón, el viejo aguardiente de orujo escoltado por sus panzudas copas.

—¿Y está usted... verdaderamente... solo? —tartamudeó el coronel, siendo el primero en recobrar el uso de la palabra.

—Siempre me ha gustado preparar la mesa. Lo encuentro muy agradable para la vista. A las seis y cinco los vi partir de allá abajo. Y en seguida puse manos a la obra. Perdóneme si notan la falta de algunas cosas. Quise batir una crema, pero ustedes llegaron antes de lo previsto. Tendrán que contentarse con los entremeses, eso es todo.

—¡Voto a Dios! —exclamó de improviso el coronel—. ¿Qué es eso?

Señaló a un joven derrumbado en un rincón, piernas apartadas y cabeza colgante; hasta entonces, el mantel que llegaba hasta el suelo lo había ocultado a sus ojos. Cabello largo y mugriento, collar hindú, chaleco afgano. Estaba absolutamente inmóvil. Una mancha roja en el pecho alrededor de un pequeño orificio delimitado con suma claridad, no permitía hacerse ilusiones sobre su estado.

—¿Lo hizo usted? —preguntó el coronel.

—Yo mismo —repuso el anciano inclinando la cabeza—. No pude soportar lo que me estaba diciendo. En una guerra, incluso si está perdida, hacen falta algunos muertos; de lo contrario, no será una guerra honrada. He actuado como ustedes allá abajo. He hecho mi pequeña guerra. Sin esperanza, sólo para darme esa satisfacción. Es cómico —dijo mirando el cadáver—. Lo había olvidado por completo.

—¿Cuándo ocurrió?

—Ayer noche.

—Es necesario trasladarlo antes de que empiece a oler —observó simplemente el coronel—. Lo desembarazaremos de él.

Aquélla fue toda la oración fúnebre para el joven.

—¡Bien! Ahora, ¡a la mesa! —proclamó el ministro—. Monsieur Calguès, ¡bebo a la salud de la Aldea! —Y agregó con fingida seriedad—: Lo nombro ministro de Cultura. ¿Le agrada?

—No nos olvidemos de la base estratégica —dijo el coronel—. ¡Tú! —dijo dirigiéndose a un hombre del comando de Marina—. Puesto que has salvado tu clarín, toca fajina. ¡Eso les va a dejar turulatos!

Conociendo la letra de este toque y el tema expresado por ella, cabe suponer que al sonar cual un estallido bajo el cielo occidental, tuvo acentos proféticos.

XLVII

Francia cedió. Se había consumado lo irremediable. Ya no era posible ningún retorno al pasado, pese a unos cuantos convenios locales, negociados aquí y allí cuando la proporción de fuerzas morales lo permitía. Al mundo entero, que había contenido durante todo ese tiempo el aliento, sólo le restaba aprender la lección y aprovecharse de ella, o bien soportar las consecuencias según la división de los campos. A decir verdad, no me guía el propósito de exponer aquí un panorama completo de nuestro planeta en ebullición durante aquel lunes de Pascua. Esto es Historia contemporánea y requeriría varios volúmenes. Además, ¿de qué serviría? Mi corazón ha permanecido en la Aldea. Y si he encontrado aún energías para añadir algunas páginas a este relato, el cual me ha costado muchas lágrimas, pese a ciertas payasadas trabucando a cada instante la tristeza de los hechos —porque todo esto ha sido algo bufonesco, ¿no es verdad?—, quiero consagrarlas exclusivamente a la Aldea. En cualquier caso, puedo describir a grandes trazos la conclusión de algunas escenas esenciales para poder calibrar el alcance de esta narración (¡Dios mío!, ¿habré conseguido hacerme comprender?, ¿habré descrito, según convenía, el inexorable proceso de degradación?), escenas dejadas en suspenso entre capítulos, algo así como bombas de espoleta retardada.

Éstas han estado por todas partes a la vez. Sobre las orillas de los ríos Amur y Limpopo, en París, Londres y Nueva York... El Amur se ha hecho

amarillo. Acarrea millares de cuerpos que nadan sobre su superficie hacia los blocaos soviéticos desiertos. El Ejército ruso se ha replegado. Orden del Kremlin. La Francia de la Ilustración ha hincado la rodilla voluntariamente; desde ahora, ningún Gobierno osará suscribir, bajo su exclusiva responsabilidad, el crimen del genocidio. Un solo disparo, el de un general soviético ahíto de vodka, contra el vientre de un niño chino... La marea negra remonta Central Park: veintidós pisos por hora. *Black is beautiful*, y las lombrices son blancas. Según canta un poema de Harlem, «Sólo se oye el ruido de la lanza hundiéndose hasta el tuétano del opresor». En el vigésimo quinto, el doctor Norman Haller mide la marcha del tiempo: dos pisos solamente separan el pasado del porvenir. La voz del alcalde de Nueva York al teléfono, le suena casi sosegada:

—He tenido suerte, Norman; son tres familias de Harlem. Unos pequeños encantadores. No me han escupido siquiera. Ahora tengo uno sobre las rodillas, que está jugando con mi revólver. ¡He quitado el cargador, naturalmente! ¿Acaso podemos hacer otra cosa, Norman?

Se negocia en el número 10 de Downing Street. El *Non European Commonwealth Committee* se ha adueñado de Londres con la mayor cortesía. Simple asunto de estadísticas. Se hacen cuentas y comparaciones. ¡Cuánta imprudencia, verdaderamente! ¡Nadie hubiera imaginado que fueran tan numerosos! La reina recibe a los líderes «paks». Una de sus exigencias causa estupefacción: el segundo hijo de la reina deberá casarse con una joven pakistaní. Es un medio para destruir el simbolismo, o apropiárselo..., será un largo debate. Evidentemente, África del Sur no preocupa ya a nadie. Se ha hecho superfluo incluso el odio que inspiraba a todos. Aquel país desapareció del mapa como nación blanca, cual una playa bajo la marea: lo arrolló la oleada que franqueó el Limpopo. Sólo le queda un consuelo: el derrumbamiento simultáneo de los pares que la habían desautorizado durante tanto tiempo... En Filipinas y Yakarta, Karachi, Conakry y, una vez más, Calcuta, todos los puertos están rebosantes de Tercer Mundo, nuevas flotas inmensas zarpan para Australia, Nueva Zelanda, Europa. La gran migración desenrolla su alfombra. Y, si reflexionamos por un momento sobre el pretérito de los hombres, esta vez no es ni mucho menos la primera. Otras civilizaciones, meticulosamente etiquetadas en las vitrinas de nuestros museos, corrieron también la misma suerte. Pero el hombre escucha raras veces las lecciones del pasado...

Mencionaremos asimismo una última anécdota bastante ejemplar: la partida desde Manila del gigantesco paquebote francés *Normandie* con su tripulación metropolitana completa y condescendiente, pues «harta de servir como lacayos» —según sus frecuentes manifestaciones sindicales— a los «ociosos privilegiados», ha acogido afectuosamente a cinco mil míseros filipinos. Pero, ¡lástima!, esa euforia fraterna no logró doblar siquiera el cabo de la primera noche. Para tener éxito con los banquetes ofrecidos a la gente pobre se requiere la larga experiencia de los *Petits-frères* o el Ejército de Salvación con su razonable mesura en la acción donadora, combinada con esa docilidad de los pobres tan indispensable para ejercer sin peligro la «caridad-válvula». Aquél fue catastrófico. No porque las reservas de a bordo fueran insuficientes para saciarles, ¡eso sería calumniar a nuestro lamentado «transatlántico»! Pero cuando los filipinos de los arrabales manileños divisaron la exuberancia de las inmensas mesas cubiertas de bebidas y vituallas en las cubiertas, se abalanzaron todos juntos sobre ellas como auténticos dementes. Comieron y bebieron, cierto. Pero sería más exacto decir que saquearon las mesas, lo cual era justamente su designio. Luego saquearon las cocinas. Y, tras las cocinas, los pañoles de víveres, las bodegas e incluso las grandes cámaras frigoríficas que hubieron de ser abiertas ante sus amenazas. Todo el buque pasó por aquella experiencia. ¡Un verdadero tornado! Las crujías cubiertas de vajillas hechas añicos, las elegantes cabinas transformadas en cuchitriles, los grandes paneles lacados de los salones, orgullo del *Normandie*, rasgados, mancillados, mutilados. Más tarde se escribió —y aquí se batió una plusmarca del género, pues ¡sólo Dios sabe la hemorragia de ineptitud que sufría la Prensa de aquella época!— que era obligado el interpretar esa acción devastadora ¡como una protesta radical contra el arte burgués contemporáneo! Pero quien escuchara al barman de la primera clase, opinaría de forma muy diferente:

—¡Completamente borrachos, sí señor! ¡Mire!, en definitiva, prefiero a los ricos. Por lo menos, ellos toman el camino de los lavabos cuando necesitan vomitar.

Sin embargo, debería haberlo pensado antes...

Pero volvamos a las cosas serias, aunque extrañamente, pese a la desolación implícita en ese adjetivo, no me sea posible escribir sobre ello sin sonreír. ¡Serias! ¡Santo cielo! ¿Acaso ofrecía aquello una sola faceta seria? Como ilustración final expliquemos cómo supo el mundo, por las ondas france-

sas, la noticia sobre el desembarco ante la actitud abúlica de Francia:

Recordaremos que durante la mañana del lunes de Pascua, en la RTZ, Boris Vilsberg había juzgado bastante bien a la multitud sobrexcitada y apretujada en el gran estudio, cuya atmósfera se hacía irrespirable por momentos. La última consigna sensata que pudo pronunciar con suficiente potencia para hacerla resonar en todo el recinto fue:

—¡Abran las ventanas, por amor de Dios, si no quieren caer en picado como moscas!

Por cierto, esta frase pasó a la antena y dejó entrever inmediatamente el tono de la emisión. Él defendió su lugar ante el micrófono principal de la gran mesa redonda, y el padre Agnellu se mantuvo a su lado, aunque tan sólo para simbolizar lo que representaba todavía vagamente y, sobre todo, porque estando él presente, el director de la estación no osaría interrumpir la transmisión. Expresado con toda crudeza, era un rehén. Exactamente tal como lo había previsto. Dando pruebas de un coraje muy estimable, intentó conservar la iniciativa desencadenando con el ademán ritual hacia la cabina de control su indicativo personal seguido por la frase consagrada que pronunció un locutor trémulo:

—¡Boris Vilsberg comenta el acontecimiento...!

¿Qué se había atrevido a decir el desdichado? Desde ese instante nadie se entendió ya en el estudio. ¡Un escándalo monstruoso! Aludes humanos hacia los micrófonos del secretario de la palabra hablada. Voces aullando por todas partes:

—¡Boris Vilsberg no comentará nada! ¡Desde ahora será el pueblo quien comente exclusivamente!

Como había no menos de diez micrófonos repartidos por toda la gran mesa redonda, y media docena de oradores frenéticos vociferando ante un micro, resulta fácil imaginar el resultado. Pero como todos ellos dijeran más o menos lo mismo —mundo nuevo, fin de las razas y la explotación del hombre por el hombre, religión universal, y mil preciosidades más por el estilo— mientras el volumen sonoro hacía casi inaudibles sus discursos, decidieron poner un poco de orden en su delirio. Se convino, tras una rápida votación mano en alto, que cada cual tuviera la oportunidad de exteriorizar todo cuanto guardaba su alma, pero uno por uno y sin saltarse el turno. ¡Adelante, pasen al carrusel! ¡Compren sus billetes! Está a punto de partir y durará lo suyo. ¡Vaya si duró! Luego se organizó con bastante celeridad una apariencia de directorio constituido por un barrendero negro, inspirado a todas luces, un estudiante vietnamita y un militante «situacionista» probable-

mente francés. Se volvió a votar. Ante todo, un nombre significativo: A.R.P.P., *Atelier de Radio Populaire Parisienne.* Aprobado mano en alto. Se ignora quién fue el autor, pero el caso es que prosperó en seguida. Los comités del mismo pelaje, reunidos por todas partes hasta en la catedral de París, cuyo arzobispo había hecho abrir las puertas y encender todos los candelabros —pasó inadvertido que un oscuro y «supersticioso» vicario había escondido el Santo Sacramento— e incluso en la O.R.T.F., donde el apuesto Léon Béon, con un aplomo mayor tras su papel de São Tomé («¡nos hace falta aprender a amansar la miseria!») se había arrogado el título de administrador popular provisional..., pues bien, todos esos comités proclamaron su adhesión a la Comuna multirracial de París que, por cierto, era inexistente todavía, aunque se hubiera sugerido ya la idea. Sin embargo, la RTZ, o mejor dicho, la A.R.P.P., se adelantó a todos. Y con cierto brío, justo es reconocerlo. Se había procedido a una enésima votación: la información se transmitiría por la voz del directorio, pero el pueblo y sólo el pueblo la comentaría.

Y no fueron noticias lo que escaseó. No hubo necesidad de ir a buscarlas. Afluyeron por sí solas desde todos los rincones parisienses. La noria motociclista de informadores espontáneos vertió raudales ingobernables de palabras en el gran estudio. Verdades. Falsedades. Ambas cosas a la vez. Pero, con mayor frecuencia, lo interpretado, lo representado personalmente. También se le suele llamar «lo vivido».

—Oye, ¿de dónde vienes?

—De Notre-Dame.

—¿Fue divertido?

—¡Pistonudo! ¡Muy, muy pistonudo! ¡Formidable! Millares de camaradas. Procedencias múltiples. Camaradas africanos. Camaradas árabes. Esther Bacouba. Ella improvisó como siempre. No lo recuerdo muy bien, pero fue fantástico. Espera..., ¡ya lo tengo! Escucha: Hermano Cristo, o algo parecido, desciende de tu cruz y ven a vivir con nosotros, pues hoy ha concluido tu padecimiento. El arzobispo lloraba a moco tendido. Luego abrazó a la vieja Esther, etc.

Comentarios del pueblo:

—¡Atención a la recuperación del sentimiento religioso popular por la jerarquía tradicional! ¡Son muy astutos esos sujetos! Durante dos mil años se han metido al pueblo en el bolsillo y montan guardia alrededor de su Cristo crucificado, símbolo de resignación. Y, ¿por qué no hacer un intento para

que todo continúe igual? Desconfiad, mucha vigilancia, etc.

Coro de la vigilancia con versiones *a gogo* hasta la irrupción del siguiente motociclista:

—Y tú, ¿de dónde vienes?

—De la Goutte-d'Or.

—Bien, ¿qué pasó?

—¡Sensacional! Ajustaron las cuentas a los cómplices del portero.

Brusca llamada de atención para el pueblo, quien perfila ya sus comentarios. El asunto Ben Jalli. Lamentable asunto que todo el mundo recuerda. Asesinato por un conserje de la calle Goutte-d'Or, de un adolescente argelino, algo pendenciero, un rapaz mal intencionado, pero, ¡de todos modos!, la vida de un argelino transplantado a París no es muy amena...

—¿Había muchos cómplices?

—Una cincuentena larga, según dicen. Pero se les juzgó de conformidad con la ley. Incluso una francesa, Élise, presidió el jurado. Y el abogado fue un árabe, Mohammed, llamado el *cadí tuerto*. Cuarenta penas de muerte. Diez absoluciones. Y un cura para absolver a los ajusticiados, etc.

Comentarios del pueblo: Aunque los cómplices no empuñaran el fusil del portero, porque sólo éste hizo el disparo cuando se encontraba en su garita sin compañía, se ha juzgado otra forma de complicidad más perniciosa todavía. Más aborrecible. ¡La complicidad moral! La aprobación implícita del crimen racial. Además, ¿acaso no firmaron todos ellos, durante la misma noche del crimen, una solicitud pidiendo la libertad condicionada del asesino? ¡Pues bien, en ese mismo instante firmaron su propia pena de muerte! Son gentes irrecuperables para la sociedad multirracial, etcétera.

Reseñemos que mientras ocurre esto, Marcel y Josiane se miran sin decir palabra ante el transistor encendido en el otro extremo de París. Lo han comprendido. Josiane dice:

—Anda, hazlo ahora mismo. Será mejor para nosotros.

Marcel se levanta trabajosamente, contempla suspirando su atractivo salón, conseguido contra el pago de veinticuatro letras de cambio, abre la puerta y dice al taciturno niño que acecha en el rellano:

—Llévame hasta tu papá.

Llegados al quinto piso con sus dos habitaciones, donde se apiña la familia de Monsieur Alí, incluidos una anciana abuela y cinco infantes, se le oye pronunciar con la mayor sinceridad del mundo, con una mano sobre el corazón y la otra extendida, estas palabras increíbles:

—¡Heme aquí, Monsieur Alí! Mi mujer y yo hemos pensado que esto no es justo. Ustedes no pueden continuar viviendo tan apiñados en este pequeño apartamento. Nosotros no somos más que dos. Y, en mi casa, ustedes se encontrarán más a sus anchas. ¡No, no tiene importancia! Es lo más natural. En estos tiempos difíciles debemos ayudarnos los unos a los otros. Son muy graciosos sus chiquillos, ¡y están muy bien educados!

¡Adjudicado! Esta vez sin presión física ni legal. ¿Quién se atreve a afirmar ahora que el hombre es un lobo para el hombre...?

Y continúa la ronda:

—¡Salud! ¿De dónde vienes ahora?

—De la Prefectura de Policía.

—¡Ah, esos polis! —(Risas burlonas en el estudio.)

—¡Sí, los polis! Pero traigo unas noticias fantásticas. Por lo pronto, sólo han reanudado su servicio un diez por ciento. Y, además, ¡todos ellos acuartelados en sus comisarías! El prefecto de Policía ha hecho una declaración —el corresponsal motociclista saca un papel arrugado del bolsillo—. ¡No soy taquígrafo, chavales! —Se ríe de buena gana—. Pero creo que el punto principal es éste. Escuchad: El prefecto de Policía conserva plenos poderes —(nuevas risotadas, «¡eso le traerá follones!»)—, pero se niega a emplear las armas —(«¡sólo faltaría eso!»)—. No habrá represión —(«¡evidente, puesto que no hay Policía!»)—. El prefecto deposita su confianza en el sentido común de los ciudadanos cualesquiera que sean sus razas y clases sociales —(«¡censurado! ¡censurado! ¡Conceptos reaccionarios!»)— para restablecer rápidamente el orden y poder reanudar así los servicios públicos cuyo funcionamiento es indispensable en la vida del país, y para poder deliberar con calma sobre las bases de una organización gubernamental, aceptable a la generosidad y con sentido de su responsabilidad (1).

Gritos victoriosos. Aplausos. Silbidos. «¡El prefecto con nosotros!» «¡El prefecto de escurribanda! ¡Poder popular! ¡Mancomunidad general!»

El prefecto convoca una reunión en la Bolsa del Trabajo esta tarde a las tres; quedan invitadas las personalidades representativas de todas las tenden-

(1) ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin órdenes. Sin instrucciones. Con un presidente de la República sumido en la aflicción, pensando y sopesando por milésima vez la renuncia a la fuerza como denotara el final de su discurso. ¿Actuar en París mejor que en el Midi? Ya es tarde, demasiado tarde. Era ya demasiado tarde muchos años atrás. (*N. del A.*)

cias participantes en el movimiento (1) y las autoridades de los servicios públicos, así como las grandes administraciones todavía presentes en París (2). ¡Esperad, no he terminado! El prefecto ha dicho también esto: Espero que esa suma concentración de dignidad humana aporte más felicidad para todo el mundo.

Comentarios del pueblo: Reina por primera vez cierto silencio reflexivo. El arrapiezo que se revolcaba por el suelo ante la vitrina, amenazando con romperlo todo, se ha salido con la suya. Ahora ya no hay vitrina entre él y el objeto de su codicia. Se apodera del ambicionado juguete. Examina todos sus engranajes, lo husmea por todas partes y, por fin, descubre que no sabe cómo utilizarlo. ¿Lo echará a tierra para pisotearlo? ¿O lo abandonará en un rincón para volver a su trompo de cuerda? Tales cosas se han visto. Y, por añadidura, el recelo: ¿Qué se le pedirá a cambio de un juguete tan bonito? ¿Que trabaje bien? ¿Que sea obediente?

—¡Es una trampa! —vociferó uno.

Resultó ser el mismo que había acusado al arzobispo de recuperar el sentimiento religioso.

—El poder popular y multirracial no es una máscara carnavalesca tras la cual puedan ocultarse sin recato los antiguos privilegios...

El hombre se extendió sobre ese tema y fue muy ovacionado. Señalemos que aquel menudo e instigador pelirrojo pertenecía a la raza blanca, sin duda alguna. Cuando concluyó, se oyó una voz profunda y simpática:

—¡Qué condenado llegarás a ser! ¡Te lo dice Mamadu! Yo no quiero burdeles. Yo quiero un país que sea también mío, pero que funcione. Yo comeré bien y tú lo harás igual, yo pasearé en un buen carro y tú lo harás igual... todo el mundo contento. No obstante, para que cada cual se pasee en carro y se dé buenos banquetes, hacen falta patrones, ministros y policías. Ellos saben hacerlo. Y tú..., tú no sabes nada. Tan pronto como tengas el mando, ¿qué diantre harás?

Dicho esto, sentóse sonriendo, pues se le aclamó tanto como al otro.

(1) Obsérvese el eufemismo del prefecto: un movimiento, sin más aclaración. (*N. del T.*)

(2) Ahí se revela también la espectacular habilidad del prefecto: condenación discreta de los ausentes y fugitivos, tímido llamamiento a las nociones esenciales que rigen el orden de toda sociedad, como administración, servicios públicos y sentido de la responsabilidad. Pasmosa conclusión: salvará su cargo, auxiliado por un ayudante argelino y tuerto. (*N. del T.*)

—Este debate es muy simple —recapituló el estudiante vietnamita—. Aquí se trata de decidir si debemos aceptar o rechazar la presencia de técnicos conscientes, aunque pertenecientes al régimen derrocado, en nuestro Gobierno popular y multirracial, con objeto de facilitar una transición más fluida.

Y, al igual que cualquier otro debate simple, éste se prolongó casi hasta el infinito, hasta dejar exhaustos a sus protagonistas. Por un lado, los nativos del Tercer Mundo, auxiliados por algunos pícaros, sostuvieron la propuesta de Mamadu. Frente a ellos, el pelirrojo y todos cuantos se titulaban entonces extremistas, anarquistas, fanáticos e irresponsables. Finalmente, la fatiga engendró la unión. Serían ya casi las tres y no se había designado todavía un delegado para la convocatoria del prefecto. Entonces se recordó la presencia de Boris Vilsberg. Silencioso, olvidado de todos, había seguido las discusiones con verdadera pasión, una especie de entumecimiento despabilado por así decirlo. Con el transcurso de las horas, se había sumido en un extraño estado de desdoblamiento. Cada orador parecía utilizar su voz, adoptar sus facciones como si varias decenas de Vilsberg se turnaran ante el micro. Todo cuanto se decía allí había sido dicho ya por él hasta la machaconería en las ondas de la RTZ, con más o menos inteligencia, y ahora lo descubría sin verle mucho más sentido, aunque él, por su profesión, estuviera naturalmente mejor informado. Así, pues, su vida había sido sólo eso: ¡un río de tópicos! Tanto fue así que cuando se le preguntó, con tono inesperadamente respetuoso, de discípulo a maestro, si quería añadir algo, respondió muy sereno:

—Nada en absoluto. Gracias.

Éste fue, probablemente, el comentario más enjundioso de toda su vida. Triunfando mediante la resistencia como un nadador de fondo, el padre Agnellu lo sustituvó por elección unánime; también fue elegido Mamadu y así se completó el directorio.

Nadie sabe lo que ha sido de Boris Vilsberg. Algunos le suponen enclaustrado en una granja colectiva de Larzac, en donde se dedica a oscuras tareas manuales. Su retiro es comparable al del director de *La Grenouille*. Cuando éste daba los últimos toques a un dibujo en el que aparecían un blanco perplejo y un negro risueño ante un tablero de damas, y abajo una leyenda en boca del negro, «tú coges las negras y yo las blancas, ¿de acuerdo?», se le ocurrió, mientras trazaba la última línea, que si publicaba ese dibujo, su periódico sería secuestrado al instante. Cuando sobreviene un cambio brutal de poder e ideología no se puede continuar escarneciendo, denun-

ciando e ironizando a menos que se cambie de chaqueta. Eso le causó tanta tristeza, según explicarían más tarde algunos colaboradores, que su rostro se desencajó horriblemente como el de un payaso agonizante. Luego inspeccionó con afectuoso talante las oficinas, y estrechó la mano de cada uno repitiendo sin cesar:

—Continúen sin mí. Si pueden, si pueden...

Tengo ante mi vista la composición de la Asamblea popular multirracial de la *Commune* parisiense, reunida el lunes de Pascua a las 15,00 horas en la Bolsa del Trabajo. Poca gente por parte de los funcionarios blancos, pero la suficiente para dar peso a la competencia y poner en juego la buena voluntad: el prefecto, dos o tres ministros y algunas autoridades relevantes, es decir, aquellas a las cuales se había referido veinticuatro horas antes el presidente de la República diciendo «que estaban conspirando ya, pactaban con el acontecimiento, establecían múltiples contactos y hacían circular bajo mano la composición de un Gobierno provisional», y a quienes estigmatizó con estas palabras proféticas: «¡Poco importará el contenido del poder, mientras ustedes consigan ejercerlo!» Entre ellos un oscuro general, uno solo, llamado Fosse, sobre el cual no se sabía nada, salvo que siendo soldado raso en fechas lejanas, había ganado su primer galón dorado y el apodo *Séptico* dirigiendo el fuego contra sus propios compatriotas en Orán. Por otra parte, los contactos hechos precisamente por dichos caballeros. Ello comporta esta vez una cantidad muy considerable de gente. Por lo pronto, las supremas autoridades espirituales y morales caminando sobre los escombros cual faquires pisando ascuas. El gran mufti, ¡cómo no! ¿Acaso no representa a seis millones largos de árabes y negros afincados en Francia? Observemos que, más tarde, cuando se formó el Gobierno provisional, este caballero obtuvo la cartera de Igualdad, un nuevo Ministerio, algo así como el Ministerio del medio ambiente humano, cuya misión sería combatir todas las contaminaciones de origen racista. El inevitable cardenal arzobispo de París, haciendo palpable su buena voluntad. Después de dar un fuerte abrazo en público al siempre impenetrable mufti vestido con su holgada chilaba blanca, le donó treinta iglesias para transformarlas en mezquitas; éste fue uno de los momentos más emotivos de aquella jornada. También se dejaron ver los presidentes de las ligas humanitarias, excepto el más caradura de todos, quien se había marchado a Suiza para «consultar con los homólogos occidentales», según sus propias palabras. E incluso el propio rabino, apresado

en la trampa del antirracismo, a pesar de que Israel no tenía el menor propósito de coadyuvar. El embajador del Ganges, muy bien escoltado, acompañado de sus colegas indio, bengalí y pakistaní, todos ellos convertidos en jefes de ejércitos victoriosos. Asimismo otros embajadores del Tercer Mundo hablando con mucho aplomo, respaldados por unas flotas que estaban aparejando a la sazón. Todos, sin excepción, rezumando principios fraternales, los blancos casi disculpándose por recibirlos tan mal, los otros, magnánimos, tranquilizando a los minoritarios en nombre del «mundo nuevo». El 4 de agosto, por la noche, se celebró la abolición de las razas. La alondra y el caballo juraron no separarse jamás. Y luego, ejerciendo presión con toda su masa, el Tercer Estado —si cabe llamarlo así— constituyó las tres cuartas partes de la asamblea.

Debo hacer constar la presencia de numerosas mujeres blancas, pero todas casadas —como Élise— con hombres de otra raza. Se prestó gran atención a sus palabras, e incluso hubo entusiasmo entre casi todos los oyentes, aunque mezclado con cierto malestar en los blancos más reticentes, pues todos percibieron conscientemente que ellas simbolizaban la muerte de la raza blanca. Pocos años antes, Ralph Ginzburg, célebre editor americano de la revista *Eros*, había publicado una foto que hizo correr mucha tinta: sobre el vientre blanco de una mujer, justamente debajo de los senos desnudos, dos manos unidas con placidez, una masculina y negra, la otra femenina y blanca. Una prolija leyenda acompañaba a la foto: «El día de mañana se conceptuará esta foto como la precursora de una época esclarecida en la cual habrán muerto ya los elementos arbitrarios, y la única raza existente será la raza humana.» Y así ocurrió exactamente. Se las escuchó casi con devoción religiosa porque ellas hablaban en nombre de la muerte. Sólo una mujer blanca puede traer al mundo un niño blanco. Pues bien, si ella rehúsa concebirlo y elige compañeros no blancos, se multiplicarán aprisa las consecuencias de la sucesión genética.

Asimismo acudieron algunos personajes pintorescos, pues con la enorme revuelta general y el desvanecimiento de la fuerza pública, muchas figuras habían levantado sus pequeñas barricadas privadas y se proponían hacérselo saber al mundo entero. No puede haber liberación sin el esfuerzo anodino de esos avispados exhibicionistas: Léo Béon, el padre Agnellu, Dom Vincent Laréole y otros, todos ellos formando el núcleo de incontables histriones con pelajes muy variados, muestras representativas de

todas las disciplinas. Aunque se agitaran lo suyo, figuraron desde ese momento como ceros a la izquierda.

Porque allí estuvo presente la verdadera masa. Taciturnos batallones de delegados pertenecientes al Tercer Mundo parisiense. Cuando yo me preguntaba —debo hacerlo constar sin demora— sobre la seriedad de aquel espectáculo, no me refería a ellos ni mucho menos. Ahí están todos presentes. El «decano» de los negros arrabaleros, jefe del pueblo ratonesco y sus consejeros blancos desde el sacerdote barrendero al militante; el *cadí tuerto* y su plana mayor; Mamadu el sonriente, todos los encrespados, pizmientos y desdeñados fantasmas, las hormigas del bienestar blanco, los baldeadores, los trogloditas, los pestilentes y derrengados, los expectorantes de pulmón, los solitarios sin mujer, los elementos intercambiables, los sacrificados, los indispensables, los innúmeros. Ninguno dice gran cosa. Son simplemente la fuerza, y en adelante lo sabrán. No lo olvidarán jamás. Cuando no están de acuerdo se limitan a gruñir, y entonces se percibe que esos gruñidos son los que dirigen el debate. Pues eso es sobremanera audible, ¡cinco mil millones de seres humanos diseminados por toda la Tierra... y gruñendo! Entretanto, Marcel y Josiane, junto con setecientos millones de blancos, cierran los ojos y se tapan los oídos...

XLVIII

La región permanecía desierta alrededor de la Aldea, en diez kilómetros a la redonda no se veía ni el menor indicio de intrusión extranjera. Diez kilómetros, es decir, una distancia equivalente al recorrido de ida y vuelta que podría hacer un buen andarín pertrechado para combatir. Cada mañana, cuatro patrullas integradas por dos hombres partían de reconocimiento hacia los cuatro puntos cardinales, mientras Dragasès, Notaras o Perret los vigilaban sirviéndose del catalejo. Se habían delineado con gran celeridad unas fronteras naturales, talladas en el caos. Al Norte, la abadía de Fontgembar, sobre las colinas, había sido abandonada por una nutrida masa de inmigrantes, a consecuencia de un golpe de mano que dio por sorpresa el comando de Marina. Al Sur,

en el valle, corría un río arenoso y poco profundo flanqueado en sus costados oriental y occidental por dos granjas vinícolas que los húsares habían hecho volar con plástico la misma noche de su instalación en la Aldea. Se abatía sin intimación previa a todos los inmigrantes del Ganges descubiertos dentro de ese perímetro, y se abandonaban sus cadáveres allá donde cayeran, a modo de ejemplo. Desde entonces había sido sumamente fácil abarcar toda la frontera occidental de una sola ojeada. Una negra cortina de cuervos sobrevolando en la vertical de los cadáveres la dibujaba claramente.

—¡Eso les recordará su país! —decía el coronel.

Al propio tiempo, él no hablaba jamás de guerra, sino de caza. La aldea cazaba al hombre negro tal como se tira contra el conejo en un vedado. No faltaba siquiera el anuncio cotidiano de caza adherido a la fachada del Ayuntamiento tras la rejilla del tablero oficial, donde habían remplazado a un aviso sobre «la lucha contra el mildin», otro anunciando la «fiesta anual de los bomberos» con concurso de bochas en la plaza de Lices y baile público en la sala de fiestas, y un tercero publicando las amonestaciones para el próximo matrimonio entre Gardaillou Pierre-Marie, viticultor, y Maindive Valentine... ¡Dios sabe qué habría sido de estos dos y si habrían conocido al fin las delicias del peluquero hacia el amanecer, la corbata gris perla que oprime el gañote del desposado hasta causarle casi una congestión, el vehículo florido del suegro y el mosto distribuido entre compadres y primos, quienes están ya bastante bebidos...! El anciano Monsieur Calguès conservaba los tres avisos susodichos, cuidadosamente plegados en un archivador, como si hubiese asumido con toda seriedad sus funciones de «ministro de la Cultura», pues, ¿qué es la cultura sino un piadoso inventario del pasado?

Durante los dos primeros días, la elocuencia del anuncio cinegético mantuvo un alto nivel. El sargento de húsares hizo cuanto pudo para llevarlo al día trazando con pincel unas pequeñas barras muy claras, sin rebabas. Fue tanta su aplicación, que sacaba la lengua muchas veces sin darse cuenta. ¡Perduraba todavía esa entrañable tradición de las muescas en la culata del fusil, las bombas dibujadas sobre los estabilizadores del avión, o la silueta de carros en las torretas de otros carros! Ganges: ciento setenta y siete barras. Asimilados: dieciséis barras.

—¿Qué entiende usted por asimilados, sargento?

—Quienes sean blancos y partidarios de los negros, mi coronel. Cuando yo servía en Chad, conocí

algunos que nos ametrallaban por la espalda. Se les llamaba buñoleros.

—¡Qué canallada! —exclamó el coronel—. Pero, ¿cuál era la diferencia entre unos y otros?

Buñolero era el comienzo. Asimilado, en la segunda fase. Aquí no había contradicción, sino un estado definitivo. Y, puesto que se les mata, más vale clasificarlos reglamentariamente en sus apropiadas casillas. Nueve de un golpe, sólo hoy. Sin contar cuarenta y dos tipos del Ganges. El resto de la banda ha escapado llevándose a sus heridos.

—Tardarán lo suyo en dejarse volver a ver —observó el coronel—. Por lo menos no antes de que lleguen los aviones.

—¿Aviones? —preguntó el ministro—. ¿Qué aviones?

—¡Pues aviones con una escarapela azul, blanca y roja, pardiez! A menos que hayan tomado su tiempo para cambiar de escarapela, mas... ¿para qué hacerlo? Yo no tengo aviación. Por tanto, ellos no corren peligro de ametrallarse equivocadamente entre sí. ¡Escuche! Le apuesto cuanto quiera a que veremos aparecer el primero antes de fin de semana.

Apenas dicho esto, el «walkie-talkie» del coronel, colgado del respaldo de un viejo banco en la plaza donde el «Gobierno» tomaba el fresco bajo los árboles, empezó a charlotear:

—¡Hay gente en Fontgembar! —fue la voz del capitán de comandos—. Nada de asimilados. Parecen ser cuatro o cinco. Los distingo muy mal. Están ocultándose.

—¡Bien! ¿Y a qué espera? ¡Hágalos salir de sus escondites si tienen tanto canguelo! ¡Dicho sea entre nosotros dos, capitán, no pretenderá hacerme creer que siente dudas!

—No es eso, mi coronel. Pero esa gente no ha hecho ni un disparo. Es más, han atado un pañuelo blanco al extremo de un bastón y lo están agitando desde hace diez minutos por la mirilla del portal.

—Gríteles que salgan con las manos en alto. ¡Voy para allá! Pero cuidado con las emboscadas... ¿Me acompaña, señor ministro?

No hubo trampa alguna. Apenas hecha la primera llamada, una voz respondió al otro lado del muro:

—¡Será un verdadero placer! ¡Hemos venido precisamente por eso!

Eran cuatro. El primero, un anciano caballero, muy erguido, ojos muy azules, cabello blanco cortado a cepillo contrastando con unos mostachos colgantes al estilo galo; llevaba bajo el brazo una antigua escopeta de pistón, desmontada pacíficamente, y con un pañuelo blanco anudado al cañón. Hacía entu-

siásticos gestos amistosos agitando la otra mano mientras voceaba:

—¡Ya era hora! ¡Ya era hora! Pero sólo había un camino y ustedes disparan contra todo lo que bulle. Así, pues, hemos creído más prudente esperarles... —luego se presentó—: Jules Machefer, redactor jefe del difunto *Pensée Nationale,* en plena huida, ¡pero con sentido común!

Tal declaración le valió una ovación si es permisible aplicar un vocablo tan sonoro a una multitud tan minúscula: cuatro personas, el coronel, el ministro, el capitán y su destacamento compuesto por un solo soldado. El aspecto del segundo personaje era sobremanera sorprendente. No tanto por su anacronismo como por la comicidad de su atavío aparentemente deliberado. Era también un anciano caballero, algo más encorvado que Machefer, pero que estrechaba las manos tendidas con vigoroso ademán y mirada firme.

—El señor duque D'Uras —dijo el periodista presentándolo.

El duque daba la impresión de haberse vestido con sumo apresuramiento, poniéndose todo cuanto había encontrado a mano. Pantalón de franela para el *week-end,* macizas botas de campo, lo cual había sido un acierto, y luego, ceñida por un ancho cinturón de cuero blanco, la casaca de caza con botones plateados que ostentaban la corona ducal de los D'Uras. Una gorra de equitación y un cuchillo de monte golpeándole el muslo completaban el singular uniforme híbrido, sin olvidar un fajín municipal llevado en banderola para salpimentar el cóctel. Al percibir las irónicas miradas, se explicó:

—Cuando Monsieur Machefer pasó a recogerme por casa, rue de Varenne, concediéndome sólo cinco minutos, me puse primeramente todo cuanto me pareció más cómodo para viajar, pero luego me dije que, una vez dispuesto a jugarme el todo por todo, más valdría hacerlo con un disfraz que tuviera algún significado para mí. Soy capitán de navío, ministro plenipotenciario de primera clase, bailío de la Orden de Malta, miembro de la guardia noble pontificia entregado a la resistencia clandestina desde Pío XII. Todos ellos, sin embargo, uniformes espectaculares que me inspiran mucho afecto. Ahora bien, según creo, la casaca de caza se remonta a fechas mucho más lejanas. Además he venido aquí a cazar. Por añadidura, la he llevado muchas más veces que el resto y me encuentro a gusto con ella. El fajín... bueno, ¡le tengo mucho cariño, a fe mía! No he querido dejarlo atrás. Soy alcalde —y por cierto muy republicano— de Uras, quince hogares en la Vaucluse

se. Probablemente quince hogares extintos a estas horas... —Durante un instante cerró los ojos como si se ensimismara ante una tumba y agregó, dejando a un lado toda emoción superflua—: ¡Y ahora, si quieren burlarse de mí, háganlo sin reparos! ¡Alcalde sin alcaldía! ¡Creo que estamos a la par, señor ministro!

—Se equivoca, señor duque. Aquí tenemos reunidos todos los poderes públicos. Sólo nos faltaba un alcalde. Pues bien, ¡lo elegimos alcalde de la Aldea!

—¿Y en qué consiste ese cargo?

—En nada, ¡naturalmente! —respondió con alegre tono el ministro—. Pero la legalidad, señor duque, ¡la legalidad es sagrada!

—¿Y nosotros? —Dos voces virtuosamente indignadas formularon una protesta—. ¿Acaso se nos piensa olvidar en esa distribución?

Dos mozallones de unos treinta años, vestidos con pana de cordoncillo, ambos pelinegros, empuñando sendos «Springfield» de tres disparos. Parecieron divertirse mucho como los campechanos camaradas que realmente eran.

—Les presento a Crillon y Romégas —dijo el duque—. Mi chófer y mi mayordomo. Nativos de Uras. Sirven a la familia desde hace diez generaciones. He querido manumitirlos al partir, pero, ¡todo inútil! ¡Se empeñaron en seguirme y ahora me congratulo! Sin ellos no habríamos llegado jamás aquí. Saben hacer de todo, cocinar y combatir.

—Se me ocurre una idea —dijo el secretario de Estado—. Poseemos ya un Gobierno con varios ministros, un Estado Mayor, un Ejército leal, un alcalde sobremanera competente, pero nos falta todavía algo muy esencial. ¡Nos falta el pueblo!

—¡Qué diablos! —exclamó el coronel—. ¡No tengo perdón! Jamás se me ocurrió ese detalle. Crillon y Romégas, ¡ustedes representarán al pueblo! ¿Les parece bien?

Ambos se dieron unos cuantos codazos y, por fin, Crillon respondió:

—Creo que podremos salir del paso entre nosotros dos. Pero, ¿tendremos derecho a la huelga?

—¿Derecho a la huelga? ¿Tan pronto?

—Con pancartas y desfiles —especificó Romégas—. Es preciso saberlo. Vamos a ver, ¿somos el pueblo o no lo somos?

—¡Todo cuanto es aplicable a la legalidad lo es también al derecho de huelga! —exclamó el ministro, afectando un tono enfático e insincero, como si pronunciase un discurso ante la Cámara—. ¡En Occidente, ambas cosas son sagradas! Les prometo solemnemente que el Gobierno estará siempre presto

a negociar dentro de unos límites razonables, es decir, mientras ello no perjudique a los intereses supremos del país. Evidentemente, deberán formar un sindicato, o mejor aún, dos sindicatos antagónicos puesto que ustedes son dos. Desfilarán a horas diferentes y por itinerarios diferentes, ¡eso es todo! El alcalde se encargará de organizarlo...

La frase terminó en un confuso tartamudeo, el orador no pudo mantener por más tiempo su actitud seria. El coronel lloró de risa, el duque consiguió dominar dignamente los cloqueos e hipidos que le sacudían la espalda, Machefer y el Ejército aplaudieron, lanzaron varios «¡bravos!», y agitaron sus gorras mientras que los dos compadres, fingiendo estupefacción, hacían los visajes adecuados. Incomparable instante de gracia —inexplicable para quien no se sienta cómplice—, que los resarcía de todo el pedantismo criminal. Si consideramos su aislamiento, el carácter utópico de su empresa, la precaria moratoria y la certidumbre que tenían todos acerca de su próximo fin, deberemos reconocer que su humor tenía algo de vertiginoso. Un pozo insondable donde se ahogaban las verdades instituidas después de habérselas ensalzado desvergonzadamente.

Al volante del camión, el coronel emprendió el regreso a tambor batiente. Se cantó el *Rien de rien* y también el *Tout est au duc, ici, monsieur, tout est au duc,* que Machefer atacó en solitario obteniendo un éxito rotundo. Sobre todo cuando el duque, echándose un «Springfield» al hombro y apuntando por la ventanilla del camión en marcha, tumbó a tres grandes diablos del Ganges que escapaban cuesta abajo por el camino. Muertos con limpieza, una bala en pleno corazón. Buen fusil de safari.

Durante el vino de honor ofrecido aquella misma noche en la alcaldía para celebrar la investidura del alcalde, el viejo Calguès pronunció un bonito discurso.

—He consultado —dijo en resumen— algunos libros de Historia para refrescar la memoria. Pues sus nombres, señores Crillon y Romègas, no me eran desconocidos. Esto es una pura coincidencia, como en el caso del coronel Constantin Dragasès, pero de gran magnitud, deberán reconocerlo. En la batalla de Lepanto, dos capitanes franceses sirvieron a las órdenes de Don Juan de Austria. Se llamaban Crillon y Romégas. Debo añadir que dejaron la piel allí y que la Historia no dice si tuvieron descendencia...

Acto seguido se cenó como siempre en la espaciosa terraza. Dieciocho cubiertos. Incluidos los de los centinelas, que se relevaban entre un plato y otro...

XLIX

Dieciocho. A la mañana siguiente, Romégas ag
gó otros dos cubiertos para el almuerzo. Luego
manantial de refuerzos se secó, definitivamente y (
cidente contó con veinte miembros.

La llegada de aquellos dos rezagados no se proc
jo sin ciertos sinsabores y tampoco, sobre todo, s
ruido. Hacia el alba, un impresionante tiroteo d
pertó a toda la Aldea; sonó al otro lado del río,
territorio ocupado. Con el catalejo sólo se pudo
visar a unos cuantos famélicos galopando por l
prados cual rebaños de cebras espantadas; no f
posible descubrir la causa de semejante tumul
Pero hubo una cosa indudable: el tiroteo se apro
maba río arriba, semejando algo así como trinch
ras excavadas por zapadores y avanzando poco a pc
hacia una plaza sitiada. Alguien se abría camino l
cia la Aldea trazando metódicamente su ruta en
las masas de inmigrantes. Aunque tal vez fueran d
o tres individuos a juzgar por el estruendo y efi
cia de sus disparos.

—¡Endiablados rifles! —observó el duque—. ¡Gr
calibre! Para rinocerontes o elefantes.

Aun cuando no se distinguera todavía a los l
roes de aquellos fuegos artificiales, se les podía
guir ya fácilmente el rastro. Negros muertos y he
dos jalonaban su estrepitoso progreso hasta las r
nas de la granja occidental donde, al parecer, se l
bían estancado sin posibilidad de moverse. Era e
dente que los inmigrantes estaban formando m
cias, pues se veían nuevas bandas ocupando posic
nes alrededor de la granja, esta vez armadas con
copetas. Entre ellas, los asimilados y varios gend
mes franceses fácilmente identificables por sus u
formes. Un gendarme disciplinado obedece siem
al poder instituido: esto es el abecé de la gend
mería, su columna vertebral y, no pocas veces,
deshonra. Sin duda, el Gobierno provisional de l
rís había dado orden de arrollar la resistencia
cista...

—¡Gendarmes! —exclamó el coronel—. ¡Ya est
aquí! Eso nos traerá a los aviones antes de lo c
pensé...

Múltiples nubecillas cubrieron la granja, y acto seguido llegó hasta la Aldea un crepitar de explosiones consecutivas.

—¡Granadas! ¡Cerdos! ¡No sé quién se encuentra en esa granja, pero vamos a sacarlo de allí! Señor alcalde, usted guarde el lugar con sus «Springfield» y sus muchachos. Señor Calguès, prepárenos algo de beber. Pronto estaremos de vuelta, no tardaremos ni veinte minutos.

Fue una carga memorable. Primera y última victoria, pero impecable, «a lo húsar». Cuando distaba unos seiscientos metros de la granja, el camión empezó a escupir fuego sin disminuir su velocidad, cual un torpedero lanzado al abordaje. Con su cureña atornillada al techo, la ametralladora barrió majestuosamente carretera y campiña, aplanando sobre la marcha el alud de sitiadores. El camión se disparó hacia la granja, hendiendo la horda del Ganges y los gendarmes como una segadora embalada en un trigal. Aquella operación de rescate no duró siquiera treinta segundos; se desarrolló cual un golpe de mano ejecutado por tropas transportadas con helicópteros. El Ejército entero, ocho hombres, sargento y capitán, saltaron ágilmente los agrales sin interrumpir el fuego y formaron una especie de cedazo protector entre la granja y el camión.

—¡Espabílense! —gritó el coronel a los sitiados todavía invisibles—. ¡Éste es el último tren! ¡Ya no pasará ningún otro! ¡Diez segundos de parada!

Entonces salieron corriendo dos hombres, asombrosamente pertrechados, con el pecho casi oculto bajo innumerables cartucheras y un reluciente fusil de mira telescópica en cada mano.

—¡Voto al cielo! —vociferó el coronel apuntando con su metralleta—. ¡Usted! ¡El segundo! ¿Quién es? ¡Responda, o me lo cargo!

El hombre, ataviado con ropas europeas, tenía piel negra y facciones de hindú.

—¡No dispare! Me llamo Hamadura, antiguo diputado de Pondichery.

Varias manos lo izaron a bordo del camión, donde el hombre cayó entre las piernas de su compañero mientras que un brusco viraje en redondo proyectaba a todo el mundo contra los tablones. Cincuenta metros más allá, el coronel ordenó hacer alto. Plantado en la cuneta, un gendarme contemplaba con aire estúpido e incrédulo, su mano destrozada entre cuyos dedos manaba la sangre, que caía a grandes goterones.

—¿Quién les manda? —le espetó el coronel— ¡Responda en seguida, o le dejo seco!

Eso espabiló al gendarme. Levantó la cabeza ha-

ciendo una mueca de dolor e hizo un esfuerzo para hablar, pues, sin duda, debía sufrir mucho:

—Las órdenes provienen de París, mi coronel. Nos las ha dado directamente el ministro de Gobernación y Defensa Nacional.

—¿Su nombre?

—General Fosse.

—¡Gracias! —dijo el coronel—. Fue pura curiosidad...

Y el gendarme hizo una breve reverencia bastante cómica. Una forma normal de despedirse definitivamente cuando se recibe un cargador completo de pistola ametralladora en el vientre. Luego se desplomó hundiendo la nariz en la hierba y fijando la vista en el vacío mientras el camión remontaba la pendiente a toda velocidad hacia la Aldea...

Allí se disipó la desconfianza cuando Machefer, levantando su vaso en la terraza, djio sonriente:

—Sé muy bien quién es usted, señor Hamadura. Y también por qué está aquí. Quiero decir, sin intención ofensiva, que su color de piel y su origen étnico pueden sorprender a quien no lo conozca. Pero, por fortuna, yo le he escuchado hace unos quince días, me parece, en esta emisión disparatada de la RTZ, en la que Vilsberg y Rosemond Réal jugaron a ver quién despotricaba más en un sentido histórico. Me reí mucho al escucharle reír. Pero, probablemente, usted y yo éramos los únicos risueños allí. ¿Quiere repetirnos sus palabras en aquella ocasión, si las recuerda?

—Las recuerdo perfectamente. Les dije a esos dos ilusos: «Ustedes no conocen a mi pueblo, no conocen su mugre, su fatalismo, sus supersticiones absurdas, su inmovilismo atávico. No pueden imaginar lo que les espera si esa flota de seres primitivos les cae sobre las espaldas. Todo cambiará en vuestro país, que ha llegado a ser el mío. Ustedes se perderán en ellos y con ellos...» Entonces se me cortó la palabra, aunque yo no había terminado.

—No estuvo nada mal —dijo con tono apreciativo el coronel.

—Quise agregar otra cosa —prosiguió el anciano diputado—. A mi juicio, el ser blanco no estriba en el color de la piel. Es más bien un estado anímico. En las filas de los sudistas, cualesquiera sean las épocas y los países, siempre hubo negros que no se avergonzaron de combatir en el campo opuesto. Y si los blancos se han hecho negros, ¿por qué no han de poder seguir siendo blancos algunos «pieles negras»? Yo he optado por eso, y heme aquí con mis cuatro fusiles y el señor Sollacaro, a quien he encontrado esta mañana en la carretera y que sabe cómo

apretar el gatillo. Gracias por haber venido a recogernos.

—Señor Hamadura —dijo el secretario de Estado—. Quiero hacerle una propuesta. Aquí queda un ministerio disponible que le irá como un guante. Monsieur Calguës dirije la Cultura, el comandante Notaras, la Marina, Monsieur Machefer la Información, y el coronel Dragasès, la Defensa Nacional. ¿Quiere ser usted ministro?

Ante las amplias sonrisas que iluminaban los dieciocho rostros, el diputado de Pondichery olvidó las serias palabras que había pronunciado momentos antes. Fue eso precisamente lo que deseaban todos los habitantes de la Aldea. Ellos querían esta comedia: morir alegremente y aprisa. Para los demás, la monótona tragedia progresando de forma estúpida hasta su término, hasta el fin de un mundo lastimosamente igualitario.

—Acepto el cargo, señor ministro —contestó.

—Señor Hamadura —anunció el secretario de Estado—, desde este instante sois ministro de la Francia ultramarina.

—Si no le molesta, prefiero la antigua denominación —indicó el diputado—. ¡Ministro de Colonias!

Él había entrado también en el juego.

—Respecto a Monsieur Sollacaro, ¿qué podríamos hacer por él? Nos falta un capellán, y el socorro de la religión no es nada despreciable en nuestras circunstancias. Me parece verlo ya vestido todo de negro. ¿Es usted eclesiástico, por casualidad?

Sollacaro era un mocetón delgado con perfil de cuchillo, cuya sobria elegancia adolecía de un rebuscamiento perceptible, por ejemplo los llamativos gemelos en su camisa de seda blanca y el brillo aterciopelado de una chaqueta de alpaca magníficamente cortada. Esa elegante indumentaria había sufrido lo suyo con los combates matinales..., los escarpines de cocodrilo embarrados y el pantalón hecho jirones, pero si se consideraba la excelente apariencia del conjunto, resultaba evidente que Monsieur Sollacaro no era mezquino por cuanto se refería a la calidad. Un enorme solitario en el meñique izquierdo confirmaba la impresión producida por tal conjunto.

—¡Capellán! ¡Capellán! Estoy dispuesto —dijo—. Soy corso, católico, y no he olvidado ninguna de mis oraciones. Pero..., bueno, más vale que lo sepan: hasta el último viernes yo poseía el más hermoso lupanar clandestino de toda la costa. El «Peché d'argent», en Niza. Veinte chicas soberbias.

—¡Cierto. —exclamó el coronel—. Recuerdo a una tal Cléo... ¡Lo felicito, Monsieur Sollacaro!

—Yo también —terció el duque—. Me acuerdo de

una negrita, tenía apenas dieciséis años. Lea, Bea, o algo así...

—Bea —concretó el corso—. Eso fue el año pasado.

—Efectivamente, Bea —dijo el ministro—. Pero yo prefería a Lucky y Sylvie. ¡Ah, inefable dúo, Monsieur Sollacaro! ¡Cuánto reposo proporcionaban en las noches de asambleas políticas!

La emoción los domino esta vez a todas luces. El tiempo pasado adquirió fisonomía, y la felicidad perdida, identidad. Pues, en Occidente, el dinero procuraba también felicidad. ¡Y podía ofrecerle tantos pecados...!

—¿Qué ha sido de esas señoritas? —inquirió el duque aplastando una lágrima furtiva.

—¡Por eso me hallo aquí precisamente! —respondió Sollacaro—. Las evacué yo mismo en un magnífico autocar. Todo marchó bien hasta Montélimar. Allí me tropecé con un regimiento amotinado que estaba celebrando una gran verbena en sus cuarteles. ¡Había de todo en aquella pocilga! Incluso árabes escapados de prisión y *clodos*. ¡Ellas, mis chicas, pasaron por todas las manos! Y cuando digo pasaron quiero decir... ¡Bueno... una verdadera perrería! ¡Y sin beneficio alguno! ¡Por no decir nada del fondo decorativo! Canallesco. Repulsivo. Para hacerte lamentar incluso el ser hombre. Fue entonces cuando comprendí que aquel prostíbulo y yo formábamos en campos opuestos. ¡Y Sollacaro ajusta siempre sus cuentas! Entre el prostíbulo y yo sólo podía haber guerra. Así, pues, robé un viejo automóvil, un auténtico cacharro, di media vuelta y, ¡aquí estoy! Puedo ser ministro, capellán... lo que ustedes quieran. Eso importa poco, siempre y cuando el señor Hamadura me preste dos de sus fantásticos rifles...

Afortunadamente, esa profesión de fe manifestada por el truhán dio al traste con la emoción. Primero hizo sonreír. Luego reír. ¡Monsieur Sollacaro combatiendo por su excelente lupanar y arrinconando al otro en las tinieblas del animalismo...!

Una actitud divertida, y bastante más profunda de lo que parecía. Eso no le pasó inadvertido a nadie.

Más tarde, el sargento de húsares hizo sus cuentas. Agregó dos hileras de palotes en el tablero municipal de caza. Ganges: doscientos cuarenta y tres palotes. Asimilados: treinta y seis. En la plazuela del Ayuntamiento, todo el mundo comentó la marca alcanzada. Y aunque aquello se hubiera convertido ya en hábito, probablemente los comentaristas terminarían cansándose a menos que se entreviera un rápido fin.

—Esperemos que los aviones no tarden demasiado —se dijo caviloso el coronel.

—Procedamos de forma legal —propuso inopinadamente el ministro—. Según veo ahí, se ha ejecutado a doscientos cuarenta y tres inmigrantes del Ganges cuando ningún decreto ni ley nos ha facultado para hacerlo. ¡Más bien se diría lo contrario! Si los señores ministros no tienen inconveniente, propondré a su consideración el siguiente decreto con efectos retroactivos y aplicación inmediata. Lo he redactado hace unos instantes. ¡Helo aquí! —Y, sacando una escritura del bolsillo, leyó—: Considerando el estado de alarma proclamado en los departamentos del Midi, se derogan hasta nueva orden las disposiciones previstas por la ley del 9 de junio de 1972 y especificadas en los siguientes términos:

»"Quienes provoquen la discriminación, el odio o la violencia respecto a una persona o grupo de personas, fundándose en su origen o pertenencia a conjuntos étnicos, naciones, razas y religiones, serán condenados a penas de prisión oscilando entre un mes y un año, más una multa de dos mil a trescientos mil francos. Por otra parte, se castigará por complicidad en una acción calificada de crimen o delito a quienes hayan instigado directamente mediante discursos, artículos y amenazas proferidas en lugares públicos, o bien mediante impresos, dibujos, grabados, pinturas, emblemas, imágenes o cualquier otro recurso de la palabra hablada y escrita, ya sea vendido o distribuido gratuitamente o expuesto ante el público por mediación de pancartas o anuncios, al autor o autores de las acciones antedichas, siempre y cuando tales provocaciones surtan efecto.

»"Promulgado en al Aldea el..., firmado..., etcétera."

Terminada su lectura, el ministro hizo un aparte:

—Tal medida es algo tardía, lo reconozco. Pero, ¿quién se hubiera atrevido a aplicarla hasta ahora? Esta ley había sido aprobada por unanimidad, según lo he verificado. Y supongo que por aquellas fechas mis colegas, los diputados, no sospechaban siquiera las consecuencias. O al menos, si algunos tuvieron ciertas dudas no se atrevieron a exponerlas. Es esa especie de unanimidad en la que el atrincheramiento no está bien visto.

Entonces preguntó el coronel:

—¿No se le ha ocurrido, señor ministro, que si se deroga esa ley de junio de 1972 absolviéndonos de todo crimen racial se absolverá igualmente a quienes piden nuestras cabezas? Esa ley es un arma de dos filos. No especifica razas ni colores.

—¿Cree usted? Yo no lo había advertido hasta el

domingo pasado. Y entonces, ¡qué diferencia habría! Seremos los únicos en saberlo. ¿Acaso no ha sido siempre así?

Acto seguido se tomó el desayuno.

L

Al día siguiente, es decir, el jueves después de Pascua, el avión compareció hacia esa hora más o menos. Cuando pasó en vuelo rasante por encima del campanario, todos pudieron comprobar que lucía sus escarapelas originales. Pero esta circunstancia no le indujo a balancear las alas en señal de amistad. Se dirigió hacia el río y siguió su curso hasta la granja occidental, luego trazó un amplio semicírculo para examinar Fontgembar y la granja oriental y, finalmente, picó de nuevo sobre la Aldea con toda la potencia de sus reactores. En las fronteras se incorporaron millares de cuerpos, como si el avión les hubiese insuflado nuevo aliento. Se dejaron oír hurras proferidos a voz en grito que trazaron un círculo sonoro y entusiástico alrededor del territorio.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó el coronel.

Las cristaleras del Ayuntamiento saltaron en pedazos mientras que la pétrea fachada se resquebrajaba por el impacto de los proyectiles. Luego el avión siguió su ruta atronando el espacio a pocos metros de los tejados y desapareció en dirección Norte.

—Ha echado su firma —comentó el coronel—. Ése fue su propósito inmediato. Hacernos saber a qué debemos atenernos cuando le sigan los demás. Tal vez sea un antiguo camarada... ¡Quién sabe!

Poco después llegó del Norte un gruñido lejano que aumentaba por segundos.

—Los aparatos de Fosse —dijo el coronel.

Pronto se los pudo contar: seis oleadas de tres.

—Dieciocho. ¡Han encontrado dieciocho pilotos para hacer la faena!

Efectivamente, las tres escuadrillas de los dieciocho se sucedieron con intervalos de cinco minutos, pero ellos no tuvieron tiempo para enumerarlos. Lo que alivió sin duda su dolor a la hora de morir.

Se agruparon todos en la terraza alrededor de Dragasès.

—Nos quedan dos soluciones —dijo todavía éste—. Intentar una salida en grupo o dispersarnos, cada cual para sí. Pero, ¡miren eso! —y señaló hacia el campo alrededor de la Aldea.

Todo estaba cubierto por una muchedumbre aullante que aumentaba sin cesar. El tortuoso camino descendiendo desde Fontgembar era un verdadero hormiguero humano, millares de seres formando una columna sin fin erizada de puños, garrotes, hoces, fusiles...

—El rematar esto con un combate cuerpo a cuerpo mezclándonos con esas gentes sería una bárbara carnicería, no tendría sentido alguno.

—¿Y la segunda solución? —inquirió el ministro aunque todos la hubieran adivinado ya.

—Esperar aquí, sencillamente. Esto no nos entretendrá más de dos minutos. Al fin y al cabo, es más digno morir a manos de los nuestros. Además, ello significará al menos un fin casi perfecto. No necesitaremos lamentar nada...

—¿Acaso es esto lo que usted denomina un desenlace conveniente?

—Justo.

—Ya lo sabía —dijo el ministro—. Y ninguno de nosotros lo ignoraba. Por eso le seguimos.

A renglón seguido se enderezó muy sonriente como si se le hubiese ocurrido una idea divertida.

—Monsieur Sollacaro —dijo—, puesto que usted tiene buena memoria y es nuestro capellán, quizá fuera el momento de rezar algunas oraciones...

Esas últimas palabras se perdieron en el ensordecedor estrépito de las bombas. La casa del anciano Monsieur Calguès, construida en 1673 con suficiente solidez para durar mil años, quedó reducida a grava entre otros escombros de la Aldea.

Cuando los gendarmes subieron allí para identificar a los muertos encontraron entre los cascotes un tablero sorprendentemente intacto bajo una rejilla. Ganges: trescientos doce palotes. Asimilados: sesenta y seis palotes.

Aquél fue el último tablero de caza un jueves de Pascua hacia el mediodía.

Añadamos a él esta lista: coronel Constantin Dragasès, jefe del Estado Mayor General; Calguès, catedrático de Literatura francesa; Jules Machefer, periodista; capitán Luc Notaras comandante del buque mercante *Ile de Naxos*; Hamadura, antiguo diputado de Pondichery; señor duque D'Uras, bailío de la Orden de Malta; Sollacaro, propietario de un burdel; segundo regimiento de húsares, denominado «Húsares de Chamborant» con un sargento y tres jinetes; primer comando de Marina, con un capitán y cinco

hombres; Crillon y Romégas, nativos de Uras, en la Vaucluse. Veinte en total.

In memoriam. Al menos que alguien los recuerde...

LI

Yo quiero recordarlos al concluir el relato de estos acontecimientos. He escrito para mi propia satisfacción, no para la de otros, pues la Historia oficial tiene fuerza legal desde entonces y, por tanto, no espero que se publique jamás mi obra. Sin embargo, confío en que mis nietos la lean sin avergonzarse demasiado cuando piensen que mi sangre corre también por sus venas. Aunque, pensándolo bien, ¿comprenderán algo? ¿Acaso tendrá algún significado para ellos la palabra racismo? En mi tiempo tenía ya diversos sentidos, aunque significaba una sola cosa para mí: a saber, la incompatibilidad entre las razas cuando comparten el mismo medio ambiente ha suscitado inmediatamente entre mis contemporáneos el odio y el crimen contra la dignidad humana. Ellos pensarán lo que se les antoje. ¡Tanto peor!

Para moderar su cólera o explicarse su estupefacción, les bastará saber que he escrito este libro en Suiza. Creo haberlo apuntado ya a lo largo de esta narración. ¡La extraña moratoria que me otorgó dicho país, a mí junto con algunos otros! No me refiero a esos cobardes que, después de gritar «¡a por ellos!», fueron los primeros en emprender la fuga. Hablo de quienes tomaron el camino de Suiza para intentar prolongar allí lo que representaba su ideal... una vida al estilo occidental entre gentes de la misma raza. ¡País pequeño, pero asombroso! Objeto de escarnio desde hacía largo tiempo porque siempre se había contentado con una vida plácida sin dejarse desgarrar por los remordimientos y porque la amplitud de su pensamiento equivalía a la persecución de una felicidad algo materialista. El ser suizo era como llevar una estrella amarilla. Con una mezcla de odio, condescendencia y desdén, el mundo de los pensadores morigerados señalaba con severidad, a todos los mojigatos escandalizados, esa Suiza que osaba representar unos valores tan egoístas y anormales. Desde aquel lunes de Pascua, el pequeño país fue objeto de un odio extremado.

Y sucedió así porque dispuso instantáneamente la movilización. Tal como lo hiciera cada vez que se veía cercada por una guerra mundial. Se procuró un general. Cerró sus fronteras. ¡E hizo algo peor todavía! Expulsó a los elementos negruzcos de su territorio y, en el mejor de los casos, los mantuvo bajo una vigilancia tan estrecha, que ocasionó violentas protestas contra la reaparición de los ghettos y campos de concentración. Aquello fue falso, yo puedo atestiguarlo, pero sí fue cierto que cualquier piel oscura despertó inmediatamente la desconfianza. Por otra parte, me pregunto si las cosas no habrían sido siempre así en el país abanderado de las libertades internacionales. Como es natural, las Naciones Unidas abandonaron Suiza con su vanidoso cortejo de organizaciones humanitarias. En Ginebra todo el mundo experimentó una extraña sensación: pareció respirar mejor. Pero casi parece innecesario añadir que aquello duró muy poco. Algunos meses..., no llegó siquiera al año.

Pues Suiza se vio también socavada en el interior. La bestia minó sus contrafuertes, pero con tanta cautela que éstos requirieron más tiempo para desplomarse. Y Suiza se olvidó gradualmente de reflexionar con excesivo ahínco. El famoso fortín de la neutralidad causó todavía cierta impresión y, por tanto, se emplearon guantes blancos para hacer sonar la trompa de caza. Cada vez se ejerció más presión desde el interior y el exterior. ¡El golpe de Munich! Insoslayable. Suiza se vio obligada a negociar. No hubo escape alguno. Hoy ha suscrito el convenio.

A las cero horas se abrirán sus fronteras, aunque, a decir verdad, estaban ya desatendidas desde varios días atrás. Ahora me repito lentamente, para asimilarla por completo, esta frase de un antiguo príncipe Bibesco: «La caída de Constantinopla es un infortunio personal que nos ha sobrevenido la semana pasada.»

FIN